CERVANTES

GALATEA

VOL. I

MADRID
1784







LOS SEIS LIBROS
DE
GALATEA.

TOMO I.

LOS SEIS LIBROS DE GALATEA.

ESCRITA

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

DIVIDIDA EN DOS TOMOS.

CORREGIDA E ILUSTRADA CON LAMINAS FINAS.



TOMO I.

EN MADRID
POR *DON ANTONIO DE SANCHA.*
AÑO DE M. DCC. LXXXIV.
Se hallará en su Librería, en la *Aduana Vieja.*
Con las Licencias necesarias.

AL EX.MO SEÑOR DON JOSEPH MOÑINO,

CONDE DE FLORIDA-BLANCA, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN DE CARLOS TERCERO, CONSEJERO DE ESTADO DE S. M. SU PRIMER SECRETARIO DE ESTADO Y DEL DESPACHO, SUPERINTENDENTE GENERAL DE CORREOS TERRESTRES Y MARITIMOS, DE LAS POSTAS Y RENTA DE ESTAFETAS EN ESPAÑA Y LAS INDIAS, Y DE LOS CAMINOS DE ESPAÑA: ENCARGADO INTERINAMENTE DE LA SECRETARIA DE ESTADO Y DEL DESPACHO DE GRACIA Y JUSTICIA, Y DE LA SUPERINTENDENCIA DE LOS POSITOS DEL REYNO.

EX.MO SEÑOR.

Ofrezco á V. E. los seis libros de la Galatea, primera producion del ingenio

de Miguel de Cervantes, divididos en dos tomos; y otro igual, que contiene el famoso Viage al Parnaso, á el que he añadido la Tragedia de la Numancia, y la Comedia de los Tratos de Argel, cuyas dos obras no han sido jamas impresas: estos tres tomos siguen el mismo tamaño y forma que los Trabajos de Persiles y Segismunda, y las Novelas, que tube la honra de ofrecer á V. E. y en breve seguirá la Historia de Don Quixote, para completar esta Coleccion. Espero de la bondad de V. E. aceptará benignamente este corto don que le consagra

Su mas obligado y reconocido servidor

Antonio de Sancha.

DEDICATORIA

AL ILUSTRISIMO SEÑOR ASCANIO COLONA, ABAD DE SANTA SOFIA.

Ha podido tanto conmigo el valor de V. S. I. que me ha quitado el miedo, que con razon debiera tener, en osar ofrecerle estas primicias de mi corto ingenio. Mas considerando que el estremado de V. S. I. no solo vino á España para ilustrar las mejores Universidades della, sino tambien para ser norte por donde se encaminen los que alguna virtuosa ciencia profesan (especialmente los que en la de la poesia se exercitan) no he querido perder la ocasion de seguir esta guia, pues sé que en ella y por ella todos hallan seguro puerto y favorable acogimiento. Hagale V. S. I. bueno á mi deseo, el qual envio delante para dar algun ser á este mi pequeño servicio: y si por esto no lo mereciere, merezcalo á lo menos por haver seguido algunos años las vencedoras vanderas de aquel sol de la milicia que ayer nos quitó el cielo delante de los ojos, pero no de la memoria de aquellos que procuran tenerla de cosas dinas della, que fue el excelentisimo padre de V. S. I. Juntando á esto el efeto de reverencia que ha-

cian en mi animo las cosas, que como en profecia oí muchas veces decir de V. S. I. al Cardenal de Aquaviva, siendo yo su camarero en Roma: las quales ahora no solo las veo cumplidas, sino todo el mundo que goza de la virtud, christiandad, magnificencia y bondad de V. S. I. con que da cada dia señales de la clara y generosa estirpe do deciende: la qual en antigüedad compite con el principio y Principes de la grandeza de Roma, y en las virtudes y heroicas obras con la mesma virtud, y mas encumbradas hazañas: como nos lo certifican mil verdaderas historias, llenas de los famosos hechos del tronco y ramos de la Real casa Colona: debaxo de cuya fuerza y sitio yo me pongo ahora, para hacer escudo á los murmuradores que ninguna cosa perdonan; aunque si V. S. I. perdona este mi atrevimiento, ni tendré que temer, ni mas que desear, sino que nuestro Señor guarde la Ilustrisima persona de V. S. I. con el acrecentamiento de dignidad y estado que todos sus servidores deseamos.

Illustrisimo Señor
B. L. M. de V. S. su mayor servidor,
Miguel de Cervantes Saavedra.

CO-

COMISION.

Por mandado de los Señores del Real Consejo he visto este Libro intitulado: *Los seis Libros de Galatea*, y lo que me parece es que se puede y debe imprimir, atento á ser tratado apacible, y de mucho ingenio, sin perjuicio de nadie, asi la prosa como el verso: antes por ser libro provechoso, de muy casto estilo, buen romance y galana invencion, sin tener cosa mal sonante, deshonesta, ni contraria á buenas costumbres, se le puede dar al autor en premio de su trabajo el privilegio y licencia que pide. Fecha en Madrid á primero de Febrero de M. D. LXXXIV.

Lucas Gracian Dantisco.

CU-

CURIOSOS LECTORES.

La ocupacion de escribir Eglogas en tiempo que en general la poesia anda tan desfavorecida, bien recelo que no será tenido por exercicio tan loable, que no sea necesario dar alguna particular satisfacion á los que siguiendo el diverso gusto de su inclinacion natural, todo lo que es diferente dél, estiman por trabajo y tiempo perdido. Mas pues á ninguno toca satisfacer á ingenios que se encierran en terminos tan limitados, solo quiero responder á los que libres de pasion, con mayor fundamento se mueven á no admitir las diferencias de la poesia vulgar, creyendo que los que en esta edad tratan della, se mueven á publicar sus escritos con ligera consideracion, llevados de la fuerza que la pasion de las composiciones propias suele tener en los autores della. Para lo qual puedo alegar de mi parte la inclinacion que á la poesia siempre he tenido, y la edad que haviendo apenas salido de los limites de la juventud, parece que da licencia á semejantes ocupaciones: demas de que

no puede negarse que los estudios de esta facultad (en el pasado tiempo con razon tan estimada) traen consigo mas que medianos provechos: cómo son enriquecer el poeta, considerando su propia lengua, y enseñorearse del artificio de la eloqüencia que en ella cabe para empresas mas altas y de mayor importancia, y abrir camino para que á su imitacion los animos estrechos que en la brevedad del lenguage antiguo quieren que se acabe la abundancia de la Lengua Castellana, entiendan que tiene campo abierto, facil y espacioso, por el qual con facilidad y dulzura, con gravedad y eloqüencia pueden correr con libertad, descubriendo la diversidad de conceptos agudos, sutiles, graves y levantados, que en la fertilidad de los ingenios Españoles la favorable influencia del cielo con tal ventaja en diversas partes ha producido, y cada hora produce en la edad dichosa nuestra, de lo qual puedo ser yo cierto testigo, que conozco algunos que con justo derecho y sin el empacho que yo llevo, pudieran pasar con seguridad carrera tan peligrosa. Mas son tan ordinarias y tan diferentes las humanas dificultades, y tan varios los fines y las acciones, que unos con deseo de

glo-

gloria se aventuran, otros con temor de infamia no se atreven á publicar lo que una vez descubierto, ha de sufrir el juicio del vulgo peligroso, y casi siempre engañado. Yo, no porque tenga razon para ser confiado, he dado muestra de atrevido en la publicacion deste libro, sino porque no sabria determinarme destos dos inconvenientes qual sea el mayor, ó el de quien con ligereza, deseando comunicar el talento que del cielo ha recebido temprano, se aventura á ofrecer los frutos de su ingenio á su patria y amigos, ó el que de puro escrupuloso, perezoso y tardio, jamas acabando de contentarse de lo que hace y entiende, teniendo solo por acertado lo que no alcanza, nunca se determina á descubrir y comunicar sus escritos. De manera, que asi como la osadia y confianza del uno podria condenarse por la licencia demasiada que con seguridad se concede: asi mesmo el recelo y la tardanza del otro, es vicioso, pues tarde ó nunca aprovecha con el fruto de su ingenio y estudio á los que esperan y desean ayudas y exemplos semejantes para pasar adelante en sus exercicios. Huyendo destos dos inconvenientes no he publicado antes de ahora este libro,

bro, ni tampoco quise tenerle para mí solo mas tiempo guardado, pues para mas que para mi gusto solo le compuso mi entendimiento. Bien sé lo que suele condenarse exceder nadie en la materia del estilo que debe guardarse en ella, pues el principe de la poesia Latina fue calumniado en algunas de sus Eglogas por haverse levantado mas que en las otras, y asi no temere mucho que alguno condene haver mezclado razones de filosofia entre algunas amorosas de pastores, que pocas veces se levantan á mas que tratar cosas de campo, y esto con su acostumbrada llaneza. Mas advirtiendo (como en el discurso de la obra alguna vez se hace) que muchos de los disfrazados pastores della lo eran solo en el habito, queda llana esta objeccion. Las demas que en la invencion y en la disposicion se pudieren poner, disculpelas la intencion segura del que leyere, como lo hará siendo discreto, y la voluntad del autor, que fue de agradar, haciendo en esto lo que pudo y alcanzó, que ya que en esta parte la obra no responda á su deseo, otras ofrece para adelante de mas gusto, y de mayor artificio.

DE LUIS GALVEZ DE MONTALVO AL AUTOR

SONETO.

Mientras del yugo Sarracino anduvo
 Tu cuello preso y tu cerviz domada,
 Y alli tu alma al de la fe amarrada
 A mas rigor, mayor firmeza tuvo,
Gozose el cielo; mas la tierra estuvo
 Casi viuda sin tí, y desamparada
 De nuestras musas la real morada,
 Tristeza, llanto, soledad mantuvo.
Pero despues que diste al patrio suelo
 Tu alma sana y tu garganta suelta,
 Dentre las fuerzas barbaras confusas,
Descubre claro tu valor el cielo,
 Gozase el mundo en tu felice vuelta,
 Y cobra España las perdidas musas.

DE

DE D. LUIS DE VARGAS
MANRIQUE

SONETO.

HICIERON muestra en vos de su grandeza,
Gran Cervantes, los Dioses soberanos,
Y qual primera, dones inmortales
Sin tasa os repartió naturaleza.
Jove su rayo os dió, que es la viveza
De palabras que mueven pedernales,
Diana en exceder á los mortales
En castidad de estilo con presteza.
Mercurio las historias marañadas,
Marte el fuerte vigor que el brazo os mueve,
Cupido y Venus todos sus amores.
Apolo las canciones concertadas,
Su ciencia las hermanas todas nueve,
Y al fin el dios silvestre sus pastores.

DE LOPEZ MALDONADO

SONETO.

Salen del mar y vuelven á sus senos
 Despues de una veloz larga carrera,
 Como á su madre universal primera,
 Los hijos della largo tiempo agenos.
Con su partida no la hacen menos,
 Ni con su vuelta mas soberbia y fiera,
 Porque tiene quedandose ella entera,
 De su humor siempre sus estanques llenos.
La mar sois vos, ó Galatea estremada,
 Los rios, los loores, premio y fruto
 Con que alcanzais la mas ilustre vida:
Por mas que deis, jamas sereis menguada,
 Y menos quando os den todos tributo,
 Con él vendreis á veros mas crecida.

LIBRO PRIMERO
DE LA
GALATEA.

MIENTRAS que al triste lamentable acento
Del mal acorde son del canto mio,
En eco amargo del cansado aliento
Responde el monte, el prado, el llano, el rio,
Demos al sordo y presuroso viento
Las quexas, que del pecho ardiente y frio
Salen á mi pesar, pidiendo en vano
Ayuda al rio, al monte, al prado, al llano.

Crece el humor de mis cansados ojos
Las aguas de este rio, y de este prado
Las variadas flores son abrojos
Y espinas que en el alma se han entrado:
No escucha el alto monte mis enojos,
Y el llano de escucharlos se ha cansado;
Y asi un pequeño alivio al dolor mio
No hallo en monte, en llano, en prado, en rio.

Creí que el fuego, que en el alma enciende
El niño alado, el lazo con que aprieta,
La red sutil con que á los Dioses prende,
Y la furia y rigor de su saeta,
Que asi ofendiera como á mi me ofende,
Al sugeto sin par que me sugeta;
Mas contra una alma, que es de marmol hecha,
La red no puede, el fuego, el lazo, y flecha.

Yo sí que al fuego me consumo y quemo,
Y al lazo pongo humilde la garganta,
Y á la red invisible poco temo,
Y el rigor de la flecha no me espanta:
Por esto soi llegado á tal estremo,
A tanto daño, á desventura tanta,
Que tengo por mi gloria y mi sosiego
La saeta, la red, el lazo, el fuego.

Esto cantaba Elicio pastor en las riberas de Tajo, con quien naturaleza se mostró tan liberal, quanto la fortuna y el amor escasos; aunque los discursos del tiempo consumidor y renovador de las humanas obras, le trugeron á terminos, que tuvo por dichosos los infinitos y desdichados en que se havia visto, y en los que su deseo le havian puesto, por

la

la incomparable belleza de la sin par Galatea, pastora en las mismas riberas nacida; y aunque en el pastoral y rustico exercicio criada, fue de tan alto y subido entendimiento, que las discretas damas en los reales palacios crecidas y al discreto trato de la corte acostumbradas, se tuvieran por dichosas de parecerla en algo asi en la discrecion, como en la hermosura, por los infinitos y ricos dones con que el cielo á Galatea havia adornado. Fue querida, y con entrañable ahinco amada de muchos pastores, y ganaderos, que por las riberas de Tajo su ganado apacentaban: entre los quales se atrevió á quererla el gallardo Elicio, con tan puro y sincéro amor, quanto la virtud y honestidad de Galatea permitia. De Galatea no se entiende que aborreciese á Elicio, ni menos que le amase; porque á veces casi como convencida y obligada á los muchos servicios de Elicio, con algun honesto favor le subia al cielo: y otras veces, sin tener cuenta con esto, de tal manera le desdeñaba, que el enamorado pastor la suerte de su estado apenas conocia. No eran las buenas partes y virtudes de Elicio para aborrecerse, ni la hermosura, gracia y bondad de Galatea para

ra no amarse. Por lo uno, Galatea no desechaba de todo punto á Elicio. Por lo otro, Elicio no podia, ni debia, ni queria olvidar á Galatea. Pareciale á Galatea, que pues Elicio con tanto miramiento de su honra la amaba, que seria demasiada ingratitud no pagarle con algun honesto favor sus honestos pensamientos. Imaginabase Elicio, que pues Galatea no desdeñaba sus servicios, que tendrian buen suceso sus deseos; y quando estas imaginaciones le avivaban la esperanza, hallabase tan contento y atrevido, que mil veces quiso descubrir á Galatea lo que con tanta dificultad encubria. Pero la discrecion de Galatea conocia bien en los movimientos del rostro, lo que Elicio en el alma traia; y tal el suyo mostraba, que al enamorado pastor se le helaban las palabras en la boca, y quedabase solamente con el gusto de aquel primer movimiento, por parecerle que á la honestidad de Galatea se le hacia agravio en tratarle de cosas que en alguna manera pudiesen tener sombra de no ser tan honestas, que la misma honestidad en ellas se transformase. Con estos altibaxos de su vida, la pasaba el pastor tan mala, que á veces tuviera por bien el mal de per-

der-

derla, á trueco de no sentir el que le causaba no acabarla. Y asi un dia, puesta la consideracion en la variedad de sus pensamientos, hallandose en medio de un deleitoso prado, convidado de la soledad y del murmurio de un deleitoso arroyuelo que por el llano corria, sacando de su zurron un polido rabel (al son del qual sus querellas al cielo cantando comunicaba) con voz en estremo buena cantó los versos siguientes.

Amoroso pensamiento,
Si te precias de ser mio,
Camina con tanto viento,
Que ni te humille el desvio,
Ni ensoberbezca el contento:
Ten un medio (si se acierta
A tenerle en tal porfia)
No huyas el alegria,
Ni menos cierres la puerta
Al llanto que amor envia.

Si quieres que de mi vida
No se acabe la carrera,
No la lleves tan corrida,
Ni subas do no se espera,

Sino muerte en la caída:
Esa vana presuncion
En dos cosas parará,
La una en tu perdicion,
La otra en que pagará
Tus deudas el corazon.

Dél naciste, y en naciendo
Pecaste, y pagalo él,
Huyes dél, y si pretendo
Recogerte un poco en él,
Ni te alcanzo, ni te entiendo:
Ese vuelo peligroso
Con que te subes al cielo
(Sino fueres venturoso)
Ha de poner por el suelo
Mi descanso, y tu reposo.

Diras que quien bien se emplea
Y se ofrece á la ventura,
Que no es posible que sea
Del tal juzgado á locura
El brío de que se arrea;
Y que en tan alta ocasion,
Es gloria que par no tiene
Tener tanta presuncion,

Quan-

Quanto mas si le conviene
Al alma, y al corazon.

Yo lo tengo asi entendido;
Mas quiero desengañarte,
Que es señal ser atrevido,
Tener de amor menos parte
Que el humilde y encogido:
Subes tras una beldad
Que no puede ser mayor:
No entiendo tu calidad,
Que puedas tener amor
Con tanta desigualdad.

Que si el pensamiento mira
Un sugeto levantado,
Contemplalo, y se retira
Por no ser caso acertado
Poner tan alta la mira:
Quanto mas que el amor nace
Junto con la confianza,
Y en ella se ceba y pace,
Y en faltando la esperanza
Como niebla se deshace.

Pues tu que ves tan distante

El medio del fin que quieres,
Sin esperanza y constante ,
Si en el camino murieres ,
Morirás como ignorante :
Pero no se te dé nada,
Que en esta empresa amorosa
Do la causa es sublimada ,
El morir es vida honrosa ,
La pena gloria estremada.

No dexára tan presto el agradable canto el enamorado Elicio , sino sonaran á su derecha mano las voces de Erastro, que con el rebaño de sus cabras acia el lugar donde estaba se venía. Era Erastro un rustico ganadero; pero no le valió tanto su rustica y selvatica suerte , que defendiese que de su robusto pecho el blando amor no tomase entera posesion , háciendole querer mas que á su vida á la hermosa Galatea, á la qual sus querellas, quando ocasion se le ofrecia, declaraba. Y aunque rustico , era , como verdadero enamorado , en las cosas del amor tan discreto , que quando en ellas hablaba , parecia que el mismo amor se las mostraba y por su lengua las proferia; pero con todo eso (puesto que de Galatea eran

escuchadas) eran en aquella cuenta tenidas, en que las cosas de burla se tienen. No le daba á Elicio pena la competencia de Erastro, porque entendia del ingenio de Galatea, que á cosas mas altas la inclinaba, antes tenia lastima y envidia á Erastro: lastima en ver que al fin amaba, y en parte donde era imposible coger el fruto de sus deseos: envidia por parecerle que quizá no era tal su entendimiento, que diese lugar al alma á que sintiese los desdenes ó favores de Galatea de suerte, ó que los unos le acabasen, ó los otros lo enloqueciesen. Venia Erastro acompañado de sus mastines, fieles guardadores de las simples ovejuelas, que debaxo de su amparo están seguras de los carniceros dientes de los hambrientos lobos, holgandose con ellos, y por sus nombres los llamaba, dando á cada uno el titulo que su condicion y animo merecia: á quien llamaba Leon, á quien Gavilan, á quien Robusto, á quien Manchado; y ellos como si de entendimiento fueran dotados, con el mover las cabezas, viniendose para él daban á entender el gusto que de su gusto sentian. De esta manera llegó Erastro, adonde de Elicio fue agradablemente recebido y aun rogado, que si en otra parte no ha-

havia determinado de pasar el sol de la calurosa siesta, pues aquella en que estaban era tan aparejada para ello, no le fuese enojoso pasarla en su compañia. Con nadie, respondió Erastro, la podria yo tener mejor que contigo, Elicio: si yá ni fuese con aquella que está tan enrobrescida á mis demandas, quan hecha encina á tus continuos quexidos. Luego los dos se sentaron sobre la menuda yerba, dexando andar á sus anchuras el ganado, despuntando con los rumiadores dientes las tiernas yerbezuelas del erboso llano. Y como Erastro por muchas y descubiertas señales, conocia claramente que Elicio á Galatea amaba, y que el merecimiento de Elicio era de mayores quilates que el suyo, en señal de que reconocia esta verdad, en medio de sus platicas entre otras razones le dixo las siguientes.

No sé, gallardo y enamorado Elicio, si havrá sido causa de darte pesadumbre, el amor que á Galatea tengo, y si lo ha sido, debes perdonarme, porque jamas imaginé de enojarte; ni de Galatea quise otra cosa que servirla. Mala rabia ó cruda roña consuma y acabe mis retozadores chibatos y mis ternezuelos corderillos; quando dexaren las tetas de

de las queridas madres, no hallen en el verde prado para sustentarse, sino amargas tueras, y ponzoñosas adelfas, si no he procurado mil veces quitarla de la memoria, y si otras tantas no he andado á los medicos y curas del lugar á que me diesen remedio para las ansias que por su causa padezco. Los unos me mandan que tome no sé que bebedizos de paciencia: los otros dicen, que me encomiende á Dios que todo lo cura, ó que todo es locura.

Permiteme, buen Elicio, que yo la quiera, pues puedes estar seguro que si tu con tus habilidades, y estremadas gracias, y razones no la ablandas, mal podre yo con mis simplezas enternecerla. Esta licencia te pido, por lo que estoi obligado á tu merecimiento: que puesto que no me la dieses, tan imposible seria dexar de amarla, como hacer que estas aguas no mojasen, ni el sol con sus peinados cabellos no nos alumbrase. No pudo dexar de reirse Elicio de las razones de Erastro, y del comedimiento con que la licencia de amar á Galatea le pedia: y asi le respondio. No me pesa á mí Erastro que tu ames á Galatea: pesame bien de entender de su condicion, que podran poco para con ella tus verdaderas ra-

zo-

zones y no fingidas palabras : dete Dios tan buen suceso en tus deseos , quanto merece la sinceridad de tus pensamientos : y de aqui adelante no dexes por mi respeto de querer á Galatea , que no soi de tan ruin condicion , que ya que á mi me falte ventura , huelgue de que otros no la tengan : antes te ruego , por lo que debes á la voluntad que te muestro , que no me niegues tu conversacion y amistad ; pues de la mia puedes estar tan seguro , como te he certificado : anden nuestros ganados juntos , pues andan nuestros pensamientos apareados: tu al son de tu zampoña publicarás el contento ó pena , que el alegre ó triste rostro de Galatea te causare : yo al de mi rabel en el silencio de las sosegadas noches , ó en el calor de las ardientes siestas á la fresca sombra de los verdes arboles de que ésta nuestra ribera está tan adornada , te ayudaré á llevar la pesada carga de tus trabajos , dando noticia al cielo de los mios.

Y para señal de nuestro buen proposito , y verdadera amistad , entanto que se hacen mayores las sombras destos arboles , y el sol acia el Ocidente se declina , acordemos nuestros instrumentos , y demos principio al exerci-

cicio que de aqui adelante hemos de tener. No se hizo de rogar Erastro, antes con muestras de estraño contento por verse en tanta amistad con Elicio, sacó su zampoña, y Elicio su rabel, y comenzando el uno, y replicando el otro, cantaron lo que se sigue.

ELICIO.

Blanda, suave, reposadamente,
Ingrato amor, me sugetaste el dia
Que los cabellos de oro y bella frente
Miré del sol, que al sol escurecia:
Tu sosiego cruel, qual de serpiente
En las rubias madejas se escondia,
Yo por mirar el sol en los manojos,
Todo vine á beberle por los ojos.

ERASTRO.

Atonito quedé y enbelesado,
Como estaba sin voz de piedra dura,
Quando de Galatea el estremado
Donaire vi, la gracia y hermosura:
Amor me estaba en el siniestro lado,
Con las saetas de oro (ai muerte dura!)
Haciendome una puerta por do entráse
Galatea, y el alma me robáse.

ELI-

ELICIO.

Con qué milagro, amor, abres el pecho
Del miserable amante que te sigue;
Y de la llaga interna que le has hecho,
Crecida gloria muestra que consigue?
Cómo el daño que haces es provecho?
Cómo en tu muerte alegre vida vive
El alma que prueba estos efetos todos?
La causa sabe, pero no los modos.

ERASTRO.

No se ven tantos rostros figurados
En roto espejo, ó hecho por tal arte,
Que si uno en él se mira, retratados
Se ve una multitud en cada parte;
Quantos nacen cuidados y cuidados
De un cuidado cruel que no se parte
Del alma mia á su rigor vencida,
Hasta apartarse junto con la vida.

ELICIO.

La blanca nieve, y colorada rosa,
Que el verano no gasta, ni el invierno,
El sol de dos luceros, do reposa
El blando amor, y á do estará in eterno

La

La voz qual la de Orfeo poderosa
De suspender las furias del infierno,
Y otras cosas que ví quedando ciego,
Yesca me han hecho al invisible fuego.

ERASTRO.

Dos hermosas manzanas coloradas,
Que tales me semejan dos megillas,
Y el arco de dos cejas levantadas,
Que el de Iris no llegó á sus marabillas,
Dos rayos, dos hileras estremadas
De perlas entre grana, y si hai decillas,
Mil gracias, que no tienen par ni cuento:
Niebla me han hecho al amoroso viento.

ELICIO.

Yo ardo y no me abraso, vivo y muero,
Estoi lexos y cerca de mí mismo,
Espero en solo un punto y desespero,
Subome al cielo, baxome al abismo,
Quiero lo que aborrezco, blando y fiero;
Me pone el amaros parasismo:
Y con estos contrarios paso á paso
Cerca estoi ya del ultimo traspaso.

ERASTRO.

Yo te prometo, Elicio, que le diera
Todo quanto en la vida me ha quedado
A Galatea, porque me volviera
El alma y corazon que me ha robado:
Y despues del ganado, le añadiera
Mi perro Gavilan con el Manchado;
Pero como ella debe de ser diosa,
El alma querrá mas que no otra cosa.

ELICIO.

Erastro, el corazon que en alta parte
Es puesto por el hado, suerte ó sino,
Quererle derribar por fuerza, ó arte,
O diligencia humana, es desatino:
Debes de su ventura contentarte,
Que aunque mueras sin ella, yo imagino
Que no hai vida en el mundo mas dichosa,
Como el morir por causa tan honrosa.

Ya se aparejaba Erastro para seguir adelante en su canto, quando sintieron por un espeso montecillo que á sus espaldas estaba, un no pequeño estruendo y ruido: y levantandose los dos en pie por ver lo que era, vieron que

que del monte salia un pastor corriendo á la mayor priesa del mundo, con un cuchillo desnudo en la mano, y la color del rostro mudada: y que tras él venia otro ligero pastor, que á pocos pasos alcanzó al primero, y asiendole por el cabezon del pellico, levantó el brazo en el aire quanto pudo, y un agudo puñal que sin vaina traia, se le escondió dos veces en el cuerpo, diciendo: recibe, ó mal lograda Leonida, la vida de este traidor, que en venganza de tu muerte sacrifico. Y esto fue con tanta presteza, que no tuvieron lugar Elicio y Erastro de estorbarselo, porque llegaron á tiempo que ya el herido pastor daba el ultimo aliento, envuelto en estas pocas y mal formadas palabras: dexarasme, Lisandro, satisfacer al cielo con mas largo arrepentimiento el agravio que te hice, y despues quitarasme la vida, que ahora por la causa que he dicho, mal contenta destas carnes se aparta: y sin poder decir mas, cerró los ojos en sempiterna noche. Por las quales palabras imaginaron Elicio y Erastro, que no con pequeña causa havia el otro pastor executado en él tan cruda y violenta muerte. Y por mejor informarse de todo el suceso, quisieran preguntar-

selo al pastor homicida; pero él con tirado paso, dexando al pastor muerto, y á los dos admirados, se tornó á entrar por el montecillo adelante. Y queriendo Elicio seguirle, y saber dél lo que deseaba, le vieron tornar á salir del bosque, y estando por buen espacio desviado de ellos, en alta voz les dixo: perdonadme, comedidos pastores, si yo no lo he sido en haver hecho en vuestra presencia lo que haveis visto, porque la justa y mortal ira que contra ese traidor tenia concebida, no me dió lugar á mas moderados discursos: lo que os aviso es, que si no quereis enojar á la deidad que en el alto cielo mora, no hagais las obsequias y plegarias acostumbradas por el alma traidora de aquese cuerpo que delante teneis, ni á él deis sepultura, si ya aqui en vuestra tierra no se acostumbra darla á los traidores: y diciendo esto á todo correr se volvió á entrar por el monte, con tanta priesa que quitó la esperanza á Elicio de alcanzarle, aunque le siguiese, y asi se volvieron los dos con tiernas entrañas á hacer el piadoso oficio, y dar sepultura como mejor pudiesen al miserable cuerpo que tan repentinamente havia acabado el curso de sus cortos dias. Erastro fue á su caba-

baña, que no lexos estaba, y trayendo suficiente aderezo hizo una sepultura en el mismo lugar do el cuerpo estaba, y dandole el ultimo vale, le pusieron en ella. Y no sin compasion de su desdichado caso, se volvieron á sus ganados, y recogiendolos con alguna priesa, porque ya el sol se entraba á mas andar por las puertas del Occidente, se recogieron á sus acostumbrados alvergues, donde no su sosiego dellos, ni el poco que sus cuidados le concedian, podian apartar á Elicio de pensar qué causas havian movido á los dos pastores para venir á tan desesperado trance; y ya le pesaba de no haver seguido al pastor homicida, y saber dél si fuera posible lo que deseaba. Con este pensamiento, y con los muchos que sus amores le causaban, despues de haver dexado en segura parte su rebaño, se salió de su cabaña, como otras veces solia, y con la luz de la hermosa Diana, que resplandeciente en el cielo se mostraba, se entró por la espesura de un espeso bosque adelante, buscando algun solitario lugar, adonde en el silencio de la noche con mas quietud pudiese soltar la rienda á sus amorosas imaginaciones, por ser cosa ya averiguada que á los tristes imaginativos

corazones ninguna cosa les es de mayor gusto que la soledad despertadora de memorias tristes ó alegres. Y asi yendose poco á poco, gustando de un templado zefiro que en el rostro le heria, lleno de suavisimo olor que de las olorosas flores de que el verde suelo estaba colmado, al pasar por ellas blandamente robaba envuelto en el ayre delicado, oyó una voz como de persona que dolorosamente se quexaba, y recogiendo por un poco en sí mismo el aliento, porque el ruido no le estorbase de oír lo que era, sintió que de unas apretadas zarzas, que poco desviadas de él estaban, la entristecida voz salía; y aunque interrota de infinitos suspiros, entendió que estas tristes razones pronunciaba. Cobarde y temeroso brazo, enemigo mortal de lo que á ti mismo debes, mira que ya no queda de quien tomar venganza sino de ti mismo: de qué te sirve alargar la vida que tan aborrecida tengo? si piensas que es nuestro mal de los que el tiempo suele curar, vives engañado; porque no hai cosa mas fuera de remedio, que nuestra desventura; pues quien la pudiera hacer buena, la tuvo tan corta, que en los verdes años de su alegre juventud ofreció la vida al carni-

nicero cuchillo, que se la quitase por la traicion del malvado Carino, que hoi con perder la suya havrá aplacado en parte á aquella venturosa alma de Leonida, si en la celeste parte donde mora, puede caber deseo de venganza alguna. Ha Carino, Carino! ruego yo á los altos cielos, si dellos las justas plegarias son oídas, que no admitan la disculpa, si alguna dieres, de la traicion que me hiciste, y que permitan que tu cuerpo carezca de sepultura, asi como tu alma careció de misericordia. Y tú, hermosa y mal lograda Leonida, recibe en muestra del amor que en vida te tuve, las lagrimas que en tu muerte derramo; y no atribuyas á poco sentimiento el no acabar la vida, con el que de tu muerte recibo; pues sería poca recompensa á lo que debo y deseo sentir, el dolor que tan presto se acabase: tu verás, si de las cosas de acá tienes cuenta, como este miserable cuerpo quedará un dia consumido del dolor, poco á poco, para mayor pena y sentimiento: bien ansi como la mojada y encendida polvora, que sin hacer estrépito, ni levantar llama en alto, entre sí mesma se consume, sin dexar de sí sino el rastro de las consumidas cenizas. Dueleme quan-

to puede dolerme, ó alma del alma mia, que ya que no pude gozarte en la vida, en la muerte no puedo hacerte las obsequias y honras que á tu bondad y virtud convenian; pero yo te prometo y juro, que el poco tiempo, que será bien poco, que esta apasionada anima mia rigiere la pesada carga deste miserable cuerpo, y la voz cansada tuviere aliento que la forme, de no tratar otra cosa en mis tristes y amargas canciones, que de tus alabanzas y merecimientos. A este punto cesó la voz, por la qual Elicio conoció claramente que aquel era el pastor homicida, de que recibió mucho gusto, por parecerle que estaba en parte donde podria saber dél lo que deseaba: y queriendo llegar mas cerca, huvo de tornarse á parar, porque le pareció que el pastor templaba un rabel, y quiso escuchar primero, si al son dél alguna cosa diria: y no tardó mucho, que con suave y acordada voz oyó que desta manera cantaba.

LISANDRO.

O alma venturosa,
Que del humano velo
Libre al alta region viva volaste,
Dexando en tenebrosa

Carcel de desconsuelo
Mi vida, aunque contigo la llevaste!
Sin tí, escura dexaste
La luz clara del dia,
Por tierra derribada
La esperanza fundada
En el mas firme asiento de alegria:
En fin con tu partida
Quedó vivo el dolor, muerta la vida.

Envuelto en tus despojos
La muerte se ha llevado
El mas subido estremo de belleza,
La luz de aquellos ojos
Que en haverte mirado
Tenian encerrada su riqueza:
Con presta ligereza
Del alto pensamiento,
Y enamorado pecho
La gloria se ha deshecho,
Como la cera al sol ó niebla al viento;
Y toda mi ventura
Cierra la piedra de tu sepultura.

Cómo pudo la mano
Inexorable y cruda,

Y el intento cruel, facinoroso
Del vengativo hermano,
Dexar libre y desnuda
Tu alma del mortal velo hermoso?
Porqué turbó el reposo
De nuestros corazones?
Que si no se acabaran,
En uno se juntaran
Con honestas y santas condiciones.
Ay fiera mano esquiva,
Cómo ordenaste que muriendo viva!

En llanto sempiterno
Mi anima mezquina
Los años pasará meses y dias:
La tuya en gozo eterno,
Y edad firme y contina
No temerá del tiempo las porfias:
Con dulces alegrias
Verás firme la gloria
Que tu loable vida
Te tuvo merecida;
Y si puede caber en tu memoria
Del suelo no perderla,
De quien tantos te amó debes tenerla.

Mas,

Mas, ó quan simple he sido,
Alma bendita y bella!
De pedir que te acuerdes ni aun burlando
De mí que te he querido,
Pues sé que mi querella
Se irá con tal favor eternizando:
Mejor es, que pensando
Que soi de tí olvidado,
Me apriete con mi llaga,
Haga que se deshaga
Con el dolor la vida que ha quedado,
Con tan estraña suerte,
Que no tiene por mal el de la muerte.

Goza en el santo coro
Con otras almas santas,
Alma, de aquel seguro bien eterno,
Alto, rico tesoro,
Mercedes, gracias tantas,
Que goza el que no huye el buen sendero:
Alli gozar espero,
Si por tus pasos guio,
Contigo en paz entera
De eterna primavera
Sin temor, sobresalto, ni desvio;
A esto me encamina,

Pues

Pues será hazaña de tus obras dina:

Y pues vosotras, celestiales almas,
Veis el bien que deseo,
Creced las alas á tan buen deseo.

Aqui cesó la voz, pero no los suspiros del desdichado que cantado havia, y lo uno y lo otro fue parte de acrecentar en Elicio la gana de saber quien era. Y rompiendo por las espinosas zarzas, por llegar mas presto á do la voz salía, salió á un pequeño prado, que todo en redondo á manera de teatro de espesisimas é intrincadas matas estaba ceñido, en el qual vió un pastor que con estremado brio estaba con el pie derecho delante, y el izquierdo atrás, y el diestro brazo levantado á guisa de quien esperaba hacer algun recio tiro. Y asi era la verdad, porque con el ruido que Elicio al romper por las matas havia hecho, pensando ser alguna fiera (de la qual convenia defenderse el pastor del bosque) se havia puesto á punto de arrojarle una pesada piedra que en la mano tenia. Elicio, conociendo por su apostura su intento, antes que le efetuase, le dixo: sosiega el pecho, lastimado

do pastor, que el que aqui viene, trae el suyo aparejado á lo que mandarle quisieres, y quien el deseo de saber tu ventura le ha hecho romper tus lagrimas, y turbar el alivio que de estar solo se te podria seguir. Con estas blandas y comedidas palabras de Elicio se sosegó el pastor, y con no menos blandura le respondió, diciendo: tu buen ofrecimiento agradezco, qualquiera que tu seas, comedido pastor; pero si ventura quieres saber de mí que nunca la tuve, mal podrás ser satisfecho. Verdad dices, respondió Elicio, pues por las palabras y quejas que esta noche te he oído, muestras bien claro la poca ó ninguna que tienes; pero no menos satisfarás mi deseo con decirme tus trabajos, que con declararme tus contentos; y asi la fortuna te los dé en lo que deseas, que no me niegues lo que te suplico, si ya el no conocerme no lo impide; aunque para asegurarte y moverte, te hago saber que no tengo el alma tan contenta, que no sienta en el punto que es razon las miserias que me contares: esto te digo, porque sé que no hai cosa mas escusada y aun perdida, que contar el miserable sus desdichas á quien tiene el pecho colmado de contentos. Tus buenas razones me obli-

obligan, respondió el pastor, á que te satisfaga en lo que me pides, asi porque no imagines que de poco y acobardado animo nacen las quejas y lamentaciones que dices que de mí has oído, como porque conozcas que aun es mui poco el sentimiento que muestro á la causa que tengo de mostrarlo. Elicio se lo agradecio mucho, y despues de haver pasado entre los dos mas palabras de comedimiento, dando señales Elicio de ser verdadero amigo del pastor del bosque, y conociendo él que no eran fingidos ofrecimientos, vino á conceder lo que Elicio rogaba. Y sentandose los dos sobre la verde yerba, cubiertos con el resplandor de la hermosa Diana, que en claridad aquella noche con su hermano competir podía, el pastor del bosque, con muestras de un tierno dolor comenzó á decir desta manera.

En las riberas de Betis, caudalosisimo rio, que la gran Vandalia enriquece, nació Lisandro (que este es el nombre desdichado mio) y de tan nobles padres, qual pluguiera al soberano Dios, que en mas baxa fortuna fuera engendrado; porque muchas veces la nobleza del linage pone alas y esfuerza el animo á levantar los ojos adonde la humilde suerte no

osá-

osára jamas levantarlos, y de tales atrevimientos suelen suceder á menudo semejantes calamidades como las que de mí oirás, si con atencion me escuchas. Nació asi mismo en mi aldea una pastora, cuyo nombre era Leonida, suma de toda la hermosura, que en gran parte de la tierra segun yo imagino pudiera hallarse: de no menos nobles y ricos padres nacida, que su hermosura y virtud merecian. De do nació que por ser los parientes de entrambos de los mas principales del lugar, y estar en ellos el mando y gobernacion del pueblo, la envidia, enemiga mortal de la sosegada vida, sobre algunas diferencias del gobierno del pueblo vino á poner entre ellos zizaña y mortalisima discordia; de manera, que el pueblo fue dividido en dos parcialidades, la una seguia la de mis parientes, la otra la de los de Leonida, con tan arraigado rencor y mal animo, que no ha sido parte para ponerlos en paz ninguna humana diligencia. Ordenó pues la suerte, para echar de todo punto el sello á nuestra amistad, que yo me enamorase de la hermosa Leonida, hija de Parmindro, principal cabeza del vando contrario, y fue mi amor tan de veras, que aunque procuré con infinitos

tos medios quitarle de mis entrañas, el fin de todos venia á parar á quedar mas vencido y sugeto. Poniaseme delante un monte de dificultades, que conseguir el fin de mi deseo me estorbaban, como eran el mucho valor de Leonida, la endurecida enemistad de nuestros padres, las pocas coyunturas ó ninguna que se me ofrecian para descubrirle mi pensamiento; y con todo esto, quando ponia los ojos de la imaginacion en la singular belleza de Leonida, qualquiera dificultad se allanaba, de suerte que me parecia poco romper por entre agudas puntas de diamantes para llegar al fin de mis amorosos y honestos pensamientos.

Haviendo pues por muchos dias combatido conmigo mesmo por ver si podria apartar el alma de tan ardua empresa, y viendo ser imposible, recogí toda mi industria á considerar con qual podria dar á entender á Leonida el secreto amor de mi pecho: y como los principios en qualquier negocio sean siempre dificultosos, en los que tratan de amor son por la mayor parte dificultosisimos, hasta que el mesmo amor, quando se quiere mostrar favorable, abre las puertas del remedio, donde parece que están mas cerradas, y asi se pareció en

en mí, pues guiado por su pensamiento el mio, vine á imaginar que ningun medio se ofrecia mejor á mi deseo, que hacerme amigo de los padres de Silvia, una pastora que era en grande estremo amiga de Leonida, y muchas veces la una á la otra en compañia de sus padres en sus casas se visitaban. Tenia Silvia un pariente que se llamaba Carino, compañero mui familiar de Crisalvo, hermano de la hermosa Leonida, cuya bizarria y aspereza de costumbres le havian dado renombre de cruel, y asi de todos los que le conocian, el cruel Crisalvo era ordinariamente llamado: y ni mas ni menos á Carino el pariente de Silvia, y compañero de Crisalvo, por ser entremetido y agudo de ingenio, el astuto Carino le llamaban, del qual y de Silvia (por parecerme que me convenia) con el medio de muchos presentes y dadivas forgé la amistad, al parecer posible; á lo menos de parte de Silvia fue mas firme de lo que yo quisiera, pues los regalos y favores que ella con limpias entrañas me hacia obligada de mis continuos servicios, tomó por instrumentos mi fortuna para ponerme en la desdicha que ahora me veo. Era Silvia hermosa en estremo, y de tan-

tas

tas gracias adornada, que la dureza del crudo corazon de Crisalvo se movió á amarla: y esto yo no lo supe sino con mi daño, y de alli á muchos dias, y ya que con larga experiencia estuve seguro de la voluntad de Silvia, un dia ofreciendoseme comodidad, con las mas tiernas palabras que pude, le descubrí la llaga de mi lastimado pecho, diciendole que aunque era tan profunda y peligrosa, no la sentia tanto, solo por imaginar que en su solicitud estaba el remedio de ella, advirtiendole ansi mismo el honesto fin á que mis pensamientos se encaminaban, que era juntarme por legitimo matrimonio con la bella Leonida: y que pues era causa tan justa y buena, no se havia de desdeñar de tomarla á su cargo. Enfin por no serte prolijo, el amor me ministró tales palabras que le digese, que ella vencida de ellas, y mas por la pena que ella como discreta por las señales de mi rostro conoció que en mi alma moraba, se determinó de tomar á su cargo mi remedio y decir á Leonida lo que yo por ella sentía, prometiendo de hacer por mí todo quanto su fuerza é industria alcanzase, puesto que se le hacia dificultosa tal empresa, por la inimicicia grande que entre nuestros pa-

padres conocia, aunque por otra parte imaginaba poder dar principio al fin de sus discordias, si Leonida conmigo se casase. Movida pues con esta buena intencion y enternecida con lagrimas que yo derramaba, como ya he dicho, se aventuró á ser intercesora de mi contento, y discurriendo consigo qué entrada tendria para con Leonida, me mandó que le escribiese una carta, la qual ella se ofrecia á darla quando tiempo le pareciese. Parecióme á mí bien su parecer, y aquel mismo dia le envié una que por haver sido principio del contento que por su respuesta sentí, siempre la he tenido en la memoria, puesto que fuera mejor no acordarme de cosas alegres en tiempo tan triste como es el en que ahora me hallo. Recibió la carta Silvia, y aguardaba ocasion de ponerla en las manos de Leonida. No, dixo Elicio, atajando las razones de Lisandro, no es justo que me dexes de decir la carta que á Leonida enviaste, que por ser la primera, y por hallarte tan enamorado en aquella sazon, sin duda debe de ser discreta. Y pues me has dicho que la tienes en la memoria y el gusto que por ella grangeaste, no me lo niegues ahora en no decirmela. Bien dices, ami-

go, respondió Lisandro, que yo estaba entonces tan enamorado y temeroso, como ahora descontento y desesperado, y por esta razon me parece que no acerté á decir alguna, aunque fue harto acertamiento que Leonida las creyese las que en la carta iban. Ya que tanto deseas saberlas, decia de esta manera.

LISANDRO A LEONIDA.

Mientras que he podido (aunque con grandisimo dolor mio) resistir con las propias fuerzas á la amorosa llama que por tí, ó hermosa Leonida, me abrasa, jamas he tenido atrevimiento, temeroso del subido valor que en tí conozco, de descubrirte el amor que te tengo; mas ya que es consumida aquella virtud que hasta aqui me ha hecho fuerte, hame sido forzoso descubriendo la llaga de mi pecho, tentar con escribirte tu primero y ultimo remedio. Que sea el primero, tu lo sabes, y de ser el ultimo está en tu mano, de la qual espero la misericordia que tu hermosura promete y mis honestos deseos merecen. Los quales y el fin adonde se encaminan, conocerás de Silvia que esta te dará; y pues ella se ha atrevido, con

con ser quien es, á llevartela, entiende que son tan justos, quanto á tu merecimiento se deben.

No le parecieron mal á Elicio las razones de la carta de Lisandro, el qual prosiguiendo la historia de sus amores, dixo: no pasaron muchos dias sin que esta carta viniese á las hermosas manos de Leonida, por medio de las piadosas de Silvia, mi verdadera amiga: la qual, junto con darsela, le dixo tales cosas que con ellas templó en gran parte la ira y alteracion que con mi carta Leonida havia recibido, como fue decirle quanto bien se seguiria, si por nuestro casamiento la enemistad de nuestros padres se acababa, y que el fin de tan buena intencion la havia de mover á no desechar mis deseos; quanto mas que no se debia compadecer con su hermosura, dexar morir sin mas respeto á quien tanto como yo la amaba, añadiendo á estas otras razones que Leonida conoció que lo eran. Pero por no mostrarse al primer encuentro rendida, y á los primeros pasos alcanzada, no dió tan agradable respuesta á Silvia como ella quisiera. Pero con todo esto, por intercesion de Silvia, que á ello le forzó, res-

 pon-

pondió con esta carta que ahora te diré.

LEONIDA A LISANDRO.

Si entendiera, Lisandro, que tu mucho atrevimiento havia nacido de mi poca honestidad, en mí mesma executara la pena que tu culpa merece; pero por asegurarme de esto, lo que yo de mí conozco, vengo á conocer que mas ha procedido tu osadia de pensamientos ociosos, que de enamorados; y aunque ellos sean de la manera que dices, no pienses que me has de mover á mi para remediallos, como á Silvia para creellos, de la qual tengo mas queja por haverme forzado á responderte, que de tí que te atreviste á escribirme, pues el callar fuera digna respuesta á tu locura. Si te retraes de lo comenzado, harás como discreto, porque te hago saber que pienso tener mas cuenta con mi honra, que con tus vanidades.

Esta fue la respuesta de Leonida, la qual junto con las esperanzas que Silvia me dió, aunque ella parecia algo aspera, me hizo tener por el mas bien afortunado del mundo. Mientras estas cosas entre nosotros pasaban, no

no se descuidaba Crisalvo de solicitar á Silvia con infinitos mensages, presentes y servicios; mas era tan fuerte y desabrida la condicion de Crisalvo, que jamas pudo mover á la de Silvia á que un pequeño favor le diese. De lo qual estaba tan desesperado é impaciente, como un agarrochado y vencido toro. Por causa de sus amores havia tomado amistad con el astuto Carino, pariente de Silvia, haviendo los dos sido primero mortales enemigos, porque en cierta lucha que un dia de una grande fiesta delante de todo el pueblo los zagales mas diestros del lugar tuvieron, Carino fue vencido de Crisalvo y maltratado: de manera que concibió en su corazon odio perpetuo contra Crisalvo, y no menos lo tenia contra otro hermano mio, por haverle sido contrario en unos amores, de los quales mi hermano llevó el fruto que Carino esperaba. Este rencor y mala voluntad tubo Carino secreto hasta que el tiempo le descubrió ocasion como á un mesmo punto se vengase de entrambos, por el mas cruel estilo que imaginarse puede. Yo le tenia por amigo, porque la entrada en casa de Silvia no se me impidiese; Crisalvo le adoraba, porque favoreciese sus

pensamientos con Silvia ; y era de suerte su amistad , que todas las veces que Leonida venia á casa de Silvia , Carino la acompañaba ; por la qual causa le pareció bien á Silvia darle cuenta , pues era mi amigo , de los amores que yo con Leonida trataba , que en aquella sazon andaban ya tan vivos y venturosos, por la buena intercesion de Silvia , que ya no esperabamos sino tiempo y lugar donde coger el honesto fruto de nuestros limpios deseos; los quales sabidos de Carino , me tomó por instrumento para hacer la mayor traicion del mundo. Porque un dia (haciendo del leal con Crisalvo , y dandole á entender que tenia en mas su amistad que la honra de su parienta) le dixo , que la principal causa por que Silvia no le amaba ni favorecia , era por estar de mí enamorada , y que él lo sabia infaliblemente, y que ya nuestros amores iban tan al descubierto , que si él no huviera estado ciego de la pasion amorosa , en mil señales lo huviera ya reconocido ; y que para certificarse mas de la verdad que le decia , que de alli adelante mirase en ello , porque veria claramente como sin empacho alguno Silvia me daba extraordinarios favores. Con estas nuevas de-

bió

bió de quedar tan fuera de si Crisalvo, como pareció por lo que de ellas sucedió. De alli adelante Crisalvo traia espias, por ver lo que yo con Silvia pasaba: y como yo muchas veces procurase hallarme solo con ella para tratar, no de los amores que él pensaba, sino de lo que á los mios convenia, eranle á Crisalvo referidas, con otros favores que de limpia amistad procedidos, Silvia á cada paso me hacia. Por lo que vino Crisalvo á terminos tan desesperados, que muchas veces procuró matarme, aunque yo no pensaba que era por semejante ocasion, sino por lo de la antigua enemistad de nuestros padres. Mas por ser él hermano de Leonida, tenia yo mas cuenta con guardarme, que con ofenderle, teniendo por cierto que si yo con su hermana me casaba, tendrian fin nuestras enemistades, de lo que él estaba bien ageno, antes se pensaba que por serle yo enemigo havia procurado tratar amores con Silvia, y no porque yo bien la quisiese: y esto le acrecentaba la colera y enojo de manera que le sacaba de juicio, aunque él tenia tan poco, que poco era menester para acabarselo; y pudo tanto en él este mal pensamiento, que vino á abor-

aborrecer à Silvia tanto quanto la havia querido, solo porque á mí me favorecia no con la voluntad que él pensaba, sino como Carino le decia; y asi en qualesquier corrillos y juntas que se hallaba, decia mal de Silvia, dandole titulos y renombres deshonestos. Pero como todos conocian su terrible condicion y la bondad de Silvia, daban poco ó ningun credito á sus palabras. En este medio havia concertado Silvia con Leonida, que los dos nos desposasemos, y que para que mas á nuestro salvo se hiciese, sería bien que un dia que con Carino Leonida viniese á su casa, no volviese por aquella noche á las de sus padres, sino que desde alli en compañia de Carino se fuese á una aldea que media legua de la nuestra estaba, donde unos ricos parientes mios vivian, en cuya casa con mas quietud podiamos poner en efecto nuestras intenciones. Porque si del suceso de ellas los padres de Leonida no fuesen contentos, á lo menos estando ella ausente seria mas facil el concertarse. Tomado pues este apuntamiento, y dando cuenta dél á Carino, le ofreció con muestras de grandisimo animo, que llevaria á Leonida á la otra aldea, como ella fuese contenta.

ta. Los servicios que yo hice á Carino por la buena voluntad que mostraba, las palabras de ofrecimiento que le dixe, los abrazos que le dí, me parece que bastáran á deshacer en un corazon de acero qualquiera mala intencion que contra mí tuviera. Pero el traidor de Carino, echando á las espaldas mis palabras, obras y promesas, sin tener cuenta con la que á sí mismo debia, ordenó la traicion que ahora oirás. Informado Carino de la voluntad de Leonida, y viendo ser conforme á la que Silvia le havia dicho, ordenó que la primera noche que por las muestras del dia entendiesen que havia de ser escura, se pusiese por obra la ida de Leonida, ofreciendose de nuevo á guardar el secreto y lealtad posible.

Despues de hecho este concierto que has oido, se fue á Crisalvo segun despues acá he sabido, y le dixo que su parienta Silvia iba tan adelante en los amores que conmigo traia, que en una cierta noche havia determinado de sacarla de casa de sus padres, y llevarla á la otra aldea, do mis parientes moraban, donde se le ofrecia coyuntura de vengar su corazon en entrambos, en Silvia por la poca cuenta que de sus servicios havia hecho, en

en mí por nuestra vieja enemistad, y por el enojo que le havia hecho en quitarle á Silvia, pues por solo mi respeto le dexaba. De tal manera le supo encarecer y decir Carino lo que quiso, que con mucho menos á otro corazon no tan cruel como el suyo, moviera á qualquier mal pensamiento. Llegado pues ya el dia que yo pense que fuera el de mi mayor contento, dexando dicho á Carino no lo que hizo, sino lo que havia de hacer, me fui á la otra aldea á dar orden como recibir á Leonida. Y fue el dexarla encomendada á Carino, como quien dexa á la simple corderuela en poder de los hambrientos lobos, ó la mansa paloma entre las uñas del fiero gavilan que la despedace. Ay amigo! que llegando á este paso con la imaginacion, no sé como tengo fuerzas para sostener la vida, ni pensamiento para pensarlo, quanto mas lengua para decirlo! Ay mal aconsejado Lisandro! cómo, y no sabias tú las condiciones dobladas de Carino? Mas quién no se fiára de sus palabras, aventurando él tan poco en hacerlas verdaderas con las obras? Ay mal lograda Leonida! quan mal supe gozar de la merced que me hiciste en escogerme por tuyo!

yo! Enfin, por concluir con la tragedia de mi desgracia, sabras discreto pastor, que la noche que Carino havia de traer consigo á Leonida á la aldea, donde yo la esperaba, él llamó á otro pastor, que debia de tener por enemigo, aunque él se lo encubria debaxo de su falsa acostumbrada disimulacion, el qual Libeo se llamaba, y le rogó que aquella noche le hiciese compañia, porque determinaba llevar una pastora, su aficionada, á la aldea que te he dicho, donde pensaba desposarse con ella. Libeo, que era gallardo y enamorado, con facilidad le ofreció su compañia. Despidióse Leonida de Silvia con estrechos abrazos y amorosas lagrimas, como presagio que havia de ser la ultima despedida. Debia de considerar entonces la sin ventura la traicion que á sus padres hacia, y no la que á ella Carino le ordenaba, y quan mala cuenta daba de la buena opinion que della en el pueblo se tenia. Mas pasando de paso por todos estos pensamientos, forzada del enamorado que la vencia, se entregó á la guardia de Carino, que adonde yo la aguardaba la trugese. Quantas veces se viene á la memoria, llegando á este punto, lo que soñe el dia que le

le tuviera yo por dichoso, si en él feneciera la cuenta de los de mi vida! Acuerdome que saliendo del aldea un poco antes que el sol acabase de quitar sus rayos de nuestro Orizonte, me sente al pie de un alto fresno en el mesmo camino por donde Leonida havia de venir, esperando que cerrase algo mas la noche para adelantarme y recibilla, y sin saber como y sin yo quererlo me quedé dormido; y apenas huve entregado los ojos al sueño, quando me pareció que el arbol donde estaba arrimado, rindiendose á la furia de un recisimo viento que soplaba, desarraigando las hondas raices de la tierra, sobre mi cuerpo se caia, y que procurando yo evadirme del grave peso, á una y á otra parte me revolvia: y estando en esta pesadumbre, me pareció ver una blanca cierva junto á mí, á la qual yo ahincadamente suplicaba que como mejor pudiese, apartase de mis hombros la pesada carga; y que queriendo ella movida de compasion hacerlo, al mismo instante salió un fiero leon del bosque, y cogiendola entre sus agudas uñas, se metía con ella por el bosque adelante; y que despues que con gran trabajo me havia escapado del grave peso, la

la iba á buscar al monte, y la hallaba despedazada y herida por mil partes: de lo qual tanto dolor sentia, que el alma se me arrancaba solo por la compasion que ella havia mostrado de mi trabajo; y ansi comencé á llorar entre sueños, de manera que las mismas lagrimas me despertaron; y hallando las megillas bañadas del llanto, quedé fuera de mí, considerando lo que havia soñado; pero con la alegria que esperaba tener de ver á mi Leonida, no eché de ver entonces que la fortuna entre sueños me mostraba lo que de alli á poco rato despierto me havia de suceder. A la sazon que yo desperté, acababa de cerrar la noche con tanta escuridad, con tan espantosos truenos y relampagos, como convenia para cometerse con mas facilidad la crueldad que en ella se cometió. Asi como Carino salió de casa de Silvia con Leonida, se la entregó á Libeo, diciendole que se fuese con ella por el camino de la aldea que he dicho; y aunque Leonida se alteró de ver á Libeo, Carino la aseguró que no era menor amigo mio Libeo que él propio, y que con toda seguridad podia ir con él poco á poco entanto que él se adelantaba á darme á mí las nue-

vas

vas de su llegada. Creyó la simple, enfin como enamorada, las palabras del falso Carino, y con menor recelo del que convenia, guiada del comedido Libeo, tendia los temerosos pasos para venir á buscar el ultimo de su vida, pensando hallar el mejor de su contento. Adelantóse Carino de los dos, como ya te he dicho, y vino á dar aviso á Crisalvo de lo que pasaba, el qual con otros quatro parientes suyos en el mismo camino por donde havian de pasar, que todo era cerrado de bosque de una y otra parte, escondidos estaban: y dixoles como Silvia venia, y solo yo que la acompañaba, y que se alegrasen de la buena ocasion que la suerte les ponia en las manos para vengarse de la injuria que los dos le haviamos hecho, y que él seria el primero que en Silvia, aunque era parienta suya, probase los filos de su cuchillo. Apercibieronse luego los cinco crueles carniceros para colorarse en la innocente sangre de los dos, que tan sin cuidado de traicion semejante por el camino se venian; los quales llegados á dò la celada estaba, al instante fueron con ellos los perfidos homicidas, y cerraronlos en medio. Crisalvo se llegó á Leoni-

nida , pensando ser Silvia, y con injuriosas y turbadas palabras , con la infernal colera que le señoreaba , con seis mortales heridas la dexó tendida en el suelo , á tiempo que ya Libeo por los otros quatro , creyendo que á mí me las daban , con infinitas puñaladas se revolcaba por la tierra. Carino que vió quan bien havia salido el traidor intento suyo, sin aguardar razones, se les quitó delante ; y los cinco traidores contentisimos, como si huvieran hecho alguna famosa hazaña , se volvieron á su aldea , y Crisalvo se fue á casa de Silvia á dar él mesmo á sus padres la nueva de lo que havia hecho , por acrecentarles el pesar y sentimiento : diciendoles , que fuesen á dar sepultura á su hija Silvia , á quien él havia quitado la vida , por haver hecho mas caudal de la fria voluntad de Lisandro su enemigo , que no de los continuos servicios suyos. Silvia que sintió lo que Crisalvo decia , dandole el alma lo que havia sido , le dixo como ella estaba viva , y aun libre de todo lo que la imputaba , y que mirase no huviese muerto á quien le doliese mas su muerte que perder él mismo la vida. Y con esto le dixo , que su hermana Leonida se havia parti-

tido aquella noche de su casa en trage no acostumbrado. Atonito quedó Crisalvo de ver á Silvia viva, teniendo él por cierto que la dexaba ya muerta, y con no pequeño sobresalto acudió luego á su casa, y no hallando en ella á su hermana, con grandisima confusion y furia volvió él solo á ver quien era la que havia muerto, pues Silvia estaba viva. Mientras todas estas cosas pasaban, estaba yo con una ansia estraña esperando á Carino y Leonida; y pareciendome que ya tardaban mas de lo que debian, quise ir á encontrarlos, ó á saber si por algun caso aquella noche se havian detenido, y no anduve mucho por el camino, quando oí una lastimada voz que decia: ó soberano hacedor del cielo! encoje la mano de tu justicia, y abre la de tu misericordia para tenerla de esta alma que presto te dará cuenta de las ofensas que te ha hecho. Ay Lisandro, Lisandro, y como la amistad de Carino te costará la vida, pues no es posible que te la acabe el dolor de haverla yo por tí perdido! Ay cruel hermano! es posible que sin oir mis disculpas, tan presto me quisiste dar la pena de mi yerro? Quando estas razones oí, en la voz y en ellas cono-

noci luego ser Leonida la que las decia, y presagio de mi desventura, con el sentido turbado fui atiento á dar adonde Leonida estaba envuelta en su propria sangre, y haviendola conocido luego, dexandome caer sobre el herido cuerpo, haciendo los estremos de dolor posible, le dixe: qué desdicha es esta, bien mio? anima mia, quál fue la cruel mano que no ha tenido respeto á tanta hermosura? En estas palabras fui conocido de Leonida; y levantando con gran trabajo los cansados brazos, los echó por cima de mi cuello, y apretando con la mayor fuerza que pudo, juntando su boca con la mia, con flacas y mal pronunciadas razones me dixo solas estas: mi hermano me ha muerto, Carino vendido, Libeo está sin vida, la qual te dé Dios á tí, Lisandro mio, largos y felices años, y á mí me dexe gozar en la otra del reposo que aqui me ha negado; y juntando mas su boca con la mia, haviendo cerrado los labios para darme el primero y ultimo beso, al abrillos se le salió el alma, y quedó muerta en mis brazos. Quando yo lo sentí, abandonandome sobre el cuerpo, quedé sin ningun sentido; y si como era yo el vivo, fuera el

muerto, quien en aquel trance nos viera, el lamentable de Piramo y Tisbe trugera á la memoria. Mas despues que volvi en mí abriendo ya la boca para llenar el aire de voces y suspiros, senti que ácia donde yo estaba venia uno con apresurados pasos, y llegando cerca, aunque la noche hacia escura, los ojos del alma me dieron á conocer, que el que alli venia era Crisalvo, como era la verdad; él tornaba á certificarse, si por ventura era su hermana Leonida la que havia muerto: y como yo le conoci, sin que de mí se guardase, llegué á él como sañudo leon, y dandole dos heridas, dí con él en tierra; y antes que acabase de espirar, le llevé arrastrando adonde Leonida estaba, y poniendo en la mano muerta de Leonida el puñal que su hermano traia, que era el mismo con que ella havia muerto, ayudandole yo á ello, tres veces se le hinque por el corazon; y consolado en algo el mio con la muerte de Crisalvo, sin mas detenerme tomé sobre mis hombros el cuerpo de Leonida, y llevele á la aldea donde mis parientes vivian. Y contandoles el caso, les rogue le diesen honrada sepultura, y luego determiné de tomar en Carino la venganza-

ganza que en Crisalvo, el qual por haverse ausentado de nuestra aldea se ha tardado hasta hoy, que le hallé á la salida de este bosque, despues de haver seis meses que ando en su demanda: él ha hecho ya el fin que su traicion merecia; y á mí no me queda ya de quien tomar venganza, sino es de la vida, que tan contra mi voluntad sostengo. Esta es, pastor, la causa de do proceden los lamentos que me has oido. Si te parece que es bastante para causar mayores sentimientos, á tu buena discrecion dexo que lo considere. Y con esto dió fin á su platica, y principio á tantas lagrimas, que no pudo dexar Elicio de tenerle compañia en ellas; pero despues que por largo espacio havian desfogado con tiernos suspiros el uno la pena que sentia, el otro la compasion que de ella tomaba, Elicio comenzó con las mejores razones que supo, á consolar á Lisandro, aunque era su mal tan sin consuelo como por el suceso de él havia visto; y entre otras cosas que le dixo, y la que á Lisandro mas le quadró, fue decirle: que en los males sin remedio, el mejor era no esperarles ninguno; y que pues de la honestidad y noble condicion de Leonida se podria

dria creer, segun él decia, que de dulce vida gozaba: antes debia alegrarse del bien que ella havia ganado, que no entristecerse por el que él havia perdido. A lo qual respondió Lisandro: bien conozco, amigo, que tienen fuerza tus razones para hacerme creer que son verdaderas; pero no que la tienen, ni la tendrán las que todo el mundo decirme pudiere, para darme consuelo alguno: en la muerte de Leonida comenzó mi desventura, la qual se acabará quando yo la torne á ver; y pues esto no puede ser sin que yo muera, al que me induciere á procurar la muerte, tendre yo por mas amigo de mi vida. No quiso Elicio darle mas pesadumbre con sus consuelos, pues él no los tenia por tales: solo le rogó que se viniese con él á su cabaña, en la qual estaria todo el tiempo que gusto le diese, ofreciendole su amistad en todo aquello que podria ser bueno para servirle. Lisandro se lo agradeció quanto fue posible: y aunque no queria acetar el venir con Elicio, todavia lo huvo de hacer, forzado de su importunacion: y asi los dos se levantaron, y se vinieron á la cabaña de Elicio, donde reposaron lp poco que de la noche quedaba. Pero

ya

ya que la blanca aurora dexaba el lecho del zeloso marido, y comenzaba á dar muestras del venidero dia, levantandose Erastro, comenzó de poner en orden el ganado de Elicio y suyo, para sacarle al pasto acostumbrado. Elicio convidó á Lisandro á que con él se viniese; y asi viniendo los tres pastores con el manso rebaño de sus ovejas por una cañada abaxo, al subir de una ladera, oyeron el sonido de una suave zampoña, que luego por los dos enamorados Elicio y Erastro fue conocido, que era Galatea quien la sonaba: y no tardó mucho que por la cumbre de la cuesta se comenzaron á descubrir algunas ovejas, y luego tras ellas Galatea, cuya hermosura era tanta, que seria mejor dexarla en su punto, pues faltan palabras para encarecerla. Venia vestida de serrana, con los luengos cabellos sueltos al viento, de quien el mismo sol parecia tener envidia, porque hiriendolos con sus rayos, procuraba quitarles la luz, si pudiera; mas la que salia de la vislumbre de ellos, otro nuevo sol semejaba. Estaba Erastro fuera de sí mirandola, y Elicio no podia apartar los ojos de verla. Quando Galatea vió que el rebaño de Elicio y Erastro con el su-

yo se juntaba, mostrando no gustar de tenerles aquel dia compañia, llamó á la borrega mansa de su manada, á la qual siguieron las demas, y encaminola á otra parte diferente de la que los pastores llevaban. Viendo Elicio lo que Galatea hacia, sin poder sufrir tan notorio desden, llegandose á do la pastora estaba, le dixo: dexa, hermosa Galatea, que tu rebaño venga con el nuestro, y si no gustas de nuestra compañia, escoge la que mas te agradare, que no por tu ausencia dexarán tus ovejas de ser bien apacentadas, pues yo que naci para servirte, tendre mas cuenta de ellas, que de las mias propias; y no quieras tan á la clara desdeñarme, pues no lo merece la limpia voluntad que te tengo, que segun el viage que traias, á la fuente de las pizarras te encaminabas, y ahora que me has visto quieres torcer el camino; y si esto es asi como pienso, dime adonde quieres hoy y siempre apacentar tu ganado, que yo te juro de no llevar alli jamas el mio. Yo te prometo, Elicio, respondió Galatea, que no por huir de tu compañia, ni de la de Erastro he vuelto del camino que tu imaginas que llevaba, porque mi intencion es pasar hoy la sies-

siesta en el arroyo de las palmas en compañia de mi amiga Florisa, que allá me aguarda, porque desde ayer concertamos las dos de apacentar hoi alli nuestros ganados; y como yo venia descuidada sonando mi zampoña, la mansa borrega tomó el camino de las pizarras, como de ella mas acostumbrado: la voluntad que me tienes y ofrecimientos que me haces, te agradezco, y no tengas en poco haver dado yo disculpa á tu sospecha. Ay Galatea! replicó Elicio, y quan bien que finges lo que te parece, teniendo tan poca necesidad de usar conmigo artificio, pues al cabo no tengo de querer mas de lo que tu quieres! ora vayas al arroyo de las palmas, al soto del concejo, ó á la fuente de las pizarras, ten por cierto que no has de ir sola, que siempre mi alma te acompaña, y si tu no la vees, es porque no quieres verla, por no obligarte á remediarla. Hasta ahora, respondió Galatea, tengo por ver la primera alma, y asi no tengo culpa, si no he remediado ninguna. No sé como puedes decir eso, respondió Elicio, hermosa Galatea, que las veas para herirlas, y no para curarlas. Testimonio me levantas, replicó Galatea, en decir

que yo sin armas, pues á mugeres no son concedidas, haya herido á nadie. Ay, discreta Galatea! dixo Elicio, como te burlas con lo que de mi alma sientes, á la qual invisiblemente has llagado, y no con otras armas que con las de tu hermosura: y no me quejo yo tanto del daño que me has hecho, como de que le tengas en poco. En menos me tendria yo, respondio Galatea, si en mas le tuviese. A esta sazon llegó Erastro, y viendo que Galatea se iba, y los dexaba, le dixo: adonde vas, ó de quien huyes, hermosa Galatea? Si de nosotros que te adoramos, te alejas, quien esperará de ti compañia? Ay, enemiga! quan al desgaire te vas, triunfando de nuestras voluntades. El cielo destruya la buena que tengo, si no deseo verte enamorada de quien estime tus quejas en el grado que tu estimas las mias. Ríeste de lo que digo, Galatea? Pues yo lloro de lo que tu haces. No pudo Galatea responder á Erastro; porque andaba guiando su ganado acia el arroyo de las palmas, y abaxando desde lexos la cabeza en señal de despedirse, los dexó; y como se vió sola, entanto que llegaba á donde su amiga Florisa creyó que estaria, con la estremada

voz

voz que el cielo plugo darle, fue cantando este soneto.

GALATEA.

A fuera el fuego, el lazo, el yelo y flecha
De amor que abrasa, aprieta, enfria y yere,
Que tal llama mi alma no la quiere,
Ni queda del tal ñudo satisfecha.
Consuma, ciña, yele, mate, estrecha
Tenga otra voluntad quanto quisiere,
Que por dardo, ó por nieve, ó red no espere
Tener la mia en su calor desecha.
Su fuego enfriará mi casto intento,
El ñudo rompere por fuerza ó arte,
La nieve deshará mi ardiente zelo,
La flecha embotará mi pensamiento:
Y asi no temere en segura parte
De amor el fuego, el lazo, el dardo, el yelo.

Con mas justa causa se pudieran parar los brutos, mover los arboles, y juntar las piedras á escuchar el suave canto y dulce armonia de Galatea, que quando á la citara de Orfeo, lira de Apolo, y musica de Anfion los muros de Troya y Tebas por sí mismos se fun-

fundaron, sin que artifice alguno pusiese en ellos las manos; y las hermanas, negras moradoras del hondo caos, á la estremada voz del incauto amante se ablandaron. El acabar el canto Galatea, y llegar adonde Florisa estaba fue todo á un tiempo, de la qual fue con alegre rostro recebida, como aquella que era su amiga verdadera, y con quien Galatea sus pensamientos comunicaba; y despues que las dos dexaron ir á su alvedrio sus ganados á que de la verde yerba paciesen, convidadas de la claridad del agua de un arroyo que por alli corria, determinaron de lavarse los hermosos rostros (pues no era menester para acrecentarles hermosura el vano y enfadoso artificio con que los suyos martirizan las damas que en las grandes ciudades se tienen por mas hermosas): tan hermosas quedaron despues de lavadas como antes lo estaban, excepto que por haver llegado las manos con movimiento al rostro, quedaron sus megillas encendidas y sonroseadas, de modo que un noseque de hermosura les acrecentaba, especialmente á Galatea, en quien se vieron juntas las tres Gracias, á quien los antiguos Griegos pintaban desnudas por mostrar

trar entre otros efectos que eran señoras de la belleza. Comenzaron luego á coger diversas flores del verde prado, con intencion de hacer sendas guirnaldas con que recoger los desordenados cabellos, que sueltos por las espaldas traian. En este exercicio andaban ocupadas las dos hermosas pastoras, quando por el arroyo abaxo vieron al improviso venir una pastora de gentil donaire y apostura, de que no poco se admiraron, porque les pareció que no era pastora de su aldea, ni de las otras comarcanas á ella, á cuya causa con mas atencion la miraron, y vieron que venia poco á poco ácia donde ellas estaban; y aunque estaban bien cerca, ella venia tan embevida y transportada en sus pensamientos, que nunca las vió hasta que ellas quisieron mostrarse. De trecho en trecho se paraba, y vueltos los ojos al cielo, daba unos suspiros tan dolorosos, que de lo mas intimo de sus entrañas parecian arrancados: torcia asimesmo sus blancas manos, y dexaba correr por sus megillas algunas lagrimas, que liquidas perlas semejaban. Por los estremos de dolor que la pastora hacia, conocieron Galatea y Florisa que de algun interno dolor traia el alma

ocu-

ocupada, y por ver en qué paraban sus sentimientos, entrambas se escondieron entre unos cerrados mirtos, y desde alli con curiosos ojos miraban lo que la pastora hacia: la qual llegandose al margen del arroyo, con atentos ojos se paró á mirar el agua que por él corria, y dexandose caer á la orilla de él, como persona cansada, corbando una de sus hermosas manos, cogió en ella del agua clara, con la qual lavandose los humidos ojos, con voz baxa y debilitada dixo: ay claras y frescas aguas! quan poca parte es vuestra frialdad para templar el fuego que en mis entrañas siento! Mal podre esperar de vosotras, ni aun de todas las que contiene el gran mar Oceano, el remedio que he menester, pues aplicadas todas al ardor que me consume, hariades el mesmo efeto que suele hacer la pequeña cantidad en la ardiente fragua que mas su llama acrecienta. Ay tristes ojos! causadores de mi perdicion, y en que fuerte punto os alcé para tan gran caida! Ay fortuna, enemiga de mi descanso! con quanta velocidad me derribaste de la cumbre de mis contentos al abismo de la miseria en que me hallo! Ay cruda hermana! cómo no aplacó la ira de tu de-

desamorado pecho la humilde y amorosa presencia de Arsildo? qué palabras te pudo decir él para que le dieses tan aceda y cruel respuesta? bien parece, hermana, que tu no le tenias en la cuenta que yo le tengo, que si asi fuera, á fe que tu te mostraras tan humilde quanto él á tí sugeto. Todo esto que la pastora decia, mezclaba con tantas lagrimas, que no huviera corazon que escuchandola, no se enterneciera: y despues que por algun espacio huvo sosegado el afligido pecho, al son del agua que mansamente corria, acomodando á su proposito una copla antigua, con suave y delicada voz cantó esta glosa.

Ya la esperanza es perdida,
Y un solo bien me consuela,
Que el tiempo que pasa y vuela,
Llevará presto la vida.

Dos cosas hay en amor
Con que su gusto se alcanza,
Deseo de lo mejor:
Es la otra la esperanza
Que pone esfuerzo al temor:
Las dos hicieron manida

En

En mi pecho, y no las veo,
Antes en la alma afligida,
Porque me acabe el deseo,
Ya la esperanza es perdida,

Si el deseo desfallece
Quando la esperanza mengua,
Al contrario en mí parece,
Pues quanto ella mas desmengua
Tanto mas él se engrandece:
Y no hay usar de cautela
Con las llagas que me atizan,
Que en esta amorosa escuela
Mil males me martizan,
Y un solo bien me consuela,

Apenas huvo llegado
El bien á mi pensamiento,
Quando el cielo, suerte y hado
Con ligero movimiento
Le han del alma arrebatado:
Y si alguno hay que se duela
De mi mal tan lastimero,
Al mal amaina la vela,
Y al bien pasa mas ligero
Que el tiempo que pasa y vuela,

Quién

Quién hay que no se consuma
Con estas ansias que tomo?
Pues en ellas se vee en suma
Ser los cuidados de plomo,
Y los placeres de pluma?
Y aunque va tan de caida
Mi dichosa nueva andanza,
En ella éste bien se anida,
Que quien llevó la esperanza
Llevará presto la vida.

Presto acabó el canto la pastora, pero no las lagrimas con que le solemnizaba; de las quales movidas á compasion Galatea y Florisa, salieron de do escondidas estaban, y con amorosas y corteses palabras á la triste pastora saludaron, diciendole entre otras razones: asi los cielos, hermosa pastora, se muestren favorables á lo que pedirles quisieres, y dellos alcances lo que deseas, que nos digas, si no te es enojoso, qué ventura, ó qué destino te ha traido por esta tierra, que segun la platica que nosotras tenemos della, jamas por estas riberas te havemos visto. Y por haver oido lo que poco ha cantaste, y entender por ello que no tiene tu corazon el

so-

sosiego que ha menester, y por las lagrimas que has derramado, de que dan indicio tus hermosos ojos, en ley de buen comedimiento estamos obligadas á procurarte el consuelo que de nuestra parte fuere posible; y si fuere tu mal de los que no sufren ser consolados, á lo menos conocerás en nosotras una buena voluntad de servirte. No sé con que podré pagaros, respondió la forastera pastora, hermosas zagalas, los corteses ofrecimientos que me haceis, sino es con callar, y agradecello y estimarlos en el punto que merecen, y con no negaros lo que de mí saber quisieredes, puesto que me seria mejor pasar en silencio los sucesos de mi ventura, que no con decirlos daros indicios para que me tengais por liviana. No muestra tu rotro y gentil postura, respondió Galatea, que el cielo te ha dado, tan grosero entendimiento, que con él hicieses cosa que despues huvieses de perder reputacion en decirla; y pues tu vista y palabras en tan poco ha hecho esta impresion en nosotras, que ya te tenemos por discreta, muestranoslo con contarnos tu vida, si llega á tu discrecion tu ventura. A lo que yo creo, respondió la pastora, en un igual andan entrambas,

bas,

bas, si ya no me ha dado la suerte mas juicio para que sienta mas los dolores que se ofrecen; pero yo estoi bien cierta que sobrepujan tanto mis males á mi discrecion, quanto dellos es vencida toda mi habilidad, pues no tengo ninguna para saber remediallos; y porque la experiencia os desengañe, si quisieredes oirme, bellas zagalas, yo os contaré con las mas breves razones que pudiere, como del mucho entendimiento que juzgais que tengo, ha nacido el mal que le hace ventaja. Con ninguna cosa, discreta zagala, satisfarás mas nuestros deseos, respondió Florisa, que con darnos cuenta de lo que te hemos rogado. Apartemonos pues, dixo la pastora, de este lugar, y busquemos otro donde sin ser vistas ni estorbadas pueda deciros lo que me pesa de haveroslo prometido, porque adivino que no estará en mas en perderse la buena opinion que con vosotras he cobrado, que quanto tarde en descubriros mis pensamientos, si acaso los vuestros no han sido tocados de la enfermedad que yo padezco. Deseosas de que la pastora cumpliese lo que prometia, se levantaron luego las tres, y se fueron á un lugar secreto y apartado, que ya Galatea y

Florisa sabian, donde debaxo de la agradable sombra de unos copados mirtos, sin ser vistas de alguno podian todas tres estar sentadas, y luego con estremado donaire y gracia la forastera pastora comenzó á decir desta manera.

En las riberas del famoso Henares que al vuestro dorado Tajo, hermosisimas pastoras, dá siempre fresco y agradable tributo, fui yo nacida y criada no en tan baxa fortuna, que me tuviese por la peor de mi aldea: mis padres son labradores, y á la labranza del campo acostumbrados, en cuyo exercicio los imitaba, trayendo yo una manada de simples ovejas por las dehesas concegiles de nuestra aldea, acomodando tanto mis pensamientos al estado en que mi suerte me havia puesto, que ninguna cosa me daba mas gusto, que ver multiplicar y crecer mi ganado, sin tener cuenta con mas que con procurarle los mas frutiferos y abundosos pastos, claras y frescas aguas que hallar pudiese: no tenia, ni podia tener mas cuidados que los que podian nacer del pastoral oficio en que me ocupaba. Las selvas eran mis compañeras, en cuya soledad muchas veces convidada de la suave

ve harmonia de los dulces pajarillos, despedia la voz á mil honestos cantares, sinque en ellos mezclase suspiros ni razones que de enamorado pecho diesen indicio alguno. Ay! quántas veces solo por contentarme á mi mesma y por dar lugar al tiempo que se pasase, andaba de ribera en ribera, de valle en valle, cogiendo aqui la blanca azucena, alli el cardeno lirio, acá la colorada rosa, acullá la olorosa clavellina, haciendo de todas suertes de odoriferas flores una tegida guirnalda, con que adornaba y recogia mis cabellos, y despues mirandome en las claras y reposadas aguas de alguna fuente, quedaba tan gozosa de haverme visto, que no trocara mi contento por otro alguno! y quántas hice burla de algunas zagalas, que pensando hallar en mi pecho alguna manera de compasion, del mal que los suyos sentian, con abundancia de lagrimas y suspiros los secretos enamorados de su alma me descubrian. Acuerdome ahora, hermosas pastoras, que llegó á mi un dia una zagala amiga mia, y echandome los brazos al cuello, y juntando su rostro con el mio, hechos sus ojos fuentes me dixo: ay hermana Teolinda! que este es el nombre de esta

desdichada, y como creo que el fin de mis dias es llegado, pues amor no ha tenido la cuenta conmigo que mis deseos merecian! Yo entonces, admirada de los estremos que la veia hacer, creyendo que algun gran mal le havia sucedido de perdida de ganado, ó de muerte de padre ó hermano, limpiandole los ojos con la manga de mi camisa, le rogue que me dixese qué mal era el que tanto la aquexaba? Ella, prosiguiendo en sus lagrimas y no dando tregua á sus suspiros, me dixo: qué mayor mal quieres, ó Teolinda, que me haya sucedido, que el haverse ausentado sin decirme nada, el hijo del mayoral de nuestra aldea, á quien yo quiero mas que á los propios ojos de la cara; y haver visto esta mañana en poder de Leocadia, la hija del rabadan Lisalco, una cinta encarnada que yo havia dado á aquel fementido de Eugenio, por donde se me ha confirmado la sospecha que yo tenia de los amores que el traidor con ella trataba! Quando yo acabe de entender sus quexas, os juro, amigas y señoras mias, que no pude acabar conmigo de no reirme, y decirle: mia fe, Lidia, que asi se llamaba la sin ventura, pense que de otra mayor llaga

ve-

venias herida segun te quejabas? Pero ahora conozco quan fuera de sentido andais vosotras las que presumis de enamoradas, en hacer caso de semejantes niñerias. Dime por tu vida, Lidia amiga, quanto vale una cinta encarnada, para que te duela de verla en poder de Leocadia, ni de que se la haya dado Eugenio? Mejor harias de tener cuenta con tu honra y con lo que conviene al pasto de tus ovejas, y no entremeterte en estas burlerias de amor, pues no se saca de ellas segun veo sino menoscabo de nuestras honras y sosiego? Quando Lidia oyó de mi tan contraria respuesta de la que esperaba de mi boca y piadosa condicion, no hizo otra cosa sino abajar la cabeza, y acrecentando lagrimas á lagrimas, y sollozos á sollozos, se apartó de mí, y volviendo á cabo de poco trecho el rostro, me dixo: ruego yo á Dios, Teolinda, que presto te veas en estado que tengas por dichoso el mio, y que el amor te trate de manera que cuentes tu pena á quien la estime y sienta en el grado que tu has hecho la mia; y con esto se fue y yo me quede riendo de sus desvarios. Mas ay desdichada! y como á cada paso conozco, que me va alcanzando

bien su maldicion, pues aun ahora temo que estoi contando mi pena á quien se dolerá poco de haverla sabido! A esto respondió Galatea: pluguiera á Dios, discreta Teolinda, que asi como hallarás en nosotras compasion de tu daño, pudieras hallar el remedio de él, que presto perdieras la sospecha que de nuestro conocimiento tienes. Vuestra hermosa presencia y agradable conversacion, dulces pastoras, respondió Teolinda, me hace esperar eso; pero mi corta ventura me fuerza á temer estotro: mas suceda lo que sucediere, que al fin havre de contaros lo que os he prometido.

Con la libertad que os he dicho, y en los exercicios que os he contado, pasaba yo mi vida tan alegre y sosegadamente, que no sabia qué pedirme el deseo, hasta que el vengativo amor me vino á tomar estrecha cuenta de la poca que con él tenia, y alcanzome en ella de manera, que con quedar su esclava creo que aun no está pagado, ni satisfecho. Acaeció pues, que un dia (que fuera para mí el mas venturoso de los de mi vida, si el tiempo y las ocasiones no huvieran traido tal descuento á mis alegrias) viniendo yo con otras pastoras de nuestra aldea

á

á cortar ramos, y á coger juncia, y flores, y verdes espadañas para adornar el templo y calles de nuestro lugar (por ser el siguiente dia solemnisima fiesta, y estar obligados los moradores de nuestro pueblo por promesa y voto á guardalla) acertamos á pasar todas juntas por un deleitoso bosque que entre el aldea y el rio está puesto, adonde hallamos una junta de agraciados pastores, que á la sombra de los verdes arboles pasaban el ardor de la caliente siesta, los quales como nos vieron, al punto fuimos de ellos conocidas, por ser todos, qual primo, y qual hermano, y qual pariente nuestro, y saliendonos al encuentro, y entendido de nosotras el intento que llevabamos, con corteses palabras nos persuadieron y forzaron á que adelante no pasasemos, porque algunos de ellos traerian los ramos, y flores por que ibamos: y asi vencidas de sus ruegos, por ser ellos tales, concedimos lo que querian, y luego seis de los mas mozos, apercebidos de sus ozinos, se partieron con gran contento á traernos los verdes despojos que buscabamos. Nosotras, que seis eramos, nos juntamos donde los demas pastores estaban, los quales nos recibieron con el comedimien-

to posible, especialmente un pastor forastero que alli estaba, que de ninguna de nosotras fue conocido, el qual era de tan gentil donaire y brio, que quedaron todas admiradas en verle; pero yo quede admirada y rendida. No sé que os diga, pastoras, sino que asi como mis ojos le vieron, senti enternecerme el corazon, y comenzó á discurrir por todas mis venas un yelo que me encendia, y sin saber como, senti que mi alma se alegraba de tener puestos los ojos en el hermoso rostro del no conocido pastor; y en un punto, sin ser en los casos de amor experimentada, vine á conocer que era amor el que salteado me havia; luego quisiera quejarme de él si el tiempo y la ocasion me dieran lugar á ello. Enfin yo quede qual ahora estoi, vencida y enamorada, aunque con mas confianza de salud que la que ahora tengo. Ay! quantas veces en aquella sazon me quise llegar á Lidia, que con nosotras estaba, y decirle, perdoname Lidia hermana, de la desabrida respuesta que te di el otro dia, porque te hago saber que ya tengo mas experiencia del mal de que te quejabas, que tu mesma! Una cosa me tiene marabillada de como quantas alli estaban no conocie-

cieron por los movimientos de mi rostro los secretos de mi corazon ; y devióle de causar que todos los pastores se volvieron al forastero , y le rogaron que acabase de cantar una cancion que havia comenzado antes que nosotras llegasemos , el qual , sin hacerse de rogar , siguió su comenzado canto con tan estremada y marabillosa voz , que todos los que la escuchaban estaban trasportados en oirla. Entonces acabe yo de entregarme de todo en todo á todo lo que el amor quiso , sin quedar en mí mas voluntad que si no la huviera tenido para cosa alguna en mi vida , y puesto que yo estaba mas suspensa que todos escuchando la suave harmonia del pastor , no por eso dexe de poner grandisima atencion á lo que en sus versos cantaba , porque me tenia ya el amor puesta en tal estremo , que me llegara al alma , si le oyera cantar cosas de enamorado , que imaginara que ya tenia ocupados sus pensamientos , y quizá en parte que no tuviesen alguna los mios en lo que deseaban ; mas lo que entonces cantó no fueron sino ciertas alabanzas del pastoral estado, y de la sosegada vida del campo , y algunos avisos utiles á la conservacion del ganado : de que

que no poco quede yo contenta, pareciendome que si el pastor estuviera enamorado, que de ninguna cosa tratara que de sus amores, por ser condicion de los amantes parecerles mal gastado el tiempo que en otra cosa que en ensalzar y alabar la causa de sus tristezas, ó contentos se gasta. Ved, amigas, en quan poco espacio estaba ya maestra en la escuela de amor. El acabar el pastor su canto, y el descubrir los que con los ramos venian fue todo á un tiempo: los quales á quien de lexos los miraba, no parecian sino un pequeño montecillo que con todos sus arboles se movia segun venian pomposos y enramados, y llegando ya cerca de nosotras, todos seis entonaron sus voces, y comenzando el uno, y respondiendo todos, con muestras de grandisimo contento, y con muchos placenteros halaridos dieron principio á un gracioso villancico. Con este contento y alegria llegaron mas presto de lo que yo quisiera, porque me quitaron la que yo sentia de la vista del pastor. Descargados pues de la verde carga, vimos que traia cada uno una hermosa guirnalda enroscada en el brazo, compuesta de diversas y agradables flores, las quales con gracio-

ciosas palabras á cada una de nosotras la suya presentaron, y se ofrecieron de llevar los ramos hasta el aldea: mas agradeciendoles nosotras su buen comedimiento, llenas de alegria, queriamos dar la vuelta al lugar, quando Eleuco, un anciano pastor que alli estaba, nos dixo: bien será, hermosas pastoras, que nos pagueis lo que por vosotras nuestros zagales han hecho, con dexarnos las guirnaldas que demasiadas llevais de lo que á buscar veniades; pero ha de ser con condicion, que de vuestra mano las deis á quien os pareciere. Si con tan pequeña paga quedareis de nosotras satisfechos, respondió la una, yo por mí soy contenta, y tomando la guirnalda con ambas manos, la puso en la cabeza de un gallardo primo suyo; las otras, guiadas de este exemplo, dieron las suyas á diferentes zagales que alli estaban, que todos sus parientes eran. Yo que á lo ultimo quedaba, y que alli deudo alguno no tenia, mostrando hacer de la desenvuelta, me llegue al forastero pastor, y poniendole la guirnalda en la cabeza, le dixe: esta te doy, buen zagal, por dos cosas; la una, por el contento que á todos nos has dado con tu agradable canto;

la otra, porque en nuestra aldea se usa honrar á los estrangeros. Todos los circunstantes recibieron gusto de lo que yo hacia; pero qué os dire yo de lo que mi alma sintió viendome tan cerca de quien me la tenia robada, sino que diera qualquiera otro bien que acertara á desear en aquel punto fuera de quererle, por poder ceñirle con mis brazos al cuello, como le ceñi las sienes con la guirnalda? El pastor se me humilló, y con discretas palabras me agradeció la merced que le hacia, y al despedirse de mí, con voz baxa, hurtando la ocasion á los muchos ojos que alli havia, me dixo: mejor te he pagado de lo que piensas, hermosa pastora, la guirnalda que me has dado, prenda llevas contigo, que si la sabes estimar, conocerás que me quedas deudora. Bien quisiera yo responderle; pero la priesa que mis compañeras me daban, era tanta, que no tuve lugar de responderle. De esta manera me volvi al aldea, con tan diferente corazon del con que havia salido, que yo misma de mi mesma me marabillaba. La compañia me era enojosa, y qualquiera pensamiento que me viniese que á pensar en mi pastor no se encaminase, con gran presteza pro-

procuraba luego desecharle de mi memoria, como indigno de ocupar el lugar que de amorosos cuidados estaba lleno. Y no sé como en tan pequeño espacio de tiempo me transforme en otro ser del que tenia, porque yo ya no vivia en mí, sino en Artidoro, que ansi se llama la mitad de mi alma que ando buscando: do quiera que volvia los ojos me parecia ver su figura; qualquiera cosa que escuchaba, luego sonaba en mis oidos su suave musica y harmonia: á ninguna parte movia los pies que no diera por hallarle en ella mi vida, si él la quisiera: en los manjares no hallaba el acostumbrado gusto, ni las manos acertaban á tocar cosa que se le diese. Enfin todos mis sentidos estaban trocados del ser que primero tenian, ni el alma obraba por ellos como era acostumbrada. En considerar la nueva Teolinda, que en mi havia nacido, y en contemplar las gracias del pastor que impresas en el alma me quedaron, se me pasó todo aquel dia, y la noche antes de la solene fiesta, la qual venida, fue con grandisimo regocijo y aplauso de todos los moradores de nuestra aldea y de los circunvecinos lugares solenizada. Y despues de acabadas en el templo

las

las sacras oblaciones, y cumplidas las debidas ceremonias, en una ancha plaza que delante del templo se hacia, á la sombra de quatro antiguos y frondosos alamos que en ella estaban, se juntó casi la mas gente del pueblo, y haciendose todos un corro, dieron lugar á que los zagales vecinos y forasteros se exercitasen por honra de la fiesta en algunos pastoriles exercicios. Luego en el instante se mostraron en la plaza un buen numero de dispuestos y gallardos pastores: los quales, dandoles alegres muestras de su juventud y destreza, dieron principio á mil graciosos juegos, ora tirando la pesada barra, ora mostrando la ligereza de sus sueltos miembros en los desusados saltos, ora descubriendo su crecida fuerza é industriosa maña en las intrincadas luchas, ora enseñando la velocidad de sus pies en las largas carreras, procurando cada uno ser tal en todo, que el primero premio alcanzase de muchos que los mayorales del pueblo tenian puestos para los mejores que en tales exercicios se aventajasen; pero en estos que he contado, ni en otros muchos que callo por no ser prolija, ninguno de quantos alli estaban vecinos y comarcanos, llegó á pun-

punto que mi Artidoro, el qual con su presencia quiso honrar y alegrar nuestra fiesta, y llevarse el primero honor y premio de todos los juegos que se hicieron. Tal era, pastoras, su destreza y gallardia, las alabanzas que todos le daban eran tantas, que yo me ensoberbecia, y un desusado contento en el pecho me retozaba solo en considerar quan bien havia sabido ocupar mis pensamientos; pero con todo eso me daba grandisima pesadumbre que Artidoro, como forastero, se habia de partir presto de nuestra aldea, y que si él se iba sin saber á lo menos lo que de mí llevaba, que era el alma, qué vida seria la mia en su ausencia, ó cómo podria yo olvidar mi pena, siquiera con quejarme, pues no tenia de quien sino de mi mesma. Estando yo pues en estas imaginaciones se acabó la fiesta y regocijo, y queriendo Artidoro despedirse de los pastores sus amigos, todos ellos juntos le rogaron que por los dias que havia de durar el octavario de la fiesta, fuese contento de pasarlos con ellos, si otra cosa de mas gusto no se lo impedia. Ninguna me la puede dar á mí mayor, graciosos pastores, respondió Artidoro, que serviros en esto y en todo lo que

mas

mas fuere vuestra voluntad, que puesto que la mia era por ahora querer buscar á un hermano mio que pocos dias ha falta de nuestra aldea, cumplire vuestro deseo, por ser yo el que gano en ello: todos se lo agradecieron mucho y quedaron contentos de su quedada; pero mas lo quede yo considerando que en aquellos ocho dias no podia dexar de ofrecerseme ocasion donde le descubriese lo que ya encubrir no podia. Toda aquella noche casi se nos pasó en bailes y juegos, y en contar unas á otras las pruebas que haviamos visto hacer á los pastores aquel dia, diciendo: fulano bailó mejor que fulano, puesto que el tal sabia mas mudanzas que el tal: Mingo derribó á Brás, pero Brás corrió mas que Mingo, y al fin fin, todas concluian que Artidoro, el pastor forastero, haviá llevado la ventaja á todos, loandole cada una en particular sus particulares gracias: las quales alabanzas, como ya he dicho, todas en mi contento redundaban. Venida la mañana del dia despues de la fiesta, antes que la fresca aurora perdiese el rocio aljofarado de sus hermosos cabellos, y que el sol acabase de descubrir sus rayos por las cumbres de los veci-

ci-

cinos montes, nos juntamos hasta una docena de pastoras de las mas miradas del pueblo, y asidas unas de otras de las manos, al son de una gaita y de una zampoña haciendo y deshaciendo intricadas vueltas y bailes, nos salimos de la aldea á un verde prado que no lejos della estaba, dando gran contento á todos los que nuestra enmarañada danza miraban; y la ventura que hasta entonces mis cosas de bien en mejor iba guiando, ordenó que en aquel mismo prado hallasemos todos los pastores del lugar, y con ellos á Artidoro, los quales como nos vieron, acordando luego el son de un tamborino suyo con el de nuestras zampoñas, con el mismo compas y baile nos salieron á recebir, mezclandonos unos con otros confusa y concertadamente, y mudando los instrumentos el son, mudamos el baile, de manera que fue menester que las pastoras nos desasiesemos, y diesemos las manos á los pastores, y quiso mi buena dicha que acerte yo á dar la mia á Artidoro. No sé como os encarezca, amigas, lo que en tal punto senti, sino es deciros que me turbe de manera, que no acertaba á dar paso concertado en el baile, tanto que le convenia á Ar-

Artidoro llevarme con fuerza tras sí, porque no rompiese soltandome el hilo de la concertada danza, y tomando dello ocasion, le dixe: en qué te ha ofendido mi mano, Artidoro, que asi la aprietas? El me respondió con voz que de ninguno pudo ser oida: mas qué te ha hecho á tí mi alma, que asi la maltratas? Mi ofensa es clara, respondí yo mansamente; mas la tuya, ni la veo, ni podrá verse. Y aun ahí está el daño, replicó Artidoro, que tengas vista para hacer el mal, y te falte para sanarle. En esto cesaron nuestras razones, porque los bailes cesaron, quedando yo contenta y pensativa de lo que Artidoro me havia dicho; y aunque consideraba que eran razones enamoradas, no me aseguraban si eran de enamorado. Luego nos sentamos todos los pastores y pastoras sobre la verde yerva, y haviendo reposado un poco del cansancio de los bailes pasados, el viejo Eleuco, acordando su instrumento, que un rabel era, con la zampoña de otro pastor, rogó á Artidoro que alguna cosa cantase, pues él mas que otro alguno lo debia hacer, por haverle dado el cielo tal gracia, que seria ingrato, si encubrirla quisiese. Artidoro agra-

agradeciendo á Eleuco las alabanzas que le daba, comenzó luego á cantar unos versos que por haverme puesto en mí sospecha aquellas palabras que antes me havia dicho, los tome tan en la memoria, que aun hasta ahora no se me han olvidado, los quales, aunque os dé pesadumbre de oirlos, solo porque hacen al caso para que entendais punto por punto por los que me ha traido el amor á la ocasion en que me hallo, os los havre de decir, que son estos.

En aspera, cerrada, escura noche,
Sin ver jamas el esperado dia,
Y en contino crecido amargo llanto,
Ageno de placer contento y risa
Merece estar, y en una viva muerte
Aquel que sin amor pasa la vida.
Qué puede ser la mas alegre vida,
Sino una sombra de una breve noche,
O natural retrato de la muerte,
Si en todas quantas horas tiene el dia,
Puesto silencio al congojoso llanto,
No admite del amor la dulce risa?
Do vive el blando amor, vive la risa,
Y adonde muere, muere nuestra vida,
Y el sabroso placer se vuelve en llanto,

Y en tenebrosa sempiterna noche
La clara luz del sosegado dia,
Y es vivir sin él amargamente.
  Los rigurosos trances de la muerte
No huye el amador, antes con risa
Desea la ocasion y espera el dia
Donde puede ofrecer la cara vida,
Hasta ver la tranquila ultima noche,
Al amoroso fuego, al dulce llanto.
  No se llama de amor el llanto, llanto,
Ni su muerte llamarse debe muerte,
Ni á su noche dar titulo de noche,
Ni su risa llamarse debe risa,
Y su vida tener por cierta vida,
Y solo festejar su alegre vida.
  O venturoso para mi este dia
Do pudo poner freno al triste llanto,
Y alegrarme de haver dado mi vida
A quien darmela puede, ó darme muerte!
Mas qué puede esperarse, sino es risa [che?
De un rostro que al sol vence y vuelve en no-
Vuelto ha mi escura noche en claro dia
Amor, y en risa mi crecido llanto,
Y mi cercana muerte en larga vida.

Estos fueron los versos, hermosas pasto-
ras,

ras, que con marabillosa gracia y no menos satisfacion de los que le escuchaban, aquel dia cantó mi Artidoro, de los quales y de las razones que antes me havia dicho, tome yo ocasion de imaginar si por ventura mi vista algun nuevo accidente amoroso en el pecho de Artidoro havia causado, y no me salió tan vana mi sospecha, que él mismo no me la certificase al volvernos al aldea. A este punto del cuento de sus amores llegaba Teolinda, quando las pastoras sintieron grandisimo estruendo de voces de pastores y ladridos de perros, que fue causa para que dexasen la comenzada platica, y se parasen á mirar por entre las ramas lo que era; y asi vieron que por un verde llano que á su mano derecha estaba, atravesaba una multitud de perros, los quales venian siguiendo una temerosa liebre, que á toda furia á las espesas matas venia á guarecerse; y no tardó mucho, que por el mesmo lugar donde las pastoras estaban, la vieron entrar, y irse derecha al lado de Galatea, y alli vencida del cansancio de la larga carrera, y casi como segura del cercano peligro, se dexó caer en el suelo con tan cansado aliento, que parecia que

faltaba poco para dar el ultimo espiritu. Los perros por el olor y rastro la siguieron hasta entrar donde estaban las pastoras; mas Galatea tomando la temerosa liebre en los brazos, estorbó su vengativo intento á los codiciosos perros, por parecerle no ser bien si dexaba de defender á quien della havia querido valerse. De alli á poco llegaron algunos pastores, que en seguimiento de los perros y de la liebre venian; entre los quales venia el padre de Galatea, por cuyo respeto ella, Florisa y Teolinda, le salieron á recibir con la debida cortesia. El y los pastores quedaron admirados de la hermosura de Teolinda, y con deseo de saber quien fuese, porque bien conocieron que era forastera. No poco les pesó desta llegada á Galatea y Florisa, por el gusto que les havia quitado de saber el suceso de los amores de Teolinda, á la qual rogaron fuese servida de no partirse por algunos dias de su compañia, si en ello no se estorbaba acaso el cumplimiento de sus deseos. Antes por ver si pueden cumplirse, respondió Teolinda, me conviene estar algun dia en esta ribera: y asi por esto como por no dexar imperfeto mi comenzado cuento,

to, havre de hacer lo que me mandais. Galatea y Florisa la abrazaron, y le ofrecieron de nuevo su amistad, y de servirla en quanto sus fuerzas alcanzasen. En este entretanto haviendo el padre de Galatea, y los otros pastores en el margen del claro arroyo tendido sus gabanes, y sacado de sus zurrones algunos rusticos manjares, convidaron á Galatea y sus compañeras á que con ellos comiesen. Acetaron ellas el convite, y sentandose luego, desecharon la hambre, que por ser ya subido el dia comenzaba á fatigarles. En estos y en algunos cuentos que por entretener el tiempo los pastores contaron, se llegó la hora acostumbrada de recogerse al aldea. Y luego Galatea y Florisa, dando vuelta á sus rebaños, los recogieron, y en compañia de la hermosa Teolinda y de los otros pastores ácia el lugar poco á poco se encaminaron; y al quebrar de la cuesta, donde aquella mañana havian topado á Elicio, oyeron todos la zampoña del desamorado Lenio, el qual era un pastor, en cuyo pecho jamas el amor pudo hacer morada, y de esto vivia él tan alegre y satisfecho, que en qualquiera conversacion y junta de pastores que se hallaba, no

era otro su intento sino decir mal de amor y de los enamorados, y todos sus cantares á este fin se encaminaban, y por esta tan estraña condicion que tenia, era de todos los pastores de todas aquellas comarcas conocido, y de unos aborrecido, y de otros estimado: Galatea, y los que alli venian se pararon á escuchar, por ver si Lenio como de costumbre tenia alguna cosa cantaba, y luego vieron que dando su zampoña á otro compañero suyo, al son della comenzó á cantar lo que se sigue.

LENIO.

Un vano descuidado pensamiento,
Una loca altanera fantasia,
Un noseque, que la memoria cria
Sin ser, sin calidad, sin fundamento;
Una esperanza que se lleva el viento,
Un dolor con renombre de alegria,
Una noche confusa do no hay dia,
Un ciego error de nuestro entendimiento;
Son las raices propias de do nace
Esta quimera antigua celebrada,
Que amor tiene por nombre en todo el suelo.

Y

Y el alma que en amor tal se complace,
Merece ser del suelo desterrada,
Y que no la recojan en el cielo.

A la sazon que Lenio cantaba lo que haveis oido, havian ya llegado con sus rebaños Elicio y Erastro en compañia del lastimado Lisandro, y pareciendole á Elicio que la lengua de Lenio en decir mal del amor á mas de lo que era razon se estendia, quiso mostrarle á la clara su engaño, y aprovechandose del mismo concepto de los versos que él havia cantado, al tiempo que ya llegaba Galatea, Florisa, y Teolinda, y los demas pastores al son de la zampoña de Erastro comenzó á cantar desta manera.

ELICIO.

Merece quien en el suelo
En su pecho á amor encierra,
Que le desechen del cielo,
Y no le sufra la tierra.

A-

Amor que es virtud eterna,
Con otras muchas que alcanza,
De una en otra semejanza
Sube á la causa primera:
Y merece el que su zelo
De tal amor le destierra,
Que le desechen del cielo
Y no le acoja la tierra.

Un bello rostro y figura,
Aunque caduca y mortal,
Es un traslado y señal
De la divina hermosura:
Y el que lo hermoso en el suelo
Desama y echa por tierra,
Desechado sea del cielo,
Y no le sufra la tierra.

Amor tomado en sí solo
Sin mezcla de otro accidente,
Es al suelo conveniente
Como los rayos de Apolo:
Y el que tuviere recelo,
De amor que tal bien encierra,
Merece no ver el cielo

Y que le trague la tierra.

Bien se conoce que amor
Está de mil bienes lleno,
Pues hace del malo bueno,
Y del que es bueno mejor:
Y asi el que discrepa un pelo
En limpia amorosa guerra,
Ni merece ver el cielo,
Ni sustentarse en la tierra.

El amor es infinito,
Si se funda en ser honesto,
Y aquel que se acaba presto,
No es amor, sino apetito:
Y al que sin alzar el vuelo
Con su voluntad se cierra,
Matele rayo del cielo,
Y no le cubra la tierra.

No recibieron poco gusto los enamorados pastores de ver quan bien Elicio su parte defendia; pero no por esto el desamorado Lenio dexó de estar firme en su opinion, antes queria de nuevo volver á cantar,

tar, y á mostrar en lo que cantase de quan poco momento eran las razones de Elicio para escurecer la verdad tan clara que él á su parecer sustentaba; mas el padre de Galatea, que Aurelio el venerable se llamaba, le dixo: no te fatigues por agora, discreto Lenio, en querernos mostrar en tu canto lo que en tu corazon sientes, que el camino de aqui á la aldea es breve, y me parece que es menester mas tiempo del que piensas, para defenderte de los muchos que tienen tu contrario parecer. Guarda tus razones para lugar mas oportuno, que algun dia te juntaras tu y Elicio con otros pastores en la fuente de las pizarras, ó arroyo de las palmas, donde con mas comodidad y sosiego podais arguir y aclarar vuestras diferentes opiniones. La que Elicio tiene, es opinion, respondió Lenio, que la mia no es sino ciencia averiguada, la qual en breve ó en largo tiempo, por traer ella consigo la verdad, me obligó á sustentarla; pero no faltará tiempo como dices mas aparejado para este efeto. Ese procurare yo, respondió Elicio, porque me pe-

sa

sa que á tan subido ingenio como el tuyo, amigo Lenio, le falte quien le pueda requintar y subir de punto, como es el limpio y verdadero amor de quien te muestras enemigo. Engañado estas, Elicio, replicó Lenio, si piensas por afeitadas y sofisticas palabras hacerme mudar de lo que no me tendria por hombre, si me mudase. Tan malo es, dixo Elicio, ser pertinaz en el mal, como bueno perseverar en el bien; y siempre he oido decir á mis mayores, que es de sabios tomar consejo. No niego yo eso, respondió Lenio, quando yo entendiese que mi parecer no es justo; pero entanto que la experiencia y la razon no me mostraren el contrario de lo que hasta aqui me han mostrado, yo creo que mi opinion es tan verdadera, quanto la tuya falsa. Si se castigasen los hereges de amor, dixo á esta sazon Erastro, desde agora comenzára yo, amigo Lenio, á cortar leña con que te abrasaran por el mayor herege y enemigo que el amor tiene. Y aun si yo no viera otra cosa del amor, sino que tu, Erastro, le sigues, y eres del vando

de

de los enamorados, respondió Lenio, sola ella me bastára á renegar dél con cien mil lenguas, si cien mil lenguas tuviera. Pues pareceте, Lenio, replicó Erastro, que no soy bueno para enamorado? Antes me parece, respondió Lenio, que los que fueren de tu condicion y entendimiento, son proprios para ser ministros suyos; porque quien es cojo, con el mas minimo traspie da de ojos; y el que tiene poco discurso, poco ha menester para que le pierda del todo; y los que siguen la vandera de este vuestro valeroso capitan, yo tengo para mí que no son los mas sabios del mundo; y si lo han sido, en el punto que se enamoraron, dexaron de serlo. Grande fue el enojo que Erastro recibió de lo que Lenio le dixo, y asi le respondió: pareceme, Lenio, que tus desvariadas razones merecen otro castigo que palabras, mas yo espero que algun dia pagarás lo que agora has dicho, sin que te valga lo que en tu defensa dixeres. Si yo entendiese de tí, Erastro, respondió Lenio, que fueses tan valiente como enamorado, no dexarian de

dar-

darme temor tus amenazas, mas como sé que te quedas tan atras en lo uno, como vas adelante en lo otro, antes me causan risa que espanto. Aqui acabó de perder la paciencia Erastro, y sino fuera por Lisandro y por Elicio, que en medio se pusieron, él respondiera á Lenio con las manos, porque ya su lengua, turbada con la colera, apenas podia usar su oficio. Grande fue el gusto que todos recibieron de la graciosa pendencia de los pastores, y mas de la colera y enojo que Erastro mostraba, que fue menester que el padre de Galatea hiciese las amistades de Lenio y suyas, aunque Erastro, sino fuera por no perder el respeto al padre de su señora, en ninguna manera las hiciera. Luego que la qüestion fue acabada, todos con regozijo se encaminaron á la aldea, y entanto que llegaban, la hermosa Florisa al son de la zampoña de Galatea cantó este soneto.

FLO-

FLORISA.

Crezcan las simples ovejuelas mias
  En el cerrado bosque y verde prado,
  Y el caluroso estio é invierno helado
  Abunde en yerbas verdes y aguas frias.
Pase en sueños las noches y los dias
  En lo que toca al pastoral estado,
  Sin que de amor un minimo cuidado
  Sienta, ni sus ancianas niñerias.
Este mil bienes del amor pregona,
  Aquel publica dél vanos cuidados,
  Yo no sé si los dos andan perdidos:
Ni sabre al vencedor dar la corona,
  Sé bien que son de amor los escogidos
  Tan pocos, quanto muchos los llamados.

Breve se les hizo á los pastores el camino, engañados y entretenidos con la graciosa voz de Florisa, la qual no dexó el canto hasta que estuvieron bien cerca del aldea, y de las cabañas de Elicio y Erastro que con Lisandro se quedaron en ellas, despidiendose primero del ve-

venerable Aurelio, de Galatea y Florisa que con Teolinda al aldea se fueron, y los demas pastores cada qual adonde tenia su cabaña. Aquella misma noche pidió el lastimado Lisandro licencia á Elicio para volverse á su tierra, ó adonde pudiese conforme á sus deseos acabar lo poco que á su parecer le quedaba de vida. Elicio con todas las razones que supo decirle, y con infinitisimos ofrecimientos de la verdadera amistad que le ofreció, jamas pudo acabar con él que en su compañia siquiera algunos dias se quedase, y asi el sin ventura pastor abrazando á Elicio con abundantes lagrimas y suspiros se despidió dél, prometiendo de avisarle de su estado donde quiera que él estuviese, y haviendole acompañado Elicio media legua de su cabaña, le tornó á abrazar estrechamente, y tornandose á hacer de nuevo nuevos ofrecimientos se apartaron, quedando Elicio con gran pesar del que Lisandro llevaba; y asi se volvió á su cabaña á pasar lo mas de la noche en sus amorosas imaginaciones, y á esperar el venidero dia para gozar el bien que de ver á Galatea se le causaba. La qual despues que llegó á su aldea, deseando saber el suceso de los amores

de Teolinda, procuró hacer de manera que aquella noche estuviesen solas ella, y Florisa, y Teolinda, y hallando la comodidad que deseaba, la enamorada pastora prosiguió su cuento como se verá en el segundo libro.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO
DE LA
GALATEA.

Libres ya y desembarazadas de lo que aquella noche con sus ganados havian de hacer, procuraron recogerse y apartarse con Teolinda en parte donde sin ser de nadie impedidas, pudiesen oir lo que del suceso de sus amores les faltaba. Y asi se fueron á un pequeño jardin, que estaba en casa de Galatea, y sentandose las tres debaxo de una verde y pomposa parra que intricadamente por unas redes de palo se entretegia, tornando á repetir Teolinda algunas palabras de lo que antes havia dicho, prosiguió diciendo: despues de acabado nuestro baile y el canto de Artidoro, como ya os he dicho, bellas pastoras, á todos nos pareció volvernos al aldea á hacer en el templo los solenes sacrificios, y por parecernos asimesmo que la solenidad de la fiesta daba en alguna manera licencia;

pero no teniendo cuenta tan á punto con el recogimiento, con mas libertad nos holgasemos, y por esto todos los pastores y pastoras en monton confuso, alegre y regocijadamente al aldea nos volvimos, hablando cada uno con quien mas gusto le daba. Ordenó pues la suerte y mi diligencia, y aun la solicitud de Artidoro, que sin mostrar artificio en ello los dos nos apartamos, de manera que á nuestro salvo pudieramos hablar en aquel camino mas de lo que hablamos, si cada uno por sí no tuviera respeto á lo que á sí mesmo y al otro debia. Enfin yo por sacarle á barrera, como decirse suele, le dixe: años se te harán, Artidoro, los dias que en nuestra aldea estuvieres, pues debes de tener en la tuya cosas en que ocuparte, que te deben de dar mas gusto. Todo el que yo puedo esperar en mi vida, trocára, respondió Artidoro, porque fueran no años sino siglos los dias que aqui tengo de estár, pues en acabandose no espero tener otros que mas contento me hagan. Tanto es el que recibes, respondí yo, en mirar nuestras fiestas? No nace de ahí, respondió él, sino de contemplar la hermosura de las pastoras de vuestra aldea.

dea. Es verdad, repliqué yo, que deben de faltar hermosas zagalas en la tuya. Verdad es que allá no faltan, respondió él, pero aqui sobran: de manera, que una sola que yo he visto, basta para que en su comparacion las de allá se tengan por feas. Tu cortesia te hace decir eso, ó Artidoro, respondí yo; porque bien sé que en este pueblo no hay ninguna que tanto se aventage, como dices. Mejor sé yo ser verdad lo que digo, respondió él, pues he visto la una y mirado las otras. Quizá la miraste de lejos, y la distancia del lugar, dixe yo, te hizo parecer otra cosa de lo que debe ser. De la mesma manera, respondió él, que á tí te veo y estoy mirando agora, la he mirado y visto á ella, y yo me holgaria de haverme engañado, si no conforma su condicion con su hermosura. No me pesará á mi ser esa que dices, por el gusto que debe sentir la que se ve pregonada y tenida por hermosa. Harto mas, respondió Artidoro, quisiera yo que tu no fueras. Pues qué perdieras tú, respondi yo, si como yo no soy la que dices, lo fuera? Lo que he ganado, respondió él, bien lo sé; de lo que he de perder, estoy incierto y temero-

roso. Bien sabes hacer del enamorado, dixe yo, ó Artidoro. Mejor sabes tu enamorar, ó Teolinda, respondió él. A esto le dixe: no sé si te diga, Artidoro, que deseo que ninguno de los dos sea el engañado. A lo que él respondió: de que yo no me engaño estoy bien seguro, y de querer tú desengañarte está en tu mano, todas las veces que quisieres hacer experiencia de la limpia voluntad que tengo de servirte. Esa te pagaré yo con la mesma, replique yo, por parecerme que no seria bien á tan poca costa quedar en deuda con alguno. A esta sazon, sin que él tuviese lugar de responderme, llegó Eleuco el mayoral, y dixo con voz alta: ea, gallardos pastores y hermosas pastoras, haced que sientan en el aldea nuestra venida, entonando vosotras, zagalas, algun villancico, de modo que nosotros os respondamos; porque vean los del pueblo quanto hacemos al caso los que aqui vamos para alegrar nuestra fiesta. Y porque en ninguna cosa que Eleuco mandaba, dexaba de ser obedecido, luego los pastores me dieron á mí la mano para que comenzase, y asi sirviendome de la ocasion, y aprovechandome de lo que con Artidoro ha-

havia pasado, di principio á este villancico.

En los estados de amor
Nadie llega á ser perfeto
Sino el honesto y secreto.

Para llegar al suave
Gusto de amor, si se acierta,
Es el secreto la puerta,
Y la honestidad la llave:
Y esta entrada no la sabe
Quien presume de discreto,
Sino el honesto y secreto.

Amar humana beldad
Suele ser reprehendido,
Si tal amor no es medido
Con razon y honestidad:
Y amor de tal calidad
Luego le alcanza en efeto
El que es honesto y secreto.

Es ya caso averiguado
Que no se puede negar,
Que á veces pierde el hablar
Lo que el callar ha ganado:

Y el que fuere enamorado
Jamas se verá en aprieto,
Si fuere honesto y secreto.

Quanto una parlera lengua,
Y unos atrevidos ojos
Suelen causar mil enojos
Y poner al alma en mengua;
Tanto este dolor desmengua,
Y se libra de este aprieto
El que es honesto y secreto.

No sé si acerté, hermosas pastoras, en cantar lo que haveis oido; pero sé muy bien que se supo aprovechar dello Artidoro, pues en todo el tiempo que en nuestra aldea estuvo, puesto que me habló muchas veces, fue con tanto recato, secreto y honestidad, que los ociosos ojos y lenguas parleras ni tuvieron, ni vieron que decir cosa que á nuestra honra perjudicase. Mas con èl temor que yo tenia que acabado el termino que Artidoro havia prometido de estar en nuestra aldea, se havia de ir á la suya, procure aunque á costa de mi verguenza, que no quedase mi corazon con lastima de haver calla-

do

do lo que despues fuera escusado decirse estando Artidoro ausente. Y asi despues que mis ojos dieron licencia que los suyos hermosisimos amorosamente me mirasen, no estuvieron quedas las lenguas, ni dexaron de mostrar con palabras lo que hasta entonces por señas los ojos havian bien claramente manifestado. Enfin sabreis, amigas mias, que un dia hallandome acaso sola con Artidoro, con señales de un encendido amor y comedimiento me descubrió el verdadero y honesto amor que me tenia; y aunque yo quisiera entonces hacer de la retirada y melindrosa, porque temia como ya os he dicho que él se partiese, no quise desdeñarle, ni despedirle, y tambien por parecerme que los sinsabores que se dan y sienten en el principio de los amores, son causa de que abandonen y dexen la comenzada empresa los que en sus deseos no son muy experimentados; y por esto le dí respuesta, tal qual yo deseaba darsela: quedando en resolucion concertados en que él se fuese á su aldea, y que de alli á pocos dias con alguna honrosa terceria me enviase á pedir por esposa á mis padres; de lo que él fue tan contento y satisfecho, que no

no acababa de llamar venturoso el dia en que sus ojos me miraron. De mí os sé decir que no trocara mi contento por ningun otro que imaginar pudiera, por estar segura que el valor y calidad de Artidoro, era tal, que mi padre seria contento de recebirle por yerno. En el dichoso punto que haveis oido, pastoras, estaba el de nuestros amores, que no quedaban sino dos ó tres dias á la partida de Artidoro, quando la fortuna, como aquella que jamas tuvo termino en sus cosas, ordenó que una hermana mia de poco menos edad que yo, á nuestra aldea tornase de otra adonde algunos dias havia estado en casa de una tia nuestra, que mal dispuesta se hallaba; y porque considereis, señoras, quan estraños y no pensados casos en el mundo suceden, quiero que entendais una cosa que creo no os dexará de causar alguna admiracion estraña; y es, que esta hermana mia que os he dicho, que hasta entonces havia estado ausente, me parece tanto en el rostro, estatura, donaire y brio, si alguno tengo, que no solo los de nuestro lugar, sino nuestros mismos padres, muchas veces nos han desconocido, y á la una por la otra hablado, de manera
que

que para no caer en este engaño, por la diferencia de los vestidos que diferentes eran, nos diferenciaban. En una cosa sola, á lo que yo creo, nos hizo bien diferentes la naturaleza, que fue en las condiciones, por ser la de mi hermana mas aspera de lo que mi contento havia menester, pues por ser ella menos piadosa que advertida, tendre yo que llorar todo el tiempo que la vida me durare. Sucedió pues que luego que mi hermana vino al aldea, con el deseo que tenia de volver al agradable pastoral exercicio suyo madrugó luego otro dia mas de lo que yo quisiera, y con las ovejas propias que yo solia llevar, se fue al prado, y aunque yo quise seguirla por el contento que se me seguia de la vista de mi Artidoro, con no sé qué ocasion mi madre me detuvo todo aquel dia en casa, que fue el ultimo de mis alegrias. Porque aquella noche, haviendo mi hermana recogido su ganado, me dixo como en secreto, que tenia necesidad de decirme una cosa que mucho me importaba. Yo que qualquiera otra pudiera pensar de la que me dixo, procure que presto á solas nos viesemos, adonde ella con rostro algo altera-

rado, estando yo colgada de sus palabras, me comenzó á decir: no sé, hermana mia, lo que piense de tu honestidad, ni menos sé si calle lo que no puedo dexar de decirte, por ver si me das alguna disculpa de la culpa que imagino que tienes; y aunque yo, como hermana menor, estaba obligada á hablarte con mas respeto, debes perdonarme, porque en lo que hoy he visto, hallarás la disculpa de lo que te dixere. Quando yo desta manera la oi hablar, no sabia qué responderle, sino decirle que pasase adelante con su platica. Has de saber, hermana, siguió ella, que esta mañana, saliendo con nuestras ovejas al prado y yendo sola con ellas por la ribera de nuestro fresco Henares, al pasar por el alameda del concejo salió á mí un pastor, que con verdad osare jurar que jamas le he visto en estos nuestros contornos; y con una estraña desenvoltura me comenzó á hacer tan amorosas salutaciones, que yo estaba con verguenza y confusa, sin saber que responderle, y él no escarmentado del enojo, que á lo que yo creo en mi rostro mostraba, se llegó á mí diciendome: qué silencio es este, hermosa Teolinda, ultimo refugio desta anima que

que os adora? y faltó poco que no me tomó las manos para besarmelas, añadiendo á lo que he dicho un catalogo de requiebros, que parecia que los traia estudiados. Luego di yo en la cuenta, considerando que él daba en el error en que otros muchos han dado, y que pensaba que con vos estaba hablando: de donde me nació sospecha, que si vos hermana jamas le huvierades visto, ni familiarmente tratado, no fuera posible tener él atrevimiento de hablaros de aquella manera: de lo qual tomé tanto enojo, que apenas podia formar palabra para responderle; pero alfin respondi de la suerte que su atrevimiento merecia, y qual á mí me pareció que estabades vos, hermana, obligada á responder á quien con tanta libertad os hablara, y si no fuera porque en aquel instante llegó la pastora Licea, yo le añadiera tales razones, que fuera bien arrepentido de haverme dicho las suyas: y es lo bueno, que nunca le quise decir el engaño en que estaba, sino que asi creyó él que yo era Teolinda, como si con vos mesma estuviera hablando. Enfin él se fue llamandome ingrata, desagradecida y de poco conocimiento; y á lo que yo puedo juz-

juzgar del semblante que él llevaba, á fe, hermana, que otra vez no óse hablaros, aunque mas sola os encuentre. Lo que deseo saber, es, quien es este pastor, y qué conversacion ha sido la de entrambos, de do nace que con tanta desenvoltura él se atreviese á hablaros. A vuestra mucha discrecion dexo, discretas pastoras, lo que mi alma sentiria oyendo lo que mi hermana me contaba; pero alfin, disimulando lo mejor que pude, le dixe: la mayor merced del mundo me has hecho, hermana Leonarda, que asi se llamaba la turbadora de mi descanso, en haverme quitado con tus asperas razones el fastidio y desasosiego que me daban las importunas dese pastor que dices: el qual es un forastero, que havrá ocho dias que está en esta nuestra aldea, en cuyo pensamiento ha cabido tanta arrogancia y locura, que do quiera que me ve, me trata de la manera que has visto: dandose á entender que tiene grangeada mi voluntad, y aunque yo le he desengañado, quizá con mas asperas palabras de las que tu le dixiste, no por eso dexa él de proseguir en su vano proposito: y á fe hermana que deseo que venga ya el nuevo dia para ir á de-

cir-

cirle que sino se aparta de su vanidad, que espere el fin della, que mis palabras siempre le han significado. Y asi era la verdad, dulces amigas, que diera yo porque ya fuera el alba quanto pedirseme pudiera: solo por ir á ver á mi Artidoro, y desengañarle del error en que havia caido, temerosa que con la aceda y desabrida respuesta que mi hermana le havia dado, él no se desdeñase y hiciese alguna cosa que en perjuicio de nuestro concierto viniese. Las largas noches del escabroso Diciembre no dieron mas pesadumbre al amante que del venidero dia algun contento esperase, quanto á mí me dió disgusto aquella, puesto que era de las escasas del verano, segun deseaba la nueva luz para ir á ver la luz por quien mis ojos veian. Y asi antes que las estrellas perdiesen del todo la claridad, estando aun en duda si era de noche, ó de dia, forzada de mi deseo, con la ocasion de ir á apacentar las ovejas, sali del aldea, y dando mas priesa al ganado de la acostumbrada para que caminase, llegue al lugar adonde otras veces solia hallar á Artidoro, el qual halle solo y sin ninguno que dél noticia me diese, de que no pocos saltos me

dió

dió el corazon, que casi adivinó el mal que le estaba guardado. Quantas veces, viendo que no le hallaba, quise con mi voz herir el aire, llamando el amado nombre de mi Artidoro, y decir: ven, bien mio, que yo soy la verdadera Teolinda, que mas que á sí te quiere y ama; sino que el temor que de otro que de él, fuesen mis palabras oidas, me hizo tener mas silencio del que quisiera; y asi, despues que huve rodeado una y otra vez toda la ribera y el soto del manso Henares, me sente cansada al pie de un verde sauce, esperando que del todo el claro sol con sus rayos por la faz de la tierra estendiese, para que con su claridad no quedase mata, cueva, espesura, choza, ni cabaña, que de mí mi bien no fuese buscando. Mas apenas havia dado la nueva luz lugar para discernir las colores, quando luego se me ofreció á los ojos un cortecido alamo blanco, que delante de mí estaba, en el qual y en otros muchos vi escritas unas letras, que luego conoci ser de la mano de Artidoro, alli fijadas, y levantandome con priesa á ver lo que decian, vi, hermosas pastoras, que era esto.

Pas-

Pastora, en quien la belleza
En tanto estremo se halla,
Que no hay á quien comparalla,
Sino á tu mesma crueza:
Mi firmeza y tu mudanza
Han sembrado á mano llena
Tus promesas en la arena,
Y en el viento mi esperanza.

Nunca imaginara yo
Que cupiera en lo que ví,
Tras un dulce alegre sí
Tan amargo y triste nó:
Mas yo no fuera engañado,
Si pusiera en mi ventura
Asi como en tu hermosura
Los ojos, que te han mirado.

Pues quanto tu gracia estraña
Promete, alegra y concierta,
Tanto turba y desconcierta
Mi desdicha y enmaraña:
Unos ojos me engañaron
Al parecer piadosos.
Ay ojos falsos, hermosos?
Los que os ven, en qué pecaron?

Dime, pastora cruel,
A quien no podrá engañar
Tu sabio honesto mirar,
Y tus palabras de miel?
De mí ya está conocido,
Que con menos que hicieras,
Dias ha que me tuvieras
Preso, engañado y rendido.

Las letras que fijaré
En esta aspera corteza,
Crecerán con mas firmeza,
Que no ha crecido tu fe:
La qual pusiste en la boca
Y en vanos prometimientos,
No firme al mar y á los vientos
Como bien fundada roca.

Tan terrible y rigurosa
Como vivora pisada,
Tan cruel como agraciada,
Tan falsa como hermosa:
Lo que manda tu crueldad
Cumplire sin mas rodeo,
Pues nunca fue mi deseo
Contrario á tu voluntad.

Yo

Yo morire desterrado ,
Porque tu vivas contenta ,
Mas mira que amor no sienta
Del modo que me has tratado :
Porque en la amorosa danza ,
Aunque amor ponga estrecheza
Sobre el compas de firmeza ,
No se sufre hacer mudanza.

Asi como en la belleza
Pasas qualquiera muger ,
Creí yo que en el querer
Fueras de mayor firmeza :
Mas ya sé por mi pasion ,
Que quiso pintar natura
Un angel en tu figura ,
Y el tiempo en tu condicion.

Si quieres saber do voi
Y el fin de mi triste vida ,
La sangre por mí vertida
Te llevará donde estoy ;
Y aunque nada no te cale
De nuestro amor y concierto ,
No niegues al cuerpo muerto
El triste y ultimo vale.

Que bien serás rigurosa,
Y mas que un diamante dura,
Si el cuerpo y la sepultura
No te vuelven piadosa:
Y en caso tan desdichado
Tendre por dulce partido,
Si fui vivo aborrecido,
Ser muerto y por tí llorado.

Qué palabras serán bastantes, pastoras, para daros á entender el estremo de dolor que ocupó mi corazon, quando claramente entendí que los versos que havia leido, eran de mi querido Artidoro? Mas no hay paraque encarecerosle, pues no llegó al punto que era menester para acabarme la vida, la qual desde entonces acá tengo tan aborrecida, que no sentiria ni me podria venir mayor gusto, que perderla. Los suspiros que entonces dí, las lagrimas que derrame, las lastimas que hice, fueron tantas y tales, que ninguno me oyera, que por loca no me juzgara. Enfin, yo quede tal, que sin acordarme de lo que á mi honra debia, propuse de desamparar la cara patria, amados padres, y queridos hermanos, y dexar con la guardia de sí mesmo al

al simple ganado mio : y sin entretenerme en otras cuentas, mas que en aquellas que para mi gusto entendi ser necesarias, aquella mesma mañana, abrazando mil veces la corteza, donde las manos de mi Artidoro havian llegado, me parti de aquel lugar con intencion de venir á estas riberas, donde sé que Artidoro tiene y hace su habitacion, por ver si ha sido tan inconsiderado y cruel consigo, que haya puesto en execucion lo que en los ultimos versos dexó escrito : que si asi fuese, desde aqui os prometo, amigas mias, que no sea menor el deseo y presteza con que le siga en la muerte, que ha sido la voluntad con que le he amado en la vida. Mas ay de mi! y cómo creo que no hay sospecha que en mi daño sea, que no salga verdadera! pues ha ya nueve dias que á estas frescas riberas he llegado, y en todos ellos no he sabido nuevas de lo que deseo ; y quiera Dios, que quando las sepa, no sean las ultimas que sospecho.

Veis aqui, discretas zagalas, el lamentable suceso de mi enamorada vida. Ya os he dicho quien soy y lo que busco, si algunas nuevas sabeis de mi contento, asi la fortuna

os conceda el mayor que deseais, que no me lo negueis. Con tantas lagrimas acompañaba la enamorada pastora las palabras que decia, que bien tuviera corazon de acero quien de ellas no se doliera. Galatea y Florisa, que naturalmente eran de condicion piadosa, no pudieron detener las suyas, ni menos dexaron con las mas blandas y eficaces razones que pudieron, de consolarla, dandole por consejo que se estuviese algunos dias en su compañia, quizá haria la fortuna que en ellos algunas nuevas de Artidoro supiese; pues no permitiria el cielo que por tan estraño engaño acabase un pastor tan discreto, como ella le pintaba, el curso de sus verdes años; y que podria ser que Artidoro, haviendo con el discurso del tiempo vuelto á mejor discurso y proposito su pensamiento, volviese á ver la deseada patria y dulces amigos; y que por esto, alli mejor que en otra parte, podia tener esperanza de hallarle. Con estas y otras razones, la pastora algo consolada, holgó de quedarse con ellas, agradeciendoles la merced que le hacian y el deseo que mostraban de procurar su contento. A esta sazon la serena noche, aguijando por el cie-

cielo el estrellado carro, daba señal que el nuevo dia se acercaba; y las pastoras con el deseo y necesidad de reposo se levantaron, y del fresco jardin á sus estancias se fueron. Mas apenas el claro sol havia con sus calientes rayos deshecho y consumido la cerrada niebla, que en las frescas mañanas por el aire suelen estenderse, quando las tres pastoras, dexando los ociosos lechos, al usado exercicio de apacentar su ganado se volvieron, con harto diferentes pensamientos Galatea y Florisa del que la hermosa Teolinda llevaba, la qual iba tan triste y pensativa, que era marabilla. Y á esta causa, Galatea, por ver si podria en algo divertirla, le rogó que, puesta aparte un poco la melancolia, fuese servida de cantar algunos versos al son de la zampoña de Florisa. A esto respondió Teolinda: si la mucha causa que tengo de llorar, con la poca que de cantar tengo, entendiera que en algo se menguara, bien pudieras, hermosa Galatea, perdonarme, porque no hiciera lo que me mandas; pero por saber ya por experiencia que lo que mi lengua cantando pronuncia, mi corazon llorando lo soleniza, hare lo que quieres,

res, pues en ello sin ir contra mi deseo satisfare el tuyo. Y luego la pastora Florisa tocó su zampoña, á cuyo son Teolinda cantó este soneto.

TEOLINDA.

Sabido he por mi mal, adonde llega
La cruda fuerza de un notorio engaño,
Y como amor procura con mi daño
Darme la vida, que el temor me niega.
Mi alma de las carnes se despega,
Siguiendo aquella que por hado estraño
La tiene puesta en pena, en mal tamaño
Que el bien la turba y el dolor sosiega.
Si vivo, vivo en fe de la esperanza,
Que aunque es pequeña y debil, se sustenta
Siendo á la fuerza de mi amor asida.
O firme comenzar, fragil mudanza,
Amarga suma de una dulce cuenta,
Como acabais por terminos la vida!

No havia bien acabado de cantar Teolinda el soneto que haveis oido, quando las tres pastoras sintieron á su mano derecha por la ladera del fresco valle el son de una zampoña,

ña, cuya suavidad era de suerte, que todas se suspendieron y pararon para con mas atencion gozar de la suave harmonia. Y de alli á poco oyeron que al son de la zampoña el de un pequeño rabel se acordaba con tanta gracia y destreza, que las dos pastoras Galatea y Florisa estaban suspensas, imaginando qué pastores podrian ser los que tan acordadamente sonaban, porque bien vieron que ninguno de los que ellas conocian, si Elicio no, era en la musica tan diestro. A esta sazon, dixo Teolinda, si los oidos no me engañan, hermosas pastoras, yo creo que teneis hoy en vuestras riberas á los dos nombrados y famosos pastores, Tirsi y Damon, naturales de mi patria; á lo menos Tirsi, que en la famosa Compluto, villa fundada en las riberas de nuestro Henares, fue nacido; y Damon, su intimo y perfeto amigo, sino estoy mal informada, de las Montañas de Leon trae su origen y en la nombrada Mantua Carpentanea fue criado: tan aventajados los dos en todo genero de discrecion, ciencia y loables exercicios, que no solo en el circuito de nuestra comarca son conocidos, pero por todo el de la tierra conocidos y estimados:

y

y no penseis, pastoras, que el ingenio destos dos pastores solo se estiende en saber lo que al pastoral estado le conviene; porque pasa tan adelante, que lo escondido del cielo y lo no sabido de la tierra por terminos y modos concertados enseñan y disputan; y estoy confusa en pensar qué causa les havrá movido á dexar Tirsi su dulce y querida Fili; y á Damon su hermosa y honesta Amarili: Fili de Tirsi, Amarili de Damon, tan amadas, que no hay en nuestra aldea ni en los contornos della persona, ni en la campaña bosque, prado, fuente ó rio, de que sus encendidos y honestos amores no tengan entera noticia. Dexa por ahora, Teolinda, dixo Florisa, de alabarnos estos pastores, que mas nos importa escuchar lo que vienen cantando, pues no menor gracia me parece que tienen en la voz, que en la musica de los instrumentos. Pues qué direis, replicó Teolinda, quando veais que todo eso sobrepuja la excelencia de su poesia, la qual es de manera, que al uno ya le ha dado renombre de Divino, y al otro de mas que humano? Estando en estas razones las pastoras, vieron que por la ladera del valle, por donde ellas mesmas iban,
se

se descubrian dos pastores de gallarda disposicion y estremado brio, de poco mas edad el uno que el otro; tan bien vestidos, aunque pastorilmente, que mas parecian en su talle y apostura bizarros cortesanos, que serranos ganaderos. Traia cada uno un bien tallado pellico de blanca y finisima lana, guarnecidos de leonado y pardo, colores á quien sus pastoras eran mas aficionadas; pendian de sus hombros sendos zurrones, no menos vistosos y adornados que los pellicos: venian de verde laurel y fresca yedra coronados, con los retorcidos cayados debaxo del brazo puestos: no traian compañia alguna, y tan embevecidos en su musica venian, que estuvieron gran espacio sin ver á las pastoras, que por la mesma ladera iban caminando, no poco admiradas del gentil donaire y gracia de los pastores, los quales con concertadas voces, comenzando el uno, y replicando el otro, esto que se sigue cantaban.

DAMON. TIRSI.

D. Tirsi, que el solitario cuerpo alexas
Con atrevido paso, aunque forzoso,

De

De aquella luz con quien el alma dexas:
Cómo en son no te dueles doloroso,
Pues hay tanta razon para quejarte
Del fiero turbador de tu reposo?
T. Damon, si el cuerpo miserable parte
Sin la mitad del alma en la partida,
Dexando della la mas alta parte:
De qué virtud ó ser será movida
Mi lengua? que por muerta ya la cuento,
Pues con el alma se quedó la vida.
Y aunque muestro que veo, oigo y siento,
Fantasma soy por el amor formada,
Que con sola esperanza me sustento.
D. O Tirsi venturoso, y qué envidiada
Es tu suerte de mí con causa justa,
Por ser de las de amor mas estremada!
A tí sola la ausencia te disgusta,
Y tienes el arrimo de esperanza,
Con quien el alma en sus desdichas gusta.
Pero ay de mí, que adonde voy me alcanza
La fria mano del temor esquiva,
Y del desden la rigurosa lanza!
Ten la vida por muerte, aunque mas viva
Se te muestre, pastor, que es qual la vela
Que quando muere, mas su luz aviva.
Ni con el tiempo que ligero vuela,

Ni

Ni con los medios que el ausencia ofrece
Mi alma fatigada se consuela.
T. El firme y puro amor jamas descrece
En el discurso de la ausencia amarga,
Antes en fe de la memoria crece.
Asi que en el ausencia corta ó larga,
No ve remedio el amador perfeto
De dar alivio á la amorosa carga.
Que la memoria puesta en el obgeto
Que amor puso en el alma, representa
La amada imagen viva al inteleto.
Y alli en blando silencio le da cuenta
De su bien ó su mal, segun la mira
Amorosa, ó de amor libre y esenta.
Y si ves que mi alma no suspira,
Es porque veo á Fili acá en mi pecho,
De modo que á cantar me llama y tira.
D. Si en el hermoso rostro algun despecho
Vieras de Fili quando te partiste
Del bien que asi te tiene satisfecho,
Yo sé, discreto Tirsi, que tan triste
Vinieras como yo cuitado vengo,
Que vi al contrario de lo que tu viste.
T. Damon, con lo que he dicho me entretengo,
Y el estremo del mal de ausencia templo
Y alegre voy, si voy, si quedo, ó vengo.

Que

Que aquella que nació por vivo exemplo
 De la inmortal belleza acá en el suelo,
 Digna de marmol, de corona y templo,
Con su rara virtud y honesto zelo
 Asi los ojos codiciosos ciega,
 Que de ningun contrario me recelo.
La estrecha sugecion que no le niega
 Mi alma al alma suya, el alto intento,
 Que solo en la adorar pára y sosiega.
El tener deste amor conocimiento,
 Fili, y corresponder á fe tan pura
 Destierran el dolor, traen el contento.
D. Dichoso Tirsi, Tirsi con ventura,
 De la qual goces siglos prolongados
 En amoroso gusto, en paz segura.
Yo, á quien los cortos implacables hados
 Truxeron á un estado tan incierto,
 Pobre en el merecer, rico en cuidados:
Bien es que muera, pues estando muerto,
 No temeré á Amarili rigurosa,
 Ni del ingrato amor el desconcierto.
O mas que el cielo, ó mas que el sol hermosa,
 Y para mí mas dura que un diamante,
 Presta á mi mal, y al bien muy perezosa.
Qual Abrego, qual Cierzo, qual Levante,
 Te sopló de aspereza, que asi ordenas,
Que

Que huiga el paso, y no te esté delante?
Yo moriré, pastora, en las agenas
Tierras, pues tu lo mandas, condenado
A hierros, muertes, yugos y cadenas.
T. Pues con tantas ventajas te ha dotado,
Damon amigo, el piadoso cielo
De un ingenio tan vivo y levantado:
Templa con él el llanto, templa el duelo,
Considerando bien, que no contino
Nos quema el sol, ni nos enfria el yelo.
Quiero decir, que no sigue un camino
Siempre con pasos llanos reposados
Para darnos el bien nuestro destino.
Que alguna vez por trances no pensados,
Lejos al parecer de gusto y gloria,
Nos lleva á mil contentos regalados.
Revuelve, dulce amigo la memoria
Por los honestos gustos, que algun tiempo
Amor te dió por prendas de vitoria.
Y si es posible busca un pasatiempo,
Que al alma engañe, entanto que se pasa
Este desamorado airado tiempo.
D. Al yelo que por terminos me abrasa,
Y al fuego que sin termino me yela,
Quien le pondrá, pastor, termino, ó tasa?
Envano cansa, envano se desvela

El

El desfavorecido, que procura
A su gusto cortar de amor la tela,
Que si sobra en amor, falta en ventura.

Aqui cesó el estremado canto de los agraciados pastores; pero no en el gusto que las pastoras havian recibido en escucharle, antes quisieran que tan presto no se acabara, por ser de aquellos que no todas veces suelen oirse. A esta sazon los dos gallardos pastores encaminaban sus pasos ázia donde las pastoras estaban, de que pesó á Teolinda, porque temió ser dellos conocida, y por esta causa rogó á Galatea, que de aquel lugar se desviasen: ella lo hizo, y ellos pasaron, y al pasar oyó Galatea, que Tirsi á Damon decia: estas riberas, amigo Damon, son en las que la hermosa Galatea apacienta su ganado, y adonde trae el suyo el enamorado Elicio, intimo y particular amigo tuyo, á quien dé la ventura tal suceso en sus amores, quanto merecen sus honestos y buenos deseos. Yo ha muchos dias que no sé en qué terminos le trae su suerte; pero segun he oido decir de la recatada condicion de la discreta Galatea, por quien él muere, temo que mas aina debe

be de estar quejoso, que satisfecho. No me marabillaria yo desto, respondió Damon, porque con quantas gracias y particulares dones con que el cielo enriqueció á Galatea, al fin la hizo muger, en cuyo fragil sugeto no se halla todas veces el conocimiento que se debe, y el que ha menester el que por ellas lo menos que aventura, es la vida. Lo que yo he oido decir de los amores de Elicio es, que él adora á Galatea sin salir del termino que á su honestidad se debe, y que la discrecion de Galatea es tanta, que no da muestras de querer ni de aborrecer á Elicio, y asi debe de andar el desdichado sugeto á mil contrarios accidentes, esperando en el tiempo y la fortuna, medios harto perdidos, que le alarguen ó acorten la vida, de los quales está mas cierto el acortarla, que el entretenerla. Hasta aqui pudo oir Galatea de lo que della y de Elicio los pastores tratando iban, de que no recibió poco contento por entender que lo que la fama de sus cosas publicaba, era lo que á su limpia intencion se debia; y desde aquel punto determinó de no hacer por Elicio cosa que diese ocasion á que la fama no saliese verda-

dera en lo que de sus pensamientos publicaba. A este tiempo los dos bizarros pastores con vagarosos pasos poco á poco ácia el aldea se encaminaban con deseo de hallarse á las bodas del venturoso pastor Daranio, que con Silveria de los verdes ojos se casaba; y esta fue una de las causas por que ellos havian dexado sus rebaños, y al lugar de Galatea se venian; pero ya que les faltaba poco del camino, á la mano derecha dél sintieron el son de un rabel que acordada y suavemente sonaba, y parandose Damon, trabó á Tirsi del brazo, diciendole: espera, escucha un poco, Tirsi, que si los oidos no me mienten, el son que á ellos llega, es el del rabel de mi buen amigo Elicio, á quien dió naturaleza tanta gracia en muchas y diversas habilidades, quanto las oirás si le escuchas, y conocerás si le tratas. No creas, Damon, respondió Tirsi, que hasta agora estoy por conocer las buenas partes de Elicio, que dias ha que la fama me las tiene bien manifestadas; pero calla agora, y escuchemos si canta alguna cosa que del estado de su vida nos dé algun manifiesto indicio. Bien dices, replicó Damon, mas será menester para que me-

mejor le oigamos, que nos lleguemos por entre estas ramas, de modo que sin ser vistos dél de mas cerca le escuchemos. Hicieronlo asi, y pusieronse en parte tan buena, que ninguna palabra que Elicio dixo ó cantó, dexó de ser dellos oida y aun notada. Estaba Elicio en compañia de su amigo Erastro, de quien pocas veces se apartaba por el entretenimiento y gusto que de su buena conversacion recebia, y todos ó los mas ratos del dia en cantar y tañer se les pasaba; y á este punto tocando su rabel Elicio, y su zampoña Erastro, á estos versos dió principio Elicio.

ELICIO.

Rendido á un amoroso pensamiento,
Con mi dolor contento,
Sin esperar mas gloria,
Sigo la que persigue mi memoria,
Porque contino en ella se presenta
De los lazos de amor libre y esenta.
Con los ojos del alma aun no es posible
Ver el rostro apacible
De la enemiga mia,
Gloria y honor de quanto el cielo cria,

Y los del cuerpo quedan solo en vella
Ciegos, por haver visto el sol en ella.
O dura servidumbre, aunque gustosa!
O mano poderosa
De amor! que asi pudiste
Quitarme, ingrato, el bien que prometiste
De hacerme, quando libre me burlaba
De tí, del arco tuyo, y de tu aljaba.
Quanta belleza, quanta blanca mano
Me mostraste tirano!
Quanto te fatigaste
Primero que á mi cuello el lazo echaste!
Y aun quedáras vencido en la pelea,
Si no huviera en el mundo Galatea.
Ella fue sola la que sola pudo
Rendir el golpe crudo
De corazon esento,
Y avasallar el libre pensamiento,
El qual, si á su querer no se rindiera,
Por de marmol ó azero le tuviera.
Qué libertad puede mostrar su fuero
Ante el rostro severo
Y mas que el sol hermoso
De la que turba y causa mi reposo?
Ay rostro, que en el suelo
Descubres quanto bien encierra el cielo!
Co-

Cómo pudo juntar naturaleza
Tal rigor y aspereza
Con tanta hermosura,
Tanto valor y condicion tan dura?
Mas mi dicha consiente
En mi daño juntar lo diferente.
Esle tan facil á mi corta suerte
Ver con la amarga muerte
Junta la dulce vida,
Y estar su mal á do su bien anida,
Que entre contrarios veo
Que mengua la esperanza, y no el deseo.

No cantó mas el enamorado pastor, ni quisieron mas detenerse Tirsi y Damon, antes haciendo gallarda é improvisa muestra, ázia donde estaba Elicio se fueron, el qual como los vió, conociendo á su amigo Damon, con increible alegria le salió á recebir, diciendole: qué ventura ha ordenado, discreto Damon, que la des tan buena con tu presencia á estas riberas, que grandes tiempos ha que te desean? No puede ser sino buena, respondió Damon, pues me ha traido á verte, ó Elicio, cosa que yo estimo en tanto quanto es el deseo que de ello tenia, y la lar-

ga ausencia y la amistad que te tengo me obligaba; pero si por alguna cosa puedes decir lo que has dicho, es porque tienes delante al famoso Tirsi, gloria y honor del Castellano suelo. Quando Elicio oyó decir, que aquel era Tirsi, de él solamente por fama conocido, recibiendole con mucha cortesia, le dixo: bien conforma tu agradable semblante, nombrado Tirsi, con lo que de tu valor y discrecion en las cercanas y apartadas tierras la parlera fama pregona; y asi, á mí á quien tus escritos han admirado é inclinado á desear conocerte y servirte, puedes de hoy mas tener y tratar como verdadero amigo. Es tan conocido lo que yo gano en eso, respondió Tirsi, que en vano pregonaria la fama lo que la aficion que me tienes, te hace decir que de mí pregona, si no conociese la merced que me haces en querer ponerme en el numero de tus amigos; y porque entre los que lo son, las palabras de comedimiento han de ser escusadas, cesen las nuestras en este caso, y den las obras testimonio de nuestras voluntades.

La mia será contino de servirte, replicó Elicio, como lo verás, ó Tirsi, si el tiempo,

po, ó la fortuna me ponen en estado que valga algo para ello, porque el que agora tengo, puesto que no le trocaria con otro de mayores ventajas, es tal, que apenas me dexa con libertad de ofrecer el deseo. Teniendo como tienes el tuyo en lugar tan alto, dixo Damon, por locura tendria procurar baxarle á cosa que menos fuese; y asi, amigo Elicio, no digas mal del estado en que te hallas, porque yo te prometo, que quando se comparase con el mio, hallaria yo ocasion de tenerte mas envidia que lastima. Bien parece, Damon, dixo Elicio, que ha muchos dias que faltas destas riberas, pues no sabes lo que en ellas amor me hace sentir; y si esto no es, no debes conocer, ni tener experiencia de la condicion de Galatea, que si della tuvieses noticia, trocarias en lastima la envidia que de mi tendrias. Quien ha gustado de la condicion de Amarili, qué cosa nueva puede esperar de la de Galatea? respondió Damon. Si la estada tuya en estas riberas, replicó Elicio, fuere tan larga como yo deseo, tú, Damon, conocerás y verás en ellas, y oirás en otras como andan en igual balanza su crueldad y gentileza: estremos que acaban

la vida al que su desventura truxo á terminos de adorarla. En las riberas de nuestro Henares, dixo á esta sazon Tirsi, mas fama tenia Galatea de hermosa que de cruel; pero sobre todo se dice que es discreta; y si esta es la verdad, como lo debe ser, de su discrecion nace el conocerse, y de conocerse estimarse, y de estimarse no querer perderse, y del no querer perderse viene el no querer contentarte; y viendo tú, Elicio, quan mal corresponde á tus deseos, das nombre de crueldad á lo que debias llamar honroso recato; y no me marabillo, que enfin es condicion propia de los enamorados poco favorecidos. Razon tendrias en lo que has dicho, ó Tirsi, replicó Elicio, quando mis deseos se desviaran del camino que á su honra y honestidad conviene; pero si van tan medidos, como á su valor y credito se debe, de qué sirve tanto desden? tan amargas y desabridas respuestas? y tan á la clara esconder el rostro al que tiene puesta toda su gloria en solo verle? Ay, Tirsi, Tirsi! respondió Elicio, y como te debe tener el amor puesto en lo alto de sus contentos, pues con tan sosegado espiritu hablas de sus efectos! No sé yo como

vie-

viene bien lo que tú agora dices, con lo que un tiempo decias quando cantabas.

Ay de quan ricas esperanzas vengo
  Al deseo mas pobre y encogido!

Con lo demas que á esto añadiste. Hasta este punto havia estado callando Erastro, mirando lo que entre los pastores pasaba, admirado de ver su gentil donaire y apostura, con las muestras que cada uno daba de la mucha discrecion que tenia. Pero viendo que de lance en lance á razonar de casos de amor se havian reducido, como aquel que tan experimentado en ellos estaba, rompió el silencio, y dixo: bien creo, discretos pastores, que la larga experiencia os havrá mostrado que no se puede reducir á continuado termino la condicion de los enamorados corazones, los quales como se gobiernan por voluntad agena, á mil contrarios accidentes están sugetos; y asi, tú, famoso Tirsi, no tienes de que marabillarte de lo que Elicio ha dicho, ni él tampoco de lo que tú dices, ni traer por exemplo aquello que él dice que cantabas, ni menos lo que yo sé que cantaste quando dixiste:

La

La amarillez y la flaqueza mia.

Donde claramente mostrabas el afligido estado que entonces poseias ; porque de alli á poco llegaron á nuestras cabañas las nuevas de tu contento , solenizadas en aquellos versos tan nombrados tuyos , que si mal no me acuerdo comenzaban :

Sale el aurora , y de su fertil mano.

Por do claro se conoce la diferencia que hay de tiempos á tiempos , y como con ellos suele mudar amor los estados , haciendo que hoy se ria el que ayer lloraba , y que mañana llore el que hoy rie. Y por tener yo tan conocida esta su condicion , no puede la aspereza y desden zahareño de Galatea acabar de derribar mis esperanzas , puesto que yo no espero de ella otra cosa , sino es que se contente de que yo la quiera. El que no esperase buen suceso de un tan enamorado y medido deseo como el que has mostrado , ó pastor , respondió Damon , renombre mas que de desesperado merecia : por cierto que es gran cosa lo que de Galatea pretendes. Pero dime,

me, pastor, asi ella te la conceda: es posible que tan á regla tienes tu deseo, que no se adelanta á desear mas de lo que has dicho? Bien puedes creerle, amigo Damon, dixo Elicio, porque el valor de Galatea no dá lugar á que de ella otra cosa se desee, ni se espere, y aun esta es tan dificil de obtenerse, que á veces á Erastro se entibia la esperanza, y á mi se enfria, de manera que él tiene por cierto, y yo por averiguado, que primero ha de llegar la muerte, que el cumplimiento della. Mas porque no es razon recebir tan honrados huespedes con los amargos cuentos de nuestras miserias, quedense ellas aqui, y recojamonos al aldea, donde descansareis del pesado trabajo del camino, y con mas sosiego, si de ello gustaredes, entendereis el desasosiego nuestro. Holgaron todos de acomodarse á la voluntad de Elicio, el qual, y Erastro, recogiendo sus ganados, puesto que era algunas horas antes de lo acostumbrado, en compañia de los dos pastores, hablando en diversas cosas aunque todas enamoradas, ázia el aldea se encaminaron. Mas como todo el pasatiempo de Erastro era tañer y cantar; asi por esto, como por el deseo que tenia de saber

ber si los dos nuevos pastores lo hacian tan bien como de ellos se sonaba, por moverlos y convidarlos á que otro tanto hiciesen, rogó á Elicio, que su rabel tocase, al son del qual asi comenzó á cantar.

ERASTRO.

Ante la luz de unos serenos ojos
Que al sol dan luz con que da luz al suelo,
Mi alma asi se enciende, que recelo
Que presto tendras, muerte, sus despojos.
Con la luz se conciertan los manojos
De aquellos rayos del señor de Delo:
Tales son los cabellos de quien suelo
Adorar su beldad puesto de hinojos.
O clara luz, ó rayos del sol claro,
Antes el mismo sol, de vos espero
Solo que consintais que Erastro os quiera.
Si en esto el cielo se me muestra avaro,
Antes que acabe del dolor que muero
Haced, ó rayos, que de un rayo muera.

No les pareció mal el soneto á los pastores, ni les descontentó la voz de Erastro, que puesto que no era de las muy estremadas, no de-

dexaba de ser de las acordadas, y luego Elicio, movido del exemplo de Erastro, le hizo que tocase su zampoña, al son de la qual este soneto dixo.

ELICIO.

Ay! que al alto designio que se cria
En mi amoroso firme pensamiento,
Contradicen el cielo, el fuego, el viento,
La agua, la tierra, y la enemiga mia:
Contrarios son de quien temer debria,
Y abandonar la empresa y sano intento:
Mas quien podrá estorbar lo que el violento
Hado implacable quiere? amor porfia?
El alto cielo, amor, el viento, el fuego,
La agua, la tierra, y mi enemiga bella,
Cada qual con fuerza, y con mi hado,
Mi bien estorbe, esparza, abrase, y luego
Deshaga mi esperanza, que aun sin ella
Imposible es dexar lo comenzado.

En acabando Elicio, luego Damon al son de la mesma zampoña de Erastro desta manera comenzó á cantar.

D A M O N.

Mas blando fui que no la blanda cera,
Quando imprimi en mi alma la figura
De la bella Amarili esquiva y dura,
Qual duro marmol, ó silvestre fiera.
Amor me puso entonces en la esfera
Mas alta de su bien y su ventura,
Agora temo que la sepultura
Ha de acabar mi presuncion primera.
Arrimose el amor á la esperanza,
Qual vid al olmo, y fue subiendo apriesa,
Mas faltole el humor y cesó el vuelo:
No el de mis ojos que por larga usanza
Fortuna sabe bien que jamas cesa
De dar tributo al rostro, al pecho, al suelo.

Acabó Damon, y comenzó Tirsi al son de los instrumentos de los tres pastores á cantar este soneto.

T I R S I.

Por medio de los filos de la muerte
Rompió mi fe, y á tal punto he llegado,

Que

Que no envidio el mas alto y rico estado,
Que encierra humana venturosa suerte.
  Todo este bien nació de solo verte,
Hermosa Fili, ó Fili, á quien el hado
Dotó de un ser tan raro y estremado,
Que en risa el llanto, el mal en bien convierte.
  Como amansa el rigor de la sentencia,
Si el condenado el rostro del Rey mira,
Y es ley que nunca tuerce su derecho:
  Asi ante tu hermosisima presencia
La muerte huye, el daño se retira,
Y dexa en su lugar vida y provecho.

Al acabar de Tirsi, todos los instrumentos de los pastores formaron tan agradable musica, que causaba grande contento á quien la oia, y mas ayudandoles de entre las espesas ramas mil suertes de pintados pajarillos, que con divina harmonia parece que como á coros les iban respondiendo. Desta suerte habian caminado un trecho, quando llegaron á una antigua hermita que en la ladera de un montecillo estaba, no tan desviada del camino que dexase de oirse el son de una harpa que dentro al parecer tañian, el qual oido por Erastro, dixo: deteneos, pasto-

tores, que segun pienso hoy oiremos todos lo que ha dias que yo deseo oir, que es la voz de un agraciado mozo que dentro de aquella hermita havrá doce ó catorce dias se ha venido á vivir una vida mas aspera de lo que á mí me parece que puedan llevar sus pocos años, y algunas veces que por aqui he pasado, he sentido tocar una harpa, y entonar una voz tan suave, que me ha puesto en grandisimo deseo de escucharla, pero siempre he llegado á punto que él le ponia en su canto; y aunque con hablarle he procurado hacerme su amigo, y ofreciendole á su servicio todo lo que valgo y puedo, nunca he podido acabar con él que me descubra quien es, y las causas que le han movido á venir de tan pocos años á ponerse en tanta soledad y estrecheza. Lo que Erastro decia del mozo y nuevo hermitaño, puso en los pastores el mismo deseo de conocerle que él tenia, y asi acordaron de llegarse á la hermita de modo que sin ser sentidos pudiesen entender lo que cantaba antes que llegasen á hablarle, y haciendolo asi, les sucedió tan bien, que se pusieron en parte donde sin ser vistos ni sentidos oyeron que al son de la

har-

harpa el que estaba dentro, semejantes versos decia.

Si han sido el cielo, amor y la fortuna
Sin ser de mí ofendidos,
Contentos de ponerme en tal estado,
Envano al aire envio mis gemidos:
Envano hasta la luna
Se vió mi pensamiento levantado.
O riguroso hado!
Por quan estrañas desusadas vias
Mis dulces alegrias
Han venido á parar en tal estremo,
Que estoy muriendo, y aun la vida temo!

Contra mi mesmo estoy ardiendo en ira
Por ver que sufro tanto
Sin romper este pecho, y dar al viento
Esta alma, que en mitad del duro llanto
Al corazon retira
Las ultimas reliquias del aliento,
Y alli de nuevo siento
Que acude la esperanza á darme fuerza,
Y aunque fingida á mi vivir esfuerza,
Y no es piedad del cielo, porque ordena
A larga vida dar mas larga pena.

Del caro amigo el lastimado pecho
Enterneció este mio,
Y la empresa dificil tomé á cargo.
O discreto fingir de desvario!
O nunca visto hecho!
O caso gustosisimo y amargo!
Quan dadivoso y largo
Amor se mostró por bien ageno,
Y quan avaro y lleno
De temor y lealtad para conmigo!
Pero á mas nos obliga un firme amigo.

Injustas pagas, voluntades justas
A cada paso vemos
Dadas por mano de fortuna esquiva,
Y de tí, falso amor, de quien sabemos
Que te alegras y gustas
De que un firme amador muriendo viva,
Abrasadora y viva
Llama se encienda en tus ligeras alas,
Y las buenas y malas
Saetas en cenizas se resuelvan,
O al dispararlas contra ti se vuelvan.

Por qué camino, con qué fraude y maña,
Por qué estraño rodeo

En-

Entera posesion de mí tomaste?
Y cómo en mi piadoso alto deseo,
Y en mis limpias entrañas
La sana voluntad, falso, trocaste?
Juicio havrá que baste
A llevar en paciencia el ver, perjuro,
Que éntre libre y seguro
A tratar de tus glorias y tus penas,
Y agora al cuello sienta tus cadenas?

Mas no de tí, sino de mí seria
Razon que me quexase,
Que á tu fuego no hice resistencia,
Yo me entregué, yo hice que soplase
El viento que dormia
De la ocasion con furia y violencia:
Justisima sentencia
Ha dado el cielo contra mí que muera;
Aunque solo se espera
De mi infelice hado y desventura,
Que no acabe mi mal la sepultura.

O amigo dulce, ó dulce mi enemiga
Timbrio, y Nisida bella,
Dichosos juntamente y desdichados!
Quál dura, iniqua, inexôrable estrella

De mi daño enemiga
Quál fuerza injusta de implacables hados
Nos tiene asi apartados?
O miserable, humana, fragil suerte!
Quan presto se convierte
En subito pesar una alegria,
Y sigue escura noche al claro dia!

De la instabilidad de la mudanza
De las humanas cosas
Quál será el atrevido que se fie?
Con alas vuela el tiempo presurosas,
Y tras sí la esperanza
Se lleva del que llora y del que rie,
Y ya que el cielo envie
Su favor, solo sirve al que con zelo
Santo levanta al cielo
El alma en fuego de su amor deshecha,
Y al que no mas le daña que aprovecha.

Yo como puedo, buen señor, levanto
La una y otra palma,
Los ojos, la intencion al cielo santo,
Por quien espera el alma
Ver vuelto en risa su continuo llanto.



Josef Ximeno la inv. y dib. Simon Brieva la gravó.

Con un profundo suspiro dió fin al lastimado canto el recogido mozo, que dentro en la hermita estaba; y sintiendo los pastores que adelante no proseguia, sin detenerse mas, todos juntos entraron en ella, donde vieron á un cabo sentado encima de una dura piedra á un dispuesto y agraciado mancebo, al parecer de edad de veinte y dos años, vestido de un tosco buriel, con los pies descalzos, y una aspera soga ceñida al cuerpo, que de cordon le servia. Estaba con la cabeza inclinada á un lado, y la una mano asida de la parte de la tunica que sobre el corazon caia, y el otro brazo á la otra parte flojamente derribado, y por verle desta manera, y por no haver hecho movimiento al entrar de los pastores, claramente conocieron que desmayado estaba, como era la verdad, porque la profunda imaginacion de sus miserias muchas veces á semejante termino le conducia. Llegose á él Erastro, y trabandole recio del brazo le hizo volver en sí, aunque tan desacordado, que parecia que de un pesado sueño recordaba, las quales muestras de dolor no pequeño le causaron á los que lo veian, y luego Erastro le dixo: qué es esto,

señor, qué es lo que siente vuestro fatigado pecho? No dexeis de decirlo, que presentes teneis quien no reusarán fatiga alguna por dar remedio á la vuestra. No son esos, respondió el mancebo con voz algo desmayada, los primeros ofrecimientos que me has hecho, ni aun serian los ultimos que yo acertase á servir si pudiese; pero hame traido la fortuna á terminos, que ni ellos pueden aprovecharme, ni yo satisfacerlos mas de con el deseo. Este puedes tomar en cuenta del bueno que me ofreces; y si otra cosa de mí deseas saber, el tiempo que no encubre nada, te dirá mas de lo que yo quisiera. Si al tiempo dexas que me satisfaga de lo que me dices, respondió Erastro, poco debe agradecerse tal paga; pues él apesar nuestro echa en las plazas lo mas secreto de nuestros corazones. A este tiempo todos los demas pastores le rogaron, que la ocasion de su tristeza les contase, especialmente Tirsi, que con eficaces razones le persuadió y dió á entender que no hay mal en esta vida, que con ella su remedio no se alcanzase, si ya la muerte, atajadora de los humanos discursos, no se opone á ellos, y á esto añadió otras pa-

palabras, que al obstinado mozo movieron á que con las suyas hiciese satisfechos á todos de lo que dél saber deseaban, y asi les dixo: puesto que á mi me fuera mejor, ó agradable compañia, vivir lo poco que me queda de vida sin ella, y haverme recogido á mayor soledad de la que tengo, todavia por no mostrarme esquivo á la voluntad que me haveis mostrado, determino de contaros todo aquello que entiendo bastará, y los terminos por donde la mudable fortuna me ha traido al estrecho estado en que me hallo; pero porque me parece que es ya algo tarde, y segun mis desventuras son muchas, seria posible que antes de contaroslas la noche sobreviniese, será bien que todos juntos á la aldea nos vamos, pues á mí no me hace otra descomodidad de hacer el camino esta noche, que mañana tenia determinado, y esto me es forzoso, pues de vuestra aldea soy proveido de lo que he menester para mi sustento; y por el camino, como mejor pudieremos, os hare ciertos de mis desgracias. A todos pareció bien lo que el mozo hermitaño decia, y poniendole en medio dellos, con vagarosos pasos tornaron á seguir el camino de la al-

dea, y luego el afligido hermitaño con muestras de mucho dolor desta manera al cuento de sus miserias dió principio.

En la antigua y famosa ciudad de Xerez, cuyos moradores de Minerva y Marte son favorecidos, nació Timbrio, un valeroso caballero, del qual, si sus virtudes y generosidad de animo huviese de contar, á dificil empresa me pondria. Basta saber, que no sé si por la mucha bondad suya, ó por la fuerza de las estrellas que á ello me inclinaban, yo procure por todas las vias que pude serle particular amigo, y fueme en esto el cielo tan favorable, que casi olvidandose á los que nos conocian el nombre de Timbrio, y el de Silerio, que es el mio, solamente los dos amigos nos llamaban, haciendo nosotros con nuestra continua conversacion y amigables obras, que tal opinion no fuese vana. Desta suerte los dos con increible gusto y contento los mozos años pasabamos, ora en el campo en el exercicio de la caza, ora en la ciudad en el del honroso Marte, entreteniendonos, hasta que un dia (de los muchos aciagos que el enemigo tiempo en el discurso de mi vida me ha hecho ver) le sucedió

á

á mi amigo Timbrio una pesada pendencia con un poderoso caballero, vecino de la misma ciudad. Llegó á termino la question, que el caballero quedó lastimado en la honra, y á Timbrio le fue forzoso ausentarse, por dar lugar á que la furiosa discordia cesase que entre las dos parentelas se comenzaba á encender; dexando escrita una carta á su enemigo, dandole aviso que le hallaria en Italia en la ciudad de Milan ó en Napoles, todas las veces que como caballero, de su agravio satisfacerse quisiese. Con esto cesaron los vandos entre los parientes de entrambos, y ordenose que á igual y mortal batalla el ofendido caballero, que Pransiles se llamaba, á Timbrio desafiase, y que en hallando campo seguro para la batalla, se avisase á Timbrio. Ordenó mas mi desgraciada suerte, que al tiempo que esto sucedió, yo me hallase tan falto de salud, que apenas del lecho levantarme podia, y por esta ocasion se me pasó la de seguir á mi amigo donde quiera que fuese, el qual al partir se despidió de mí con no pequeño descontento, encargandome que en cobrando fuerzas le buscase, que en la ciudad de Napoles le hallaria, dexandome

con

con mas pena que yo sabré agora significaros. Mas al cabo de pocos dias (pudiendo en mí mas el deseo que de verle tenia, que no la flaqueza que me fatigaba) me puse luego en camino; y para que con mas brevedad y mas seguro le hiciese, la ventura me ofreció la comodidad de quatro galeras, que en la famosa isla de Cadiz de partida para Italia puestas y aparejadas estaban. Embarqueme en una de ellas, y con prospero viento en tiempo breve las riberas Catalanas descubrimos; y haviendo dado fondo en un puerto dellas, yo que algo fatigado de la mar venia, asegurado primero de que por aquella noche las galeras de alli no partian, me desembarqué con solo un amigo y un criado mio; y no creo que debia de ser la media noche quando los marineros y los que á cargo las galeras llevaban, viendo que la serenidad del cielo calma ó prospero viento señalaba, por no perder la buena ocasion que se les ofrecia, á la segunda guardia hicieron la señal de partida; y zarpando las ancoras, dieron con mucha presteza los remos al sesgado mar, y las velas al sosegado viento, y fue como digo con tanta diligencia hecho, que por mu-

mucha que yo puse para volver á embarcarme, no fui á tiempo, y asi me huve de quedar en la marina con el enojo que podrá considerar quien por semejantes y ordinarios casos havrá pasado, porque quedaba mal acomodado de todas las cosas, que para seguir mi viage por tierra eran necesarias; mas considerando que de quedarme alli poco remedio se esperaba, acordé de volverme á Barcelona, adonde como ciudad mas grande podria ser hallar quien me acomodase de lo que me faltaba, correspondiendo á Xerez ó á Sevilla con la paga dello. Amaneciome en estos pensamientos, y con determinacion de ponerlos en efeto aguardaba á que el dia mas se levantase, y estando apunto de partirme, sentí un grande estruendo por la tierra, y que toda la gente corria á la calle mas principal del pueblo; y preguntando á uno qué era aquello, me respondió: llegaos, señor, á aquella esquína, que á voz de pregonero sabreis lo que deseais. Hicelo asi, y lo primero en que puse los ojos fue en un alto crucifijo, y en mucho tumulto de gente, señales que algun sentenciado á muerte entre ellos venia, todo lo que me certificó la

voz del pregonero, que declaraba que por haver sido salteador y vandolero, la justicia mandaba ahorcar un hombre, que como á mí llegó, luego conoci que era el mi buen amigo Timbrio, el qual venia á pie con unas esposas á las manos, y una soga á la garganta, los ojos enclavados en el crucifijo que delante llevaba, diciendo y protestando á los clerigos que con él iban, que por la cuenta que pensaba dar en breves horas al verdadero Dios, cuyo retrato delante de los ojos tenia, que nunca en todo el discurso de su vida havia cometido cosa por donde publicamente mereciese recebir tan ignominiosa muerte, y que á todos rogaba, rogasen á los jueces le diesen algun termino para probar quan inocente estaba de lo que le acusaban. Considerese aqui, si tanto la consideracion pudo levantarse, qual quedaria yo al horrendo espectaculo que á los ojos se me ofrecia: no sé que os diga, señores, sino que quedé tan embelesado y fuera de mí, y de tal modo quedé ageno de todos mis sentidos, que una estatua de marmol debiera de parecer á quien en aquel punto me miraba. Pero ya que el confuso rumor del pueblo, las levantadas voces

ces de los pregoneros, las lastimosas palabras de Timbrio, y las consoladoras de los sacerdotes, y el verdadero conocimiento de mi buen amigo me huvieron vuelto de aquel embelesamiento primero, y la alterada sangre acudió á dar ayuda al desmayado corazon, y despertado en él la colera debida á la notoria venganza de la ofensa de Timbrio, sin mirar al peligro que me ponia, sino al de Timbrio, por ver si podia librarle ó seguirle hasta la otra vida, con poco temor de perder la mia, eché mano á la espada, y con mas que ordinaria furia entré por medio de la confusa turba, hasta que llegué á donde Timbrio iba, el qual no sabiendo si en provecho suyo tantas espadas se havian desenvainado, con perplexo y angustiado animo estaba mirando lo que pasaba, hasta que yo le dixe: adonde está, ó Timbrio, el esfuerzo de tu valeroso pecho? qué esperas? ó qué aguardas? porqué no te favoreces de la ocasion presente? procura, verdadero amigo, salvar tu vida entanto que esta mia hace escudo á la sinrazon que segun creo aqui te es hecha. Estas palabras mias y el conocerme Timbrio, fue parte para que olvidado todo

te-

temor, rompiese las ataduras ó esposas de las manos; mas todo su ardimiento fuera poco, si los sacerdotes de compasion movidos, no ayudaran su deseo. los quales tomandole en peso. á pesar de los que estorbarlo querian se entraron con él en una iglesia que alli junto estaba, dexandome á mí en medio de toda la justicia, que con grande instancia procuraba prenderme, como al fin lo hizo, pues á tantas fuerzas juntas no fue poderosa la sola mia de resistirlas; y con mas ofensa que á mi parecer mi pecado merecia, á la carcel publica herido de dos heridas me llevaron: el atrevimiento mio, y el haverse escapado Timbrio aumentó mi culpa, y el enojo en los jueces; los quales ponderando bien el exceso por mí cometido, pareciendoles ser justo que yo muriese, luego la cruel sentencia pronunciaron, y para otro dia guardaban la execucion. Llegó á Timbrio esta triste nueva allá en la iglesia donde estaba; y segun yo despues supe, mas alteracion le dió mi sentencia, que le havia dado la de su muerte; y por librarme della de nuevo se ofrecia á entregarse otra vez en poder de la justicia; pero los sacerdotes le aconsejaron que servia

via de poco aquello, antes era añadir mal á mal, y desgracia á desgracia, pues no seria parte el entregarse él para que yo fuese suelto, pues no lo podia ser sin ser castigado de la culpa cometida. No fueron menester pocas razones para persuadir á Timbrio no se diese á la justicia; pero sosegose con proponer en su animo de hacer otro dia por mí lo que yo por él havia hecho, por pagarme en la misma moneda, ó morir en la demanda. De toda su intencion fui avisado por un clerigo que á confesarme vino, con el qual le envie á decir, que el mejor remedio que mi desdicha podia tener, era que él se salvase, y procurase que con toda brevedad el virrey de Barcelona supiese todo el suceso, antes que la justicia de aquel pueblo la executase en él. Supe tambien la causa por que á mi amigo Timbrio llevaba al amargo suplicio, segun me contó el mesmo sacerdote que os he dicho; y fue que viniendo Timbrio caminando por el reyno de Cataluña, á la salida de Perpiñan dieron con él una cantidad de vandoleros, los quales tenian por señor y cabeza á un valeroso caballero Catalan, que por ciertas enemista-

des

des andaba en la compañia, como es ya antiguo uso de aquel reyno, quando los enemistados son personas de cuenta, salirse á ella, y hacerse todo el mal que pueden, no solamente en las vidas, pero en las haciendas; cosa agena de toda christiandad, y digna de toda lastima. Sucedió pues que al tiempo que los vandoleros estaban ocupados en quitar á Timbrio lo que llevaba, llegó en aquella sazon el señor y caudillo dellos, y como en fin era caballero, no quiso que delante de sus ojos agravio alguno á Timbrio se hiciese; antes pareciendole hombre de valor y prendas le hizo mil corteses ofrecimientos, rogandole que por aquella noche se quedase con él en un lugar alli cerca, que otro dia por la mañana le daria una señal de seguro para que sin temor alguno pudiese seguir su camino hasta salir de aquella provincia. No pudo Timbrio dexar de hacer lo que el cortes caballero le pedia, obligado de las buenas obras dél recebidas: fueronse juntos, y llegaron á un pequeño lugar, donde por los del pueblo alegremente recebidos fueron. Mas la fortuna que hasta entonces con Timbrio se havia burlado, ordenó que aquella mesma noche

che diesen con los vandoleros una compañia de soldados, solo para este efeto juntada, y haviendolos cogido de sobresalto, con facilidad los desbarataron; y puesto que no pudieron prender al caudillo, prendieron y mataron á otros muchos, y uno de los presos fue Timbrio, á quien tuvieron por un famoso salteador que en aquella compañia andaba; y segun se debe imaginar sin duda le debia de parecer mucho, pues con atestiguar los demas presos que aquel no era el que pensaban, contando la verdad de todo el caso, pudo tanto la malicia en el pecho de los jueces, que sin mas averiguaciones lo sentenciaron á muerte; la qual fuera puesta en efeto, si el cielo, favorecedor de los justos intentos, no ordenára que las galeras se fuesen, y yo en tierra quedase para hacer lo que hasta agora os he contado que hice. Estabase Timbrio en la iglesia y yo en la carcel, ordenando de partirse aquella noche á Barcelona; y yo que esperando estaba en qué pararia la furia de los ofendidos jueces, con otra mayor desventura suya, Timbrio y yo de la nuestra fuimos librados. Mas ojala fuera servido el cielo, que en mí solo se execu-

tara la furia de su ira, con tal que la alzaran de aquel pequeño y desventurado pueblo, que á los filos de mil barbaras espadas tubo puesto el miserable cuello! Poco mas de media noche seria, hora acomodada á facinorosos insultos, y en la qual la trabajada gente suele entregar los trabajados miembros en brazos del dulce sueño, quando improvisamente por todo el pueblo se levantó una confusa voceria, diciendo: al arma, al arma, que turcos hay en la tierra. Los ecos destas tristes voces, quién duda que no causaron espanto en los mugeriles pechos, y aun pusieron confusion en los fuertes animos de los varones? No sé que os diga, señores, sino que en un punto la miserable tierra comenzó á arder con tanta gana, que no parecia sino que las mesmas piedras con que las casas fabricadas estaban, ofrecian acomodada materia al encendido fuego que todo lo consumia. A la luz de las furiosas llamas se vieron relucir los barbaros alfanges, y parecerse las blancas tocas de la turca gente, que encendida con segures ó hachas de duro acero, las puertas de las casas derribaban, y entrando en ellas, de christianos despojos salian car-

cargados. Qual llevaba la fatigada madre, y qual el pequeñuelo hijo, que con cansados y debiles gemidos, la madre por el hijo, y el hijo por la madre preguntaba, y alguno sé que huvo que con sacrilega mano estorbó el cumplimiento de los justos deseos de la casta recien desposada virgen y del esposo desdichado, ante cuyos llorosos ojos ó quizá vió coger el fruto de que el sin ventura pensaba gozar en termino breve. La confusion era tanta, tantos los gritos y mezclas de las voces tan diferentes, que gran espanto ponian. La fiera y endiablada canalla, viendo quan poca resistencia se les hacia, se atrevieron á entrar en los sagrados templos, y poner las descomulgadas manos en las santas reliquias, poniendo en el seno el oro con que guarnecidas estaban, y arrojandolas en el suelo con asqueroso menosprecio. Poco le valia al sacerdote su santimonia, y al frayle su retraimiento, y al viejo sus nevadas canas, y al mozo su juventud gallarda, y al pequeño niño su inocencia simple, que de todos llevaban el saco aquellos descreidos perros; los quales, despues de abrasadas las casas, robados los templos, desflorado las virgenes,

muerto los defensores, mas cansados que satisfechos de lo hecho, al tiempo que el alba venia, sin impedimento alguno, se volvieron á sus baxeles, haviendolos ya cargado de todo lo mejor que en el pueblo havia, dexandole desolado y sin gente, porque toda la mas gente se llevaban, y la otra á la montaña se havia recogido. Quién en tan triste espectaculo pudiera tener quedas las manos, y enjutos los ojos? Mas ay! que está tan llena de miserias nuestra vida, que, tan doloroso suceso como el que os he contado, huvo christianos corazones que se alegraron; y estos fueron los de aquellos que en la carcel estaban, que con la desdicha general, cobraron la dicha propia, porque en son de ir á defender el pueblo, rompieron las puertas de la prision, y en libertad se pusieron, procurando cada uno no de ofender á los contrarios, sino de salvar á sí mesmos; entre los quales yo goce de la libertad tan caramente adquirida. Y viendo que no havia quien hiciese rostro á los enemigos, por no venir á su poder ni tornar al de la prision, desamparando el consumido pueblo, con no muy pequeño dolor de lo que havia visto, y con el que mis

mis heridas me causaban, segui á un hombre que me dixo: que seguramente me llevaria á un monasterio que en aquellas montañas estaba, donde de mis llagas seria curado, y aun defendido, si de nuevo prender me quisiesen: seguile enfin como os he dicho, con deseo de saber qué havria hecho la fortuna de mi amigo Timbrio: el qual como despues supe, con algunas heridas se havia escapado, y seguido por la montaña otro camino diferente del que yo llevaba: vino á parar al puerto de Rosas, donde estuvo algunos dias, procurando saber qué suceso havria sido el mio, y que enfin, sin saber nuevas algunas se partió en una nave, y con prospero viento llegó á la gran ciudad de Napoles. Yo volvi á Barcelona, y alli me acomode de lo que menester havia: y despues ya sano de mis heridas, torné á seguir mi viage, y sin sucederme reves alguno llegué á Napoles, donde hallé enfermo á Timbrio; y fue tal el contento que en vernos los dos recebimos, que no me siento con fuerzas para encarecerosle por agora. Alli nos dimos cuenta de nuestras vidas, y de todo aquello que hasta aquel momento nos havia sucedido; pe-

ro todo este placer mio se aguaba con ver á Timbrio no tan bueno como yo quisiera, antes tan malo, y de una enfermedad tan estraña, que si yo á aquella sazon no llegara, pudiera llegar á tiempo de hacerle las obsequias de su muerte, y no solenizar las alegrias de su vista. Despues que él huvo sabido de mí todo lo que quiso, con lagrimas en los ojos me dixo: ay amigo Silerio! y cómo creo que el cielo procura cargar la mano en mis desventuras, para que dandome la salud por la vuestra, quede yo cada dia con mas obligacion de serviros! Palabras fueron estas de Timbrio, que me enternecieron; mas por parecerme de comedimientos tan poco usados entre nosotros, me admiraron. Y por no cansaros en deciros punto por punto lo que yo le respondí, y lo que él mas replicó: solo os diré, que el desdichado de Timbrio estaba enamorado de una señora principal de aquella ciudad, cuyos padres eran Españoles, aunque ella en Napoles havia nacido: su nombre era Nisida, y su hermosura tanta, que me atrevo á decir que la naturaleza cifró en ella el estremo de sus perfecciones; y andaban tan á una en ella la honestidad y belleza, que lo que la

la una encendia, la otra enfriaba, y los deseos que su gentileza hasta el mas subido cielo levantaba, su honesta gravedad hasta lo mas baxo de la tierra abatia. A esta causa estaba Timbrio tan pobre de esperanza, quan rico de pensamientos; y sobre todo falto de salud, y en terminos de acabar la vida sin descubrirlos: tal era el temor y reverencia que havia cobrado á la hermosa Nisida. Pero despues que tuve bien conocida su enfermedad, y huve visto á Nisida, y considerado la calidad y nobleza de sus padres, determiné de posponer por él la hacienda, la vida y la honra, y mas, si mas tuviera y pudiera; y asi usé de un artificio el mas estraño que hasta hoy se havrá oido ni leido: y fue, que acordé de vestirme como truhan, y con una guitarra entrarme en casa de Nisida, que por ser, como ya he dicho, sus padres de los principales de la ciudad, de otros muchos truhanes era continuada. Pareciòle bien este acuerdo á Timbrio, y resignó luego en las manos de mi industria todo su contento. Hice yo hacer luego muchas y diferentes galas, y en vistiendome comence á ensayarme en el nuevo oficio delante de Timbrio, que no poco reia de ver-

me tan truhanamente vestido ; y por ver si la habilidad correspondia al habito , me dixo que haciendo cuenta que él era un gran principe , y que yo de nuevo venia á visitarle , le dixese algo. Y si yo no me acuerdo mal , y si vosotros , señores , no os cansais de escucharme , direos lo que entonces le canté , con ser la primera vez. Todos dixeron , que ninguna cosa les daria mas contento , que saber por estenso todo el suceso de su negocio , y que asi le rogaban que ninguna cosa , por de poco momento que fuese , dexase de contarles. Pues esa licencia me dais , dixo el hermitaño , no quiero dexaros de decir como comence á dar muestras de mi locura , que fue con estos versos que á Timbrio canté , imaginando ser un gran señor á quien los decia.

SILERIO.

De principe que en el suelo
Va por tan justo nivel ,
Qué se puede esperar dél
Que no sean obras del cielo ?

No se ve en la edad presente ,
Ni se vió en la edad pasada

Re-

Republica gobernada
De principe tan prudente:
Y del que mide su zelo
Por tan christiano nivel,
Qué se puede esperar dél
Que no sean obras del cielo?

Del que trae por bien ageno
Sin codiciar mas despojos,
Misericordia en los ojos,
Y la justicia en el seno:
Del que lo mas deste suelo
Es lo menos que hay en él,
Qué se puede esperar dél
Que no sean obras del cielo?

La liberal fama vuestra
Que hasta el cielo se levanta,
De que teneis alma santa
Nos da indicio y clara muestra:
Del que no discrepa un pelo
De ser al cielo fiel,
Qué se puede esperar dél
Que no sean obras del cielo?

Del que con christiano pecho

Siem-

Siempre en el rigor se tarda,
Ya la justicia le guarda
Con clemencia su derecho:
De aquel que levanta el vuelo
Do ninguno llega á él,
Qué se puede esperar dél
Que no sean obras del cielo?

Estas y otras cosas de mas risa y juego canté entonces á Timbrio, procurando acomodar el brio y donaire del cuerpo á que en todo diese muestras de exercitado truhan; y sali tan bien con ello, que en pocos dias fui conocido de toda la mas gente principal de la ciudad, y la fama del truhan Español por toda ella volaba: hasta tanto que ya en casa del padre de Nisida me deseaban ver, el qual deseo les cumpliera yo con mucha facilidad, si de industria no aguardara á ser rogado. Mas enfin no me pude escusar, que un dia de un banquete allá no fuese, donde vi mas cerca la justa causa que Timbrio tenia de padecer, y la que el cielo me dió para quitarme el contento todos los dias que en esta vida durare. Vi á Nisida, á Nisida vi para no ver mas, ni hay mas que ver despues de haverla vis-

visto. O fuerza poderosa de amor, contra quien valen poco las poderosas nuestras! y es posible que en un punto, en un momento los reparos y pertrechos de mi lealtad pusieses en terminos de dar con todos ellos por tierra! ay! que si se tardara un poco en socorrerme la consideracion de quien yo era, la amistad que á Timbrio debia, el mucho valor de Nisida, y el afrentoso habito en que me hallaba, que todo era impedimento á que con el nuevo y amoroso deseo que en mí havia nacido, no naciese tambien la esperanza de alcanzarla, que es el arrimo con que el amor camina ó vuelve atras en los enamorados principios. Enfin vi la belleza que os he dicho, y porque me importaba tanto el verla, siempre procure grangear el amistad de sus padres, y de todos los de su casa; y esto con hacer del gracioso y bien criado, haciendo mi oficio con la mayor discrecion y gracia á mí posible. Y rogandome un caballero que aquel dia á la mesa estaba, que alguna cosa en loor de la hermosura de Nisida cantase, quiso la ventura que me acordase de unos versos, que muchos dias antes para otra ocasion casi semejante yo havia hecho, y sirviendome

me para la presente, los dixe, que eran estos.

SILERIO.

Nisida, con quien el cielo
Tan liberal se ha mostrado,
Que en daros á vos, dió al suelo
Una imagen y traslado
De quanto encubre su velo:
Si él no tuvo mas que os dar,
Ni vos mas que desear,
Con facilidad se entiende
Que lo posible pretende
Quien os pretende loar.

De esa beldad peregrina
La perfeccion soberana
Que al cielo nos encamina,
Pues no es posible la humana,
Cante la lengua divina:
Y diga, bien sé conviene,
Que al alma que en sí contiene
Ser tan alto y milagroso,
Se le diese el velo hermoso,
Mas que el mundo tuvo ó tiene.

To-

Tomó del sol los cabellos,
Del sesgo cielo la frente,
La luz de los ojos bellos
De la estrella mas luciente,
Que ya no da luz ante ellos:
Como quien puede y se atreve
A la grana y á la nieve
Robó las colores bellas,
Que lo mas perfeto dellas
A tus megillas se debe.

De marfil y de coral
Formó los dientes y labios,
Do sale rico caudal
De agudos dichos y sabios,
Y harmonia celestial:
De duro marmol ha hecho
El blanco y hermoso pecho,
Y de tal obra ha quedado
Tanto el suelo mejorado,
Quanto el cielo satisfecho.

Con estas y otras cosas que entonces canté, quedaron todos tan mis aficionados, especialmente los padres de Nisida, que me ofrecieron todo lo que menester huviese, y

me rogaron que ningun dia dexase de visitarlos: y asi sin descubrirse ni imaginarse mi industria, vine á salir con mi primero designio, que era facilitar la entrada en casa de Nisida, la qual gustaba en estremo de mis desenvolturas. Pero ya que los muchos dias, y la mucha conversacion mia, y la grande amistad que todos los de aquella casa me mostraban, huvieron quitado algunas sombras al demasiado temor que de descubrir mi intento á Nisida tenia, determiné ver á do llegaba la ventura de Timbrio, que solo de mi solicitud la esperaba. Mas ay de mí! que yo estaba entonces mas para pedir medicina para mi llaga, que salud para la agena; porque el donaire, belleza, discrecion y gravedad de Nisida havian hecho en mi alma tal efeto, que no estaba en menos estremo de dolor y de amor puesta, que la del lastimado Timbrio. A vuestra consideracion discreta dexo el imaginar lo que podia sentir un corazon, á quien de una parte combatian las leyes de la amistad, y de otra las inviolables de Cupido; porque si las unas le obligaban á no salir de lo que ellas y la razon le pedian, las otras le forzaban que tuviese cuenta

ta con lo que á su contento era obligado. Estos sobresaltos y combates me apretaban de manera, que sin procurar la salud agena, comencé á dudar de la propia, y á ponerme tan flaco y amarillo, que causaba general compasion á todos los que me miraban, y los que mas la mostraban, eran los padres de Nisida; y aun ella mesma con limpias y christianas entrañas me rogó muchas veces, que la causa de mi enfermedad le dixese, ofreciendome todo lo necesario para el remedio della. Ay (decia yo entre mí quando Nisida tales ofrecimientos me hacia) y con quanta facilidad, hermosa Nisida, podria remediar vuestra mano el mal que vuestra hermosura ha hecho! pero preciome tanto de buen amigo, que aunque tuviese tan cierto mi remedio, como le tengo por imposible é incierto, imposible seria que le acetase. Y como estas consideraciones en aquellos instantes me turbasen la fantasia, no acertaba á responder á Nisida cosa alguna; de lo qual ella y otra hermana suya, que Blanca se llamaba (de menos años, aunque no de menos discrecion y hermosura que Nisida) estaban marabilladas, y con mas deseo de saber el origen de mi tristeza con

mu-

muchas importunaciones me rogaban, que nada de mi dolor les encubriese. Viendo pues yo que la ventura me ofrecia la comodidad de poner en efeto lo que hasta aquel punto mi industria havia fabricado; una vez que acaso la bella Nisida y su hermana á solas se hallaban, tornando ellas de nuevo á pedirme lo que tantas veces, les dixe: no penseis, señoras, que el silencio que hasta agora he tenido en no deciros la causa de la pena que imaginais que siento, lo haya causado tener yo poco deseo de obedeceros, pues ya se sabe que si algun bien mi abatido estado en esta vida tiene, es haver grangeado con él venir á terminos de conoceros, y como criado serviros: solo ha sido la causa imaginar que aunque la descubra, no servirá para mas de daros lastima, viendo quan lexos está el remedio della; pero ya que me es forzoso satisfaceros en esto, sabreis, señoras, que en esta ciudad está un caballero natural de mi mesma patria, á quien tengo por señor, por amparo y por amigo, el mas liberal, discreto y gentil hombre, que en gran parte hallarse pueda, el qual está aqui ausente de la amada patria por ciertas questiones que allá

allá le sucedieron, que le forzaron á venir á esta ciudad, creyendo que si allá en la suya dexaba enemigos, acá en la agena no le faltáran amigos; mas hale salido tan al reves su pensamiento, que á un solo enemigo que él mismo sin saber como aqui se ha procurado, le tiene puesto en tal estremo, que si el cielo no le socorre, con acabar la vida acabará sus amistades y enemistades: y como yo conozco el valor de Timbrio (que este es el nombre del caballero cuya desgracia os voy contando, y sé lo que perderá el mundo en perderle, y lo que yo perderé si le pierdo) doy las muestras de sentimiento que haveis visto, y aun son pocas segun á lo que me obliga el peligro en que Timbrio está puesto. Bien sé que deseareis saber, señoras, quien es el enemigo que á tan valeroso caballero, como es el que os he pintado, tiene puesto en tal estremo; pero tambien sé que en diciendoosle, no os marabillareis sino de como no le tiene ya consumido y muerto: su enemigo es amor, universal destruidor de nuestros sosiegos y bienandanzas: este fiero enemigo tomó posesion de sus entrañas: en entrando en esta ciudad,

vió Timbrio una hermosa dama de singular valor y hermosura; mas tan principal y honesta, que jamas el miserable se ha aventurado á descubrirle su pensamiento. A este punto llegaba yo, quando Nisida me dixo: por cierto, Astor, que entonces era este el nombre mio, que no sé yo si crea que ese caballero sea tan valeroso y discreto como dices, pues tan facilmente se ha dexado rendir á un mal deseo tan recien nacido, entregandose tan sin ocasion alguna en los brazos de la desesperacion; y aunque á mí se me alcanza poco destos amorosos efetos, todavia me parece que es simplicidad y flaqueza dexar el que se ve fatigado dellos, de descubrir su pensamiento á quien se le causa, puesto que sea del valor que imaginarse puede; porque qué afrenta se le puede seguir á ella de saber que es bien querida, ó á él qué mayor mal de su aceda y desabrida respuesta, que la muerte que él mismo se procura callando? y no seria bien que por tener un juez fama de riguroso, dexase alguno de alegar de su derecho; pero pongamos que sucede la muerte de un amante tan callado y temeroso como ese tu amigo: dime, llamarias tú cruel á

á la dama de quien estaba enamorado? No por cierto: que mal puede remediar nadie la necesidad que no llega á su noticia, ni cae en su obligacion procurar saberla para remediarla. Asi que, Astor, perdoname, que las obras dese tu amigo no hacen muy verdaderas las alabanzas que le das. Quando yo oi á Nisida semejantes razones, luego quisiera con las mias descubrirle todo el secreto de mi pecho; mas como yo entendia la bondad y llaneza con que ella las hablaba, huve de detenerme, y esperar mas sola y mejor coyuntura, y àsi le respondí: quando los casos de amor, hermosa Nisida, con libres ojos se miran, tantos desatinos se ven en ellos, que no menos de risa, que de compasion son dignos; pero si de la sutil red amorosa se halla enlazada el alma, alli estan los sentidos tan trabados y tan fuera de su propio sér, que la memoria solo sirve de tesorera y guardadora del obgeto que los ojos miraron; y el entendimiento en escudriñar y conocer el valor de la que bien ama; y la voluntad de consentir de que la memoria y entendimiento en otra cosa no se ocupen: y asi los ojos ven como espejo de alinde, que todas las co-

sas se les hacen mayores : ora crece la esperanza quando son favorecidos, ora el temor quando desechados: y asi sucede á muchos lo que á Timbrio ha sucedido, que pareciendoles á los principios altisimo el obgeto á quien los ojos levantaron, pierden la esperanza de alcanzarle, pero no de manera que no les diga amor allá dentro en el alma : quién sabe? podria ser? y con esto anda la esperanza como decirse suele, entre dos aguas, la qual si del todo les desamparase con ella huiria el amor. Y de aqui nace andar entre el temor y osar el corazon del amante afligido, que sin aventurarse á decirla, se recoge y aprieta en su llaga, y espera, aunque no sabe de quien, el remedio de que se ve tan apartado. En este mismo estremo he yo hallado á Timbrio, aunque todavia á persuasiones mias ha escrito una carta á la dama por quien muere, la qual me dió para que la diese y mirase si en alguna manera se mostraba en ella descomedido, porque la enmendaria : encargome asimismo que buscase orden de ponerla en manos de su señora, que creo será imposible, no porque yo no me aventuraré á ello, pues lo menos que aventuraré será la vi-

vida por servirle; mas porque me parece que no he de hallar ocasion para darla. Veamosla, dixo Nisida, porque deseo ver como escriben los enamorados discretos. Luego saqué yo una carta del seno, que algunos dias antes estaba escrita, esperando ocasion de que Nisida la viese, y ofreciendome la ventura ésta, se la mostré, la qual por haverla yo leido muchas veces se me quedó en la memoria, cuyas razones eran estas.

TIMBRIO A NISIDA.

Determinado havia, hermosa señora, que el fin desastrado mio os diese noticia de quien yo era, pareciendome ser mejor que alabarades mi silencio en la muerte, que no que vituperarades mi atrevimiento en la vida; mas porque imagino que á mi alma conviene partirse deste mundo en gracia vuestra, porque en el otro no le niegue amor el premio de lo que ha padecido, os hago sabidora del estado en que vuestra rara beldad me tiene puesto, que es tal que á poder significarle, no procurára su remedio, pues por pequeñas cosas nadie se ha de aven-

turar á ofender el valor estremado vuestro ; del qual y de vuestra honesta liberalidad espero restaurar la vida para serviros, ó alcanzar la muerte para nunca mas ofenderos.

Con mucha atencion estuvo Nisida escuchando esta carta , y en acabandola de oir, dixo : no tiene de que agraviarse la dama á quien esta carta se envia , si ya de puro grave no da en ser melindrosa , enfermedad de quien no se escapa la mayor parte de las damas desta ciudad ; pero con todo eso no dexes , Astor , de darsela , pues como ya te he dicho no se puede esperar mas mal de su respuesta , que no sea peor el que agora dices que tu amigo padece ; y para mas animarte te quiero asegurar , que no hay muger tan recatada y tan puesta en atalaya para mirar por su honra , que le pese mucho de ver y saber que es querida , porque entonces conoce ella que no es vana la presuncion que de sí tiene , lo qual seria al reves , si viese que de nadie era solicitada. Bien sé , señora , que es verdad lo que dices , respondi yo ; mas tengo temor que el atreverme á darla , por lo menos me ha de costar negarme de alli á de-

delante la entrada en aquella casa, de que no menor daño me vendria á mí que á Timbrio. No quieras, Astor, replicó Nisida, confirmar la sentencia que aun el juez no tiene dada: muestra buen animo, que no es riguroso trance de batalla este á que te aventuras. Pluguiera al cielo, hermosa Nisida, respondí yo, que en ese termino me viera, que de mejor gana ofreciera el pecho al peligro y rigor de mil contrapuestas armas, que no la mano á dar esta amorosa carta á quien temo que siendo con ella ofendida, ha de arrojar sobre mis hombros la pena que la agena culpa merece; pero con todos estos inconvenientes pienso seguir, señora, el consejo que me has dado; puesto que aguardaré tiempo en que el temor no tenga tan ocupados mis sentidos como agora: y en este entretanto te suplico que haciendo cuenta que tu eres á quien esta carta se envia, me des alguna respuesta que lleve á Timbrio, para que con este engaño él se entretenga un poco, y á mí el tiempo y las ocasiones me descubran lo que tengo de hacer. De mal artificio quieres usar, respondió Nisida, porque puesto caso que yo agora diese en nombre ageno alguna

 blan-

blanda ó esquiva respuesta, no ves que el tiempo, descubridor de nuestros fines, aclarará el engaño, y Timbrio quedará de ti mas quejoso que satisfecho? quanto mas, que por no haver dado hasta agora respuesta á semejantes cartas, no querria comenzar á darlas mentirosa y fingidamente; mas aunque sepa ir contra lo que á mí mesma debo, si me prometes de decir quien es la dama, yo te diré qué digas á tu amigo, y cosa tal que él quede contento por ahora, y puesto que despues las cosas sucedan al reves de lo que él pensare, no por eso se averiguará la mentira. Eso no me lo mandes, ó Nisida, respondi yo, porque en tanta confusion me pone el decirte yo á tí su nombre, como me pondria el darle á ella la carta: basta saber que es principal, y que sin hacerte agravio alguno, no te debe nada en la hermosura, que con esto me parece que la encarezco sobre quantas son nacidas. No me marabillo que digas eso de mí, dixo Nisida, pues los hombres de vuestra condicion y trato, lisongear es su propio oficio; mas dexando todo esto á una parte, porque deseo que no pierdas la comodidad de un tan buen amigo, te acon-
se-

sejo que le digas que fuiste á dar la carta á su dama, y que has pasado con ella todas las razones que conmigo sin faltar punto, y cómo leyó tu carta, y el animo que te daba para que á su dama la llevases, pensando que no era ella á quien venia, y que aunque no te atreviste á declarar del todo, qué has conocido della, que quando sepa ser ella para quien la carta venia, no le causará el engaño y desengaño mucha pesadumbre. Desta suerte recibira él algun alivio en su trabajo, y despues al descubrir tu intencion á su dama puedes responder á Timbrio lo que ella te respondiere, pues hasta el punto que ella lo sepa queda en fuerza esta mentira, y la verdad de lo que sucediere, sin que haga al caso el engaño de agora. Admirado quedé de la discreta traza de Nisida, y aun no sin sospecha de la verdad de mi artificio: y asi besandole las manos por el buen aviso, y quedando con ella que de qualquiera cosa que en este negocio sucediere, él havia de dar particular cuenta, vine á contar á Timbrio todo lo que con Nisida me havia sucedido, que fue parte para que la tuviese en su alma la esperanza, y volviese de nuevo á sustentarle,

le, y desterrar de su corazon los nublados del frio temor que hasta entonces le tenian ofuscado, y todo este gusto se le acrecentaba el prometerle yo á cada paso que los mios no serian dados sino en servicio suyo, y que otra vez que con Nisida se hallase, sacaria el juego de maña con tan buen suceso como sus pensamientos merecian. Una cosa se me ha olvidado de deciros, que en todo el tiempo que con Nisida y su hermana estuve hablando, jamas la menor hermana habló palabra, sino que con un estraño silencio estuvo siempre colgada de las mias: y séos decir, señores, que si callaba, no era por no saber hablar con toda discrecion y donaire, porque en estas dos hermanas mostró naturaleza todo lo que ella puede y vale; y con todo esto no sé si os diga que holgára que me huviera negado el cielo la ventura de haverlas conocido, especialmente á Nisida, principio y fin de toda mi desdicha; pero qué puedo hacer, si lo que los hados tienen ordenado no puede por discursos humanos estorbarse? Yo quise, quiero, y querré bien á Nisida, tan sin ofensa de Timbrio, quanto lo ha mostrado bien mi cansada lengua, que jamas la ha-

habló que en favor de Timbrio no fuesse, encubriendo siempre, con mas que ordinaria discrecion, la pena propia por remediar la agena. Sucedió pues que como la belleza de Nisida tan esculpida en mi alma quedó desde el primer punto que mis ojos la vieron, no pudiendo tener en mi pecho tan rico tesoro encubierto, quando solo ó apartado alguna vez me hallaba, con algunas amorosas y lamentables canciones le descubria con velo de fingido nombre: y asi una noche pensando que ni Timbrio ni otro alguno me escuchaba, por dar alivio un poco al fatigado espiritu en un retirado aposento solo de un laud acompañado canté unos versos, que por haverme puesto en una confusion gravisima, os los havré de decir, que eran estos.

SILERIO.

Qué laberinto es este, do se encierra
Mi loca levantada fantasia?
Quién ha vuelto mi paz en cruda guerra,
Y en tal tristeza toda mi alegria?
O quál hado me truxo á ver la tierra
Que ha de servir de sepultura mia?

O

O quién reducirá mi pensamiento
Al termino que pide un sano intento?

Si por romper este mi fragil pecho,
Y despojarme de la dulce vida
Quedase el suelo y cielo satisfecho,
De que á Timbrio guardé la fe debida
Sin que me acordára el crudo hecho,
Yo fuera de mí mesmo el homicida;
Mas si yo acabo, en él acaba luego
La amorosa esperanza y crece el fuego.

Lluevan y caigan las doradas flechas
Del ciego dios, y con rigor insano
Al triste corazon vengan derechas,
Disparadas con fiera airada mano;
Que aunque ceniza y polvo queden hechas
Las heridas entrañas, lo que gano
En encubrir su dolorosa llaga
Es rica de mi mal ilustre paga.

Silencio eterno á mi cansada lengua
Pondrá la ley de la amistad sincera,
Por cuya sin igual virtud desmengua
La pena que acabar jamas espera;
Mas aunque nunca acabe y ponga en mengua
La

La honra y la salud, será qual era,
Mi limpia fé, mas firme y contrastada
Que roca en medio de la mar airada.

Del humor que derraman estos ojos,
Y de la lengua el piadoso oficio,
Del bien que se le debe á mis enojos,
Y de la voluntad el sacrificio
Lleve los dulces premios y despojos
El claro amigo, y muestrese propicio
El cielo á mi deseo, que pretende
El bien ageno, y á si mismo ofende.

Socorre, ó blando amor, levanta y guia
Mi baxo ingenio en la ocasion dudosa,
Y al esperado punto esfuerzo envia
Al alma, y á la lengua temerosa,
La qual podrá, si lleva su osadia,
Facilitar la mas dificil cosa,
Y romper contra el hado y desventura
Hasta llegar á la mayor ventura.

El estar tan trasportado en mis continuas imaginaciones fue ocasion para que yo no tuviese cuenta en cantar estos versos que he dicho, con tan baxa voz como debiera, ni el lu-

lugar do estaba era tan escondido, que estorbara que de Timbrio no fueran escuchados, el qual asi como los oyó, le vino al pensamiento que el mio, no estaba libre de amor, y que si yo alguno tenia, era á Nisida segun se podia colegir de mi canto: y aunque él alcanzó la verdad de mis pensamientos, no alcanzó la de mis deseos, antes entendiendo ser al contrario de lo que yo pensaba, determinó de ausentarse aquella misma noche é irse á donde de ninguno fuese hallado, solo por dexarme comodidad de que solo á Nisida sirviese. Todo esto supe yo de un page suyo, sabidor de todos sus secretos, el qual vino á mí muy angustiado y me dixo: acudid, señor Silerio, que Timbrio mi señor y vuestro amigo nos quiere dexar, y partirse esta noche, y no me ha dicho donde, sino que le aparege no sé que dineros, y que á nadie diga que se parte, principalmente me dixo que á vos no lo dixese; y este pensamiento le vino despues que estuvo escuchando no sé que versos que poco ha cantabades, y segun los estremos que le he visto hacer, creo que va á desesperarse; y por parecerme que debo antes acudir á su remedio, que á obedecer

cer su mandado, os lo vengo á decir, como á quien puede ser parte para que no ponga en efeto tan dañado proposito. Con estraño sobresalto escuché lo que el page me decia, y fui luego á ver á Timbrio en su aposento, y antes que dentro entrase, me paré á ver lo que hacia, el qual estaba tendido encima de su lecho boca abaxo, derramando infinitas lagrimas, acompañadas de profundos suspiros, y con baxa voz y mal formadas razones me pareció que estas decia: procura, verdadero amigo Silerio, alcanzar el fruto que tu solicitud y trabajo tiene bien merecido, y no quieras por lo que te parece que debes á mi amistad, dexar de dar gusto á tu deseo, que yo refrenaré el mio, aunque sea con el medio estremo de la muerte; que pues tu della me libraste, quando con tanto amor y fortaleza al rigor de mil espadas te ofreciste, no es mucho que yo agora te pague en parte tan buena obra con dár lugar á que sin el impedimento que mi presencia causarte puede, goces de aquella en quien cifró el cielo toda su belleza, y puso el amor todo mi contento: de una sola cosa me pesa, dulce amigo, y es que no puedo despedirme de tí en esta

amar-

amarga partida ; mas admite por disculpa el ser tu la causa della : ó Nisida, Nisida , y quan cierto está de tu hermosura , que se ha de pagar la culpa del que se atreve á mirarla , con la pena de morir por ella ! Silerio la vió , y sino quedara qual imagino que ha quedado , perdiera en gran parte conmigo la opinion que tiene de discreto ; mas pues mi ventura asi lo ha querido , sepa el cielo que no soy menos amigo de Silerio , que él lo es mio ; y para muestras desta verdad , apartese Timbrio de su gloria , destierrese de su contento , vaya peregrino de tierra en tierra, ausente de Silerio y de Nisida , dos verdaderas y mejores mitades de su alma : y luego con mucha furia se levantó del lecho , y abrió la puerta , y hallandome alli , me dixo : qué quieres , amigo , á tales horas? hay por ventura algo de nuevo? Hay tanto , le respondí yo , que aunque huviera menos no me pesara. Enfin por no cansaros mas , yo llegué á tales terminos con él , que le persuadí y di á entender ser su imaginacion falsa , no en quanto estaba yo enamorado , sino en el de quien , porque no era Nisida , sino de su hermana Blanca , y supelo decir esto de

de manera que él lo tuvo por verdadero; y porque mas credito á ello diese, la memoria me ofreció unas estancias que muchos dias antes yo mesmo havia hecho á otra dama del mismo nombre, y dixele que para la hermana de Nisida las havia compuesto, las quales vinieron tan á proposito, que aunque sea fuera dél decirlas agora, no las quiero pasar en silencio, que fueron estas.

SILERIO.

O Blanca, á quien rendida está la nieve,
Y en condicion mas que la nieve helada!
No presumais ser mi dolor tan leve,
Que esteis de remediarle descuidada:
Mirad que si mi mal no ablanda y mueve
Vuestra alma en mi desdicha conjurada,
Se volverá tan negra mi ventura,
Quanto sois Blanca en nombre y hermosura.

Blanca gentil, en cuyo blanco pecho
El contento de amor se anida y cierra:
Antes que el mio en lagrimas deshecho
Se vuelva polvo y miserable tierra,
Mostrad el vuestro en algo satisfecho

 Del

Del amor y dolor que el mio encierra,
Que esta será tan caudalosa paga,
Que á quanto mal padezco satisfaga.

Blanca sois vos, por quien trocar queria
De oro el mas finisimo ducado,
Y por tan alta posesion tendria
Por bien perder la del mas alto estado:
Pues esto conoceis, ó Blanca mia,
Dexad ese desden de enamorado,
Y haced, ó Blanca, que el amor acierte
A sacar, si sois vos Blanca, mi suerte.

Puesto que con pobreza tal me hallara
Que tan sola una blanca poseyera,
Si ella fuerades vos, no me trocara
Por el mas rico que en el mundo huviera:
Y si mi ser en aquel ser tornara
De Juan de Espera en Dios, dichoso fuera,
Si al tiempo que las tres Blancas buscase,
A vos, ó Blanca, entre ellas os hallase.

Adelante pasara con su cuento Silerio, si no lo estorbara el son de muchas zampoñas y acordados caramillos, que á sus espaldas se oia, y volviendo la cabeza, vieron venir azia



Josef Ximeno la inv.º y dibujó   Bart. Vazq.z la Grab.º M. 1784.

azia ellos hasta una docena de gallardos pastores, puestos en dos hileras, y en medio venia un dispuesto pastor, coronado con una guirnalda de madreselva, y de otras diferentes flores. Traia un baston en la una mano, y con grave paso poco á poco se movia, y los demas pastores con el mesmo aplauso, y tocando todos sus instrumentos, daban de sí agradable y estraña muestra. Luego que Elicio los vió, conoció ser Daranio el pastor que en medio traian, y los demas ser todos circunvecinos, que á sus bodas querian hallarse, á las quales asimismo Tirsi y Damon vinieron, y por alegrar la fiesta del desposorio, y honrar al nuevo desposado de aquella manera ázia la aldea se encaminaban; pero viendo Tirsi que su venida havia puesto silencio al cuento de Silerio, le rogó que aquella noche juntos en la aldea la pasasen, donde seria servido con la voluntad posible, y haria satisfechas las suyas con acabar el comenzado suceso. Silerio lo prometió, y á esta sazon llegó el monton de alegres pastores, los quales conociendo á Elicio, y Daranio á Tirsi y á Damon sus amigos, con señales de grande alegria se recibieron, y renovando la musi-

sica, y renovando el contento, tornaron á proseguir el comenzado camino; y ya que llegaban junto al aldea, llegó á sus oidos el son de la zampoña del desamorado Lenio, de que no poco gusto recibieron todos, porque ya conocian la estremada condicion suya, y asi como Lenio los vió y conoció, sin interromper el suave canto, desta manera cantando azia ellos se vino.

LENIO.

Por bienaventurada,
Por llena de contento y alegria
Será por mi juzgada
Tan dulce compañia,
Sino siente de amor la tirania.

Y besaré la tierra
Que pisa aquel que de su pensamiento
El falso amor destierra,
Y tiene el pecho esento
De esta furia cruel, de este tormento.

Y llamaré dichoso
Al rustico, advertido ganadero,
Que vive cuidadoso

Del

Del pobre manso apero,
Y muestra el rostro al crudo amor severo.

Deste tal las corderas
Antes que venga la sazon madura
Seran ya parideras,
Y en la ocasion mas dura
Hallarán claras aguas y verdura.

Si estando amor airado
Con él pusiere en su salud desvio,
Llevaré su ganado
Con el ganado mio
Al abundoso pasto, al claro rio.

Y entanto del incienso
El humo santo irá volando al cielo,
A quien decirle pienso
Con pio y justo zelo,
Las rodillas postradas por el suelo.

O cielo santo y justo!
Pues eres protector del que pretende
Hacer lo que es tu gusto,
A la salud atiende
De aquel que por servirte, amor le ofende.

No lleve este tirano
Los despojos á ti solo debidos ,
Antes con larga mano ,
Y premios merecidos ,
Restituye su fuerza á los sentidos.

En acabando de cantar Lenio , fue de todos los pastores cortesanamente recebido , el qual como oyese nombrar á Damon , y á Tirsi á quien él solo por fama conocia , quedó admirado en ver su estremada presencia , y asi les dixo : qué encarecimientos bastarian , aunque fueran los mejores que en la eloquencia pudieran hallarse , á poder levantar y encarecer el valor vuestro , famosos pastores , si por ventura las niñerias de amor no se mezcláran con las veras de vuestros celebrados escritos? Pero pues ya estais eticos de amor , enfermedad al parecer incurable , puesto que mi rudeza , con estimar y alabar vuestra rara discrecion os pague lo que os debe , imposible será que yo dexe de vituperar vuestros pensamientos. Si los tuyos tuvieras , discreto Lenio , respondió Tirsi , sin las sombras de la vana opinion que los ocupa , vieras luego la claridad de los nuestros ,

y

y que por ser amorosos merecen mas gloria y alabanza, que por ninguna otra sutileza ó discrecion que encerrar pudieran. No mas, Tirsi, no mas, replicó Lenio, que bien sé que con tantos y tan obstinados enemigos, poca fuerza tendrán mis razones. Si ellas lo fueran, respondió Elicio, tan amigos son de la verdad los que aqui están, que ni aun burlando la contradixeran, y en esto podrás ver, Lenio, quan fuera vas della, pues no hay ninguno que apruebe tus palabras, ni aun tenga por buenas tus intenciones. Pues á fe, dixo Lenio, que no te salve á ti la tuya, ó Elicio, sino digalo el aire, á quien continuo acrecientas con suspiros, y la yerva destos prados que va creciendo con tus lagrimas, y los versos que el otro dia cantaste y en las hayas de aquel bosque escribiste, que en ellos se verá que es lo que en tí alabas y en mí vituperas. No quedára Lenio sin respuesta, si no vieran venir azia donde ellos estaban á la hermosa Galatea, con las discretas pastoras Florisa y Teolinda, la qual, por no ser conocida de Damon y Tirsi, se havia puesto un blanco velo ante su hermoso rostro. Llegaron y fueron de los pastores con alegre

acogimiento recebidas, principalmente de los enamorados Elicio y Erastro que con la vista de Galatea tan estraño contento recibieron, que no pudiendo Erastro disimularle, en señal dél, sin mandarselo alguno, hizo señas á Elicio que su zampoña tocase, al son de la qual con alegres y suaves acentos cantó los siguientes versos.

ERASTRO.

Vea yo los ojos bellos
Deste sol que estoy mirando,
Y si se van apartando,
Vayase el alma tras ellos:
Sin ellos no hay claridad,
Ni mi alma no la espere,
Que ausente dellos no quiere
Luz, salud, ni libertad.

Mire quien puede estos ojos,
Que no es posible alaballos,
Mas ha de dar por mirallos
De la vida los despojos:
Yo los veo, y yo los vi,
Y cada vez que los veo
Les doy un nuevo deseo
Tras el alma que les dí.

Ya no tengo mas que dar,
Ni imagino mas que dé,
Si por premio de mi fé
No se admite el desear:
Cierta está mi perdicion,
Si estos ojos do el bien sobra,
Los pusieron en la obra,
Y no en la sana intencion.

Aunque durase este dia
Mil siglos como deseo,
A mí, que tanto bien veo,
Un punto me parecia:
No hace el tiempo ligero
Curso en alterar mi edad,
Mientras miro la beldad
De la vida por quien muero.

En esta vista reposa
Mi alma y halla sosiego,
Y vive en el vivo fuego
De su luz pura y hermosa:
Y hace amor tan alta prueba
Con ella, que en esta llama
A dulce vida la llama,
Y qual fenix la renueva.

Sal-

Salgo con mi pensamiento
Buscando mi dulce gloria,
Y al fin hallo en mi memoria
Encerrado mi contento:
Alli está, y alli se encierra
No en mandos, no en poderios,
No en pompas, no en señorios,
Ni en riquezas de la tierra.

Aqui acabó su canto Erastro, y se acabó el camino de llegar al aldea, adonde Tirsi, Damon y Silerio en casa de Elicio se recogieron, por no perder la ocasion de saber en qué paraba el comenzado cuento de Silerio. Las hermosas pastoras Galatea y Florisa, ofreciendo de hallarse el venidero dia á las bodas de Daranio, dexaron á los pastores, y todos ó los mas con el desposado se quedaron, y ellas á sus casas se fueron. Y aquella misma noche, solicitado Silerio de su amigo Erastro, y por el deseo que le fatigaba de volver á su hermita, dió fin al suceso de su historia, como se verá en el siguiente libro.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

LI-

LIBRO TERCERO
DE LA
GALATEA.

El regocijado alboroto que con la ocasion de las bodas de Daranio aquella noche en el aldea havia, no fue parte para que Elicio, Tirsi, Damon y Erastro dexasen de acomodarse en parte, donde sin ser de alguno estorbados, pudiese seguir Silerio su comenzada historia, el qual despues que todos juntos grato silencio le prestaron, siguió desta manera. Con las fingidas estancias de Blanca, que os he dicho que á Timbrio dixe, quedó él satisfecho de que mi pena procedia no de amores de Nisida, sino de su hermana; y con este seguro, pidiendome perdon de la falsa imaginacion que de mí havia tenido, me tornó á encargar su remedio; y asi yo olvidado del mio no me descuidé un punto de lo que al suyo tocaba. Algunos dias se pasaron, en los quales la fortuna no me mostró tan abierta ocasion como

yo quisiera para descubrir á Nisida la verdad de mis pensamientos, aunque ella siempre me preguntaba, cómo á mi amigo en sus amores le iba, y si su dama tenia ya alguna noticia dellos. A lo que yo le dixe, que todavia el temor de ofenderla no me dexaba aventurar á decirle cosa alguna; de lo qual Nisida se enojaba mucho, y me llamaba cobarde, y de poca discrecion, añadiendo á esto que pues yo me acobardaba, ó que Timbrio no sentia el dolor que yo dél publicaba, ó que yo no era tan verdadero amigo suyo como decia. Todo esto fue parte para que me determinase, y en la primera ocasion me descubriese, como lo hice un dia que sola estaba, la qual escuchó con estraño silencio todo lo que decirle quise, y yo como mejor pude le encarecí el valor de Timbrio, el verdadero amor que le tenia, el qual era tan fuerte, que me havia movido á mí á tomar tan abatido exercicio como era el de truhan, solo por tener lugar de decirle lo que decia, añadiendo á estas otras razones que á Nisida le debió parecer que lo eran; mas no quiso mostrar entonces por palabras lo que despues con obras no pudo tener cubierto,

an-

antes con gravedad y honestidad estraña reprehendió mi atrevimiento, acusó mi osadia, afeó mis palabras, y desmayó mi confianza, pero no de manera que me desterrase de su presencia, que era lo que yo mas temia; solo concluyó con decirme que de alli adelante tuviese mas cuenta con lo que á su honestidad era obligado, y procurase que el artificio de mi mentiroso habito no se descubriese: conclusion fue esta que cerró y acabó la tragedia de mi vida, pues por ella entendí que Nisida daria oidos á las quexas de Timbrio. En qué pecho pudo caber ni puede el estremo de dolor que entonces en el mio se encerraba, pues el fin de su mayor deseo era el remate y fin de su contento? Alegrabame el buen principio que al remedio de Timbrio havia dado, y esta alegria en mi pesar redundaba, por parecerme, como era la verdad, que en viendo á Nisida en poder ageno, el propio mio se acababa. O fuerza poderosa de verdadera amistad, á quanto te estiendes, y á quanto me obligaste! pues yo mismo, forzado de tu obligacion, afilé con mi industria el cuchillo que havia de degollar mis esperanzas, las quales, muriendo en mi

mi alma vivieron y resucitaron en la de Timbrio, quando de mí supo todo lo que con Nisida pasado havia; pero ella andaba tan recatada con él y conmigo, que nunca de todo punto dió á entender que de la solicitud mia y amor de Timbrio se contèntaba, ni menos se desdeñó de suerte, que sus sinsabores y desvios hiciesen á los dos abandonar la empresa. Hasta que haviendo llegado á noticia de Timbrio, como su enemigo Pransiles (aquel caballero á quien él havia agraviado en Xerez) deseoso de satisfacer su honra le enviaba á desafiar, señalandole campo franco y seguro en una tierra del Estado del Duque de Gravina, dandole termino de seis meses desde entonces hasta el dia de la batalla. El cuidado de este aviso no fue parte para que se descuidase de lo que á sus amores convenia, antes con nueva solicitud mia y servicios suyos, vino á estar Nisida de manera, que no se mostraba esquiva aunque la mirase Timbrio, y en casa de sus padres visitase, guardando en todo tan honesto decoro, quanto á su valor erá obligada. Acercandose yá el termino del desafio, y viendo Timbrio serle inescusable aquella jornada, de-

determinó de partirse, y antes que lo hiciese escribió á Nisida una carta, tal, que acabó con ella en un punto lo que yo en muchos meses atras, y en muchas palabras no havia comenzado. Tengo la carta en la memoria, y por hacer al caso de mi cuento, no os dexaré de decir que asi decia.

TIMBRIO A NISIDA.

Salud te envia aquel que no la tiene,
Nisida, ni la espera en tiempo alguno,
Si por tus manos mismas no le viene.
El nombre aborrecible de importuno
Temo me adquirirán estos renglones
Escritos con mi sangre de uno en uno.
Mas la furia cruel de mis pasiones
De tal modo me turban, que no puedo
Huir las amorosas sinrazones.
Entre un ardiente osar y un frio miedo
Arrimado á mi fé y al valor tuyo,
Mientras esta recibes triste quedo:
Por ver que en escribirte me destruyo,
Si tienes á donaire lo que digo,
Y entregas al desden lo que no es suyo.
El cielo verdadero me es testigo

Si-

Si no te adoro desde el mismo punto
Que vi ese rostro hermoso y mi enemigo.
El verte y adorarte llegó junto,
Porque quién fuera aquel que no adorára
De un angel bello el sin igual trasunto?
Mi alma tu belleza al mundo rara,
Vió tan curiosamente, que no quiso
En el rostro parar la vista clara.
Allá en el alma tuya un paraiso
Fue descubriendo de bellezas tantas,
Que dan de nueva gloria cierto aviso.
Con estas ricas alas te levantas
Hasta llegar al cielo, y en la tierra
Al sabio admiras, y al que es simple espantas.
Dichosa el alma que tal bien encierra,
Y no menos dichoso el que por ella
La suya rinde á la amorosa guerra.
En deuda soy á mi fatal estrella,
Que me quiso rendir á quien encubre
En tan hermoso cuerpo alma tan bella.
Tu condicion, señora, me descubre
El desengaño de mi pensamiento,
Y de temor á mi esperanza cubre.
Pero en fé de mi justo honroso intento
Hago buen rostro á la desconfianza,
Y cobro al postrer punto nuevo aliento.

Di-

Dicen que no hay amor sin esperanza,
Pienso que es opinion: que yo no espero,
Y del amor la fuerza mas me alcanza.
Por sola tu bondad te adoro y quiero,
Atraido tambien de tu belleza
Que fue la red, que amor tendió primero
Para atraer con rara sutileza
Al alma descuidada libre mia
Al amoroso ñudo y su estrecheza.
Sustenta amor su mando y tirania
Con qualquiera belleza en algun pecho,
Pero no en la curiosa fantasia,
Que mira no de amor el lazo estrecho
Que tiende en los cabellos de oro fino,
Dexando al que los mira satisfecho.
Ni en el pecho, á quien llama alabastrino
Quien del pecho no pasa mas adentro,
Ni en el marfil del cuello peregrino;
Sino del alma el escondido centro
Mira, y contempla mil bellezas puras
Que le acuden y salen al encuentro.
Mortales y caducas hermosuras
No satisfacen á la inmortal alma,
Si de la luz perfeta no anda á escuras.
Tu sin igual virtud lleva la palma,
Y los despojos de mis pensamientos,

Y á los torpes sentidos tiene en calma.
  Y en esta sugecion están contentos,
Porque miden su dura amarga pena
Con el valor de tus merecimientos.
  Aro en el mar, y siembro en el arena,
Quando la fuerza estraña del deseo
A mas que á contemplarte me condena.
  Tu alteza entiendo, mi baxeza veo,
Y en estremos que son tan diferentes,
Ni hay medio que esperar, ni le poseo.
  Ofrecense por esto inconvenientes
Tantos á mi remedio, quantas tiene
El cielo estrellas, y la tierra gentes.
  Conozco lo que al alma le conviene,
Sé lo mejor, y á lo peor me atengo
Llevado del amor que me entretiene.
  Mas ya, Nisida bella, al paso vengo
De mí con mortal ansia deseado,
Do acabaré la pena que sostengo.
  El enemigo brazo levantado
Me espera y la feroz aguda espada,
Contra mí con tu saña conjurado.
  Presto será tu voluntad vengada
Del vano atrevimiento de esta mia,
De tí sin causa alguna desechada.
  Otro mas duro trance, otra agonia

Aun-

Aunque fuera mayor que de la muerte,
No turbára mi triste fantasia.
  Si cupiera en mi corta amarga suerte
Verte de mis deseos satisfecha,
Asi como al contrario puedo verte:
  La senda de mi bien hállola estrecha,
La de mi mal tan ancha y espaciosa,
Qual de mi desventura ha sido hecha.
  Por esta corre airada y presurosa
La muerte en tu desden fortalecida,
De triunfar de mi vida deseosa.
  Por aquella mi bien va de vencida
De tu rigor, señora, perseguido,
Que es el que ha de acabar mi corta vida.
  A terminos tan tristes conducido
Me tiene mi ventura, que ya temo
Al enemigo airado y ofendido,
  Solo por ver que el fuego en que me quemo
Es yelo en ese pecho, y esto es parte
Para que yo acobarde al paso estremo.
  Que si tu no te muestras de mi parte,
A quien no temerá mi flaca mano,
Aunque mas le acompañe esfuerzo y arte?
  Pero si me ayudáras, qué Romano,
O Griego capitan me contrastara,
Que al fin su intento no saliera vano?

Por el mayor peligro me arrojára,
Y de las fieras manos de la muerte
Los despojos seguro arrebatára.
Tu sola puedes levantar mi suerte
Sobre la humana pompa, ó derribarla
Al centro do no hay bien con que se acierte.
Que si como ha podido sublimarla
El puro amor, quisiera la fortuna
En la dificil cumbre sustentarla.
Subida sobre el cielo de la luna
Se viera mi esperanza, que ahora yace
En lugar do no espera en cosa alguna.
Tal estoy ya, que ya me satisface
El mal que tu desden airado esquivo
Por tan estraños terminos me hace,
Solo por ver que en tu memoria vivo,
Y que te acuerdas, Nisida, siquiera
De hacerme mal, que yo por bien recibo.
Con mas facilidad contar pudiera
Del mar los granos de la blanca arena,
Y las estrellas de la octava esfera,
Que no las ansias, el dolor, la pena,
A que el fiero rigor de tu aspereza
Sin haverte ofendido me condena.
No midas tu valor con mi baxeza,
Que al respeto de tu ser famoso

Por

Por tierra quedará qualquiera alteza.
Asi qual soy te amo, y decir oso
Que me adelanto en firme enamorado
Al mas subido termino amoroso.
Por esto no merezco ser tratado
Como enemigo, antes me parece
Que deberia ser remunerado.
Mal con tanta beldad se compadece
Tamaña crueldad, y mal asienta
Ingratitud do tal valor florece.
Quisierate pedir, Nisida, cuenta
De un alma que te dí, donde la echaste,
O como estando ausente me sustenta?
Ser señora de un alma no acetaste?
Pues qué te puede dar quien mas te quiera?
Quan bien tu presuncion aqui mostraste!
Sin alma estoy desde la vez primera
Que te vi por mi mal, y por bien mio,
Que todo fuera mal sino te viera.
Alli el freno te dí de mi alvedrio,
Tu me gobiernas, por ti sola vivo,
Y aun puede mucho mas tu poderio.
En el fuego de amor puro me avivo
Y me deshago, pues qual Fenix luego
De la muerte de amor vida recibo.
En fe desta mi fe te pido y ruego

Solo que creas, Nisida, que es cierto
Que vivo ardiendo en amoroso fuego.
  Y que tu puedes yá despues de muerto
Reducirme á la vida, y en un punto
Del mar airado conducirme al puerto.
  Que está para conmigo en tí tan junto
El querer y el poder, que es todo uno
Sin discrepar y sin faltar un punto.
Y acabo por no ser mas importuno.

No sé si las razones desta carta, ó las muchas que yo antes á Nisida havia dicho, asegurandole el verdadero amor que Timbrio le tenia, ó los continuos servicios de Timbrio, ó los cielos que asi lo tenian ordenado, movieron las entrañas de Nisida, para que en el punto que la acabó de leer, me llamase, y con lagrimas en los ojos me dixese: ay, Silerio, Silerio, y como creo que á costa de la salud mia has querido grangear la de tu amigo! hagan los hados que á este punto me han traido, con las obras de Timbrio verdaderas tus palabras; y si las unas y las otras me han engañado, tome de mi ofensa venganza el cielo, al qual pongo por testigo de la fuerza que el deseo me hace, para que no le

le tenga mas encubierto : mas ay, quan liviano descargo es este para tan pesada culpa ! pues debiera yo primero morir callando porque mi honra viviera, que con decir lo que agora quiero decirte, enterrarla á ella, y acabar mi vida. Confuso me tenian estas palabras de Nisida, y mas el sobresalto con que las decia; y queriendo con las mias animarla á que sin temor alguno se declarase, no fue menester importunarla mucho, que al fin me dixo que no solo amaba, pero que adoraba á Timbrio, y que aquella voluntad tuviera ella cubierta siempre, si la forzosa ocasion de la partida de Timbrio no la forzara á descubrirla. Qual yo quedé, pastores, oyendo lo que Nisida decia, y la voluntad amorosa que tener á Timbrio mostraba, no es posible encarecerlo : y aun es bien que carezca de encarecimiento dolor que á tanto se estiende; no porque me pesase de ver á Timbrio querido, sino de verme á mí imposibilitado de tener jamas contento, pues estaba y está claro que ni podia ni puedo vivir sin Nisida, á la qual, como otras veces he dicho, viendola en agenas manos puesta, era enagenarme yo de todo gusto, y si alguno la suerte

en este trance me concedia, era considerar el bien de mi amigo Timbrio, y esto fue parte para que no llegase á un mesmo punto mi muerte y la declaracion de la voluntad de Nisida. Escuchéla como pude, y aseguréla como supe de la entereza del pecho de Timbrio, á lo qual ella me respondió que ya no havia necesidad de asegurarle aquello, porque estaba de manera, que no podia ni le convenia dexar de creerme, y que solo me rogaba, si fuese posible, procurase de persuadir á Timbrio, buscase algun medio honroso para no venir á batalla con su enemigo: y respondiendole yo ser eso imposible sin quedar deshonrado, se sosegó, y quitandose del cuello unas preciosas reliquias, me las dió para que á Timbrio de su parte las diese. Quedó ansi mesmo concertado entre los dos, que ella sabia que sus padres havian de ir á ver el combate de Timbrio, y que llevarian á ella y á su hermana consigo; mas porque no le bastaria el animo de estar presente al riguroso trance de Timbrio, que ella fingiria estár mal dispuesta, con la qual ocasion se quedaria en una casa de placer donde sus padres havian de posar, que media legua esta-

ba

ba de la villa, donde se havia de hacer el combate, y que alli esperaria su mala ó buena suerte segun la tuviese Timbrio: mandóme tambien que para acortar el deseo que tendria de saber el suceso de Timbrio, que llevase yo conmigo una toca blanca, que ella me dió, y que si Timbrio venciese, me la atase al brazo, y volviese á darle las nuevas; y si fuese vencido, que no la atase, y asi ella sabria por la señal de la toca desde lexos el principio de su contento, ó el fin de su vida. Prometile de hacer todo lo que me mandaba, y tomando las reliquias y la toca, me despedí della con la mayor tristeza, y el mayor contento que jamas tuve: mi poca ventura causaba la tristeza, y la mucha de Timbrio el alegria. El supo de mí lo que de parte de Nisida le llevaba, y quedó con ello tan lozano, contento y orgulloso, que el peligro de la batalla que esperaba, por ninguno le tenia, pareciendole que en ser favorecido de su señora, aun la mesma muerte contrastar no le podria. Paso agora en silencio los encarecimientos que Timbrio hizo para mostrarse agradecido á lo que á mi solicitud debia; porque fueron tales, que mostraba estar fuera

de

de seso tratando en ello. Esforzado pues, y animado con esta buena nueva, comenzó á aparejar su partida, llevando por padrinos un caballero Español, y otro Napolitano. Y á la fama deste particular duelo se movió á verlo infinita gente del reyno, yendo tambien allá los padres de Nisida, llevando con ellos á ella, y á su hermana Blanca: y como á Timbrio tocaba escoger las armas, quiso mostrar que no en la ventaja dellas, sino en la razon que tenia, fundaba su derecho, y asi las que escogió fueron espada y daga, sin otra arma defensiva alguna. Pocos dias faltaban al termino señalado, quando de la ciudad de Napoles se partieron con otros muchos caballeros Nisida y su padre, haviendo llegado primero ella, acordandome muchas veces que no me olvidase de nuestro concierto; pero mi cansada memoria, que jamas sirvió sino de acordarme solas las cosas de mi disgusto, por no mudar su condicion, se olvidó tanto de lo que Nisida me havia dicho, quanto vió que convenia para quitarme la vida, ó á lo menos para ponerme en el miserable estado en que agora me veo. Con grande atencion estaban los pastores escuchando

lo

lo que Silerio contaba, quando interrompió el hilo de su cuento la voz de un lastimado pastor, que entre unos arboles cantando estaba, y no tan lexos de las ventanas de la estancia donde ellos estaban, que dexase de oirse todo lo que decia. La voz era de suerte, que puso silencio á Silerio, el qual en ninguna manera quiso pasar adelante, antes rogó á los demas pastores que la escuchasen, pues para lo poco que de su cuento quedaba, tiempo havria de acabarlo. Hicieraseles de mal esto á Tirsi y Damon, sino les dixera Elicio: poco se perderá, pastores, en escuchar al desdichado Mireno, que sin duda es el pastor que canta, y á quien ha traido la fortuna á terminos, que imagino que no espera él ninguno en su contento. Cómo le ha de esperar, dixo Erastro, si mañana se desposa Daranio con la pastora Silveria, con quien él pensaba casarse? pero enfin han podido mas con los padres de Silveria las riquezas de Daranio, que las habilidades de Mireno. Verdad dices, replicó Elicio; pero con Silveria mas havia de poder la voluntad que de Mireno tenia conocida, que otro tesoro alguno: quanto mas, que no es Mireno tan pobre,

bre, que aunque Silveria se casara con él, fuera su necesidad notada. Por estas razones que Elicio y Erastro dixeron, creció el deseo en los pastores de escuchar lo que Mireno cantaba; y asi rogó Silerio que mas no se hablase, y todos con atento oido se pararon á escucharle, el qual afligido de la ingratitud de Silveria, viendo que otro dia con Daranio se desposaba, con la rabia y dolor que le causaba este hecho se havia salido de su casa acompañado de solo su rabel, y convidandole la soledad y silencio de un pequeño pradecillo, que junto á las paredes de la aldea estaba, y confiado que en tan sosegada noche ninguno le escucharia, se sentó al pie de un arbol, y templando su rabel, desta manera cantando estaba.

MIRENO.

Cielo sereno, que con tantos ojos
Los dulces amorosos hurtos miras,
Y con tu curso alegras, ó entristeces
A aquel que en tu silencio sus enojos
A quien los causa dice, ó al que retiras
De gusto tal, y espacio no le ofreces,

Si

Si acaso no careces
De tu benignidad para conmigo,
Pues ya con solo hablar me satisfago
Y sabeis quanto hago,
No es mucho que ahora escuches lo que digo:
Que mi voz lastimera
Saldrá con la doliente anima afuera.

Ya mi cansada voz, ya mis lamentos
Bien poco ofenderán al aire vano,
Pues á termino tal soy reducido,
Que ofrece amor á los airados vientos
Mis esperanzas, y en agena mano
Ha puesto el bien que tuve merecido.
Será el fruto cogido
Que sembró mi amoroso pensamiento,
Y regaron mis lagrimas cansadas
Por las afortunadas
Manos, á quien faltó merecimiento
Y sobró la ventura,
Que allana lo dificil y asegura.

Pues el que ve su gloria convertida
En tan amarga dolorosa pena,
Y tomando su bien qualquier camino,
Porqué no acaba la enojosa vida?

Por

Porqué no rompe la vital cadena
Contra todas las fuerzas del destino?
Poco á poco camino
Al dulce trance de la amarga muerte,
Y asi, atrevido aunque cansado brazo,
Sufrid el embarazo
Del vivir, pues ensalza nuestra suerte
Saber que á amor le place,
Que el dolor haga lo que el hierro hace.

Cierta mi muerte está, pues no es posible
Que viva aquel que tiene la esperanza
Tan muerta, y tan ageno está de gloria;
Pero temo que amor haga imposible
Mi muerte, y que una falsa confianza
Dé vida á mi pesar á la memoria.
Mas qué? si por la historia
De mis pasados bienes la poseo,
Y miro bien que todos son pasados,
Y los graves cuidados
Que triste agora en su lugar poseo,
Ella será mas parte
Para que della y del vivir me aparte.

Ay bien unico y solo al alma mia!
Sol que mi tempestad aserenaste,

Ter-

Termino del valor que se desea,
Será posible que se llega el dia
Donde he de conocer que me olvidaste?
Y que permita amor que yo le vea?
Primero que esto sea,
Primero que tu blanco hermoso cuello
Esté de agenos brazos rodeado,
Primero que el dorado,
Oro es mejor decir de tu cabello,
A Daranio enriquezca,
Con fenecer mi vida el mal fenezca.

Nadie por fe te tuvo merecida
Mejor que yo, mas veo que es fe muerta
La que con obras no se manifiesta;
Si se estimara el entregar la vida
Al dolor cierto y á la gloria incierta,
Pudiera yo esperar alegre fiesta;
Mas no se admite en esta
Cruda ley que amor usa, el buen deseo,
Pues es proverbio antiguo entre amadores,
Que son obras amores,
Y yo que por mi mal solo poseo
La voluntad de hacellas,
Qué no me ha de faltar, faltando en ellas?

En ti pensaba yo que se rompiera
Esta ley del avaro amor usada,
Pastora, y que los ojos levantáras
A una alma de la tuya prisionera,
Y á tu propio querer tan ajustada,
Que si la conocieras la estimáras:
Pensé que no trocáras
Una fe que dió muestras de tan buena,
Por una que quilata sus deseos
Con los vanos arreos
De la riqueza de cuidados llena,
Entregástete al oro
Por entregarme á mí continuo al lloro.

Abatida pobreza, causadora
Deste dolor que me atormenta el alma,
Aquel te loa que jamas te mira:
Turbose en ver tu rostro mi pastora,
A su amor tu aspereza puso en calma,
Y asi por no encontrarte el pie retira.
Mal contigo se aspira
A conseguir intentos amorosos;
Tu derribas las altas esperanzas,
Y siembras mil mudanzas
En mugeriles pechos codiciosos;
Tu jamas perficionas

Con

Con amor el valor de las personas.

Sol es el oro, cuyos rayos ciegan
La vista mas aguda, si se ceba
En la vana apariencia del provecho.
A liberales manos no se niegan
Las que gustan de hacer notoria prueba
De un blando, codicioso, hermoso pecho.
Oro tuerce el derecho
De la limpia intencion y fe sincera,
Y mas que la firmeza de un amante
Acaba un diamante,
Pues su dureza vuelve un pecho cera
Por mas duro que sea,
Pues se le da con él lo que desea.

De tí me pesa, dulce mi enemiga,
Que tantas tuyas puras perfeciones
Con una avara muestra has afeado;
Tanto del oro te mostraste amiga
Que echaste á las espaldas mis pasiones,
Y al olvido entregaste mi cuidado.
Enfin, qué te has casado!
Casadote has, pastora! El cielo haga
Tan buena tu eleccion como querrias,
Y de las penas mias

Injustas, no recibas justa paga;
Mas ay! que el cielo amigo
Da premio á la virtud, y al mal castigo.

Aqui dió fin á su canto el lastimado Mireno con muestras de tanto dolor, que le causó á todos los que le escuchaban, principalmente á los que le conocian y sabian sus virtudes, gallarda disposicion y honroso trato. Y despues de haver dicho entre los pastores algunos discursos sobre la estraña condicion de las mugeres, en especial sobre el casamiento de Silveria, que olvidada del amor y bondad de Mireno, á las riquezas de Daranio se havia entregado. Deseosos de que Silerio diese fin á su cuento, puesto silencio á todo, sin ser menester pedirselo, él comenzó á seguir, diciendo. Llegando pues el dia del riguroso trance, haviendose quedado Nisida media legua antes de la villa en unos jardines como conmigo havia concertado, con escusa que dió á sus padres de no hallarse bien dispuesta, al partirme della me encargó la brevedad de mi tornada, con la señal de la toca, porque en traerla ó nó, ella entendiese el bueno, ó el mal suceso de Timbrio.

brio. Torneselo á prometer, agraviandome de que tanto me lo encargase. Y con esto me despedí della y de su hermana, que con ella se quedaba. Y llegado al puesto del combate, y llegada la hora de comenzarle, despues de haver hecho los padrinos de entrambos las ceremonias y amonestaciones que en tal caso se requieren, puestos los dos caballeros en la estacada, al temeroso son de una ronca trompeta se acometieron con tanta destreza y arte, que causaba admiracion en quien los miraba. Pero el amor, ó la razon, que es lo mas cierto, que á Timbrio favorecia, le dió tal esfuerzo, que aunque á costa de algunas heridas, en poco espacio puso á su contrario de suerte, que teniendole á sus pies herido y desangrado, le importunaba que si queria salvar la vida, se rindiese; pero el desdichado Pransiles le persuadia que le acabase de matar, pues le era mas facil á él, y de menos daño pasar por mil muertes, que rendirse una; mas el generoso animo de Timbrio es de manera, que ni quiso matar á su enemigo, ni menos que se confesase por rendido: solo se contentó con que dixese y conociese que era tan bueno Timbrio como él:

lo qual Pransiles confesó de buena gana, pues hacia en esto tan poco, que sin verse en aquel termino pudiera muy bien decirlo. Todos los circunstantes que entendieron lo que Timbrio con su enemigo havia pasado, lo alabaron y estimaron en mucho. Y apenas huve yo visto el feliz suceso de mi amigo, quando con alegria increible y presta ligereza volví á dar las nuevas á Nisida. Pero ay de mí! que el descuido de entonces me ha puesto en el cuidado de agora. O memoria, memoria mia! porqué no la tuviste para lo que tanto me importaba? Mas creo que estaba ordenado en mi ventura, que el principio de aquella alegria fuese el remate y fin de todos mis contentos. Yo volvi á ver á Nisida con la presteza que he dicho, pero volvi sin ponerme la blanca toca al brazo. Nisida que con crecido deseo estaba esperando y mirando desde unos altos corredores mi tornada, viendome volver sin la toca, entendió que algun siniestro reves á Timbrio havia sucedido, y creyólo y sintiólo de manera, que sin ser parte otra cosa, faltandole todos los espiritus, cayó en el suelo con tan estraño desmayo, que todos por muerta la tuvieron: quando ya yo llegué, ha-

hallé á toda la gente de su casa alborotada, y á su hermana haciendo mil estremos de dolor sobre el cuerpo de la triste Nisida. Quando yo la vi en tal estado, creyendo firmemente que era muerta, y viendo que la fuerza del dolor me iba sacando de sentido, temeroso que estando fuera dél no diese, ó descubriese algunas muestras de mis pensamientos, me salí de la casa, y poco á poco volvi á dar las desdichadas nuevas al desdichado Timbrio. Pero como me huviesen privado las ansias de mi fatiga las fuerzas de cuerpo y alma, no fueron tan ligeros mis pasos, que no lo huviesen sido mas otros que la triste nueva á los padres de Nisida llevasen, certificandoles cierto, que de un agudo parasismo havia quedado muerta. Debió de oir esto Timbrio, y debió de quedar qual yo quedé, si no quedó peor: solo sé decir que quando llegué á do pensaba hallarle, era ya algo anochecido, y supe de uno de sus padrinos que con el otro, y por la posta se havia partido á Napoles, con muestras de tanto descontento, como si de la contienda vencido y deshonrado salido huviera. Luego imaginé yo lo que ser podia, y puseme luego en camino

para seguirle : y antes que á Napoles llegase, tuve nuevas ciertas de que Nisida no era muerta, sino que le havia dado un desmayo que le duró veinte y quatro horas, al cabo de las quales havia vuelto en sí con muchas lagrimas y suspiros. Con la certidumbre desta nueva me consolé, y con mas contento llegué á Napoles, pensando hallar alli á Timbrio; pero no fue asi, porque el caballero con quien él havia venido, me certificó que en llegando á Napoles se partió sin decir cosa alguna, y que no sabia á qué parte, solo imaginaba que segun le vió triste y melancolico despues de la batalla, que no podia creer sino que á desesperarse huviese ido. Nuevas fueron estas que me tornaron á mis primeras lagrimas, y aun no contenta mi ventura con esto, ordenó que alcabo de pocos dias llegasen á Napoles los padres de Nisida, sin ella y sin su hermana: las quales segun supe, y segun era publica voz, entrambas á dos se havian ausentado una noche, viniendo con sus padres á Napoles, sin que se supiese dellas nueva alguna. Tan confuso quedé con esto que no sabia que hacerme, ni decirme: y estando puesto en esta confusion tan es-

estraña, vine á saber, aunque no muy cierto, que Timbrio en el puerto de Gaeta en una gruesa nave que para España iba, se havia embarcado, y pensando que podia ser verdad, me vine luego á España, y en Xeréz y en todas las partes que imaginé que podria estar, le he buscado, sin hallar dél rastro alguno: finalmente he venido á la ciudad de Toledo, donde estan todos los parientes de los padres de Nisida: y lo que he alcanzado á saber es, que ellos se vuelven á Toledo sin haver sabido nuevas de sus hijas. Viendome pues yo ausente de Timbrio, ageno de Nisida, y considerando que ya que los hallase, ha de ser para gusto suyo y perdicion mia: cansado ya y desengañado de las cosas deste falso mundo en que vivimos, he acordado de volver el pensamiento á mejor norte, y gastar lo poco que de vivir me queda, en servicio del que estima los deseos y las obras en el punto que merecen; y asi he escogido este habito que veis, y la hermita que haveis visto, donde en dulce soledad reprima mis deseos y encamine mis obras á mejor paradero: puesto que como viene de tan atras la corrida de las malas inclinaciones que hasta aqui

he tenido, no son tan faciles de parar, que no trascorran algo, y vuelva la memoria á combatirme, representandome las pasadas cosas; y quando en estos puntos me veo, al son de aquella harpa que escogí por compañera en mi soledad, procuro aliviar la pesada carga de mis cuidados, hasta que el cielo le tenga y se acuerde de llamarme á mejor vida.

Este es, pastores, el suceso de mi desventura; y si he sido largo en contarosle, es porque no ha sido ella corta en fatigarme. Lo que os ruego es, me dexeis volver á mi hermita, porque aunque vuestra compañia me es agradable, he llegado á terminos, que ninguna cosa me da mas gusto que la soledad; y de aqui entendereis la vida que paso, y el mal que sustento. Acabó con esto Silerio su cuento; pero no las lagrimas, con que muchas veces le havia acompañado. Los pastores le consolaron en ellas lo mejor que pudieron, especialmente Damon y Tirsi, los quales con muchas razones le persuadieron á no perder la esperanza de ver á su amigo Timbrio con mas contento que él sabria imaginar, pues no era posible sino que tras tanta fortuna aserenase el cielo del qual se debia esperar que

no

no consentiria que la falsa nueva de la muerte de Nisida, á noticia de Timbrio con mas verdadera relacion no viniese antes que la desesperacion le acabase; y que de Nisida se podia creer y congeturar, que por ver á Timbrio ausente se havria partido en su busca; y que si entonces la fortuna por tan estraños accidentes los havia apartado, agora por otros no menos estraños sabria juntarlos. Todas estas razones y otras muchas que le dixeron, le consolaron algo, pero no de manera, que despertasen la esperanza de verse en la vida mas contenta, ni aun él la procuraba, por parecerle que la que havia escogido, era la que mas le convenia. Gran parte era ya pasada de la noche, quando los pastores acordaron de reposar el poco tiempo que hasta el dia quedaba, en el qual se havian de celebrar las bodas de Daranio y Silveria. Mas apenas havia dexado la blanca aurora el enfadoso lecho del zeloso marido, quando dexaron los suyos todos los mas pastores de la aldea, y cada qual como mejor pudo, comenzó por su parte á regocijar la fiesta. Qual trayendo verdes ramos para adornar la puerta de los desposados, y qual con su tambori-

rino y flauta les daba la madrugada, acullá se oia la regocijada gaita, acá sonaba el acordado rabel, alli el antiguo salterio, aqui los cursados albogues, quien con coloradas cintas adornaba sus castañetas para los esperados bailes, quien pulia y repulia sus rusticos aderezos para mostrarse galan á los ojos de alguna su querida pastorcilla, de modo que por qualquier parte de la aldea que se fuese, todo sabia á contento, placer y fiesta. Solo el triste y desdichado Mireno era aquel á quien todas estas alegrias causaban suma tristeza; el qual, haviendose salido del aldea, por no ver hacer sacrificio de su gloria, se subió en una costezuela que junto al aldea estaba; y alli sentandose al pie de un antiguo fresno, puesta la mano en la mexilla, y la caperuza encajada hasta los ojos, que en el suelo tenia clavados, comenzó á imaginar el desdichado punto en que se hallaba, y quan sin poderlo estorbar, ante sus ojos havia de ver coger el fruto de sus deseos; y esta consideracion le tenia de suerte, que lloraba tan tierna y amargamente, que ninguno en tal trance le viera que con lagrimas no le acompañara. A esta sazon, Damon y Tirsi, Elicio

y

y Erastro, se levantaron, y asomandose á una ventana que al campo salia, lo primero en quien pusieron los ojos, fue en el lastimado Mireno, y en verle de la suerte que estaba, conocieron bien el dolor que padecia, y movidos á compasion, determinaron todos de ir á consolarle, como lo hicieran, si Elicio no les rogára que le dexaran ir solo, porque imaginaba que por ser Mireno tan amigo suyo, con él mas abiertamente que con otro, su dolor comunicaria. Los pastores se lo concedieron, y yendo allá Elicio, hallóle tan fuera de sí, y tan en su dolor trasportado, que ni le conoció Mireno, ni le habló palabra; lo qual visto por Elicio, hizo señal á los demas pastores que viniesen: los quales temiendo algun estraño accidente á Mireno sucedido, pues Elicio con priesa los llamaba, fueron luego allá, y vieron que estaba Mireno con los ojos tan fixos en el suelo, y tan sin hacer movimiento alguno, que una estatua semejaba, pues con la llegada de Elicio, ni con la de Tirsi, Damon y Erastro no volvió de su estraño embelesamiento, sino fue, que acabo de un buen espacio de tiempo, casi como entre dientes comenzó á decir: tú

eres Silveria, Silveria? si tu lo eres, yo no soy Mireno; y si soy Mireno, tu no eres Silveria; porque no es posible que esté Silveria sin Mireno, ó Mireno sin Silveria: pues quién soy yo, desdichado? ó quién eres tú, desconocida? yo bien sé que no soy Mireno, porque tu no has querido ser Silveria, á lo menos la Silveria que ser debias, y yo pensaba que fueras. A esta sazon alzó los ojos, y como vió al rededor de sí los quatro pastores, y conoció entre ellos á Elicio, se levantó, y sin dexar su amargo llanto, le echó los brazos al cuello, diciendole: ay verdadero amigo mio! y como agora no tendrás ocasion de envidiar mi estado, como le envidiabas quando de Silveria me veias favorecido: pues si entonces me llamaste venturoso, agora puedes llamarme desdichado; y trocar todos los titulos alegres que en aquel tiempo me dabas, en los de pesar que agora puedes darme: yo sí que te podré llamar dichoso, Elicio, pues te consuela mas la esperanza que tienes de ser querido, que no te fatiga el verdadero temor de ser olvidado. Confuso me tienes, ó Mireno, respondió Elicio, de ver los estremos que haces por lo que Silveria ha hecho,

sa-

sabiendo que tiene padres, á quien ha sido justo haver obedecido. Si ella tuviera amor, replicó Mireno, poco inconveniente era la obligacion de los padres para dexar de cumplir con lo que al amor debia; de do vengo á considerar, ó Elicio, que si me quiso bien, hizo mal en casarse; y si fue fingido el amor que me mostraba, hizo peor en engañarme, y ofrecerme el desengaño á tiempo que no puede aprovecharme, sino es con dexar en sus manos la vida. No está en terminos la tuya, Mireno, replicó Elicio, que tengas por remedio el acabarla, pues podria ser que la mudanza de Silveria no estuviese en la voluntad, sino en la fuerza de la obediencia de sus padres; y si tu la quisiste limpia y honestamente doncella, tambien la puedes querer agora casada, correspondiendo ella agora como entonces á tus buenos y honestos deseos. Mal conoces á Silveria, Elicio, respondió Mireno, pues imaginas della que ha de hacer cosa de que pueda ser notada. Esta mesma razon que has dicho, te condena, respondió Elicio: pues si tú, Mireno, sabes de Silveria, que no hará cosa que mal le esté, en la que ha hecho, no debe de haver errado. Si no ha er-

errado, respondió Mireno, ha acertado á quitarme todo el buen suceso que de mis buenos pensamientos esperaba: y solo en esto la culpo, que nunca me advirtió deste daño, antes temiendome dél, con firme juramento me aseguraba que eran imaginaciones mias, y que nunca á la suya havia llegado pensar con Daranio casarse, ni se casaria, sí conmigo no, con él, ni con otro alguno, aunque aventurára en ello quedar en perpetua desgracia con sus padres y parientes: y debaxo deste seguro y prometimiento faltar y romper la fe agora de la manera que has visto, qué razon hay que tal consienta? ó qué corazon que tal sufra? Aqui tornó Mireno á renovar su llanto, y aqui de nuevo le tuvieron lastima los pastores. A este instante llegaron dos zagales adonde ellos estaban, que el uno era pariente de Mireno, y el otro criado de Daranio, que á llamar á Elicio, Tirsi, Damon y Erastro venia, porque las fiestas de su desposorio querian comenzarse. Pesabales á los pastores de dexar solo á Mireno, pero aquel pastor su pariente se ofreció á quedar con él; y aun Mireno dixo á Elicio, que se queria ausentar de aquella tierra, por no ver cada
dia

dia á los ojos la causa de su desventura. Elicio le loó su determinacion, y le encargó, que do quiera que estuviese, le avisase de como le iba. Mireno se lo prometió; y sacando del seno un papel le rogó que en hallando comodidad, se le diese á Silveria. Y con esto se despidió de todos los pastores, no sin muestras de mucho dolor y tristeza: el qual no se huvo bien apartado de su presencia, quando Elicio, deseoso de saber lo que en el papel venia, viendo que pues estaba abierto, importaba poco leerle, le descogió, y convidando á los otros pastores á escucharle, vió que en él venian escritos estos versos.

MIRENO A SILVERIA.

El pastor que te ha entregado
Lo mas de quanto tenia,
Pastora, agora te envia
Lo menos que le ha quedado:
Que es este pobre papel,
Adonde claro verás
La fé que en tí no hallarás,
Y el dolor que queda en él.

Pe-

Pero poco acaso hace
Darte desto cuenta estrecha,
Si mi fé no me aprovecha,
Y mi mal te satisface:
No pienses que es mi intencion
Quexarme porque me dexas,
Que llegan tarde las quexas
De mi temprana pasion.

Tiempo fue ya que escucháras
El cuento de mis enojos,
Y aun si lloráran mis ojos,
Las lagrimas enjugáras:
Entonces era Mireno
El que era de tí mirado.
Mas ay, cómo te has trocado,
Tiempo bueno, tiempo bueno!

Si durára aquel engaño,
Templárase mi disgusto,
Pues mas vale un falso gusto,
Que un notorio y cierto daño:
Pero tú, por quien se ordena
Mi terrible mala andanza,
Has hecho con tu mudanza
Falso el bien, cierta la pena.

Tus

Tus palabras lisongeras
Y mis crédulos oidos
Me han dado bienes fingidos,
Y males que son de veras:
Los bienes con su aparencia
Crecieron mi sanidad;
Los males con su verdad
Han doblado mi dolencia.

Por esto juzgo y discierno
Por cosa cierta y notoria,
Que tiene el amor su gloria
A las puertas del infierno:
Y que un desden acarrea,
Y un olvido en un momento
Desde la gloria al tormento
Al que en amar no se emplea.

Con tanta presteza has hecho
Este mudamiento estraño,
Que estoy ya dentro del daño,
Y no salgo del provecho:
Porque imagino que ayer
Era quando me querias,
O á lo menos lo fingias,
Que es lo que se ha de creer.

Y el agradable sonido
De tus palabras sabrosas,
Y razones amorosas
Aun me suenan en el oido:
Estas memorias süaves
Al fin me dan mas tormento,
Pues tus palabras el viento
Llevó, y las obras quien sabes.

Eras tú la que jurabas
Que se acabasen tus dias,
Si á Mireno no querias
Sobre todo quanto amabas?
Eras tú, Silveria, quien
Hizo de mi tal caudal,
Que siendo todo tu mal,
Me tenias por tu bien?

O que titulos te diera
De ingrata, como mereces,
Si como tú me aborreces,
Tambien yo te aborreciera!
Mas no puedo aprovecharme
Del medio de aborrecerte,
Que estimo mas el quererte
Que tu has hecho el olvidarme.

Tris-

Triste gemido á mi canto
Ha dado tu mano fiera,
Invierno á mi primavera,
Y á mi risa amargo llanto:
Mi gasajo ha vuelto en luto,
Y de mis blandos amores
Cambió en abrojos las flores,
Y en veneno el dulce fruto.

Y aun dirás, y esto me daña,
Que es el haverte casado,
Y el haverme asi olvidado
Una honesta honrosa hazaña.
Disculpa fuera admitida,
Si no te fuera notorio
Que estaba en tu desposorio
El fin de mi triste vida.

Mas enfin tu gusto fue
Gusto, pero fue justo,
Pues con premio tan injusto
Pagó mi inviolable fé:
La qual por ver que se ofrece
De mostrar la fe que alcanza,
Ni la muda tu mudanza,
Ni mi mal la desfallece.

Quien esto vendrá á entender,
Cierto estoy que no se asombre,
Viendo al fin que yo soy hombre,
Y tú, Silveria, muger:
Adonde la ligereza
Hace de contino asiento,
Y adonde en mí el sufrimiento
Es otra naturaleza.

Ya te contemplo casada,
Y de serlo arrepentida,
Porque ya es cosa sabida
Que no estarás firme en nada:
Procura alegre llevallo
El yugo que echaste al cuello,
Que podras aborrecello,
Y no podrás desechallo.

Mas eres tan inhumana
Y de tan mudable ser,
Que lo que quisiste ayer,
Has de aborrecer mañana:
Y asi por estraña cosa
Dirá aquel que de ti hable:
Hermosa, pero mudable,
Mudable, pero hermosa.

No

No parecieron mal los versos de Mireno á los pastores, sino la ocasion á que se havian hecho, considerando con quanta presteza la mudanza de Silveria, le havia traido á punto de desamparar la amada patria y queridos amigos, temeroso cada uno que en el suceso de sus pretensiones lo mesmo le sucediese. Entrados pues en el aldea, y llegados adonde Daranio y Silveria estaban, la fiesta se comenzó tan alegre y regocijadamente, quanto en las riberas del Tajo en muchos tiempos se havia visto: que por ser Daranio uno de los mas ricos pastores de toda aquella comarca, y Silveria de las hermosas pastoras de toda la ribera, acudieron á sus bodas toda, ó la mas pastoria de aquellos contornos, y asi se hizo una célebre junta de discretos pastores y hermosas pastoras, y entre los que á los demas en muchas y diversas habilidades se aventajaron fueron el triste Orompo, y el zeloso Orfenio, el ausente Crisio, y el desamado Marfilio, mancebos todos, y todos enamorados, aunque de diferentes pasiones oprimidos, porque al triste Orompo fatigaba la temprana muerte de su querida Listea, y al zeloso Orfenio la insufrible rabia de los zelos, siendo

enamorado de la hermosa pastora Eandra, al ausente Crisio el verse apartado de Claraura, bella y discreta pastora, á quien él por unico bien suyo tenia, y al desesperado Marsilio el desamor que para con él en el pecho de Belisa se encerraba. Eran todos amigos y de una mesma aldea, y la pasion del uno el otro no la ignoraba, antes en dolorosa competencia muchas veces se havian juntado á encarecer cada qual la causa de su tormento, procurando cada uno mostrar como mejor podia, que su dolor á qualquier otro se aventajaba, teniendo por suma gloria ser en la pena mejorado, y tenian todos tal ingenio, ó por mejor decir tal dolor padecian, que como quiera que le significasen, mostraban ser el mayor que imaginarse podia: por estas disputas y competencias eran famosos y conocidos en todas las riberas de Tajo, y havian puesto deseo á Tirsi y á Damon de conocerlos, y viendolos alli juntos, unos á otros se hicieron corteses y agradables recibimientos, principalmente todos con admiracion miraban á los dos pastores Tirsi y Damon hasta alli dellos solamente por fama conocidos. A esta sazon salió el rico pastor Daranio, á

la

la serrana vestido, traia camisa alta, de cuello plegado, almilla de frisa, sayo verde escotado, zaraguelles de delgado lienzo, antiparas azules, zapato redondo, cinto tachonado, y de la color del sayo una quarteada caperuza. No menos salió bien aderezada su esposa Silveria, porque venia con saya y cuerpos leonados, guarnecidos de raso blanco, camisa de pechos, labrada de azul y verde, gorguera de hilo amarillo, sembrado de argenteria, invencion de Galatea y Florisa que la vistieron, garbin turquesado con fluecos de encarnada seda, alcorque dorado, zapatillas justas, corales ricos, y sortija de oro, y sobre todo su belleza, que mas que todo la adornaba. Salió tras ella la sin par Galatea, como sol tras el aurora, y su amiga Florisa, con otras muchas y hermosas pastoras que por honrar las bodas á ellas havian venido, entre las quales tambien iba Teolinda con cuidado de hurtar el rostro á los ojos de Damon y Tirsi por no ser dellos conocida: y luego las pastoras, siguiendo á los pastores que guiaban, al son de muchos pastoriles instrumentos acia el templo se encaminaron: en el qual espacio le tuvieron Elicio y Eras-

tro de cebar los ojos en el hermoso rostro de Galatea, deseando que durara aquel camino mas que la larga peregrinacion de Ulises, y con el contento de verla iba tan fuera de sí Erastro, que hablando con Elicio, le dixo: qué miras, pastor, si á Galatea no miras? pero cómo podrás mirar el sol de sus cabellos, el cielo de su frente, las estrellas de sus ojos, la nieve de su rostro, la grana de sus mexillas, el color de sus labios, el marfil de sus dientes, el cristal de su cuello y el marmol de su pecho? Todo eso he podido ver, ó Erastro, respondió Elicio, y ninguna cosa de quantas has dicho es causa de mi tormento, sino es la aspereza de su condicion, que sino fuera tal como tu sabes, todas las gracias y bellezas que en Galatea conoces, fueran ocasion de mayor gloria nuestra. Bien dices, dixo Erastro; pero todavia no me podrás negar, que á no ser Galatea tan hermosa no fuera tan deseada; y á no ser tan deseada, no fuera tanta nuestra pena, pues toda ella nace del deseo. No te puedo yo negar, Erastro, respondió Elicio, que todo qualquier dolor y pesadumbre no nazca de la privacion y falta de aquello que deseamos; mas juntamen-

mente te quiero decir que ha perdido conmigo mucho la calidad de amor, con que yo pensé que á Galatea querias, porque si solamente la quieres por ser hermosa, muy poco tiene que agradecerte, pues no havrá ningun hombre, por rustico que sea, que la mire, que no la desee, porque la belleza donde quiera que está, trae consigo el hacer desear: asi que á este simple deseo por ser tan natural, ningun premio se le debe, porque si se le debiera, con solo desear el cielo, le tuvieramos merecido: mas ya ves, Erastro, ser esto tan al reves, como nuestra verdadera ley nos lo tiene mostrado; y puesto caso que hermosura y belleza sea una principal parte para atraernos á desearla y á procurar gozarla, el que fuere verdadero enamorado no ha de tener tal gozo por ultimo bien suyo; sino que aunque la belleza le acarree este deseo, la ha de querer solamente por ser bueno, sin que otro algun interese le mueva, y este se puede llamar aun en las cosas de aca perfeto y verdadero amor, y es digno de ser agradecido y premiado; como vemos que premia conocida y aventajadamente el hacedor de todas las cosas aquellos que sin mo-

ver-

verles otro interese alguno de temor, de pena, ó de esperanza de gloria le quieren, le aman, y le sirven solamente por ser bueno y digno de ser amado, y esta es la ultima y mayor perfeccion que en el amor divino se encierra, y en el humano tambien, quando no se quiere mas de por ser bueno lo que se ama, sin haver error de entendimiento, porque muchas veces lo malo nos parece bueno, y lo bueno malo, y asi amamos lo uno, y aborrecemos lo otro, y este tal amor no merece premio, sino castigo. Quiero inferir de todo lo que he dicho, ó Erastro, que si tu quieres y amas la hermosura de Galatea, con intencion de gozarla, y en esto pára el fin de tu deseo sin pasar adelante á querer su virtud, su acrecentamiento de fama, su salud, su vida y bienes, entiende que no amas como debes, ni debes ser remunerado como quieres. Quisiera Erastro replicar á Elicio, y darle á entender como no entendia bien del amor con que á Galatea amaba; pero estorbólo el son de la zampoña del desamorado Lenio, el qual quiso tambien hallarse á las bodas de Daranio, y regocijar la fiesta con su canto; y asi puesto delante de los despo-

sa-

sados, entanto que al templo llegaban, al son del rabel de Eugenio estos versos fue cantando.

LENIO.

Desconocido, ingrato amor, que asombras
A veces los gallardos corazones,
Y con vanas figuras, vanas sombras
Pones al alma libre mil prisiones:
Si de ser dios te precias, y te nombras
Con tan subido nombre, no perdones
Al que rendido al lazo de himineo
Rindiere á nuevo ñudo su deseo.

En conservar la ley pura y sincera
Del santo matrimonio pon tu fuerza,
Descoge en este campo tu vandera,
Haz á tu condicion en esto fuerza:
Qué bella flor, qué dulce fruto espera
Por pequeño trabajo el que se esfuerza
A llevar este yugo como debe,
Que aunque parece carga, es carga leve!

Tu puedes, si te olvidas de tus hechos,
Y de tu condicion tan desabrida,
Hacer alegres talamos y lechos

Do

Do el yugo conjugal á dos anida:
Encierrate en sus almas y en sus pechos
Hasta que acabe el curso de su vida,
Vayan á gozar como se espera
De la agradable eterna primavera.

Dexa las pastoriles cabañuelas,
Y al libre pastorcillo hacer su oficio,
Vuela mas alto ya, pues tanto vuelas,
Y aspira á mejor grado y exercicio:
En vano te fatigas y desvelas
En hacer de las almas sacrificio,
Sino las rindes con mejor intento
Al dulce de himineo ayuntamiento.

Aqui puedes mostrar la poderosa
Mano de tu poder marabilloso,
Haciendo que la nueva tierna esposa
Quiera, y que sea querida de su esposo,
Sin que aquella infernal rabia zelosa
Les turbe su contento y su reposo,
Ni el desden sacudido y zahareño
Les prive del sabroso y dulce sueño.

Mas si, perfido amor, nunca escuchadas
Fueron de tí plegarias de tu amigo;
Bien

Bien serán estas mias desechadas,
Que te soy y seré siempre enemigo:
Tu condicion, tus obras mal miradas,
De quien es todo el mundo buen testigo,
Hacen que yo no espere de tu mano
Contento alegre, venturoso y sano.

Ya se marabillaban los que al desamorado Lenio escuchando iban, de ver con quanta mansedumbre las cosas de amor trataba, llamandole dios, y de mano poderosa; cosa que jamas le havian oido decir: mas haviendo oído los versos con que acabó su canto, no pudieron dexar de reirse, porque ya les pareció que se iba colerizando, y que si adelante en su canto pasára, él pusiera al amor como otras veces solia; pero faltóle el tiempo, porque se acabó el camino. Y asi llegados al templo, y hechas en él por los sacerdotes las acostumbradas ceremonias, Daranio y Silveria quedaron en perpetuo y estrecho ñudo ligados, no sin envidia de muchos que los miraban, ni sin dolor de algunos que la hermosura de Silveria codiciaban; pero á todo dolor sobrepujára el que sintiera el sin ventura Mireno, si á este espectaculo se hallára pre-

presente. Vueltos pues los desposados del templo con la misma compañia que havian llevado, llegaron á la plaza de la aldea, donde hallaron las mesas puestas, y adonde quiso Daranio hacer publicamente demostracion de sus riquezas, haciendo á todo el pueblo un generoso y suntuoso convite. Estaba la plaza tan enramada, que una hermosa verde floresta parecia, entretegidas las ramas por cima de tal modo, que los agudos rayos del sol en todo aquel circuito no hallaban entrada para calentar el fresco suelo, que cubierto con muchas espadañas y con mucha diversidad de flores se mostraba. Alli pues con general contento de todos se solemnizó el generoso banquete al son de muchos pastoriles instrumentos, sin que diesen menos gusto que el que suelen dar las acordadas musicas que en los reales palacios se acostumbran; pero lo que mas autorizó la fiesta, fue ver que en alzandose las mesas, en el mesmo lugar con mucha presteza hicieron un tablado, para efeto de que los quatro discretos y lastimados pastores Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio por honrar las bodas de su amigo Daranio, y por satisfacer el deseo que Tirsi y Damon tenian de escucharles, querian

alli



Iph. Ximeno la inv. y dib. I.I. Fabregat la gravo.

alli en publico recitar una Egloga, que ellos mesmos de la ocasion de sus mesmos dolores havian compuesto. Acomodados pues en sus asientos todos los pastores y pastoras que alli estaban, despues que la zampoña de Erastro, y la lira de Lenio, y los otros instrumentos hicieron prestar á los presentes un sosegado y marabilloso silencio; el primero que se mostró en el humilde teatro, fue el triste Orompo con un pellico negro vestido, y un cayado de amarillo box en la mano, el remate del qual era una fea figura de la muerte, venia con hojas de funesto cipres coronado, insinias todas de la tristeza que en él reynaba por la inmatura muerte de su querida Listea; y despues que con triste semblante los llorosos ojos á una y á otra parte huvo tendido, con muestras de infinito dolor y amargura rompió el silencio con semejantes razones.

OROMPO.

Salid de lo hondo del pecho cuitado,
Palabras sangrientas con muerte mezcladas,
Y si los suspiros os tienen atadas,
Abrid y romped el siniestro costado:

El

El aire os impide que está ya inflamado
Del fiero veneno de vuestros acentos,
Salid, y si quiera os lleven los vientos,
Que todo mi bien tambien me han llevado.

Poco perdereis en veros perdidas,
Pues ya os ha faltado el alto sugeto,
Por quien en estilo grave y perfeto
Hablabades cosas de punto subidas:
Notadas un tiempo y bien conocidas
Fuisteis por dulces, alegres, sabrosas,
Agora por tristes, amargas, llorosas,
Sereis de la tierra y del cielo tenidas.

Pero aunque salgais, palabras, temblando,
Con quales podreis decir lo que siento?
Si es incapaz mi fiero tormento
De irse qual es al vivo pintado:
Mas ay, que me falta el como y el quando
De significar mi pena y mi mengua!
Aquello que falta y no puede la lengua,
Suplan mis ojos contino llorando.

O muerte, que atajas y acortas el hilo
De mil pretensiones gustosas humanas,
Y en un volver de ojos las sierras allanas,

Y haces iguales á Henares, y al Nilo:
Porqué no templaste, traidora, el estilo
Tuyo cruel? porqué á mi despecho
Probaste en el blanco y mas lindo pecho
De tu fiero alfange la furia y el filo?

En qué te ofendian, ó falsa, los años
Tan tiernos y verdes de aquella cordera?
Porqué te mostraste con ella tan fiera?
Porqué en el suyo creciste mis daños?
O mi enemiga, y amiga de engaños!
De mí, que te busco, te escondes y ausentas?
Y quieres y trabas razones y cuentas
Con el que mas teme tus males tamaños.

En años maduros tu ley tan injusta
Pudiera mostrar su fuerza crecida,
Y no descargar la dura herida
En quien del vivir ha poco que gusta:
Mas esa tu hoz que todo lo ajusta,
Y mando ni ruego jamas la doblega,
Asi con rigor la flor tierna siega
Como la caña ñudosa y robusta.

Quando á Listea del suelo quitaste,
Tu ser, tu valor, tu fuerza, tu brio,

Tu ira , tu mando , tu señorio
Con solo aquel triunfo al mundo mostraste.
Llevando á Listea , tambien te llevaste
La gracia , el donaire , belleza y cordura
Mayor de la tierra , y en su sepultura
Este bien todo con ella encerraste.

Sin ella en tiniebla perpetua ha quedado
Mi vida penosa , que tanto se alarga
Que es insufrible á mis hombros su carga ,
Que es muerte la vida del que es desdichado:
Ni espero en fortuna , ni espero en el hado ,
Ni espero en el tiempo , ni espero en el cielo,
Ni tengo de quien espere consuelo ,
Ni es bien que se espere en mal tan sobrado.

O vos que sentis qué cosa es dolores !
Venid y tomad consuelo en los mios ,
Que en viendo su ahinco , sus fuerzas , sus brios,
Vereis que los vuestros son mucho menores :
Do estais agora , gallardos pastores ?
Crisio , Marsilio y Orfenio , qué haceis ?
Porqué no venis? porqué no teneis
Por mas que los vuestros mis daños mayores?

Mas quién es aquel que asoma y que quiebra
Por

Por la encrucijada de aqueste sendero?
Marsilio es sin duda, de amor prisionero,
Belisa es la causa á quien siempre celebra,
A este le roe la fiera culebra
Del crudo desden el pecho y el alma,
Y pasa su vida en tormenta sin calma,
Y aun no es qual la mia su suerte tan negra.

El piensa que el alma, que el alma le aquexa,
Es mas que el dolor de mi desventura.
Aqui será bien que entre esta espesura
Me esconda por ver si acaso se quexa.
Mas ay! que á la pena que nunca me dexa,
Pensar igualarla es gran desatino,
Pues abre la senda y cierra el camino
Al mal que se acerca, y al bien que se alexa.

MARSILIO.

Pasos que al de la muerte
Me llevais paso á paso,
Forzoso he de acusar vuestra pereza,
Seguid tan dulce suerte,
Que en este amargo paso
Está mi bien, y en vuestra ligereza.
Mirad que la dureza

De la enemiga mia
En el airado pecho
Contrario á mi provecho,
En su entereza está qual ser solia:
Huigamos, si es posible,
Del aspero rigor suyo terrible.

A qué apartado clima,
A qué region incierta
Iré á vivir, que pueda asegurarme
Del mal que me lastima,
Del ansia triste y cierta,
Que no se ha de acabar hasta acabarme.
Ni estar quedo, ó mudarme
A la arenosa Libia,
O al lugar donde habita
El fiero y blanco Scita,
Un solo punto mi dolor alivia:
Que no está mi contento
En hacer de lugares mudamiento.

Aqui, y alli me alcanza
El desden riguroso
De la sin par cruel pastora mia,
Sin que amor, ni esperanza
Un termino dichoso

Me

Me pueda prometer en tal porfia :
Belisa , luz del dia ,
Gloria de la edad nuestra ,
Si valen ya contigo
Ruegos de un firme amigo ,
Templa el rigor airado de tu diestra ;
Y el fuego deste mio
Pueda en tu pecho deshacer el frio.

Mas sorda á mi lamento ,
Mas implacable y fiera
Que á la voz del cansado marinero
El riguroso viento ,
Que el mar turba y altera ,
Y amenaza á la vida el fin postrero :
Marmol , diamante , acero ,
Alpestre y dura roca ,
Robusta antigua encina ,
Roble que nunca inclina
La altiva rama al cierzo que le toca :
Todo es blando y süave
Comparado al rigor que en tu alma cabe.

Mi duro amargo hado ,
Mi inêxorable estrella ,
Mi voluntad que todo lo consiente ,

Me tienen condenado,
Belisa ingrata y bella,
A que te sirva y ame eternamente:
Aunque tu hermosa frente
Con riguroso ceño,
Y tus serenos ojos
Me anuncien mil enojos,
Serás desta alma conocido dueño
Entanto que en el suelo
La cubriere mortal corporeo velo.

Hay bien que se le iguale
Al mal que me atormenta?
Y hay mal en todo el mundo tan esquivo?
El uno y otro sale
De toda humana cuenta,
Y aun yo sin ella en viva muerte vivo:
En el desden avivo
Mi fé, y alli se enciende
Con el helado frio:
Mirad que desvario,
Y el dolor desusado que me ofende,
Y si podrá igualarse
Al mal que mas quisiere aventajarse.

Mas quién es el que mueve

Las

Las ramas intricadas
Deste acopado mirto, y verde asiento?

Oromp. Un pastor, que se atreve
Con razones fundadas
En la pura verdad de su tormento,
Mostrar que el sentimiento
De su dolor crecido
Al tuyo se aventaja,
Por mas que tu le estimes,
Levantes y sublimes.
Mars. Vencido quedarás en tal baraja,
Orompo, fiel amigo,
Y tú mesmo serás dello testigo.
Si de las ansias mias,
Si de mi mal insano
La mas minima parte conocieras,
Cesaran tus porfias,
Orompo, viendo llano
Que tú penas de burla, y yo de veras.
Oromp. Haz, Marsilio, quimeras
De tu dolor estraño,
Y al mio menoscaba,
Que la vida me acaba,
Que yo espero sacarte deste engaño,
Mostrando al descubierto

Que el tuyo es sombra de mi mal que es
Pero la voz sonora [cierto:
De Crisio oigo que suena ,
Pastor que en la opinion se te parece:
Escuchemosle ahora,
Que su cansada pena
No menos que la tuya le engrandece.
Mars. Hoy el tiempo me ofrece
Lugar y coyuntura ,
Donde pueda mostraros
A entrambos y enteraros
De que sola la mia es desventura.
Oromp. Atiende ahora , Marsilio ,
La voz de Crisio , y lamentable estilo.

CRISIO.

Ay dura , ay importuna , ay triste ausencia!
Quan fuera debió estar de conocerte
El que igualó tu fuerza y violencia
Al poder invencible de la muerte,
Que quando con mayor rigor sentencia ,
Qué puede mas su limitada suerte
Que deshacer el ñudo y recia liga ,
Que á cuerpo y alma estrechamente liga?

Tu

Tu duro alfange á mayor mal se estiende,
Pues un espiritu en dos mitades parte.
O milagros de amor, que nadie entiende,
Ni se alcanzan por ciencia ni por arte,
Que dexe su mitad con quien la entiende
Allá mi alma, y traiga acá la parte
Mas fragil, con la qual mas mal me siente,
Que estar mil veces de la vida ausente!

Ausente estoy de aquellos ojos bellos
Que serenaban la tormenta mia,
Ojos, vida de aquel que pudo vellos,
Si de alli no pasó la fantasia:
Que verlos y pensar de merecellos
Es loco atrevimiento y demasia,
Yo los vi desdichado, y no los veo,
Y matame de verlos el deseo.

Deseo, y con razon, ver dividida
(Por acortar el termino á mi daño)
Esta antigua amistad, que tiene unida
Mi alma al cuerpo con amor tamaño,
Que siendo de las carnes despedida
Con ligereza presta y vuelo estraño
Podrá tornar á ver aquellos ojos,
Que son descanso y gloria á sus enojos.

Eno-

Enojos son la paga y recompensa
Que amor concede al amador ausente,
En quien se cifra el mayor mal y ofensa,
Que en los males de amor se encierra y siente:
Ni poner discrecion á la defensa,
Ni un querer firme levantado ardiente
Aprovecha á templar deste tormento
La dura pena y el furor violento.

Violento es el rigor desta dolencia,
Pero junto con esto es tan durable,
Que se acaba primero la paciencia
Y aun de la vida el curso miserable:
Muertes, desvios, zelos, inclemencia
De airado pecho, condicion mudable,
No atormentan asi, ni dañan tanto
Como este mal, que el nombre pone espanto.

Espanto fuera, si dolor tan fiero
Dolores tan mortales no causára,
Pero todos son flacos, pues no muero
Ausente de mi vida dulce y cara:
Mas cese aqui mi canto lastimero,
Que á compañia tan discreta y rara
Como es la que alli veo, será justo
Que muestre al verla mas sabroso el gusto.

Orom-

Oromp. Gusto nos dá, buen Crisio, tu presencia,
Y mas viniendo á tiempo, que podremos
Acabar nuestra antigua diferencia.
Cris. Orompo, si es tu gusto, comencémos,
Pues que juez de la contienda nuestra
Tan recto aqui en Marsilio le tendremos.
Mars. Indicio dais, y conocida muestra
Del error, en que os trae tan embebidos
Esa vana opinion notoria vuestra;
Pues quereis que á los mios preferidos
Vuestros dolores tan pequeños sean,
Harto llorados, mas que conocidos.
Mas porque el suelo y cielo juntos vean
Quanto vuestro dolor es menos grave,
Que las ansias que el alma me rodean,
La mas pequeña que en mi pecho cabe,
Pienso mostrar en vuestra competencia
Asi como mi ingenio torpe sabe.
Y dexaré á vosotros la sentencia,
Y el juzgar si mi mal es muy mas fuerte
Que el riguroso de la larga ausencia:
O el amargo espantoso de la muerte,
De quien entrambos os quexais sin tiento,
Llamando dura y corta á vuestra suerte.
Oromp. Deso yo soy, Marsilio, muy contento,
Pues la razon que tengo de mi parte,

El

El triunfo le asegura á mi tormento.
Cris. Aunque de exagerar me falta el arte,
Vereis quando yo os muestre mi tristeza,
Como quedan las vuestras á una parte.
Mars. Qué ausencia llega á la inmortal dureza
De mi pastora? que es, con ser tan dura,
Señora universal de la belleza.
Oromp. O á que buen tiempo llega y coyuntura
Orfenio! veisle asomado? estad atentos,
Oireisle ponderar su desventura.
Zelos es la ocasion de sus tormentos,
Zelos, cuchillo, y ciertos turbadores
De las paces de amor, y los contentos.
Cris. Escuchad, que ya canta sus dolores.

ORFENIO.

O sombra escura, que contino sigues
A mi confusa triste fantasia,
Enfadosa tiniebla, siempre fria,
Que á mi contento y á mi luz persigues:
Quando será que tu rigor mitigues,
Monstruo cruel, y rigurosa harpia?
Qué ganas en turbarme el alegria?
O qué bien en quitarmele consigues?
Mas si la condicion de que te arreas

Se estiende á pretender quitar la vida
Al que te dió la tuya, y te ha engendrado;
No me debe admirar que de mi seas
Y de todo mi bien fiero homicida,
Sino de verme vivo en tal estado.
Oromp. Si el prado deleitoso,
Orfenio, te es alegre qual solia
En tiempo mas dichoso,
Ven, pasarás el dia
En nuestra lastimada compañia.
Con los tristes el triste
Bien ves que se acomoda facilmente,
Ven, que aqui se resiste
Par desta clara fuente
Del levantado sol el rayo ardiente.
Ven, y el usado estilo
Levanta, y como sueles te defiende
De Crisio y de Marsilio,
Que cada qual pretende
Mostrar, que solo es mal el que le ofende.
Yo solo en este caso
Contrario havré de ser á ti y á ellos,
Pues los males que paso
Bien podre encarecellos,
Mas no mostrar la mayor parte dellos.
Orfen. No al gusto le es sabrosa

Asi á la corderuela desambrida
La yerva, ni gustosa
Salud restituida
A aquel que ya la tuvo por perdida:
Como es á mí sabroso
Mostrar en la contienda qne se ofrece,
Que el dolor riguroso
Que el corazon padece,
Sobre el mayor del suelo se engrandece.
Calle su mal sobrado,
Orompo, encubra Crisio su dolencia,
Marsilio esté callado:
Muerte, desden, ni ausencia,
No tengan con los zelos competencia.
Pero si el cielo quiere
Que hoy salga á campo la contienda nuestra,
Comience el que quisiere,
Y dé á los otros muestra
De su dolor con torpe lengua, ó diestra.
Que no está la elegancia,
Y modo de decir el fundamento
Y principal sustancia
Del verdadero cuento,
Que en la pura verdad tiene su asiento.
Cris. Siento, pastor, que tu arrogancia mucha
En esta lucha de pasiones nuestras

Da-

Dará mil muestras de tu desvario. [po,
Orfen. Templa ese brio, ó muestralo á su tiem-
Que es pasatiempo, Crisio, tu congoxa,
Que el alma que afloxa con volver el paso,
No hay que hacer caso de su sentimiento.
Cris. Es mi tormento tan estraño y fiero,
Que presto espero que tú mesmo digas,
Que á mis fatigas no se iguala alguna.
Mars. Desde la cuna soy yo desdichado.
Oromp. Aun engendrado pienso que no estaba,
Quando sobraba en mí la desventura.
Orfen. En mí se apura la mayor desdicha.
Cris. Tu mal es dicha, comparado al mio.
Mars. Opuesto al brio de mi mal estraño,
Es gloria el daño que á vosotros daña.
Oromp. Esta maraña quedará muy clara,
Quando á la clara mi dolor descubra:
Ninguno encubra agora su tormento,
Que yo del mio doy principio al cuento.

Mis esperanzas, que fueron
Sembradas en parte buena,
Dulce fruto prometieron,
Y quando darle quisieron,
Convirtióle el cielo en pena:
Vi su flor marabillosa

En

En mil muestras deseosa
De darme una rica suerte,
Y en aquel punto la muerte
Cortómela de envidiosa.

Yo quedé qual labrador,
Que del trabajo contino
De su espaciosa labor,
Fruto amargo de dolor
Le concede su destino:
Y aun le quita la esperanza
De otra buena nueva andanza,
Porque cubrió con la tierra
El cielo donde se encierra
De su bien la confianza.

Pues si á termino he llegado
Que de tener gusto ó gloria
Vivo ya desesperado,
De que yo soy mas penado,
Es cosa cierta y notoria:
Que la esperanza asegura
En la mayor desventura
Un dichoso fin que viene:
Mas ay de aquel que la tiene
Cerrada en la sepultura!

MARSILIO.

Yo, que el humor de mis ojos
Siempre derramado ha sido
En lugar, donde han nacido
Cien mil espinas y abrojos
Que el corazon me han herido:
Yo sí soy el desdichado,
Pues con nunca haver mostrado
Un momento el rostro enjuto,
Ni hoja, ni flor, ni fruto
He del trabajo sacado.

Que si alguna muestra viera
De algun pequeño provecho,
Sosegárase mi pecho,
Y aunque nunca se cumpliera,
Quedára al fin satisfecho:
Porque viera que valia
Mi enamorada porfia
Con quien es tan desabrida,
Que á mi yelo está encendida,
Y á mi fuego helada y fria.

Pues si es el trabajo vano

De mi llanto y sospirar,
Y dél no pienso cesar,
A mi dolor inhumano
Qual se le podrá igualar?
Lo que tu dolor concierta
Es, que está la causa muerta,
Orompo, de tu tristeza,
La mia en mas entereza
Quando mas me desconcierta.

CRISIO.

Yo, que teniendo en sazon
El fruto que se debia
A mi continua pasion,
Una subita ocasion
De gozarla me desvia;
Muy bien podré ser llamado
Sobre todos desdichado,
Pues que vendré á padecer,
Pues no puedo perecer
Adonde el alma he dexado.

Del bien que lleva la muerte,
El no poder recobrallo
En alivio se convierte,

Y un corazon duro y fuerte
El tiempo suele ablandallo:
Mas en ausencia se siente
Con un estraño accidente,
Sin sombra de ningun bien,
Zelos, muertes y desden,
Que esto y mas teme el ausente.

Quando tarda el cumplimiento
De la cercana esperanza,
Aflige mas el tormento,
Y alli llega el sufrimiento
Adonde ella nunca alcanza:
En las ansias desiguales
El remedio de los males
Es el no esperar remedio;
Mas carecen deste medio
Las de ausencia mas mortales.

ORFENIO.

El fruto que fue sembrado
Por mi trabajo contino,
A dulce sazon llegado
Fue con prospero destino
En mi poder entregado:
Y apenas pude llegar

A terminos tan sin par,
Quando vine á conocer
La ocasion de aquel placer
Ser para mí de pesar.

Yo tengo el fruto en la mano,
Y el tenerle me fatiga,
Porque en mi mal inhumano
A la mas granada espiga
La roe un fiero gusano:
Aborrezco lo que quiero,
Y por lo que vivo muero,
Y yo me fabrico y pinto
Un revuelto laberinto,
De do salir nunca espero.

Busco la muerte en mi daño,
Que ella es vida á mi dolencia,
Con la verdad mas me engaño,
Y en ausencia y en presencia
Va creciendo un mal tamaño.
No hay esperanza que acierte
A remediar mal tan fuerte,
Ni por estar ni alejarme
Es imposible apartarme
Desta triste viva muerte.

OROM-

OROMPO.

No es error conocido
Decir que el daño que la muerte hace,
Por ser tan estendido
En parte satisface,
Pues la esperanza quita
Que el dolor administra y solicita?

Si de la gloria muerta
No se quedára viva la memoria
Que el gusto desconcierta,
Es cosa ya notoria
Que el no esperar tenella
Templa el dolor en parte de perdella

Pero si está presente la memoria,
La memoria del bien ya fenecido
Mas viva y mas ardiente
Que quando poseido,
Quién duda que esta pena
No está mas que otras de miserias llena?

MARSILIO.

Si á un pobre caminante
Le sucediese por estraña via
Huirsele delante
Al fenecer del dia
El alverge esperado,
Y con vana presteza procurado,

Quedaria sin duda
Confuso del temor, que alli le ofrece
La escura noche y muda,
Y mas sino amanece,
Que el cielo á su ventura
No concede la luz serena y pura.

Yo soy el que camino
Para llegar á un alvergue venturoso,
Y quando mas vecino
Pienso estar del reposo,
Qual fugitiva sombra
El bien me huye, y el dolor me asombra.

CRI-

CRISIO.

Qual raudo y hondo rio
Suele impedir al caminante el paso,
Y al viento, nieve y frio
Le tiene en campo raso,
Y el alvergue delante
Se le muestra de alli poco distante:

Tal mi contento impide
Esta penosa y tan prolija ausencia,
Que nunca se comide
A aliviar su dolencia,
Y casi ante mis ojos
Veo quien remediára mis enojos.

Y el ver de mis dolores
Tan cerca la salud, tanto me aprieta,
Que los hace mayores,
Pues por causa secreta,
Quanto el bien es cercano,
Tanto mas lexos huye de mi mano.

ORFENIO.

Mostróseme á la vista
Un rico alvergue de mil bienes lleno,
Triunfé de su conquista,
Y quando mas sereno
Se me mostraba el hado,
Vilo en escuridad negra cambiado.

Alli donde consiste
El bien de los amantes bien queridos,
Alli mi mal asiste,
Alli se ven unidos
Los males y desdenes
Donde suelen estár todos los bienes.

Dentro desta morada
Estoy, de do salir nunca procuro,
Por mi dolor fundada
De tan estraño muro,
Que pienso que le abaten
Quantos le quieren, miran, y combaten.

OROM-

OROMPO.

Antes el sol acabará el camino
Que es propio suyo , dando vuelta al cielo
Despues de haver tocado en cada sino ;
Que la parte menor de nuestro duelo
Podamos declarar como se siente ,
Por mas que el bien hablar levante el vuelo.
Tu dices , Crisio , que el que vive ausente,
Muere : yo , que estoy muerto , pues mi vida
A muerte la entregó el hado inclemente :
Y tú , Marsilio , afirmas que perdida
Tienes de gusto y bien toda esperanza ,
Pues un fiero desden es tu homicida :
Tu repites , Orfenio , que la lanza
Aguda de los zelos te traspasa ,
No solo el pecho , que hasta el alma alcanza.
Y como el uno lo que el otro pasa ,
No siente ; su dolor solo exagera ,
Y piensa que al rigor del otro pasa.
Y por nuestra contienda lastimera
De tristes argumentos está llena
Del caudaloso Tajo la ribera.
Ni por esto desmengua nuestra pena ,
Antes por el tratar la llaga tanto

A mayor sentimiento nos condena.
Quanto puede decir la lengua, y quanto
Pueden pensar los tristes pensamientos,
Es ocasion de renovar el llanto.
Cesen pues los agudos argumentos,
Que enfin no hay mal que no fatigue y pene,
Ni bien que dé seguros los contentos.
Harto mal tiene quien su vida tiene
Cerrada en una estrecha sepultura,
Y en soledad amarga se mantiene.
Desdichado del triste sin ventura
Que padece de zelos la dolencia,
Con quien no valen fuerzas ni cordura:
Y aquel que en el rigor de larga ausencia
Pasa los tristes miserables dias,
Llegado al flaco arrimo de paciencia:
Y no menos aquel que en sus porfias
Siente, quando mas arde, en su pastora
Entrañas duras é intenciones frias.
Cris. Hagase lo que pide Orompo agora,
Pues ya de recoger nuestro ganado
Se va llegando á mas andar la hora.
Y entanto que al alvergue acostumbrado
Llegamos, y que el sol claro se alexa,
Escondiendo su faz del verde prado:
Con voz amarga y lamentable quexa,
Al

Al son de los acordes instrumentos
Cantemos el dolor que nos aquexa.
*Mars.*Comienza pues, ó Crisio, y tus acentos
Lleguen á los oidos de Claraura
Llevados mansamente de los vientos,
Como á quien todo su dolor restaura.

C R I S I O.

Al que ausencia viene á dar
Su caliz triste á beber,
No tiene mal que temer,
Ni ningun bien que esperar.

En esta amarga dolencia
No hay mal que no esté cifrado,
Temor de ser olvidado,
Zelos de agena presencia:
Quien la viniere á probar,
Luego vendrá á conocer
Que no hay mal de que temer,
Ni menos bien que esperar.

OROM-

OROMPO.

Ved si es mal el que me aquexa
Mas que muerte conocida,
Pues forma quexas la vida
De que la muerte la dexa.

Quando la muerte llevó
Toda mi gloria y contento,
Por darme mayor tormento
Con la vida me dexó:
El mal viene, y el bien se alexa
Con tan ligera corrida,
Que forma quexas la vida
De que la muerte la dexa.

MARSILIO.

En mi terrible pesar
Ya faltan por mas enojos
Las lagrimas á los ojos,
Y el aliento al sospirar.

La ingratitud y desden
Me tienen ya de tal suerte,

Que

Que espero y llamo á la muerte
Por mas vida y por mas bien:
Poco se podrá tardar,
Pues faltan en mis enojos
Las lagrimas á los ojos,
Y el aliento al sospirar.

ORFENIO.

Zelos, á fé, si pudiera,
Que yo hiciera por mejor
Que fueran zelos amor,
Y que el amor zelos fuera.

Deste trueco grangeára
Tanto bien y tanta gloria,
Que la palma y la vitoria
De enamorado llevára:
Y aun fueran de tal manera
Los zelos en mi favor,
Que á ser los zelos amor,
El amor yo solo fuera.

Con esta ultima cancion del zeloso Orfenio dieron fin á su Egloga los discretos pastores, dexando satisfechos de su discrecion á to-

todos los que escuchado los havian: especialmente á Damon y á Tirsi, que gran contento en oirlos recibieron, pareciendoles que de mas de pastoril ingenio parecian las razones y argumentos, que para salir con su proposito los quatro pastores havian propuesto. Pero haviendose movido contienda entre muchos de los circunstantes sobre qual de los quatro havia alegado mejor de su derecho, enfin se vino á conformar el parecer de todos con el que dió el discreto Damon, diciendoles: que él para sí tenia que entre todos los disgustos y sinsabores que el amor trae consigo, ninguno fatiga tanto al enamorado pecho, como la incurable pestilencia de los zelos, y que no se podian igualar á ella la perdida de Orompo, ausencia de Crisio, ni la desconfianza de Marsilio: la causa es, dixo, que no cabe en razon natural que las cosas que están imposibilitadas de alcanzarse, puedan por largo tiempo apremiar la voluntad á quererlas, ni fatigar al deseo por alcanzarlas; porque el que tuviese voluntad y deseo de alcanzar lo imposible, claro está que quanto mas el deseo le sobrase, tanto mas el entendimiento le faltaria: y por esta mesma ra-

razon digo, que la pena que Orompo padece, no es sino una lastima y compasion del bien perdido: y por haverle perdido de manera, que no es posible tornarle á cobrar, esta imposibilidad ha de ser causa para que su dolor se acabe; que puesto que el humano entendimiento no puede estár tan unido siempre en la razon, que dexe de sentir la pérdida del bien que cobrar no se puede, y que en efeto ha de dar muestras de su sentimiento con tiernas lagrimas, ardientes sospiros y lastimosas palabras so pena de que quien esto no hiciese, antes por bruto, que por hombre racional seria tenido: enfin, el discurso del tiempo cura esta dolencia, la razon la mitiga, y las nuevas ocasiones tienen mucha parte para borrarla de la memoria. Todo esto es al reves en el ausencia, como apuntó bien Crisio en sus versos, que como la esperanza en el ausente ande tan junta con el deseo, dale terrible fatiga la dilacion de la tornada; porque como no le impide otra cosa el gozar su bien, sino algun brazo de mar, ó alguna distancia de tierra, parecele que teniendo lo principal, que es la voluntad de la persona amada, que se hace notorio agravio á su gusto,

to, que cosas que son tan menos como un poco de agua ó tierra, le impidan su felicidad y gloria. Juntase asimesmo á esta pena el temor de ser olvidado, las mudanzas de los humanos corazones; y en tanto que la ausencia dura, sin duda alguna que es estraño el rigor y aspereza, con que trata al alma del desdichado ausente. Pero como tiene tan cerca el remedio, que consiste en la tornada, puedese llevar con algun alivio su tormento: y si sucediere ser la ausencia de manera, que sea imposible volver á la presencia deseada, aquella imposibilidad viene á ser el remedio, como en el de la muerte. El dolor de que Marsilio se quexa, puesto que es como el mesmo que yo padezco, y por esta causa me havia de parecer mayor que otro alguno, no por eso dexaré de decir lo que la razon me muestra, antes que aquello á que la pasion me incita. Confieso que es terrible dolor querer y no ser querido; pero mayor seria amar, y ser aborrecido. Y si los nuevos amadores nos guiasemos por lo que la razon y la experiencia nos enseña, veriamos que todos los principios en qualquiera cosa son dificultosos, y que no padece esta regla excepcion en los casos de amor,

amor, antes en ellos mas se confirma y fortalece: asi que quexarse el nuevo amante de la dureza del rebelde pecho de su señora, va fuera de todo razonable termino; porque como el amor sea, y ha de ser voluntario, y no forzoso, no debo yo quexarme de no ser querido de quien quiero, ni debo hacer caudal del cargo que le hago, diciendole que está obligada á amarme, porque yo la amo: que puesto que la persona amada debe en ley de naturaleza y en buena cortesia no mostrarse ingrata con quien bien la quiere, no por eso le ha de ser forzoso y de obligacion que corresponda del todo y por todo á los deseos de su amante: que si esto asi fuese, mil enamorados importunos havria que por su solicitud alcanzasen lo que quizá no se les devria de derecho; y como el amor tenga por padre al conocimiento, puede ser que no halle en mí la que es de mí bien querida partes tan buenas, que la muevan é inclinen á quererme: y asi no está obligada, como ya he dicho, á amarme, como yo estaré obligado á adorarla, porque hallé en ella lo que á mí me falta: y por esta razon no debe el desdeñado quexarse de su amada, sino de su ven-

ra, que le negó las gracias que al conocimiento de su señora pudieran mover á bien quererle; y asi debe procurar con continuos servicios, con amorosas razones, con la no importuna presencia, con las exercitadas virtudes, adobar y enmendar en él la falta que naturaleza hizo: que este es tan principal remedio, que estoy por afirmar, que será imposible dexar de ser amado el que con tan justos medios procurare grangear la voluntad de su señora; y pues este mal del desden tiene el bien deste remedio, consuelese Marsilio, y tenga lastima al desdichado y zeloso Orfenio, en cuya desventura se encierra la mayor, que en las de amor imaginarse puede. O zelos turbadores de la sosegada paz amorosa! zelos, cuchillo de las mas firmes esperanzas! no sé yo qué pudo saber de linages el que á vosotros os hizo hijos del amor, siendo tan al reves, que por el mesmo caso dexára el amor de serlo, si tales hijos engendrára. O zelos, hipocritas y fementidos ladrones! pues para que se haga cuenta de vosotros en el mundo, en viendo nacer alguna centella de amor en algun pecho, luego procurais mezclaros con ella, volviendoos de su color, y aun procurais

rais usurparle el mando y señorio que tiene: y de aqui nace que como os ven tan unidos con el amor, puesto que por vuestros efetos dais á conocer que no sois el mesmo amor, todavia procurais que entienda el ignorante que sois sus hijos, siendo como lo sois nacidos de una baxa sospecha, engendrados de un vil y desastrado temor, criados á los pechos de falsas imaginaciones, crecidos entre vilisimas envidias, sustentados de chismes y mentiras. Y porque se vea la destruicion que hace en los enamorados pechos esta maldita dolencia de los rabiosos zelos, en siendo el amante zeloso, conviene con paz sea dicho de los zelosos enamorados; conviene, digo, que sea como lo es traidor, astuto, revoltoso, chismero, antojadizo, y aun mal criado: y á tanto se estiende la zelosa furia que le señorea, que á la persona que mas quiere, es á quien mas mal desea. Querria el amante zeloso que solo para él su dama fuese hermosa, y fea para todo el mundo: desea que no tenga ojos para ver mas de lo que él quisiere, ni oídos para oir, ni lengua para hablar; que sea retirada, desabrida, soberbia y mal acondicionada; y aun á veces desea, apretado des-

ta pasion diabolica, que su dama se muera, y que todo se acabe. Todas estas pasiones engendran los zelos en los animos de los amantes zelosos: al reves de las virtudes que el puro y sencillo amor multiplica en los verdaderos y comedidos amadores, porque en el pecho de un buen enamorado se encierra discrecion, valentia, liberalidad, comedimiento, y todo aquello que le puede hacer loable á los ojos de las gentes. Tiene mas asimismo la fuerza deste crudo veneno, que no hay antidoto que le preserve, consejo que le valga, amigo que le ayude, ni disculpa que le quadre: todo esto cabe en el enamorado zeloso, y mas; qualquiera sombra le espanta, qualquiera niñeria le turba, y qualquiera sospecha falsa ó verdadera le deshace. Y á toda esta desventura se le añade otra, que son las disculpas que le engañan. Y no haviendo para la enfermedad de los zelos otra medicina que las disculpas, y no queriendo el enfermo zeloso admitirlas, siguese que esta enfermedad es sin remedio, y que á todas las demas debe anteponerse. Y asi es mi parecer, que Orfenio es el mas penado, pero no el mas enamorado; porque no son

los zelos señales de mucho amor, sino de mucha curiosidad impertinente; y si son señales de amor, es como la calentura en el hombre enfermo, que el tenerla es señal de tener vida, pero vida enferma y mal dispuesta: y asi el enamorado zeloso tiene amor, mas es amor enfermo y mal acondicionado; y tambien el ser zeloso es señal de poca confianza del valor de si mesmo. Y que sea esto verdad, nos lo muestra el discreto y firme enamorado, el qual sin llegar á la escuridad de los zelos, toca en las sombras del temor, pero no se entra tanto en ellas, que le escurezcan el sol de su contento, ni dellas se aparta tanto que le descuiden de andar solicito y temeroso: que si este discreto temor faltase en el amante, yo le tendria por soberbio y demasiadamente confiado; porque como dice un comun proverbio nuestro: quien bien ama, teme; y aun es razon que tema el amante, que como la cosa que ama es en estremo buena, ó á él le pareció serlo, no parezca lo mesmo á los ojos de quien la miráre: y por la mesma causa se engendra el amor en otro que pueda, y venga á turbar el suyo. Teme, y tema el buen enamorado las mudanzas de los tiem-

pos, de las nuevas ocasiones que en su daño podrian ofrecerse, de que con brevedad no se acabe el dichoso estado que goza: y este temor ha de ser tan secreto, que no le salga á la lengua para decirle, ni aun á los ojos para significarle: y hace tan contrarios efetos este temor del que los zelos hacen en los pechos enamorados, que cria en ellos nuevos deseos de acrecentar mas el amor si pudiesen, de procurar con toda solicitud que los ojos de su amada no vean en ellos cosa que no sea digna de alabanza, mostrandose liberales, comedidos, galanes, limpios, y bien criados: y tanto quanto este virtuoso temor es justo se alabe, tanto y mas es digno que los zelos se vituperen. Calló en diciendo esto el famoso Damon, y llevó tras la suya las contrarias opiniones de algunos que escuchado le havian, dexando á todos satisfechos de la verdad que con tanta llaneza les havia mostrado. Pero no se quedára sin respuesta, si los pastores Orompo, Crisio, Marsilio y Orfenio huvieran estado presentes á su platica: los quales, cansados de la recitada Egloga, se havian ido á casa de su amigo Daranio. Estando todos en esto, ya que los bailes y danzas

zas querian renovarse, vieron que por una parte de la plaza entraban tres dispuestos pastores, que luego de todos fueron conocidos; los quales eran, el gentil Francenio, el libre Lauso, y el anciano Arsindo, el qual venia en medio de los dos pastores con una hermosa guirnalda de verde lauro en las manos, y atravesando por medio de la plaza, vinieron á parar adonde Tirsi, Damon, Elicio, y Erastro, y todos los mas principales pastores estaban, á los quales con corteses palabras saludaron, y con no menor cortesia fueron dellos recebidos, especialmente Lauso de Damon, de quien era antiguo y verdadero amigo. Cesando los comedimientos, puestos los ojos Arsindo en Damon y en Tirsi, comenzó á hablar desta manera: la fama de vuestra sabiduria, que cerca y lejos se estiende, discretos y gallardos pastores, es la que á estos pastores y á mí nos trae á suplicaros querais ser jueces de una graciosa contienda que entre estos dos pastores ha nacido; y es, que la fiesta pasada Francenio y Lauso que están presentes, se hallaron en una conversacion de hermosas pastoras, entre las quales por pasar sin pesadumbre las horas ociosas del dia, entre

otros muchos juegos ordenaron el que se llama de los propositos. Sucedió pues, que llegando la vez de proponer y comenzar á uno destos pastores, quiso la suerte que la pastora que á su lado estaba, y á la mano derecha tenia, fuese segun él dice la tesorera de los secretos de su alma, y la que por mas discreta y mas enamorada en la opinion de todos estaba. Llegandose pues al oído, le dixo:

Huyendo va la esperanza.

La pastora, sin detenerse en nada, prosiguió adelante, y al decir despues cada uno en publico lo que al otro havia dicho en secreto; hallóse que la pastora havia seguido el proposito, diciendo:

Tenella con el deseo.

Fue celebrada por los que presentes estaban la agudeza desta respuesta; pero el que mas la solenizó, fue el pastor Lauso, y no menos le pareció bien á Francenio: y asi cada uno viendo que lo propuesto y respondido eran versos medidos, se ofreció de glosallos; y despues de haverlo hecho, cada qual procura que su glosa á la del otro se aventa-

ge;



Josef Ximeno la inv. y dib. Simon Brieva la grabó 1784.

ge; y para asegurarse desto, me quisieron hacer juez dello; pero como yo supe que vuestra presencia alegraba nuestras riberas, aconsegeles que á vosotros viniesen, de cuya estremada ciencia y sabiduria qüestiones de mayor importancia pueden bien fiarse. Han seguido ellos mi parecer, y yo he querido tomar trabajo de hacer esta guirnalda, para que sea dada en premio al que vosotros, pastores, vieredes que mejor ha glosado. Calló Arsindo, y esperó la respuesta de los pastores, que fue agradecerle la buena opinion que dellos tenia; y ofrecerse de ser jueces desapasionados en aquella honrosa contienda. Con este seguro, luego Francenio tornó á repetir los versos, y á decir su glosa, que era esta.

Huyendo va la esperanza,
Tenella con el deseo.

GLOSA.

Quando me pienso salvar
En la fé de mi querer,
Me vienen luego á faltar
Las faltas del merecer,
Y las sobras del pesar:

Mue-

Muerese la confianza ,
No tiene pulsos la vida ,
Pues se ve en mi mala andanza ,
Que del temor perseguida
Huyendo va la esperanza.

Huye , y llevase consigo
Todo el gusto de mi pena ,
Dexando por mas castigo
Las llaves de mi cadena
En poder de mi enemigo :
Tanto se alexa , que creo
Que presto se hará invisible ,
Y en su ligereza veo
Que ni puedo , ni es posible
Tenella con el deseo.

Dicha la glosa de Francenio , Lauso comenzó la suya , que asi decia.

En el punto que os miré ,
Como tan hermosa os ví ,
Luego temí y esperé ;
Pero en fin tanto temí ,
Que con el temor quedé :
De veros esto se alcanza,
Una flaca confianza ,

Y un temor acobardado,
Que por no verle á su lado
Huyendo va la esperanza.

Y aunque me dexa y se va
Con tan estraña corrida,
Por milagro se verá
Que se acabará mi vida,
Y mi amor no acabará:
Sin esperanza me veo,
Mas por llevar el trofeo
De amador sin interese,
No querria, aunque pudiese,
Tenella con el deseo.

En acabando Lauso de decir su glosa, dixo Arsindo: veis aqui, famosos Damon y Tirsi, declarada la causa sobre que es la contienda destos pastores: solo resta agora, que vosotros deis la guirnalda á quien vieredes que con mas justo titulo la merece, que Lauso y Francenio son tan amigos, y vuestra sentencia será tan justa, que ellos tendran por bien lo que por vosotros fuere juzgado. No entiendas Arsindo, respondió Tirsi, que con tanta presteza, aunque nuestros ingenios fueran

ran de la calidad que tu los imaginas, se puede ni debe juzgar la diferencia, si hay alguna, en estas discretas glosas: lo que yo sé decir dellas, y lo que Damon no querra contradecirme, es que igualmente entrambas son buenas, y que la guirnalda se debe dar á la pastora que dió la ocasion á tan curiosa y loable contienda: y si deste parecer quedais satisfechos, pagadnosle con honrar las bodas de nuestro amigo Daranio, alegrandolas con vuestras agradables canciones, y autorizandolas con vuestra honrosa presencia. A todos pareció bien la sentencia de Tirsi, los dos pastores la consintieron, y se ofrecieron de hacer lo que Tirsi les mandaba. Pero las pastoras y pastores, que á Lauso conocian, se marabillaban de ver la libre condicion suya en la red amorosa envuelta; porque luego vieron en la amarillez de su rostro, en el silencio de su lengua, y en la contienda que con Francenio havia tomado, que no estaba su voluntad tan esenta como solia, y andaba entre sí imaginando, quien podria ser la pastora que de su libre corazon triunfado havia. Quien imaginaba que la discreta Belisa: y quien que la gallarda Leandra, y algunos que
la

la sin par Arminda, moviendoles á imaginar esto la ordinaria costumbre que Lauso tenia de visitar las cabañas destas pastoras, y ser cada una dellas para sugetar con su gracia, valor y hermosura otros tan libres corazones como el de Lauso: y desta duda tardaron muchos dias en certificarse, porque el enamorado pastor, apenas de sí mesmo fiaba el secreto de sus amores. Acabado esto, luego toda la juventud del pueblo renovó las danzas y los pastoriles instrumentos formaron una agradable musica. Pero viendo que ya el sol apresuraba su carrera acia el Ocaso, cesaron las concertadas voces; y todos los que alli estaban, determinaron de llevar á los desposados hasta su casa. Y el anciano Arsindo, por cumplir lo que á Tirsi havia prometido, en el espacio que havia desde la plaza hasta la casa de Daranio, al son de la zampoña de Erastro estos versos fue cantando.

ARSINDO.

Haga señales el cielo
De regocijo y contento
En tan venturoso dia:
Celebrese en todo el suelo

Es-

Este alegre casamiento
Con general alegria :
Cambiese de hoy mas el llanto
En suave y dulce canto ,
Y en lugar de los pesares
Vengan gustos á millares ,
Que destierren el quebranto.

Todo el bien suceda en colmo
Entre desposados tales ,
Tan para en uno nacidos :
Peras les ofrezca el olmo ,
Cerezas los carrascales ,
Guindas los mirtos floridos :
Hallen perlas en los riscos ,
Uvas les den los lentiscos ,
Manzanas los algarrobos ,
Y sin temor de los lobos
Ensanchen mas sus apriscos.

Y sus machorras ovejas
Vengan á ser parideras ,
Con que doblen su ganancia :
Las solicitas abejas
En los surcos de sus eras
Hagan miel en abundancia :

Lo

Logren siempre su semilla
En el campo y en la villa
Cogida á tiempo y sazon :
No entre en sus viñas pulgon,
Ni en su trigo la neguilla.

Y dos hijos presto tengan
Tan hechos en paz y amor ,
Quanto pueden desear :
Y en siendo crecidos vengan
A ser el uno dotor ,
Y otro cura del lugar :
Sean siempre los primeros
En virtudes y en dineros;
Que si serán , y aun señores ,
Sino salen fiadores
De agudos alcabaleros.

Mas años que Sarra vivan
Con salud tan confirmada ,
Que dello pese al dotor ,
Y ningun pesar reciban
Ni por hija mal casada ,
Ni por hijo jugador :
Y quando los dos estén
Viejos qual Matusalen

Mue-

Mueran sin temor de daño,
Y haganles su cabo de año
Por siempre jamas amen.

Con grandisimo gusto fueron escuchados los rusticos versos de Arsindo, en los quales mas se alargára, sino lo impidiera el llegar á la casa de Daranio: el qual convidando á todos los que con él venian, se quedó en ella; sino fue que Galatea y Florisa, por temor que Teolinda de Tirsi y Damon no fuese conocida, no quisieron quedarse á la cena de los desposados. Bien quisiera Elicio y Erastro, acompañar á Galatea hasta su casa, pero no fue posible que lo consintiese, y asi se huvieron de quedar con sus amigos: y ellas se fueron cansadas de los bailes de aquel dia. Y Teolinda con mas pena que nunca, viendo que en las solenes bodas de Daranio, donde tantos pastores havian acudido, solo su Artidoro faltaba. Con esta penosa imaginacion pasó aquella noche en compañia de Galatea y Florisa, que con mas libres y desapasionados corazones la pasaron, hasta que en el nuevo venidero dia les sucedió lo que se dirá en el libro que se sigue.

FIN DEL LIBRO TERCERO.

CERVANTES

GALATEA

VOL. II

MADRID

1784







LOS SEIS LIBROS

DE

GALATEA.

TOMO II.

LOS SEIS LIBROS
DE
GALATEA.

ESCRITA
POR MIGUEL DE CERVANTES
SAAVEDRA.

DIVIDIDA EN DOS TOMOS.

CORREGIDA E ILUSTRADA CON
LAMINAS FINAS.



TOMO II.

EN MADRID
POR *DON ANTONIO DE SANCHA.*
AÑO DE M. DCC. LXXXIV.
Se hallará en su Librería, en la *Aduana Vieja.*
Con las Licencias necesarias.

LIBRO QUARTO
DE LA
GALATEA.

Con gran deseo esperaba la hermosa Teolinda el venidero dia para despedirse de Galatea y Florisa, y acabar de buscar por todas las riberas de Tajo á su querido Artidoro con intencion de fenecer la vida en triste y amarga soledad, si fuese tan corta de ventura, que del amado pastor alguna nueva no supiese. Llegada pues la hora deseada, quando el sol comenzaba á tender sus rayos por la tierra, ella se levantó, y con lagrimas en sus ojos pidió licencia á las dos pastoras para proseguir su demanda: las quales con muchas razones le persuadieron, que en su compañía algunos dias mas esperase, ofreciendole Galatea de enviar algun pastor de los de su padre á buscar á Artidoro por todas las riberas de Tajo, y por donde se imaginase que podria ser hallado. Teolinda agradeció sus ofrecimien-

tos, pero no quiso hacer lo que le pedian, antes despues de haver mostrado con las mejores palabras que supo, la obligacion en que quedaba de servir todos los dias de su vida las obras que dellas havia recebido; y abrazandolas con tierno sentimiento les rogaba, que una sola hora no la detuviesen. Viendo pues Galatea y Florisa, quan en vano trabajaban en pensar detenerla, le encargaron que de qualquiera suceso bueno ó malo que en aquella amorosa demanda le sucediese, procurase de avisarlas, certificandola del gusto que de su contento, ó la pena que de su desgracia recebirian. Teolinda se ofreció ser ella mesma quien las nuevas de su buena dicha trugese, pues las malas no tendria sufrimiento la vida para resistirlas, y asi seria escusado que della saberse pudiesen. Con esta promesa de Teolinda, se satisfacieron Galatea y Florisa, y determinaron de acompañarla algun trecho fuera del lugar. Y asi tomando las dos solas sus cayados, y haviendo proveido el zurron de Teolinda de algunos regalos para el trabajoso camino, se salieron con ella del aldea á tiempo que ya los rayos del sol mas derechos y con mas fuerzas comenzaban

ban á herir la tierra. Y haviendola acompañado casi media legua del lugar, al tiempo que ya querian volverse y dexarla, vieron atravesar por una quebrada que poco desviada dellas estaba, quatro hombres de á caballo, y algunos de á pie, que luego conocieron ser cazadores en el habito, y en los alcones, y perros que llevaban: y estandolos con atencion mirando por ver si los conocian, vieron salir de entre unas espesas matas, que cerca de la quebrada estaban, dos pastoras de gallardo talle y brio: traian los rostros rebozados con dos blancos lienzos: y alzando la una dellas la voz, pidió á los cazadores que se detuviesen, los quales asi lo hicieron; y llegandose entrambas á uno dellos, que en su talle y postura el principal de todos parecia, le asieron las riendas del caballo, y estuvieron un poco hablando con él, sin que las tres pastoras pudiesen oir palabra de las que decian, por la distancia del lugar que lo estorvaba. Solamente vieron que á poco espacio que con él hablaron, el caballero se apeó, y haviendo, á lo que juzgarse pudo, mandado á los que le acompañaban que se volviesen, quedando solo un mozo con el caballo, tra-

bó á las dos pastoras de las manos, y poco á poco comenzó á entrar con ellas por medio de un cerrado bosque que alli estaba: lo qual visto por las tres pastoras Galatea, Florisa y Teolinda, determinaron de ver, si pudiesen, quien eran las disfrazadas pastoras, y el caballero que las llevaba: y asi acordaron de rodear por una parte del bosque, y mirar si podian ponerse en alguna que pudiese serlo para satisfacerles de lo que deseaban. Y haciendolo asi, como pensado lo havian, atajaron al caballero y á las pastoras, y mirando Galatea por entre las ramas lo que hacian, vió que torciendo sobre la mano derecha, se emboscaban en lo mas espeso del bosque: y luego por sus mesmas pisadas les fueron siguiendo hasta que el caballero y las pastoras, pareciendoles estar bien adentro del bosque, en medio de un estrecho pradecillo que de infinitas breñas estaba rodeado, se pararon. Galatea y sus compañeras se llegaron tan cerca, que sin ser vistas ni sentidas veian todo lo que el caballero y las pastoras hacian y decian: las quales haviendo mirado á una y otra parte por ver si podrian ser vistas de alguno, aseguradas desto, la una se quitó el re-

rebozo, y apenas se le huvo quitado quando de Teolinda fue conocida; y llegandose al oido de Galatea, le dixo con la mas baxa voz que pudo: estrañisima aventura es esta, porque sino es que con la pena que traigo, he perdido el conocimiento, sin duda alguna aquella pastora que se ha quitado el rebozo, es la bella Rosaura, hija de Roselio, señor de una aldea que á la nuestra está vecina, y no sé qué pueda ser la causa que la haya movido á ponerse en tan estraño trage, y á dexar su tierra, cosas que tan en perjuicio de su honestidad se declaran. Mas ay desdichada! añadió Teolinda, que el caballero que con ella está, es Grisaldo, hijo mayor del rico Laurencio, que junto á esta vuestra aldea tiene otras dos suyas. Verdad dices, Teolinda, respondió Galatea, que yo le conozco; pero calla y sosiegate, que presto veremos con que intento ha sido aqui su venida. Quietose con esto Teolinda, y con atencion se puso á mirar lo que Rosaura hacia, la qual llegandose al caballero, que de edad de veinte años parecia, con voz turbada y airado semblante, le comenzó á decir: en parte estamos, fementido caballero, donde podré tomar de tu de-

samor y descüido la deseada venganza. Pero aunque yo la tomase de tí tal, que la vida te costase, poca recompensa seria al daño que me tienes hecho. Vesme aqui, desconocido Grisaldo, desconocida por conocerte, ves aqui que ha mudado el trage por buscarte, la que nunca mudó la voluntad de quererte. Considera, ingrato y desamorado, que la que apenas en su casa y con sus criadas sabia mover el paso, agora por tu causa anda de valle en valle, y de sierra en sierra, con tanta soledad buscando tu compañia. Todas estas razones que la bella Rosaura decia, las escuchaba el callero con los ojos hincados en el suelo, y haciendo rayas en la tierra con la punta de un cuchillo de monte, que en la mano tenia. Pero no contenta Rosaura con lo dicho, con semejantes palabras prosiguió su platica. Dime, conoces por ventura, conoces, Grisaldo, que yo soy aquella que no ha mucho tiempo que enjugó tus lagrimas, atajó tus suspiros, remedió tus penas, y sobre todo la que creyó tus palabras? ó por suerte entiendes tú que eres aquel á quien parecian cortos y de ninguna fuerza todos los juramentos que imaginarse podian para asegurarme la verdad con que

que me engañabas? eres tú acaso, Grisaldo, aquel, cuyas infinitas lagrimas ablandaron la dureza del honesto corazon mio? Tu eres, que ya te veo, y yo soy, que ya me conozco. Pero si tu eres Grisaldo, el que yo creo, y yo soy Rosaura, la que tu imaginas, cumpleme la palabra que me diste, darte he yo la promesa que nunca te he negado. Hanme dicho que te casas con Leopersia, la hija de Marcelio, tan á gusto tuyo, que eres tu mesmo el que la procuras: si esta nueva me ha dado pesadumbre, bien se puede ver por lo que he hecho, por venir á estorbar el cumplimiento della: y si tu la puedes hacer verdadera, á tu conciencia lo dexo. Qué respondes á esto, enemigo mortal de mi descanso? Otorgas por ventura, callando lo que por el pensamiento seria justo que no te pasase? Alza los ojos ya y ponlos en estos que por su mal te miraron; levantalos, y mira á quien engañas, á quien dexas, y á quien olvidas. Verás que engañas, si bien lo consideras, á la que siempre te trató verdades; dexas á quien ha dexado á su honra y á sí mesma por seguirte; olvidas á la que jamas te apartó de su memoria. Considera, Grisaldo, que en nobleza no te debo na-

nada, y que en riqueza no te soy desigual, y que te aventajo en bondad del animo, y en la firmeza de la fé. Cumpleme, señor, la que me diste, si te precias de caballero, y no te desprecies de christiano. Mira que sino correspondes á lo que me debes, que rogaré al cielo que te castigue, al fuego que te consuma, al aire que te falte, al agua que te anegue, á la tierra que no te sufra, y á mis parientes que me venguen: mira que si faltas á la obligacion que me tienes, que has de tener en mí una perpetua turbadora de tus gustos enquanto la vida me durare; y aun despues de muerta, si ser pudiere, con continuas sombras espantaré tu fementido espiritu, y con espantosas visiones atormentaré tus engañadores ojos: advierte que no pido sino lo que es mio, y que tu ganas en darlo, lo que en negarlo pierdes: mueve agora tu lengua para desengañarme, de quantas la has movido para ofenderme. Calló diciendo esto la hermosa dama, y estuvo un poco esperando á ver lo que Grisaldo respondia, el qual levantando el rostro, que hasta alli inclinado havia tenido, encendido con la verguenza que las razones de Rosaura le havian causado, con sosega-

gada voz, le respondió desta manera: si yo quisiese negar, ó Rosaura, que no te soy deudor de mas de lo que dices, negaria asi mesmo que la luz del sol es clara, y aun diria que el fuego es frio, y el aire duro. Asi que en esta parte confieso lo que te debo, y que estoy obligado á la paga; pero que yo confiese que puedo pagarte como quieres, es imposible, porque el mandamiento de mi padre lo ha prohibido, y tu riguroso desden imposibilitado: y no quiero en esta verdad poner otro testigo que á tí mesma, como á quien tan bien sabe quantas veces, y con quantas lagrimas rogué que me aceptases por esposo, y que fueses servida que yo cumpliese la palabra que de serlo te havia dado: y tú, por las causas que te imaginaste, ó por parecerte ser bien corresponder á las vanas promesas de Artandro, jamas quisiste que á tal execucion se llegase; antes de dia en dia me ibas entreteniendo, y haciendo pruebas de mi firmeza, pudiendo asegurarla de todo punto con admitirme por tuyo. Tambien sabes, Rosaura, el deseo que mi padre tenia de ponerme en estado, y la priesa que daba á ello, trayendo los ricos y honrosos casamientos que tu sabes,

bes, y como yo con mil escusas me apartaba de sus importunaciones, dandotelas siempre á ti para que no dilatases mas lo que tanto á tí convenia y yo deseaba, y que al cabo de todo esto te dixe un dia, que la voluntad de mi padre era que yo con Leopersia me casase, y tu en oyendo el nombre de Leopersia, con una furia desesperada me dixiste que mas no te hablase, y que me casase norabuena con Leopersia, ó con quien mas gusto me diese. Sabes tambien que te persuadí muchas veces, que dexases aquellos zelosos devaneos, que yo era tuyo, y no de Leopersia, y que jamas quisiste admitir mis disculpas, ni condecender con mis ruegos, antes perseverando en tu obstinacion y dureza, y en favorecer á Artandro, me enviaste á decir que te daria gusto en que jamas te viese. Yo hice lo que me mandaste, y por no tener ocasion de quebrar tu mandamiento, viendo tambien que cumplia el de mi padre, determiné de desposarme con Leopersia, ó á lo menos desposaréme mañana, que asi está concertado entre sus parientes y los mios: porque veas, Rosaura, quan disculpado estoy de la culpa que me pones, y quan tarde has tu venido en cono-

no-

nocimiento de la sinrazon que conmigo usabas. Mas porque no me juzgues de aqui adelante por tan ingrato como en tu imaginacion me tienes pintado, mira si hay algo en que pueda satisfacer tu voluntad, que como no sea casarme contigo, aventuraré por servirte la hacienda, la vida y la honra. Entanto que estas palabras Grisaldo decia, tenia la hermosa Rosaura los ojos clavados en su rostro, vertiendo por ellos tantas lagrimas, que daban bien á entender el dolor que en el alma sentia; pero viendo ella que Grisaldo callaba, dando un profundo y doloroso suspiro, le dixo: como no puede caber en tus verdes años tener, ó Grisaldo, larga y conocida experiencia de los infinitos accidentes amorosos, no me marabillo que un pequeño desden mio te haya puesto en la libertad que publicas; pero si tu conocieras que los zelosos temores son espuelas que hacen salir al amor de su paso, vieras claramente que los que yo tuve de Leopersia, en que yo mas te quisiese redundaban: mas como tu tratabas tan de pasatiempo mis cosas, con la menor ocasion que imaginaste, descubriste el poco amor de tu pecho, y confirmaste las verdaderas sospechas mias:

y en tal manera, que me dices que mañana te casas con Leopersia; pero yo te certifico que antes que á ella lleves al talamo, me has de llevar á mi á la sepultura, si ya no eres tan cruel que niegues de darla al cuerpo muerto, de cuya alma fuiste siempre señor absoluto; y porque claro conozcas y veas que la que perdió por tí su honestidad, y puso en detrimento su honra, tendrá en poco perder la vida, este agudo puñal que aqui traigo, pondrá en efeto mi desesperado y honroso intento, y será testigo de la crueldad que en ese tu fementido pecho encierras. Y diciendo esto sacó del seno una desnuda daga, y con gran celeridad se iba á pasar el corazon con ella, si con mayor presteza Grisaldo no le tuviera el brazo, y la rebozada pastora su compañera no aguijara á abrazarse con ella. Gran rato estuvieron Grisaldo y la pastora primero que quitasen á Rosaura la daga de las manos, la qual á Grisaldo decia: dexame, traidor enemigo, acabar de una vez la tragedia de mi vida, sin que tantas tu desamorado desden me haga probar la muerte. Esa no gustarás tú por mi ocasion, replicó Grisaldo, pues quiero que mi padre falte antes á la palabra que

por



J. Ximeno la invi dib. J.J. Fabregat la grabó.

por mí á Leopersia tiene dada, que faltar yo un punto á lo que conozco que te debo: sosiega el pecho, Rosaura, pues yo te aseguro que este mismo no sabrá desear otra cosa que la que fuere de tu contento. Con estas enamoradas razones de Grisaldo resucitó Rosaura de la muerte de su tristeza á la vida de su alegria, y sin cesar de llorar, se hincó de rodillas ante Grisaldo, pidiendole las manos en señal de la merced que le hacia. Grisaldo hizo lo mesmo, y echandole los brazos al cuello, estuvieron gran rato sin poderse hablar el uno al otro palabra, derramando entrambos cantidad de amorosas lagrimas. La pastora arrebozada viendo el feliz suceso de su compañera, fatigada del cansancio que havia tomado en ayudar á quitar la daga á Rosaura, no pudiendo mas sufrir el velo, se le quitó, descubriendo un rostro tan parecido al de Teolinda, que quedaron admiradas de verle Galatea y Florisa; pero mas lo fue Teolinda, pues sin poderlo disimular, alzó la voz, diciendo: ó cielos, y que es lo que veo? no es por ventura esta mi hermana Leonarda, la turbadora de mi reposo? ella es sin duda alguna: y sin mas detenerse, salió de donde

es-

estaba, y con ella Galatea y Florisa: y como la otra pastora viese á Teolinda, luego la conoció, y con abiertos brazos se fueron la una á la otra, admiradas de haverse hallado en tal lugar, y en tal sazon y coyuntura. Viendo pues Grisaldo y Rosaura lo que Leonarda con Teolinda hacia, y que havian sido descubiertos de las pastoras Galatea y Florisa, con no poca verguenza de que los huviesen hallado de aquella suerte, se levantaron, y limpiandose las lagrimas, con disimulacion y comedimiento recibieron á las pastoras que luego de Grisaldo fueron conocidas. Mas la discreta Galatea, por volver en seguridad el disgusto que quizá de su vista los dos enamorados pastores havian recibido, con aquel donaire con que ella todas las cosas decia, les dixo: no os pese de nuestra venida, venturosos Grisaldo y Rosaura, pues solo servirá de acrecentar vuestro contento, pues se ha comunicado con quien siempre le tendrá en serviros. Nuestra ventura ha ordenado que os viesemos, y en parte donde ninguna se nos ha encubierto de vuestros pensamientos; y pues el cielo los ha traido á termino tan dichoso, en satisfaccion dello asegurad vuestros pe-

pechos y perdonad nuestro atrevimiento. Nunca tu presencia, hermosa Galatea, respondió Grisaldo, dexó de dar gusto do quiera que estuviese; y siendo esta verdad tan conocida, antes quedamos en obligacion á tu vista, que con desabrimiento de tu llegada. Con estas pasaron otras algunas comedidas razones, harto diferentes de las que entre Leonarda y Teolinda pasaban, las quales, despues de haverse abrazado una y dos veces, con tiernas palabras, mezcladas con amorosas lagrimas, la cuenta de su vida se demandaban, teniendo suspensos mirandolas á todos los que alli estaban, porque se parecian tanto, que casi no se podian decir semejantes, sino una mesma cosa; y si no fuera porque el trage de Teolinda era diferente del de Leonarda, sin duda alguna que Galatea y Florisa no supieran diferenciallas: y entonces vieron con quanta razon Artidoro se havia engañado en pensar que Leonarda Teolinda fuese. Mas viendo Florisa que el sol estaba acia la mitad del cielo, y que seria bien buscar alguna sombra que de sus rayos las defendiese, ó á lo menos volverse á la aldea, pues faltandoles la ocasion de apacentar sus ovejas, no debian es-

estarse tanto en el prado, dixo á Teolinda y á Leonarda: tiempo havrá, pastoras, donde con mas comodidad podais satisfacer nuestros deseos, y daros mas larga cuenta de vuestros pensamientos, y por agora busquémos á do pasar el rigor de la siesta que nos amenaza, ó en una fresca fuente que está á la salida del valle que atras dexamos, ó tornandonos á la aldea, donde será Leonarda tratada con la voluntad, que tu, Teolinda, de Galatea y de mí conoces. Y si á vosotras, pastoras, hago solo este ofrecimiento, no es porque me olvide de Grisaldo y Rosaura, sino porque me parece que á su valor y merecimiento no puedo ofrecerles mas del deseo. Ese no faltará en mí mientras la vida me durare, respondió Grisaldo, de hacer pastora, lo que fuere en tu servicio, pues no se debe pagar con menos la voluntad que nos muestras; mas por parecerme que será bien hacer lo que dices, y por tener entendido que no ignorais lo que entre mí y Rosaura ha pasado, no quiero deteneros, ni detenerme en referirlo: solo os ruego seais servidas de llevar á Rosaura en vuestra compañia á vuestra aldea, entanto que yo aparejo en la mia algunas cosas que son

son necesarias para concluir lo que nuestros corazones desean; y porque Rosaura quede libre de sospecha, y no la pueda tener jamas de la fé de mi pensamiento, con voluntad considerada mia, siendo vosotras testigos della, le doy la mano de ser su verdadero esposo: y diciendo esto, tendió la suya, y tomó la de la bella Rosaura, y ella quedó tan fuera de sí de ver lo que Grisaldo hacia, que apenas pudo responderle palabra, sino que se dexó tomar la mano, y de alli á un pequeño espacio dixo: á terminos me havia traido el amor, Grisaldo, señor mio, que con menos que por mí hicieras, te quedára perpetuamente obligada; pero pues tu has querido corresponder antes á ser quien eres, que no á mi merecimiento, haré yo lo que en mí es, que es darte de nuevo el alma en recompensa deste beneficio, y despues el cielo de tan agradecida voluntad te dé la paga. No mas, dixo á esta sazon Galatea, no mas, señores, que adonde andan las obras tan verdaderas, no han de tener lugar los demasiados comedimientos. Lo que resta es, rogar al cielo que traiga á dichoso fin estos principios, y que en larga y saludable paz gozeis vuestros
 amo-

amores. Y en lo que dices, Grisaldo, que Rosaura venga á nuestra aldea, es tanta la merced que en ello nos haces, que nosotras mesmas te lo suplicamos. De tan buena gana iré en vuestra compañia, dixo Rosaura, que no sé con que lo encarezca mas, que con deciros que no sentiré mucho el ausencia de Grisaldo, estando en vuestra compañia. Pues ea, dixo Florisa, que el aldea es lexos, y el sol mucho, y nuestra tardanza de volver á ella notada: vos, señor Grisaldo, podeis ir á hacer lo que os conviniere, que en casa de Galatea hallareis á Rosaura, y á estas, una pastora, que no merecen ser llamadas dos las que tanto se parecen. Sea como querais, dixo Grisaldo; y tomando á Rosaura de la mano, se salieron todos del bosque, quedando concertado entre ellos que otro dia enviaria Grisaldo un pastor de los muchos de su padre á avisar á Rosaura de lo que havia de hacer: y que enviando aquel pastor, sin ser notado podria hablar á Galatea, ó á Florisa, y dar la orden que mas conviniese. A todos pareció bien este concierto, y haviendo salido del bosque, vió Grisaldo que le estaba esperando su criado con el caballo, y abrazando de nuevo
á

á Rosaura, y despidiendose de las pastoras, se fue acompañado de lagrimas y de los ojos de Rosaura, que nunca dél se apartaron hasta que le perdieron de vista. Como las pastoras solas quedaron, luego Teolinda se apartó con Leonarda con deseo de saber la causa de su venida. Y Rosaura asi mesmo fue contando á Galatea y á Florisa la ocasion que la havia movido á tomar el habito de pastora, y á venir á buscar á Grisaldo, diciendo: no os causára admiracion, hermosas pastoras, el verme á mí en este trage, si supierades hasta do se estiende la poderosa fuerza de amor, la qual no solo hace mudar el vestido á los que bien quieren, sino la voluntad y el alma, de la manera que mas es de su gusto, y huviera yo perdido el mio eternamente, si de la invencion deste trage no me huviera aprovechado. Porque sabreis, amigas, que estando yo en el aldea de Leonarda, de quien mi padre es señor, vino á ella Grisaldo con intencion de estarse alli algunos dias, ocupado en el sabroso exercicio de la caza; y por ser mi padre muy amigo del suyo, ordenó de hospedarle en casa, y de hacerle todos los regalos que pudiese. Hizolo asi: y la venida de

Grisaldo á mi casa fue para sacarme á mí della; porque en efeto, aunque sea á costa de mi verguenza, os havré de decir que la vista, la conversacion, el valor de Grisaldo hicieron tal impresion en mi alma, que sin saber como, á pocos dias que él alli estuvo, yo no estuve mas en mí, ni quise, ni pude estar sin hacerle señor de mi libertad. Pero no fue tan arrebatadamente, que primero no estuviese satisfecha que la voluntad de Grisaldo de la mia un punto no discrepaba, segun él me lo dió á entender con muchas y muy verdaderas señales. Enterada pues yo en esta verdad, y viendo quan bien me estaba tener á Grisaldo por esposo, vine á condescender con sus deseos, y á poner en efeto los mios: y asi con la intercesion de una doncella mia en un apartado corredor nos vimos Grisaldo y yo muchas veces, sin que nuestra estada solos á mas se estiendiese, que á vernos, y á darme él la palabra, que hoy con mas fuerza delante de vosotras me ha tornado á dar. Ordenó pues mi triste ventura que en el tiempo que yo de tan dulce estado gozaba, vino asi mesmo á visitar á mi padre un valeroso caballero aragones, que Antandro se decia, el qual

ven-

vencido á lo que él mostró de mi hermosura, si alguna tengo, con grandisima solicitud procuró que yo con él me casase sin que mi padre lo supiese. Havia en este medio procurado Grisaldo traer á efeto su proposito, y mostrandome yo algo mas dura de lo que fuera menester, le iba entreteniendo con palabras con intencion que mi padre saliese al camino de casarme, y que entonces Grisaldo me pidiese por esposa; pero no queria él hacer esto, porque sabia que la voluntad de su padre era casarle con la rica y hermosa Leopersia, que bien debeis conocerla por la fama de su riqueza y hermosura. Vino esto á mi noticia, y tomé ocasion de pedirle zelos aunque fingidos, solo por hacer prueba de la entereza de su fé; y fui tan descuidada, ó por mejor decir tan simple, que pensando que grangeaba algo en ello, comencé á hacer algunos favores á Artandro, lo qual visto por Grisaldo muchas veces me significó la pena que recebia de lo que yo con Artandro pasaba, y aun me avisó que si no era mi voluntad de que él me cumpliese la palabra que me havia dado, que no podia dexar de obedecer á la de sus padres. A todas estas amonestacio-
 nes,

nes y avisos respondí yo sin ninguno, llena de soberbia y arrogancia, confiada en que los lazos que mi hermosura havian echado al alma de Grisaldo, no podrian tan facilmente ser rompidos, ni aun tocados de otra qualquiera belleza. Mas salióme tan al reves mi confianza, como me lo mostró presto Grisaldo, el qual cansado de mis necios y esquivos desdenes, tuvo por bien de dexarme, y venir obediente al mandado de su padre. Pero apenas se huvo él partido de mi aldea, y apartado de mi presencia, quando yo conocí el error en que havia caido, y con tanto ahinco me comenzó á fatigar el ausencia de Grisaldo, y los zelos de Leopersia, que la ausencia dél me acababa, y los zelos della me consumian. Considerando pues, que si mi remedio se dilataba, havia de dexar en las manos del dolor la vida: determiné de aventurar á perder lo menos, que á mi parecer era la fama, por ganar lo mas, que es á Grisaldo: y asi con escusa que di á mi padre de ir á ver una tia mia, señora de otra aldea á la nuestra cercana, sali de mi casa acompañada de muchos criados de mi padre; y llegada en casa de mi tia, le descubri todo el secreto de mi

mi pensamiento, y le rogue fuese servida de que yo me pusiese en este habito, y viniese á hablar á Grisaldo, certificandole que si yo misma no venia, que tendrian mal suceso mis negocios. Ella me lo concedió con condicion que trugese á Leonarda conmigo, como persona de quien ella mucho se fiaba: y enviando por ella á nuestra aldea, y acomodandome destos vestidos, y advirtiendonos de algunas cosas que las dos haviamos de hacer, nos despedimos della havrá ocho dias: y haviendo seis que llegamos á la aldea de Grisaldo, jamas hemos podido hallar lugar de hablarle á solas como yo deseaba, hasta esta mañana que supe que venia á caza, y le aguardé en el mesmo lugar adonde él se despidió: y he pasado con él todo lo que vosotras, amigas, haveis visto: del qual venturoso suceso quedo tan contenta, quanto es razon lo quede la que tanto lo deseaba. Esta es, pastoras, la historia de mi vida, y si os he cansado en contarosla, echad la culpa al deseo que teniades de saberla, y al mio, que no pudo hacer menos de satisfaceros. Antes quedamos tan obligadas, respondió Florisa, á la merced que nos has hecho, que aunque siempre nos ocupemos en

servirte, no saldremos de la deuda. Yo soy la que quedo en ella, replicó Rosaura, y la que procuraré pagarla como mis fuerzas alcanzaren. Pero dexando esto á parte, volved los ojos, pastoras, y vereis los de Teolinda y Leonarda tan llenos de lagrimas, que moverán á los vuestros á no dexar de acompañarlos en ellas. Volvieron Galatea y Florisa á mirarlas, y vieron ser verdad lo que Rosaura decia: y lo que el llanto de las dos hermanas causaba, era que despues de haver dicho Leonarda á su hermana todo lo que Rosaura havia contado á Galatea y á Florisa, le dixo: sabrás, hermana, que asi como tu faltaste de nuestra aldea, se imaginó que te havia llevado el pastor Artidoro, que aquel mesmo dia faltó él tambien, sin que de nadie se despidiera: confirmé yo esta opinion en mis padres, porque les conté lo que con Artidoro havia pasado en la floresta: con este indicio creció la sospecha, y mi padre procuraba venir en tu busca, y de Artidoro, y en efeto lo pusiera por obra, si de alli á dos dias no viniera á nuestra aldea un pastor, que al momento que fue visto, todos le tuvieron por Artidoro: llegando estas nuevas á mi padre de

de que alli estaba el robador tuyo, luego vino con la justicia adonde el pastor estaba, al qual le preguntaron si te conocia, ó adonde te havia llevado. El pastor negó con juramento que en toda su vida te havia visto, ni sabia qué era lo que le preguntaban. Todos los que estaban presentes se marabillaron de ver que el pastor negaba conocerte, haviendo estado diez dias en el pueblo, y hablado y bailado contigo muchas veces, y sin duda alguna creyeron todos que Artidoro era culpado en lo que se le imputaba, y sin querer admitir disculpa suya, ni escucharle palabra, le llevaron á la prision, donde estuvo algunos dias sin que ninguno le hablase, al cabo de los quales, yendole á tomar su confesion, tornó á jurar que no te conocia, y que en toda su vida havia estado mas de aquella vez en nuestra aldea, y que mirasen, y esto otras veces lo havia dicho, que aquel Artidoro que ellos pensaban ser él, por ventura no fuese un hermano suyo, que le parecia en tanto estremo como descubriria la verdad quando les mostrase que se havian engañado, teniendo á él por Artidoro; porque él se llamaba Galercio, hijo de Briseno, natural del aldea de Gri-

Grisaldo; y en efeto tantas demostraciones dió, y tantas pruebas hizo, que conocieron claramente todos que él no era Artidoro, de que quedaron mas admirados, y decian que tal marabilla como la de parecernos yo á tí, y Galercio á Artidoro, no se havia visto en el mundo. Esto que de Galercio se publicaba, me movió á ir á verle muchas veces á do estaba preso; y fue la vista de suerte, que quedé sin ella, á lo menos para mirar cosas que me den gusto, entanto que á Galercio no viere; pero lo que mas mal hay en esto, hermana, es que él se fue de la aldea sin que supiese que llevaba consigo mi libertad, ni yo tuve lugar de decirselo, y asi me quedé con la pena que imaginarse puede, hasta que la tia de Rosaura me envió á pedir á mí por algunos dias, todo á fin de venir á acompañar á Rosaura, de lo que recebi sumo contento por saber que veniamos á la aldea de Galercio, y que alli le podria hacer sabidor de la deuda en que me estaba; pero he sido tan corta de ventura, que ha quatro dias que estamos en su aldea, y nunca le he visto, aunque he preguntado por él, y me dicen que está en el campo

po

po con su ganado. He preguntado tambien por Artidoro, y hanme dicho que de unos dias á esta parte no parece en el aldea; y por no apartarme de Rosaura, no he tenido lugar de ir á buscar á Galercio, del qual podria ser saber nuevas de Artidoro. Esto es lo que á mí me ha sucedido, y lo demas que has visto con Grisaldo, despues que faltas, hermana, de la aldea. Admirada quedó Teolinda de lo que su hermana le contaba; pero quando llegó á saber que en el aldea de Artidoro no se sabia dél nueva alguna, no pudo tener las lagrimas, aunque en parte se consoló, creyendo que Galercio sabria nuevas de su hermano; y asi determinó de ir otro dia á buscar á Galercio do quiera que estuviese; y haviendole contado con la mas brevedad que pudo Leonarda todo lo que le havia sucedido, despues que en busca de Artidoro andaba, abrazandola otra vez, se volvió adonde las pastoras estaban, que un poco desviadas del camino iban, por entre unos arboles que del calor del sol un poco las defendian; y en llegando á ellas Teolinda, les contó todo lo que su hermana le havia dicho con el suceso de sus amores, y la semejanza de Galercio

y

y Artidoro, de que no poco se admiraron, aunque dixo Galatea: quien ve la semejanza tan estraña que hay entre tí, Teolinda, y tu hermana, no tiene de que marabillarse aunque otras vea, pues ninguna, á lo que yo creo, á la vuestra iguala. No hay duda, respondió Leonarda, sino que la que hay entre Artidoro y Galercio, es tanta, que si á la nuestra no excede, á lo menos en ninguna cosa se quedará atras. Quiera el cielo, dixo Florisa, que asi como los quatro os semejais unos á otros, asi os acomodeis y parezcais en la ventura, siendo tan buena la que la fortuna conceda á vuestros deseos, que todo el mundo envidie vuestros contentos, como admira vuestras semejanzas. Replicára á estas razones Teolinda, sino lo estorbára la voz que oyeron que dentre los arboles salia, y parandose todas á escucharla, luego conocieron ser la del pastor Lauso, de que Galatea y Florisa grande contento recibieron, porque en estremo deseaban saber de quien andaba Lauso enamorado, y creyeron que desta duda las sacaria lo que el pastor cantase, y por esta ocasion, sin moverse de donde estaban, con grandisimo silencio le escucharon. Estaba el pastor

sen-

sentado al pie de un verde sauce, acompañado de solos sus pensamientos y de un pequeño rabel, al son del qual desta manera cantaba.

LAUSO.

Si yo dixere el bien del pensamiento,
En mal se vuelva quanto bien poseo,
Que no es para decirse el bien que siento.
De mi mesmo se encubra mi deseo,
Enmudezca la lengua en esta parte,
Y en el silencio ponga su trofeo.
Pare aqui el artificio, cese el arte
De exagerar el gusto, que en una alma
Con mano liberal amor reparte.
Baste decir que en sosegada calma
Paso el mar amoroso, confiado
De honesto triunfo y vencedora palma.
Sin saberse la causa, lo causado
Se sepa, que es un bien tan sin medida,
Que solo para el alma es reservado.
Ya tengo nuevo ser, ya tengo vida,
Ya puedo cobrar nombre en todo el suelo
De ilustre y clara fama conocida.
Que el limpio intento, el amoroso zelo

Que

Que encierra el pecho enamorado mio,
Alzarme puede al mas subido cielo.
En tí, Silena, espero, en tí confio,
Silena, gloria de mi pensamiento,
Norte por quien se rige mi alvedrio.
Espero que el sin par entendimiento
Tuyo levantes á entender que valgo
Por fé lo que no está en merecimiento.
Confio que tendrás, pastora, en algo
(Despues de hacerte cierta la experiencia)
La sana libertad de un pecho hidalgo.
Qué bienes no asegura tu presencia?
Qué males no destierra? y quién sin ella
Sufrirá un punto la terrible ausencia?
O mas que la belleza misma bella,
Mas que la propia discrecion discreta,
Sol á mis ojos, y á mi mar estrella!
No la que fue de la nombrada Creta
Robada por el falso hermoso toro,
Igualó á tu hermosura tan perfeta.
Ni aquella que en sus faldas granos de oro
Sintió llover, por quien despues no pudo
Guardar el virginal rico tesoro.
Ni aquella que con brazo airado y crudo
En la sangre castisima del pecho
Tiñó el puñal en su limpieza agudo.
Ni

Ni aquella que á furor movió y despecho
Contra Troya los Griegos corazones,
Por quien fue el Ilion roto y deshecho.
Ni la que los Latinos esquadrones
Hizo mover contra la Teucra gente,
A quien Juno causó tantas pasiones.
Ni menos la que tiene diferente
Fama de la entereza, y el trofeo
Con que su honestidad guardó excelente.
Digo que aquella que lloró á Siqueo,
Del Mantuano Titiro notada,
De vano antojo y no cabal deseo:
No en quantas tuvo hermosas la pasada
Edad, ni la presente tiene agora,
Ni en la de por venir será hallada,
Quien llegase ni llegue á mi pastora
En valor, en saber, en hermosura,
En merecer del mundo ser señora.
Dichoso aquel que con firmeza pura
Fuere de tí, Silena, bien querido
Sin gustar de los zelos la amargura!
Amor, que á tanta alteza me has subido,
No me derribes con pesada mano
A la baxeza escura del olvido:
Sé conmigo señor, y no tirano.

No cantó mas el enamorado pastor, ni por lo que cantado havia, pudieron las pastoras venir en conocimiento de lo que deseaban, que puesto que Lauso nombró á Silena en su canto, por este nombre no fue la pastora conocida: y asi imaginaron que como Lauso havia andado por muchas partes de España, y aun de toda Asia y Europa, que alguna pastora forastera seria la que havia rendido la libre voluntad suya; mas volviendo á considerar que le havian visto pocos dias atras triunfar de la libertad, y hacer burla de los enamorados, sin duda creyeron que con disfrazado nombre, celebraba alguna conocida pastora, á quien havia hecho señora de sus pensamientos: y asi sin satisfacerse en su sospecha se fueron acia la aldea, dexando al pastor en el mismo lugar donde estaba. Mas no huvieron andado mucho, quando vieron venir desde lexos algunos pastores que luego fueron conocidos, porque eran Tirsi, Damon, Elicio, Erastro, Arsindo, Francenio, Crisio, Orompo, Daranio, Orfenio y Marsilio, con todos los mas principales pastores de la aldea, y entre ellos el desamorado Lenio, con el lastimado Silerio, los quales salian á te-

tener la siesta á la fuente de las pizarras, á la sombra que en aquel lugar hacian las entricadas ramas de los espesos y verdes arboles; y antes que los pastores llegasen, tuvieron cuidado Teolinda, Leonarda y Rosaura de rebozarse cada una con un blanco lienzo, porque de Tirsi y Damon no fuesen conocidas. Los pastores llegaron haciendo corteses recebimientos á las pastoras, convidandolas á que en su compañia la siesta pasar quisiesen; mas Galatea se escusó con decir que aquellas forasteras pastoras que con ella venian, tenian necesidad de ir á la aldea: con esto se despidió dellos, llevando tras sí las almas de Elicio y Erastro, y aun las encubiertas pastoras los deseos de conocerlas de quantos alli estaban. Ellas se fueron á la aldea, y los pastores á la fresca fuente; pero antes que allá llegasen, Silerio se despidió de todos, pidiendo licencia para volverse á su hermita; y puesto que Tirsi, Damon, Elicio y Erastro le rogaron que por aquel dia con ellos se quedase, jamas lo pudieron acabar con él, antes abrazandolos á todos se despidió, encargando y rogando á Erastro que no dexase de verle todas las veces que por su hermita pasase. Erastro

se lo prometió ; y con esto , torciendo el camino , acompañado de su continua pesadumbre , se volvió á la soledad de su hermita , y dexando á los pastores no sin dolor de ver la estrecheza de vida , que en tan verdes años havia escogido ; pero mas se sentia entre aquellos que le conocian y sabian la calidad y valor de su persona. Llegados los pastores á la fuente , hallaron en ella á tres caballeros , y á dos hermosas damas que de camino venian , y fatigados del cansancio y convidados del ameno y fresco lugar , les pareció ser bien dexar el camino que llevaban , y pasar alli las calurosas horas de la siesta. Venian con ellos algunos criados de manera , que en su apariencia mostraban ser personas de calidad. Quisieran los pastores , asi como los vieron , dexarles el lugar desocupado ; pero uno de los caballeros , que el principal parecia , viendo que los pastores de comedidos se querian ir á otra parte , les dixo : si era por ventura vuestro contento , gallardos pastores , pasar la siesta en este deleitoso sitio , no os lo estorbe nuestra compañia , antes nos haced merced de que con la vuestra aumenteis nuestro contento , pues no promete menos vuestra

gen-

gentil disposicion y manera ; y siendo el lugar como lo es tan acomodado para mayor cantidad de gente, hareis agravio á mí y á estas damas, sino venis en lo que yo en su nombre y el mio os pido. Con hacer, señor, lo que nos mandas, respondió Elicio, cumplirémos nuestro deseo, que por agora no se estendia á mas que venir á este lugar á pasar en él en buena conversacion las enfadosas horas de la siesta; y aunque fuera diferente nuestro intento, le torcieramos solo por hacer lo que pedis. Obligado quedo, respondió el caballero, á muestras de tanta voluntad, y para mas certificarme y obligarme con ella, sentaos, partores, al rededor desta fresca fuente, donde con algunas cosas, que estas damas traen para regalo del camino, podeis despertar la sed, y mitigar en las frescas aguas que esta clara fuente nos ofrece. Todos lo hicieron asi, obligados de su buen comedimiento. Hasta este punto havian tenido las damas cubiertos los rostros con dos ricos antifaces; pero viendo que los pastores se quedaban, se descubrieron, descubriendo una belleza tan estraña, que en gran admiracion puso á todos los que la vieron, pareciendoles

les que despues de la de Galatea no podia haver en la tierra otra que se igualase. Eran las dos damas igualmente hermosas, aunque la una dellas, que de mas edad parecia, á la mas pequeña en cierto donaire y brio se aventajaba. Sentados pues, y acomodados todos, el segundo caballero que hasta entonces ninguna cosa havia hablado, dixo: quando me paro á considerar, agradables pastores, la ventaja que hace al cortesano y soberbio trato el pastoral y humilde vuestro, no puedo dexar de tener lastima á mí mesmo, y á vosotros honesta envidia. Porqué dices eso, amigo Darintho? dixo el otro caballero. Digolo, señor, replicó estotro, porque veo con quanta curiosidad vos y yo, y los que siguen el trato nuestro, procuramos adornar las personas, sustentar los cuerpos, y aumentar las haciendas, y quan poco viene á lucirnos, pues la purpura, el oro, el brocado, los rostros estan marchitos de los mal digeridos manjares, comidos á deshoras, y tan costosos como mal gastados, ninguna cosa nos adornan, ni pulen, ni son parte para que mas bien parezcamos á los ojos de quien nos mira: todo lo qual puedes ver diferente en los que si-

siguen el rustico exercicio del campo, haciendo experiencia en los que tienes delante, los quales podria ser y aun es asi, que se huviesen sustentado y sustentan de manjares simples y en todo contrarios de la vana compostura de los nuestros, y con todo eso mira el moreno de sus rostros, que promete mas entera salud, que la blancura quebrada de los nuestros, y quan bien les está á sus robustos y sueltos miembros un pellico de blanca lana, una caperuza parda, y unas antiparas de qualquier color que sean; y con esto á los ojos de sus pastoras deben de parecer mas hermosos, que los bizarros cortesanos á los de las retiradas damas. Qué te diria pues, si quisiese, de la sencillez de su vida, de la llaneza de su condicion, y de la honestidad de sus amores? No te digo mas, sino que conmigo puede tanto lo que de la vida pastoral conozco, que de buena gana trocaria la mia con ella. En deuda te estamos todos los pastores, dixo Elicio, por la buena opinion que de nosotros tienes; pero con todo eso te sé decir que hay en la rustica vida nuestra tantos resbaladeros y trabajos, como se encierran en la cortesana vuestra. No podré yo dexar

de venir en lo que dices, replicó Darintho, porque ya se sabe bien que es una guerra nuestra vida sobre la tierra; pero enfin, en la pastoral hay menos que en la ciudadana, por estár mas libre de ocasiones que alteren y desasosieguen el espiritu. Quan bien se conforma con tu opinion, Darintho, dixo Damon, la de un pastor amigo mio, que Lauso se llama, el qual despues de haver gastado algunos años en cortesanos exercicios, y algunos otros en los trabajosos del duro Marte, al fin se ha reducido á la pobreza de nuestra rustica vida, y antes que á ella viniese, mostró desearlo mucho, como parece por una cancion que compuso y envió al famoso Larsileo, que en los negocios de la corte tiene larga y exercitada experiencia, y por haverme á mí parecido bien, la tomé toda en la memoria, y aun os la dixera, si imaginára que á ello me diera lugar el tiempo, y á vosotros no os cansára el escucharla. Ninguna otra cosa nos dará mas gusto que escucharte, discreto Damon, respondió Darintho, llamando á Damon por su nombre, que ya le sabia por haverle oido nombrar á los otros pastores sus amigos; y asi yo de mi parte te rue-

ruego, nos digas la cancion de Lauso, que pues ella es hecha, como dices á mi proposito, y tu la has tomado de memoria, imposible será que dexe de ser buena. Comenzaba Damon á arrepentirse de lo que havia dicho, y procuraba escusarse de lo prometido; mas los caballeros y damas se lo rogaron tanto, y todos los pastores, que él no pudo escusar el decirla. Y asi haviendose sosegado un poco, con gentil donaire y gracia dixo desta manera.

DAMON.

El vano imaginar de nuestra mente,
De mil contrarios vientos arrojada
Acá y allá con curso presuroso:
La humana condicion flaca doliente
En caducos placeres ocupada,
Do busca sin hallarle algun reposo:
El falso, el mentiroso mundo,
Prometedor de alegres gustos:
La voz de sus sirenas
Mal escuchada apenas
Quando cambia su gusto en mil disgustos:
La babilonia, el caos que miro y leo
En todo quanto veo:

El cauteloso trato cortesano
Junto con mi deseo,
Puesto han la pluma en la cansada mano.

Quisiera yo, señor, que alli llegára
Do llega mi deseo, el corto vuelo
De mi grosera mal cortada pluma,
Solo para que luego se ocupara
En levantar al mas subido vuelo
Vuestra rara bondad y virtud suma;
Mas quien hay que presuma
Echar sobre sus hombros tanta carga,
Sino es un nuevo Adlante
En fuerzas tan bastante,
Que poco el cielo le fatiga y carga,
Y aun le será forzoso que se ayude,
Y el grave peso mude
Sobre los brazos de otro Alcides nuevo,
Y aunque se encorbe y sude,
Yo tal fatiga por descanso apruebo.

Ya que á mis fuerzas esto es imposible,
Y el inutil deseo doy por muestra
De lo que encierra el justo pensamiento,
Veamos si quizá será posible
Mover la flaca mal contenta diestra

A mostrar por enigma algun contento :
Mas tan sin fuerzas siento
Mi fuerza en esto , que será forzoso
Que apliqueis los oidos
A los tristes gemidos
De un desdeñado pecho congoxoso ,
A quien el fuego , el aire , el mar , la tierra
Hacen contino guerra ,
Todos en su desdicha conjurados ,
Que se remata y cierra
Con la corta ventura de sus hados.

Si esto no fuera , facil cosa fuera
Tender por la region del gusto el paso ,
Y reducir cien mil á la memoria
Pintando el monte , el rio , y la ribera ,
No amor , el hado , la fortuna , y caso
Rindieron á un pastor toda su gloria :
Mas desta dulce historia
El tiempo triunfa , y solo queda della
Una pequeña sombra ,
Que ahora espanta , asombra
Al pensamiento que mas piensa en ella :
Condicion propia de la humana suerte ,
Que el gusto nos convierte
En pocas horas en mortal disgusto ,

Y nadie habrá que acierte
En muchos años con un firme gusto.

Vuelva y revuelva en alto, suba ó baxe
El vano pensamiento al hondo abismo,
Corra en un punto desde Tile á Batro,
Que él dirá quanto mas sude y trabaje,
Y del termino salga de sí mismo
Puesto en la esfera, ó en el cruel Baratro.
O una, y tres, y quatro,
Cinco, y seis, y mas veces venturoso
El simple ganadero,
Que con un pobre apero
Vive con mas contento y mas reposo
Que el rico Craso, ó el avariento Mida!
Pues con aquella vida
Robusta, pastoral, sencilla y sana
De todo punto olvida
Esta misera, falsa, cortesana.

En el rigor del erizado invierno
Al tronco entero de robusta encina
De Vulcano abrasada se calienta,
Y alli en sosiego trata del gobierno
Mejor de su ganado, y determina
Dar de sí al cielo no entricada cuenta:

Y quando ya se auyenta
El encogido , esteril , yerto frio ,
Y el gran señor de Delo
Abrasa el aire , el suelo ,
En el margen sentado de algun rio
De verdes sauces y alamos cubierto ,
Con rustico concierto
Suelta la voz , ó toca el caramillo ,
Y á veces se ve cierto
Las aguas detenerse por oillo.

Poco alli le fatiga el rostro grave
Del privado , que muestra en apariencia
Mandar alli do no es obedecido ,
Ni el alto exagerar con voz suave
Del falso adulador , que en poca ausencia
Muda opinion , señor , vando , y partido :
Ni el desden sacudido
Del sutil secretario le fatiga ,
Ni la altivez honrada
De la llave dorada ,
Ni de los varios principes la liga ,
Ni del manso ganado un punto parte ,
Porque el furor de Marte
A una y á otra parte suene airado ,
Regido por tal arte ,

Que

Que apenas su sequaz se ve medrado.

Reduce á pocos pasos sus pisadas
Del alto monte al apacible llano,
Desde la fresca fuente al claro rio,
Sin que por ver las tierras apartadas
Las movibles campañas del Oceano
Are con loco, antiguo desvario:
No le levanta el brio
Saber que el gran monarca invicto vive
Bien cerca de su aldea,
Y aunque su bien desea,
Poco disgusto en no verle recibe:
No como el ambicioso entremetido,
Que con seso perdido
Anda tras el favor, tras la privanza,
Sin nunca haver teñido
En turca ó en mora sangre, espada ó lanza.

No su semblante, ó su color se muda,
Porque mude color, mude semblante
El señor á quien sirve, pues no tiene
Señor que fuerce á que con lengua muda
Siga qual Clicie á su dorado amante
El dulce, ó amargo gusto que le viene:
No le vereis que pene

De

De temor que un descuido , una nonada
En el ingrato pecho
Del señor el derecho
Borre de sus servicios , y sea dada
De breve despedida la sentencia :
No muestra en apariencia
Otro de lo que encierra el pecho sano :
Que la rustica ciencia
No alcanza el falso trato cortesano.

Quién tendrá vida tal en menosprecio ?
Quién no dirá que aquella sola es vida
Que al sosiego del alma se encamina ?
El no tenerla el cortesano en precio
Hace que su bondad sea conocida
De quien aspira al bien , y al mal declina.
O vida do se afina
En soledad el gusto acompañado !
O pastoral baxeza ,
Mas alta que la alteza
Del cetro mas subido y levantado !
O flores olorosas , ó sombrios
Bosques , ó claros rios !
Quien gozar os pudiera un breve tiempo
Sin que los males mios
Turbasen tan honesto pasatiempo ?

Can-

Cancion, á parte vas do serán luego
Conocidas tus faltas y tus sobras:
Mas dí, si aliento cobras,
Con rostro humilde enderezado á ruego:
Señor perdon, porque el que acá me envia,
En vos y en su deseo se confia.

Esta es, señores, la cancion de Lauso, dixo Damon en acabandola: la qual fue tan celebrada de Larsileo, quanto bien admitida de los que en aquel tiempo la vieron. Con razon lo puedes decir, respondió Darintho, pues la verdad y artificio suyo es digno de justas alabanzas. Estas canciones son las de mi gusto, dixo á este punto el desamorado Lenio, y no aquellas que á cada paso llegan á mis oidos llenas de mil simples conceptos amorosos, tan mal dispuestos é intricados, que osaré jurar que hay algunas, que ni las alcanza quien las oye por discreto que sea, ni las entiende quien las hizo. Pero no menos fatigan otras que se enzarzan en dar alabanzas á Cupido, y en exagerar su poder, su valor, sus marabillas y milagros, haciendole señor del cielo y de la tierra, dandole otros mil atributos de potencia, de mando y señorio;

y lo que mas me cansa á mí de los que las hacen, es, que quando hablan de amor, entienden de un no sé quien, que ellos llaman Cupido, que la mesma significacion del nombre nos declara quien es él, que es un apetito sensual y vano, digno de todo vituperio. Habló el desamorado Lenio, y enfin huvo de parar en decir mal del amor; pero como todos los mas que alli estaban, conocian su condicion, no repararon mucho en sus razones, sino fue Erastro que le dixo: piensas, Lenio, por ventura, que siempre estas hablando con el simple Erastro que no sabe contradecir tus opiniones, ni responder á tus argumentos? pues quierote advertir, que te será sano callar por ahora, ó á lo menos tratar de otras cosas, que de decir mal de amor, si ya no gustas que la discrecion y ciencia de Tirsi y de Damon te alumbren de la ceguedad en que estás, y te muestren á la clara lo que ellos entienden, y lo que tú debes entender del amor, y de sus cosas. Qué me podrán ellos decir, que yo no sepa? dixo Lenio; ó qué les podré yo replicar, que ellos no ignoren? Soberbia es esa, Lenio, respondió Elicio, y en ella muestras quan fuera vas del camino de la verdad de amor, y que te ri-

riges mas por el norte de tu parecer y antojo, que no por el que debias regir, que es el de la verdad y experiencia. Antes por la mucha que yo tengo de sus obras, respondió Lenio, le soy tan contrario como muestro y mostraré mientras la vida me durare. En qué fundas tu razon? dixo Tirsi. En qué, pastor? respondió Lenio: en que por los efetos que hacen, conozco quan mala es la causa que los produce. Quáles son los efetos de amor que tu tienes por tan malos? replicó Tirsi. Yo te los diré, si con atencion me escuchas, dixo Lenio; pero no querria que mi platica enfadase los oidos de los que están presentes, pudiendo pasar el tiempo en otra conversacion de mas gusto. Ninguna cosa havrá que sea mas del nuestro, dixo Darintho, que oir tratar desta materia, especialmente entre personas que tan bien sabrán defender su opinion; y asi por mi parte, si la destos pastores no lo estorba, te ruego, Lenio, que sigas adelante la comenzada platica. Eso haré yo de buen grado, respondió Lenio, porque pienso mostrar claramente en ella quanta razon me fuerza á seguir la opinion que sigo, y á vituperar qualquiera otra que á la mia se opusiere.

Co-

Comienza pues, ó Lenio, dixo Damon, que no estarás mas en ella de quanto mi compañero Tirsi descubra la suya. A esta sazon, ya que Lenio se preparaba á decir los vituperios de amor, llegaron á la fuente el venerable Aurelio, padre de Galatea, con algunos pastores, y con él asimismo venian Galatea y Florisa con las tres rebozadas pastoras, Rosaura, Teolinda y Leonarda, á las quales, haviendolas topado á la entrada de la aldea, y sabiendo dellas la junta de pastores que en la fuente de las pizarras quedaba, á ruego suyo las hizo volver, fiadas las forasteras pastoras en que por sus rebozos no serian de alguno conocidas. Levantaronse todos á recebir á Aurelio y á las pastoras, las quales se sentaron con las damas, y Aurelio y los pastores con los demas pastores. Pero quando las damas vieron la singular belleza de Galatea, quedaron tan admiradas, que no podian apartar los ojos de mirarla. No lo fue menos Galatea de la hermousra dellas, especialmente de la que de mayor edad parecia. Pasó entre ellas algunas palabras de comedimiento; pero todo cesó quando supieron lo que entre el discreto Tirsi y el desamorado Lenio estaba concer-

tado, de lo que se holgó infinito el venerable Aurelio, porque en estremo deseaba ver aquella junta, y oir aquella disputa, y mas entonces, donde tendria Lenio quien tan bien le supiese responder; y asi, sin mas esperar, sentandose Lenio en un tronco de un desmochado olmo, con voz al principio baxa, y despues sonora, desta manera comenzó á decir.

LENIO.

Ya casi adivino, valerosa y discreta compañia, como ya en vuestro entendimiento me vais juzgando por atrevido y temerario, pues con el poco ingenio y menos experiencia, que puede prometer la rustica vida en que yo algun tiempo me he criado, quiero tomar contienda en materia tan ardua como esta con el famoso Tirsi, cuya crianza en famosas academias, y cuyos bien sabidos estudios no pueden asegurar en mi pretension sino segura perdida. Pero confiado que á las veces la fuerza del natural ingenio adornado con algun tanto de experiencia, suele descubrir nuevas sendas, con que facilitan las ciencias por

por largos años sabidas, quiero atreverme hoy á mostrar en publico las razones que me han movido á ser tan enemigo de amor, que he merecido por ello alcanzar renombre de desamorado: y aunque otra cosa no me moviera á hacer esto sino vuestro mandamiento, no me escusara de hacerlo: quanto mas, que no será pequeña la gloria que de aqui he de grangear, aunque pierda la empresa, pues al fin dirá la fama que tuve animo para competir con el nombrado Tirsi; y asi con este presupuesto, sin querer ser favorecido sino es de la razon que tengo, á ella sola invoco y ruego, dé tal fuerza á mis palabras y argumentos, que se muestre en ellas y en ellos la que tengo, para ser tan enemigo del amor como publíco.

Es pues amor, segun he oido decir á mis mayores, un deseo de belleza: y esta difinicion le dan entre otras muchas los que en esta question han llegado mas al cabo. Pues si se me concede que el amor es deseo de belleza, forzosamente se me ha de conceder que qual fuere la belleza que se amare, tal será el amor con que se ama. Y porque la belleza es en dos maneras, corporea, é incorporea, el amor

que la belleza corporal amare como ultimo fin suyo, este tal amor no puede ser bueno, y este es el amor de quien yo soy enemigo; pero como la belleza corporea se divide asimismo en dos partes, que son en cuerpos vivos y en cuerpos muertos, tambien puede haver amor de belleza corporal que sea bueno. Muestrase la una parte de la belleza corporal en cuerpos vivos de varones y de hembras, y esta consiste en que todas las partes del cuerpo sean de por sí buenas, y que todas juntas hagan todo un perfeto, y formen un cuerpo proporcionado de miembros, y suavidad de colores. La otra belleza de la parte corporal no viva, consiste en pinturas, estatuas, edificios: la qual belleza puede amarse sin que el amor con que se amáre, se vitupere. La belleza incorporea se divide tambien en dos partes, en las virtudes y ciencias del anima; y el amor que á la virtud se tiene, necesariamente ha de ser bueno, y ni mas ni menos el que se tiene á las virtuosas ciencias, y agradables estudios. Pues como sean estas dos suertes de belleza la causa que engendra el amor en nuestros pechos: siguese que en el amar la una á la otra consista

ser

ser el amor bueno ó malo ; pero como la belleza incorporea se considera con los ojos del entendimiento limpios y claros, y la belleza corporea se mira con los ojos corporales en comparacion de los incorporeos, turbios y ciegos; y como sean mas prestos los ojos del cuerpo á mirar la belleza presente corporal que agrada, que no los del entendimiento á considerar la ausente incorporea que glorifica : siguese que mas ordinariamente aman los mortales la caduca y mortal belleza que los destruye, que no la singular y divina que los mejora. Pues deste amor, ó desear la corporal belleza han nacido, nacen y nacerán en el mundo asolacion de ciudades, ruina de estados, destruicion de imperios, y muertes de amigos : y quando esto generalmente no suceda, qué desdichas mayores? qué tormentos mas graves? qué incendio? qué zelos? qué penas? qué muertes puede imaginar el humano entendimiento, que á las que padece el miserable amante puedan compararse? Y es la causa desto, que como toda la felicidad del amante consista en gozar la belleza que desea, y esta belleza sea imposible poseerse y gozarse enteramente, aquel no poder llegar

al fin que se desea, engendra en él los suspiros, las lagrimas, las quexas y desabrimientos. Pues que sea verdad que la belleza de quien hablo, no se puede gozar perfeta y enteramente, está manifiesto y claro, porque no está en mano del hombre gozar cumplidamente cosa que esté fuera dél, y no sea toda suya; porque las estrañas conocida cosa es que están siempre debaxo del arbitrio de la que llamamos fortuna y caso, y no en poder de nuestro alvedrio, y asi se concluye que donde hay amor, hay dolor: y quien esto negase, negaria asimismo que el sol es claro, y que el fuego abrasa. Mas porque se venga con mas facilidad en conocimiento de la amargura que amor encierra, por las pasiones del animo discurriendo se verá clara la verdad que sigo. Son pues las pasiones del animo, como mejor vosotros sabeis, discretos caballeros y pastores, quatro generales, y no mas. Desear demasiado, alegrarse mucho, gran temor de las futuras miserias, gran dolor de las presentes calamidades: las quales pasiones por ser como vientos contrarios, que la tranquilidad del anima perturban, con mas propio vocablo perturbaciones son llamadas: y des-

destas perturbaciones la primera es propia del amor, pues el amor no es otra cosa que deseo: y asi es el deseo principio y origen de todas nuestras pasiones, de do proceden como qualquier arroyo de su fuente. Y de aqui viene que todas las veces que el deseo de alguna cosa se enciende en nuestros corazones, luego nos mueve á seguirla y á buscarla, y buscandola y siguiendola, á mil desordenados fines nos conduce. Este deseo es aquel que incita al hermano á procurar de la amada hermana los abominables abrazos, la madrastra del alnado, y lo que peor es, el mismo padre de la propia hija: este deseo es el que nuestros pensamientos á dolorosos peligros acarrea. Ni aprovecha que le hagamos obstaculo con la razon, que puesto que nuestro mal claramente conozcamos, no por eso sabemos retirarnos dél: y no se contenta amor de tenernos á una sola voluntad atentos, antes como del deseo de las cosas, como ya está dicho, todas las pasiones nacen: asi del primer deseo que nace en nosotros, otros mil se derivan, y estos son en los enamorados no menos diversos que infinitos, y aunque todas las mas de las veces miren á un solo fin, con todo eso co-

como son diversos los obgetos y diversa la fortuna de los amadores de cada uno, sin duda alguna diversamente se desea. Hay algunos que por llegar á alcanzar lo que desean, ponen toda su fuerza en una carrera, en la qual ó quántas y quan duras cosas se encuentran! quántas veces se cae, y quántas agudas espinas atormentan sus pies, y quántas veces primero se pierde la fuerza y el aliento, que dén alcance á lo que procuran! Algunos otros hay que ya de la cosa amada son poseedores, y ninguna otra desean ni piensan, sino en mantenerse en aquel estado, y teniendo en esto solo ocupados sus pensamientos, y en esto solo todas sus obras y tiempo consumido, en la felicidad son miseros, en la riqueza pobres, y en la ventura desventurados. Otros que ya estan fuera de la posesion de sus bienes procuran tornar á ellos, usando para ello mil ruegos, mil promesas, mil condiciones, infinitas lagrimas, y al cabo en estas miserias ocupandose, se ponen á terminos de perder la vida. Mas no se ven estos tormentos en la entrada de los primeros deseos, porque entonces el engañoso amor nos muestra una senda por do entremos, al parecer ancha y espaciosa,

sa, la qual despues poco á poco se va cerrando de manera, que para volver ni pasar adelante ningun camino se ofrece: y asi engañados y traidos los miseros amantes con una dulce y falsa risa, con un solo volver de ojos, con dos mal formadas palabras que en sus pechos una falsa y flaca esperanza engendran, arrojanse luego á caminar tras ella, aguijados del deseo, y despues á poco trecho y á pocos dias, hallando la senda de su remedio cerrada, y el camino de su gusto impedido, acuden luego á regar su rostro con lagrimas, á turbar el aire con suspiros, fatigar los oídos con lamentables quexas; y lo peor es, que si acaso con las lagrimas, con los suspiros y con las quexas no puede venir al fin de lo que desea, luego muda estilo, y procura alcanzar por malos medios, lo que por buenos no puede. De aqui nacen los odios, las iras, las muertes asi de amigos, como de enemigos. Por esta causa se han visto y se ven á cada paso, que las tiernas y delicadas mugeres se ponen á hacer cosas tan estrañas y temerarias, que aun solo el imaginarlas pone espanto. Por estas se ven los santos y conjugales lechos de roja sangre bañados, ora de la triste mal ad-

advertida esposa, ora del incauto y descuidado marido. Por venir al fin deste deseo es traidor el hermano al hermano, el padre al hijo, y el amigo al amigo. Este rompe enemistades, atropella respetos, traspasa leyes, olvida obligaciones, y solicita parientas. Mas porque claramente se vea quanta es la miseria de los enamorados, ya se sabe que ningun apetito tiene tanta fuerza en nosotros, ni con tanto impetu al obgeto propuesto nos lleva, como aquel que de las espuelas de amor es solicitado; y de aqui viene que ninguna alegria ó contento pasa tanto del debido termino, como aquella del amante quando viene á conseguir alguna cosa de las que desea; y esto se ve, porque qué persona havrá de juicio, sino es el amante, que tenga á suma felicidad un tocar la mano de su amada, una sortijuela suya, un breve amoroso volver de ojos, y otras cosas semejantes de tan poco momento qual las considera un entendimiento desapasionado; y no por estos gustos tan colmados, que á su parecer los amantes consiguen, se ha de decir que son felices y bienaventurados; porque no hay ningun contento suyo, que no venga acom-

pa-

pañado de innumerables disgustos y sinsabores, con que amor se los agua y turba, y nunca llegó gloria amorosa adonde llega y alcanza la pena: y es tan mala el alegria de los amantes, que los saca fuera de sí mesmos, tornandolos descuidados y locos; porque como ponen todo su intento y fuerzas en mantenerse en aquel gustoso estado que ellos se imaginan, de toda otra cosa se descuidan, de que no poco daño se les sigue asi de hacienda, como de honra y vida. Pues á trueco de lo que he dicho, se hacen ellos mesmos esclavos de mil congoxas, y enemigos de sí propios. Pues qué, quando sucede que en medio de la carrera de sus gustos, les toca el hierro frio de la pesada lanza de los zelos? Alli se les escurece el cielo, se les turba el aire, y todos los elementos se les vuelven contrarios. No tienen entonces de quien esperar contento, pues no se le puede dar el conseguir el fin que desean: alli acude el temor contino, la desesperacion ordinaria, las agudas sospechas, los pensamientos varios, la solicitud sin provecho, la falsa risa, y el verdadero llanto con otros mil estraños y terribles accidentes, que le consumen y atierran. Todas las ocasiones

nes de la cosa amada les fatigan, si mira, si rie, si torna, si vuelve, si calla, si habla; y finalmente todas las gracias que le movieron á querer bien, son las mesmas que atormentan al amante zeloso. Y quien no sabe, que si la ventura á manos llenas no favorece á los amorosos principios, y con presta diligencia á dulce fin los conduce, quan costosos le son al amante qualesquier otros medios, que el desdichado pone para conseguir su intento? qué de lagrimas derrama? qué de suspiros esparce? quántas cartas escribe? quántas noches no duerme? quántos, y quan contrarios pensamientos le combaten? quántos recelos le fatigan? y quántos temores le sobresaltan? hay por ventura Tantalo, que mas fatiga tenga entre las aguas y el manzano puesto, que la que tiene el miserable amante entre el temor y la esperanza colocado? Son los servicios del amante no favorecido los cantaros de las hijas de Danao tan sin provecho derramados, que jamas llegan á conseguir una minima parte de su intento. Hay aguila que asi destruya las entrañas de Ticio, como destruyen y roen los zelos las del amante zeloso? hay piedra que tanto cargue las espaldas de Si-

Sisifo, como carga el amor contino los pensamientos de los enamorados? hay rueda de Ixion que mas presto se vuelva y atormente, que las prestas y varias imaginaciones de los temerosos amantes? hay Minos, ni Radamanto que asi castiguen y apremien las desdichadas condenadas almas, como castiga y apremia el amor al enamorado pecho, que al insufrible mando suyo está sugeto? No hay cruda Megera, ni rabiosa Tisifone, ni vengadora Alecto, que asi maltraten el anima do se encierran, como maltrata esta furia, este deseo á los sin ventura que le reconocen por señor, y se le humillan como vasallos, los quales por dar alguna disculpa de las locuras que hacen, dicen ó á lo menos dixeron los antiguos gentiles, que aquel instinto que incita y mueve al enamorado para amar mas que á su propia vida la agena, era un dios á quien pusieron por nombre Cupido; y que asi, forzados de su deidad, no podian dexar de seguir y caminar tras lo que él queria. Movióles á decir esto, y á dar nombre de dios á este deseo el ver los efetos sobrenaturales que hace en los enamorados. Sin duda parece que es sobrenatural cosa estar un amante en

un

un instante mesmo temeroso y confiado, arder lexos de su amada, helarse quando mas cerca della : mudo quando parlero, y parlero quando mudo. Estraña cosa es asimismo seguir á quien me huye, alabar á quien me vitupera, dar voces á quien no me escucha, servir á una ingrata, y esperar en quien jamas promete, ni puede dar cosa que buena sea. O amarga dulzura, ó venenosa medecina de los amantes no sanos! ó triste alegria, ó flor amorosa, que ningun fruto señalas, sino de tardo arrepentimiento! Estos son los efetos deste dios imaginado, estas son sus hazañas y marabillosas obras : y aun tambien puede verse en la pintura, con que figuraban á este su vano dios, quan vanos ellos andaban : pintabanle, niño, desnudo, alado, vendados los ojos, con arco y saetas en las manos, por darnos á entender, entre otras cosas, que en siendo uno enamorado, se vuelve de la condicion de un niño simple y antojadizo, que es ciego en las pretensiones, ligero en los pensamientos, cruel en las obras, desnudo y pobre de las riquezas del entendimiento. Decian asimismo que entre las saetas suyas tenia dos, la una de plomo, y la otra de oro,
con

con las quales diferentes efetos hacia; porque la de plomo engendraba odio en los pechos que tocaba; y la de oro crecido amor en los que heria, por solo avisarnos que el oro rico es aquel que hace amar, y el plomo pobre aborrecer. Y por esta ocasion no en valde cantan los poetas á Atalanta vencida de tres hermosas manzanas de oro; y á la bella Danae preñada de la dorada lluvia; y al piadoso Eneas decender al infierno con el ramo de oro en la mano: enfin, el oro y la dadiva es una de las mas fuertes saetas que el amor tiene, y con la que mas corazones sugeta: bien al reves de la de plomo, metal baxo y menospreciado, como lo es la pobreza, la qual antes engendra odio y aborrecimiento donde llega, que otra benevolencia alguna. Pero si las razones hasta agora por mí dichas, no bastan á persuadir la que yo tengo de estár mal con este perfido amor, de quien trato hoy, observad en algunos exemplos verdaderos y pasados los efetos suyos, y vereis como yo veo que no ve ni tiene ojos de entendimiento el que no alcanza la verdad que sigo. Veamos pues quien sino este amor es aquel que al justo Loth hizo romper el

cas-

casto intento, y violar á las propias hijas suyas? Este es sin duda el que hizo que el escogido David fuese adultero y homicida; y el que forzó al libidinoso Amon á procurar el torpe ayuntamiento de Thamar, su querida hermana, y el que puso la cabeza del fuerte Sanson en las traidoras faldas de Dalida, por do perdiendo él su fuerza, perdieron los suyos su amparo, y al cabo él y otros muchos la vida: este fue el que movió la lengua de Herodes para prometer á la bailadora niña la cabeza del Precursor de la vida: este hace que se dude de la salvacion del mas sabio y rico rey de los reyes, y aun de todos los hombres: este reduxo los fuertes brazos del famoso Hercules, acostumbrados á regir la pesada maza, á torcer un pequeñuelo huso, y exercitarse en mugeriles exercicios: este hizo que la furiosa y enamorada Medea esparciese por el aire los tiernos miembros de su pequeño hermano: este cortó la lengua á Progne, Aragne, y á Hipolito; infamó á Pasiphae, destruyó á Troya, y mató á Egisto: este hizo cesar las comenzadas obras de la nueva Cartago, y que su primera reyna pasase su casto pecho con la aguda espada: este puso en las

las manos de la nombrada y hermosa Sofonisba el vaso mortifero veneno, que le acabó la vida. Este quitó la suya al valiente Turno, y el reyno á Tarquino, el mando á Marco Antonio, y la vida y la honra á su amiga. Este enfin entregó nuestras Españas á la barbara furia Agarena, llamada á la venganza del desordenado amor del miserable Rodrigo. Mas porque pienso que primero nos cubrirá la noche con su sombra, que yo acabase de traeros á la memoria los exemplos que se ofrecen á la mia, de las hazañas que el amor ha hecho, y cada dia hace en el mundo, no quiero pasar mas adelante en ellos, ni aun en la comenzada platica, por dar lugar á que el famoso Tirsi me responda, rogandoos primero, señores, no os enfade oir una cancion, que algunos dias ha tengo hecha en vituperio deste mi enemigo, la qual, si bien me acuerdo, dice desta manera.

Sin que me pongan miedo, el yelo y fuego,
El arco y flechas del amor tirano,
En su deshonra he de mover mi lengua:
Que quién ha de temer á un niño ciego
De vario antojo, y de juicio insano,

 Aun-

Aunque mas amenace daño y mengua?
Mi gusto crece, el valor desmengua
Quando la voz levanto
Al verdadero canto,
Que en vituperio del amor se forma
Con tal verdad, con tal manera y forma,
Que á todo el mundo su maldad descubre,
Y claramente informa
Del cierto daño que el amor encubre.

Amor es fuego que consume al alma,
Yelo, que yela, flecha que abre el pecho
Que de sus mañas vive descuidado:
Turbado mar do no se ha visto calma,
Ministro de ira, padre del despecho,
Enemigo de amigo disfrazado,
Dador de escaso bien y mal colmado,
Afable, lisongero,
Tirano, crudo y fiero,
Y Circe engañadora que nos muda
En varios mostruos, sin que humana ayuda
Pueda al pasado ser nuestro volvernos,
Aunque ligera acuda
La luz de la razon á socorrernos.

Yugo que humilla al mas erguido cuello,
Blan-

Blanco á do se encaminan los deseos
Del ocio blando , sin razon nacidos ,
Red engañosa de sutil cabello ,
Que cubre y prende en torpes actos feos
Los que del mundo son en mas tenidos :
Sabroso mal de todos los sentidos ,
Ponzoña disfrazada
Qual pildora dorada ,
Rayo que adonde toca , abrasa y hiende ,
Airado brazo que á traicion ofende ,
Verdugo del cautivo pensamiento ,
Y del que se defiende
Del dulce halago de su falso intento.

Daño que aplace en los principios , quando
Se regala la vista en el sugeto
Que qual el cielo bello le parece ;
Mas tanto quanto mas pasa mirando ,
Tanto mas pena en publico y secreto
El corazon , que todo lo padece ;
Mudo hablador , parlero que enmudece ,
Cuerdo que desatina ,
Pura total ruina
De la mas concertada alegre vida:
Sombra de bien en males convertida ,
Vuelo que nos levanta hasta la esfera ,

Para que en la caida
Quede vivo el pesar y el gusto muera.

Invisible ladron que nos destruye,
Y roba lo mejor de nuestra hacienda,
Llevandonos el alma á cada paso:
Ligereza que alcanza al que mas huye,
Enigma que ninguno hay que la entienda,
Vida que de contino está en traspaso,
Guerra elegida, y que nace acaso,
Tregua que poco dura,
Amada desventura,
Preñez, que por jamas á sazon llega,
Enfermedad que al anima se pega,
Cobarde que se arroja al mal y atreve,
Deudor que siempre niega
La deuda averiguada, que nos debe.

Cercado laberinto, do se anida
Una fiera cruel, que se sustenta
De rendidos humanos corazones,
Lazo donde se enlaza nuestra vida,
Señor que al mayordomo pide cuenta
De las obras, palabras, é intenciones,
Codicia de mil varias pretensiones,
Gusano que fabrica

Es-

Estancia pobre ó rica
Do poco espacio habita, y al fin muere,
Querer que nunca sabe lo que quiere,
Nube que los sentidos escurece,
Cuchillo que nos hiere.
Este es amor, seguidle, si os parece.

Con esta cancion acabó su razonamiento el desamorado Lenio, y con ella y con él dexó admirados á algunos de los que presentes estaban, especialmente á los caballeros, pareciendoles que lo que Lenio havia dicho, de mas caudal, que de pastoril ingenio parecia, y con gran deseo y atencion estaban esperando la respuesta de Tirsi, prometiendose todos en su imaginacion, que sin duda alguna á la de Lenio haria ventaja, por la que Tirsi le hacia en la edad y en la experiencia, y en los mas acostumbrados estudios, y asimismo les aseguraba esto, porque deseaban que la opinion desamorada de Lenio no prevaleciese. Bien es verdad que la lastimada Teolinda, la enamorada Leonarda, la bella Rosaura, y aun la dama que con Darintho y su compañero venia, claramente vieron figurados en el discurso de Lenio mil puntos de

los sucesos de sus amores; y esto fue quando llegó á tratar de lagrimas y suspiros, y de quan caros se compraban los contentos amorosos. Solas la hermosa Galatea y la discreta Florisa iban fuera desta cuenta, porque hasta entonces no se la havia tomado amor de sus hermosos y rebeldes pechos, y asi estaban atentas no mas de á escuchar la agudeza con que los dos famosos pastores disputaban, sin que de los efetos de amor que oian, viesen alguno en sus libres voluntades; pero siendo la de Tirsi reducir á mejor termino la opinion del desamorado pastor, sin esperar ser rogado, teniendo de su boca colgados los animos de los circunstantes, poniendose frontero de Lenio, con suave y levantado tono desta manera comenzó á decir.

TIRSI.

Si la agudeza de tu buen ingenio, desamorado pastor, no me asegurára que con facilidad puede alcanzar la verdad, de quien tan lejos agora se halla; antes que ponerme en trabajo de contradecir tu opinion, te dexára con ella por castigo de tus sinrazones.

Mas

Mas porque me advierten las que en vituperio del amor has dicho, los buenos principios que tienes para poder reducirte á mejor proposito, no quiero dexar con mi silencio á los que nos oyen escandalizados, al amor desfavorecido, y á tí pertinaz y vanaglorioso: y asi ayudado del amor, á quien llamo, pienso en pocas palabras dar á entender quan otras son sus obras y efectos, de los que tú dél has publicado; hablando solo del amor que tu entiendes, el qual tu difiniste, diciendo que era un deseo de belleza, declarando asimismo qué cosa era belleza, y poco despues desmenuzaste todos los efectos que el amor, de quien hablamos, hacia en los enamorados pechos, confirmandolo al cabo con varios y desdichados sucesos por el amor causados. Y aunque la difinicion que del amor hiciste, sea la mas general que se suele dar, todavia no lo es tanto, que no se pueda contradecir; porque amor y deseo son dos cosas diferentes, que no todo lo que se ama, se desea, ni todo lo que se desea, se ama. La razon está clara en todas las cosas que se poseen, que entonces no se podrá decir que se desean, sino que se aman: como el que tiene salud,

no dirá que desea la salud, sino que la ama: y el que tiene hijos, no podrá decir que desea hijos, sino que ama los hijos; ni tampoco las cosas que se desean, se pueden decir que se aman, como la muerte de los enemigos que se desea, y no se ama. Y asi que por esta razon el amor y deseo vienen á ser diferentes afectos de la voluntad. Verdad es, que amor es padre del deseo, y entre otras difiniciones que del amor se dan, esta es una. Amor es aquella primera mutacion que sentimos hacer en nuestra mente, por el apetito que nos conmueve y nos tira á sí, y nos deleita y aplace; y aquel placer engendra movimiento en el animo, el qual movimiento se llama deseo; y en resolucion, deseo es movimiento del apetito acerca de lo que se ama: y un querer de aquello que se posee, y el obgeto suyo, es el bien: y como se hallan diversas especies de deseos, y el amor es una especie de deseo que atiende y mira al bien que se llama bello, pero para mas clara difinicion y division del amor, se ha de entender que en tres maneras se divide, en amor honesto, en amor util, y en amor deleitable. Y á estas tres suertes de amor, se reducen quan-

quantas maneras de amar y desear pueden caber en nuestra voluntad : porque el amor honesto mira á las cosas del cielo, eternas y divinas : el util á las de la tierra, alegres y perecederas, como son las riquezas, mandos y señorios : el deleitable á las gustosas y placenteras, como son las bellezas corporales vivas, que tu, Lenio, digiste. Y qualquiera suerte destos amores que he dicho, no debe ser de ninguna lengua vituperada; porque el amor honesto siempre fue, es y ha de ser limpio, sencillo, puro y divino, y que solo en Dios pára y sosiega. El amor provechoso, por ser como es natural, no debe condenarse, ni menos el deleitable, por ser mas natural que el provechoso. Que sean naturales estas dos suertes de amor en nosotros, la experiencia nos lo muestra, porque luego que el atrevido primer padre nuestro pasó el divino mandamiento, y de señor quedó hecho siervo, y de libre esclavo; luego conoció la miseria en que havia caido, y la pobreza en que estaba : y asi tomó en el momento las hojas de los arboles que le cubriesen, y sudó y trabajó rompiendo la tierra para sustentarse, y vivir con la menos incomodidad que pudiese.

se : y tras esto (obedeciendo mejor á su Dios en ello , que en otra cosa) procuró tener hijos , y perpetuar y deleitar en ellos la generacion humana ; y asi como por su inobediencia entró la muerte en él , y por él en todos sus decendientes ; asi heredamos juntamente todos sus afectos y pasiones , como heredamos su mesma naturaleza ; y como él procuró remediar su necesidad y pobreza , tambien nosotros no podemos dexar de procurar y desear remediar la nuestra : y de aqui nace el amor que tenemos á las cosas utiles á la vida humana ; y tanto quanto mas alcanzamos dellas , tanto mas nos parece que remediamos nuestra falta ; y por el mismo consiguiente heredamos el deseo de perpetuarnos en nuestros hijos : y deste deseo se sigue el que tenemos de gozar la belleza viva corporal , como solo y verdadero medio , que tales deseos á dichoso fin conduce. Asi que este amor deleitable , solo y sin mezcla de otro accidente , es digno antes de alabanza que de vituperio. Y este es el amor que tu , Lenio , tienes por enemigo ; y causalo que no le entiendes , ni conoces , porque nunca le has visto solo , y en su mesma figura , sino siempre acompañado

do de deseos perniciosos, lascivos, y mal colocados; y esto no es culpa del amor, que siempre es bueno, sino de los accidentes que se le llegan: como vemos que acaece en algun caudaloso rio, el qual tiene su nascimiento de alguna liquida y clara fuente, que siempre claras y frescas aguas le va ministrando, y á poco espacio que de la limpia madre se aleja, sus dulces y cristalinas aguas en amargas y turbias son convertidas, por los muchos y no limpios arroyos que de una y otra parte se le juntan. Asi que este primer movimiento, amor ó deseo, como llamarlo quisieres, no puede nacer sino de buen principio: y aun dellos es el conocimiento de la belleza, la qual, conocida por tal, casi parece imposible que de amar se dexe: y tiene la belleza tanta fuerza para mover nuestros animos, que ella sola fue parte para que los antiguos filosofos (ciegos, y sin lumbre de fé que los encaminase) llevados de la razon natural, y traidos de la belleza, que en los estrellados cielos, y en la maquina y redondez de la tierra contemplaban, admirados de tanto concierto y hermosura, fueron con el entendimiento rastreando, haciendo escala por estas

cau-

causas segundas hasta llegar á la primera causa de las causas : y conocieron que havia un solo principio sin principio de todas las cosas ; pero lo que mas los admiró y levantó la consideracion , fue ver la compostura del hombre tan ordenada , tan perfeta , y tan hermosa , que le vinieron á llamar mundo abreviado : y asi es verdad , que en todas las obras hechas por el mayordomo de Dios , naturaleza , ninguna es de tanto primor , ni que mas descubra la grandeza y sabiduria de su hacedor. Porque en la figura y compostura del hombre , se cifra y cierra la belleza que en todas las otras partes della se reparte : y de aqui nace que esta belleza conoscida se ama , y como toda ella mas se muestre y resplandezca en el rostro , luego como se ve un hermoso rostro , llama y tira la voluntad á amarle. De do se sigue , que como los rostros de las mugeres hagan tanta ventaja en hermosura al de los varones , ellas son las que son de nosotros mas queridas , servidas y solicitadas , como á cosa en quien consiste la belleza que naturalmente mas á nuestra vista contenta. Pero viendo el hacedor y criador nuestro , que es propia naturaleza del anima nues-

nuestra, estar contino en perpetuo movimiento y deseo, por no poder ella parar sino en Dios, como en su propio centro, quiso, porque no se arrojase á rienda suelta á desear las cosas perecederas y vanas, y esto sin quitarle la libertad del libre alvedrio, ponerle encima de sus tres potencias una despierta centinela, que la avisase de los peligros que la contrastaban y de los enemigos que la perseguian: la qual fue la razon que corrige y enfrena nuestros desordenados deseos: y viendo asi mesmo que la belleza humana havia de llevar tras si nuestros afectos é inclinaciones, ya que no le pareció quitarnos este deseo, á lo menos quiso templarle y corregirle, ordenando el santo yugo del matrimonio, debajo del qual al varon y á la hembra los mas de los gustos y contentos amorosos naturales le son licitos y debidos. Con estos dos remedios puestos por la divina mano, se viene á templar la demasia que puede haver en el amor natural que tú, Lenio, vituperas, el qual amor de si es tan bueno, que si en nosotros faltase, el mundo y nosotros acabariamos. En este mesmo amor de quien voi hablando, están cifradas todas las virtudes, porque el

amor

amor es templanza, que el amante conforme la casta voluntad de la cosa amada la suya templa: es fortaleza, porque el enamorado qualquier adversidad puede sufrir por amor de quien ama: es justicia, porque con ella á la que bien quiere, sirve, forzandole la mesma razon á ello: es prudencia, porque de toda sabiduria está el amor adornado. Mas yo te demando, ó Lenio, tú que has dicho que el amor es causa de ruina de imperios, destruicion de ciudades, de muertes de amigos, de sacrilegios hechos, inventor de traiciones, transgresor de leyes: digo que te demando que me digas quál loable cosa hay hoy en el mundo, por buena que sea, que el uso della no pueda en mal ser convertida? Condenese la filosofia, porque muchas veces nuestros defetos descubre, y muchos filosofos han sido malos: abrasense las obras de los heroicos poetas, porque con sus satiras y versos los vicios reprenden y vituperan: vituperese la medicina, porque los venenos descubren: llamese inutil la eloquencia, porque algunas veces ha sido tan arrogante que ha puesto en duda la verdad conocida: no se forgen armas, porque los ladrones y los homi-

micidas las usan: ni se fabriquen casas, porque pueden caer sobre sus habitadores: prohibase la variedad de los manjares, porque suelen ser causa de enfermedad: ninguno procure tener hijos, porque Edipo, instigado de cruelisima furia, mató á su padre, y Oreste hirió el pecho de la madre propia: tengase por malo el fuego, porque suele abrasar las casas, y consumir las ciudades: desdeñese el agua, porque con ella se anegó toda la tierra: condenense enfin los elementos, porque pueden ser de algunos perversos perversamente usados. Y desta manera qualquier cosa buena puede ser en mala convertida, y proceder della efetos malos, si en las manos de aquellos son puestas, que como irracionales, sin mediocridad del apetito gobernarse dexan. Aquella antigua Cartago, emula del Imperio Romano, la belicosa Numancia, la adornada Corintho, la soberbia Tebas, y la docta Atenas, y la ciudad de Dios Jerusalen, que fueron vencidas y asoladas; digamos por eso, que el amor fue causa de su destruicion y ruina. Asi que debrian los que tienen por costumbre de decir mal de amor, decirlo dellos mismos, porque los dones

nes de amor, si con templanza se usan, son dignos de perpetua alabanza; pues siempre los medios fueron alabados en todas las cosas, como vituperados los estremos, que si abrazamos la virtud mas de aquello que basta, el sabio grangeará nombre de loco, y el justo de iniquo. Del antiguo Cremo Tragico fue opinion, que como el vino mezclado con el agua es bueno, asi el amor templado es provechoso, lo que es al reves en el inmoderado: la generacion de los animales racionales, y brutos seria ninguna, si del amor no procediese, y faltando en la tierra, quedaria desierta y vacua. Los antiguos creyeron que el amor era obra de los dioses, dada para conservacion y cura de los hombres. Pero viniendo á lo que tú, Lenio, digiste de los tristes y estraños efetos, que el amor en los enamorados pechos hace, teniendolos siempre en continuas lagrimas, profundos suspiros, desesperadas imaginaciones, sin concederles jamas una hora de reposo: veamos por ventura, que cosa puede desearse en esta vida, que el alcanzarla no cueste fatiga y trabajo: y tanto quanto es de valor la cosa, tanto mas se ha de padecer, y se padece por

ella.

ella. Porque el deseo presupone falta de lo deseado, y hasta conseguirlo es forzosa la inquietud del animo nuestro. Pues si todos los deseos humanos se pueden pagar y contentarse sin alcanzar de todo punto lo que desean, con que se les dé parte dello, y con todo eso se compadece el seguirlos, qué mucho es que por alcanzar aquello que no puede satisfacer ni contentar al deseo sino con ello mesmo, se padezca, se llore, se tema y se espere? El que desea señorios, mandos, honras y riquezas, ya que ve que no puede subir al ultimo grado que quisiera, como llegue á ponerse en algun buen punto, queda en parte satisfecho, porque la esperanza que le falta de no poder subir á mas, le hace parar donde puede, y como mejor puede. Todo lo qual es contrario en el amor, porque el amor no tiene otra paga, ni otra satisfacion, sino el mismo amor, y él propio es su propia y verdadera paga: y por esta razon es imposible que el amante esté contento, hasta que á la clara conozca que verdaderamente es amado, certificandole desto las amorosas señales que ellos saben, y asi estiman en tanto un regalado volver de ojos, una pren-

da qualquiera que sea de su amada, un nosequé de risa, de habla, de burlas que ellos de veras toman, como indicios que les van asegurando la paga que desean, y asi todas las veces que ven señales en contrario destas, esle fuerza al amante lamentarse y afligirse, sin tener medio en sus dolores, pues no le puede tener en sus contentos, quando la favorable fortuna y el blando amor se los concede: y como sea hazaña de tanta dificultad reducir una voluntad agena á que sea una propia con la mia, y juntar dos diferentes almas en tan indisoluble ñudo y estrecheza, que de las dos sean unos los pensamientos y unas todas las obras, no es mucho que por conseguir tan alta empresa, se padezca mas que por otra cosa alguna, pues despues de conseguida, satisface y alegra sobre todas las que en esta vida se desean. Y no todas veces son las lagrimas con razon y causa derramadas, ni esparcidos los suspiros de los enamorados, porque si todas sus lagrimas y suspiros se causaron de ver que no se responde á su voluntad como se debe y con la paga que se requiere, havria de considerar primero adonde levantaron la fantasia,

sia, y si la subieron mas arriba de lo que su merecimiento alcanza, no es marabilla que qual nuevos Icaros caigan abrasados en el rio de las miserias: de las quales no tendrá la culpa amor, sino su locura. Con todo eso yo no niego, sino afirmo que el deseo de alcanzar lo que se ama, por fuerza ha de causar pesadumbre, por la razon de la carestia que presupone, como ya otras veces he dicho; pero tambien digo que el conseguirla, sea de grandisimo gusto y contento, como lo es al cansado el reposo, y la salud al enfermo. Junto con esto confieso, que si los amantes señalasen, como en el uso antiguo, con piedras blancas y negras sus tristes ó dichosos dias, sin duda alguna que serian mas los infelices; mas tambien conozco que la calidad de sola una blanca piedra haria ventaja á la cantidad de otras infinitas negras. Y por prueba desta verdad, vemos que los enamorados jamas de serlo se arrepienten, antes si alguno les prometiese librarles de la enfermedad amorosa, como á enemigo le desecharian, porque aun el sufrirla les es suave: y por esto, ó amadores, no os impida ningun temor para dexar de ofreceros y dedica-

ros á amar lo que mas os pareciere dificultoso, ni os quexeis, ni arrepintais si á la grandeza vuestra las cosas baxas haveis levantado, que amor iguala lo pequeño á lo sublime, y lo menos á lo mas: y con justo acuerdo templa las diversas condiciones de los amantes, quando con puro afeto la gracia suya en sus corazones recibe. No cedais á los peligros, porque la gloria sea tanta, que quite el sentimiento de todo dolor; y como á los antiguos Capitanes y Emperadores en premio de sus trabajos y fatigas les eran segun la grandeza de sus vitorias aparejados triunfos; asi á los amantes les están guardados muchedumbre de placeres y contentos: y como á aquellos el glorioso recibimiento les hacia olvidar todos los incomodos, y disgustos pasados, asi al amante de la amada amado los espantosos sueños, el dormir no seguro, las veladas noches, los inquietos dias en suma tranquilidad y alegria se convierten. De manera, Lenio, que si por sus efetos tristes les condenas, por los gustosos y alegres les debes absolver. Y á la interpretacion que diste de la figura de Cupido, estoy por decir que vas tan engañado en ella, como casi en las demas

mas cosas que contra el amor has dicho. Porque pintarle niño, ciego, desnudo, con las alas y saetas, no quiere significar otra cosa, sino que el amante ha de ser niño en no tener condicion doblada, sino pura y sencilla; ha de ser ciego á todo qualquier otro obgeto que se le ofreciere, sino es aquel á quien ya supo mirar y entregarse: ha de ser desnudo, porque no ha de tener cosa que no sea de la que ama: ha de tener alas de ligereza para estar pronto á todo lo que por su parte se le quiere mandar: pintanle con saetas, porque la llaga del enamorado pecho ha de ser profunda y secreta, y que apenas se descubra sino á la misma causa que ha de remedialla. Que el amor hiera con dos saetas, las quales obran en diferentes maneras, es darnos á entender que en el perfeto amor no ha de haver medio de querer y no querer en un mesmo punto, sino que el amante ha de amar enteramente sin mezcla de alguna tibieza. Enfin, Lenio, este amor es el que si consumió á los Troyanos, engrandeció á los Griegos: si hizo cesar las obras de Cartago, hizo crecer los edificios de Roma: si quitó el reyno á Tarquino, reduxo á libertad la re-

publica : y aunque pudiera traer aqui muchos exemplos en contrario de los que truge de los efetos buenos que el amor hace, no me quiero ocupar en ellos, pues de sí son tan notorios : solo quiero rogarte, te dispongas á creer lo que he mostrado, y que tengas paciencia para oir una cancion mia, que parece que en competencia de la tuya se hizo; y si por ella y por lo que te he dicho, no quisieres reducirte á ser de la parte de amor, y te pareciere que no quedas satisfecho de las verdades que dél he declarado, si el tiempo de agora lo concede, ó en otro qualquiera que tu escogieres y señalares, te prometo satisfacer á todas las réplicas y argumentos que en contrario de los mios decir quisieres : y por agora estame atento y escucha.

Salga del limpio enamorado pecho
La voz sonora, y en suave acento
Cante de amor las altas marabillas
De modo, que contento y satisfecho
Quede el mas libre y suelto pensamiento
Sin que las sienta con no mas de oillas :
Tu, dulce amor, que puedes referillas

Por

Por mi lengua si quieres,
Tal gracia le concede,
Que con la palma quede
De gusto y gloria por decir quien eres,
Que si me ayudas, como yo confio,
Verase en presto vuelo
Subir al cielo tu valor y el mio.

Es el amor principio del bien nuestro,
Medio por do se alcanza y se grangea
El mas dichoso fin que se pretende;
De todas ciencias sin igual maestro;
Fuego, que aunque de yelo un pecho sea,
En claras llamas de virtud le enciende;
Poder que al flaco ayuda, al fuerte ofende;
Raiz de adonde nace
La venturosa planta
Que al cielo nos levanta
Con tal fruto, que al alma satisface,
De bondad, de valor, de honesto zelo,
De gusto sin segundo,
Que alegra al mundo y enamora al cielo.

Cortesano, galan, sabio, discreto,
Gallardo, liberal, manso, esforzado,
De aguda vista, aunque de ciegos ojos,

Guardador verdadero del respeto ;
Capitan que en la guerra do ha triunfado ,
Sola la honra quiere por despojos ;
Flor , que crece entre espinas y entre abrojos,
Que á vida y alma adorna
Del temor enemigo ,
De la esperanza amigo ;
Huesped que mas alegra quando torna ;
Instrumento de honrosos ricos bienes ;
Por quien se mira y medra
La honrosa yedra en las honradas sienes.

Instinto natural , que nos comueve
A levantar los pensamientos tanto ,
Que apenas llega alli la vista humana ;
Escala por do sube el que se atreve
A la dulce region del cielo santo ;
Sierra , en su cumbre deleitosa y llana ;
Facilidad que lo intricado allana ;
Norte por quien se guia
En este mar insano
El pensamiento sano ;
Alivio de la triste fantasia ;
Padrino que no quiere nuestra afrenta ;
Farol que no se encubre ,
Mas no descubre el puerto en la tormenta.

Pin-

Pintor, que en nuestras animas retrata
Con apacibles sombras y colores,
Ora mortal, ora inmortal belleza;
Sol que todo nublado desbarata:
Gusto á quien son sabrosos los dolores;
Espejo en quien se ve naturaleza
Liberal, que en su punto la franqueza
Pone con justo medio:
Espiritu de fuego
Que alumbra al que es mas ciego,
Del odio y del temor solo remedio:
Argos que nunca puede estár dormido
Por mas que á sus orejas
Lleguen consejos de algun dios fingido.

Exercito de armada infanteria
Que atropella cien mil dificultades,
Y siempre queda con vitoria y palma;
Morada adonde asiste el alegria;
Rostro que nunca encubre las verdades
Mostrando claro lo que está en el alma;
Por donde la tormenta es dulce calma
Con solo que se espere
Tenerla en tiempo alguno;
Refrigerio oportuno
Que cura el desdeñado quando muere:

En-

Enfin amor es vida, es gloria, es gusto,
Almo, feliz sosiego.
Seguidle luego, que el seguirle es gusto.

El fin del razonamiento y cancion de Tirsi fue principio para confirmar de nuevo en todos la opinion que de discreto tenia, sino fue en el desamorado Lenio, á quien no pareció tan bien su respuesta que le satisfaciese al entendimiento, y le mudase de su primer proposito. Vióse esto claro, porque ya iba dando muestras de querer responder y replicar á Tirsi, si las alabanzas que á los dos daban Darintho y su compañero, y todos los pastores y pastoras presentes, no lo estorbaran; porque tomando la mano el amigo de Darintho, dixo: en este punto acabo de conocer como la potencia y sabiduria de amor por todas las partes de la tierra se estiende; y que donde mas se afina y apura, es en los pastorales pechos, como nos lo ha mostrado lo que hemos oido al desamorado Lenio y al discreto Tirsi, cuyas razones y argumentos mas parecen de ingenios entre libros y las aulas criados, que no de aquellos que entre pagizas cabañas son crecidos. Pero no me ma-

marabillaria yo tanto desto, si fuese de aquella opinion del que dixo que el saber de nuestras almas, era acordarse de lo que ya sabian, presuponiendo que todas se crian enseñadas: mas quando veo que debo seguir el otro mejor parecer del que afirmó que nuestra alma era como una tabla rasa, la qual no tenia ninguna cosa pintada, no puedo dexar de admirarme de ver como haya sido posible, que en la compañia de las ovejas, en la soledad de los campos, se puedan aprender las ciencias, que apenas saben disputarse en las nombradas Universidades: si ya no quiero persuadirme á lo que primero dixe, que el amor por todo se estiende, y á todos se comunica, al caido levanta, al simple avisa, y al avisado perfeciona. Si conocieras, señor, respondió á esta sazon Elicio, como la crianza del nombrado Tirsi no ha sido entre los arboles y florestas, como tu imaginas, sino en las reales cortes y conocidas Escuelas, no te marabillaras de lo que ha dicho, sino de lo que ha dexado por decir: y aunque el desamorado Lenio, por su humildad ha confesado que la rusticidad de su vida pocas prendas de ingenio puede prometer, con todo

do

do eso te aseguro que los mas floridos años de su edad gastó no en el exercicio de guardar las cabras en los montes, sino en las riberas del claro Tormes en loables estudios y discretas conversaciones. Asi que, si la platica que los dos han tenido, demas que de pastores te parece, contemplalos como fueron, y no como agora son: quanto mas, que hallarás pastores en estas nuestras riberas, que no te causarán menos admiracion si los oyes, que los que ahora has oido; porque en ellas apacientan sus ganados los famosos y conocidos Franio, Siralvo, Filardo, Silvano, Lisardo y los dos Matuntos, padre y hijo, uno en la lira, y otro en la poesia sobre todo estremo estremados: y para remate de todo, vuelve los ojos y conoce el conocido Damon, que presente tienes, donde puede parar tu deseo, si desea conocer el estremo de discrecion y sabiduria. Responder queria el caballero á Elicio, quando una de aquellas damas que con él venian, dixo á la otra: pareceme, señora Nisida, que pues el sol va ya declinando, que seria bien que nos fuesemos, si havemos de llegar mañana adonde dicen que está nuestro padre. No huvo bien di-

dicho esto la dama, quando Darintho, y su compañero la miraron, mostrando que les havia pesado de que huviese llamado por su nombre á la otra. Pero ansi como Elicio oyó el nombre de Nisida, le dió en el alma si era aquella Nisida, á quien el hermitaño Silerio tantas cosas havia contado, y el mismo pensamiento les vino á Tirsi, Damon, y á Erastro. Y por certificarse Elicio de lo que sospechaba, dixo: pocos dias ha, señor Darintho, que yo y algunos de los que aqui estamos, oimos nombrar el nombre de Nisida, como aquella dama agora ha hecho, pero de mas lagrimas acompañado, y con mas sobresaltos referido. Por ventura, respondió Darintho, hay alguna pastora en estas vuestras riberas, que se llame Nisida? No, respondió Elicio; pero esta que yo digo, en ellas nació, y en las apartadas del famoso Sebeto fue criada. Qué es lo que dices, pastor? replicó el otro caballero. Lo que oyes, respondió Elicio, y lo que mas oirás, si me aseguras una sospecha que tengo. Dimela, dixo el caballero, que podria ser se te satisfaciese. A esto replicó Elicio: á dicha, señor, tu propio nombre es Timbrio? No te puedo negar esa verdad, respon-

pon-

pondió el otro, porque Timbrio me llamo, el qual nombre quisiera encubrir hasta otra sazon mas oportuna : mas la voluntad que tengo de saber, porqué sospechaste que asi me llamaba, me fuerza á que no te encubra nada de lo que de mí saber quisieres. Segun eso tampoco me negarás, dixo Elicio, que esta dama que contigo traes, se llama Nisida, y aun por lo que yo puedo congeturar, la otra se llama Blanca, y es su hermana. En todo has acertado, respondió Timbrio; pero pues yo no te he negado nada de lo que me has preguntado, no me niegues tu la causa que te ha movido á preguntarmelo. Ella es tan buena, y será tan de tu gusto, replicó Elicio, qual lo verás antes de muchas horas. Todos los que no sabian lo que el hermitaño Silerio á Elicio, Tirsi, Damon, Erastro havia contado, estaban confusos, oyendo lo que entre Timbrio y Elicio pasaba. Mas á este punto dixo Damon, volviendose á Elicio : no entretengas, ó Elicio, las buenas nuevas que puedes dar á Timbrio : y aun yo, dixo Erastro, no me detendre un punto de ir á darselas al lastimado Silerio del hallazgo de Timbrio. Santos cielos, y qué es lo que oi-

oigo! dixo Timbrio; y qué es lo que dices, pastor? Es por ventura ese Silerio que has nombrado, el que es mi verdadero amigo, el que es la mitad de mi vida, el que yo deseo ver mas que á otra cosa que me pueda pedir el deseo? Sacame desta duda luego, asi crezcan y multipliquen tus rebaños de manera, que te tengan envidia todos los vecinos ganaderos. No te fatigues tanto, Timbrio, dixo Damon, que el Silerio que Erastro dice, es el mesmo que tu dices, y el que desea saber mas de tu vida, que sostener y aumentar la suya propia; porque despues que te partiste de Napoles, segun él nos ha contado, ha sentido tanto tu ausencia, que la pena della, con la que le causaban otras perdidas que él nos contó, le ha reducido á terminos, que en una pequeña hermita, que poco menos de una legua está de aqui distante, pasa la mas estrecha vida que imaginarse puede, con determinacion de esperar alli la muerte, pues de saber el suceso de tu vida, no podia ser satisfecho. Esto sabemos cierto Tirsi, Elicio, Erastro, y yo; porque él mesmo nos ha contado la amistad que contigo tenia, con toda la historia de los casos á entrambos sucedidos, has-

hasta que la fortuna por tan estraños accidentes os apartó para apartarle á él á vivir en tan estraña soledad, que te causará admiracion quando le veas. Veale yo, y llegue luego el ultimo remate de mis dias, dixo Timbrio: y asi os ruego, famosos pastores, por aquella cortesia que en vuestros pechos mora, que satisfagais este mio, con decirme adonde está esa hermita adonde Silerio vive. Adonde muere podrás mejor decir, dixo Erastro, pero de aqui adelante vivirá con las nuevas de tu venida: y pues tanto su gusto y el tuyo deseas, levantate y vamos, que antes que el sol se ponga, te pondré con Silerio: mas ha de ser con condicion, que en el camino nos cuentes todo lo que te ha sucedido despues que de Napoles te partiste, que de todo lo demas hasta aquel punto satisfechos están algunos de los presentes. Poca paga me pides, respondió Timbrio, para tan gran cosa como me ofreces; porque no digo yo contarte eso, pero todo aquello que de mí saber quisieres y mas: y volviendose á las damas que con el venian, les dixo: pues con tan buena ocasion, querida y señora Nisida, se ha rompido el presupuesto que traiamos de no decir

cir nuestros propios nombres, con el alegria que requiere la buena nueva que nos han dado, os ruego que no nos detengamos, sino que luego vamos á ver á Silerio, á quien vos y yo debemos las vidas, y el contento que poseemos. Escusado es, señor Timbrio, respondió Nisida, que vos me rogueis que haga cosa que tanto deseo, y que tan bien me está el hacerla: vamos enhorabuena, que ya cada momento que tardare de verle, se me hará un siglo. Lo mesmo dixo la otra dama, que era su hermana Blanca, la mesma que Silerio havia dicho, y la que mas muestra dió de contento. Solo Darintho con las nuevas de Silerio se puso tal, que los labios no movia, antes con un estraño silencio se levantó y mandó á un su criado que le trugese el caballo en que alli havia venido: sin despedirse de ninguno subió en él; y volviendo las riendas, á paso tirado se desvió de todos. Quando esto vió Timbrio, subió en otro caballo, y con mucha priesa siguió á Darintho hasta que le alcanzó, y trabando por las riendas del caballo, le hizo estar quedo, y alli estuvo con él hablando un buen rato, al cabo del qual Timbrio se volvió donde los pas-

pastores estaban, y Darintho siguió su camino, enviando á disculparse con Timbrio del haverse partido sin despedirse dellos. En este tiempo Galatea, Rosaura, Teolinda, Leonarda y Florisa á las hermosas Nisida y Blanca se llegaron; y la discreta Nisida en breves razones les contó la amistad tan grande que entre Timbrio y Silerio havia, con mucha parte de los sucesos por ellos pasados; pero con la vuelta de Timbrio, todos quisieron ponerse en camino para la hermita de Silerio; sino que á la mesma sazon llegó á la fuente una hermosa pastorcilla de hasta edad de quince años, con su zurron al hombro, y cayado en la mano, la qual como vió tan agradable compañia, con lagrimas en los ojos les dixo: si por ventura hay entre vosotros, señores, quien de los estraños efetos y casos de amor tenga alguna noticia, y las lagrimas y suspiros amorosos le suelen enternecer el pecho, acuda quien esto siente á ver si es posible remediar y detener las mas amorosas lagrimas y profundos suspiros, que jamas de ojos y pechos enamorados salieron: acudid pues, pastores, á lo que os digo, vereis como con la experiencia de lo que os muestro, ha-



Josef Ximeno la inv. i dibujó. *Joaquin Pro la g.*

hago verdaderas mis palabras ; y en diciendo esto, volvió las espaldas, y todos quantos alli estaban la siguieron. Viendo pues la pastora que la seguian, con presuroso paso se entró por entre unos arboles que á un lado de la fuente estaban ; y no huvo andado mucho, quando volviendose á los que tras ella iban, les dixo : veis alli, señores, la causa de mis lagrimas, porque aquel pastor que alli parece, es un hermano mio, que por aquella pastora ante quien está hincado de hinojos, sin duda alguna él dexará la vida en manos de su crueldad. Volvieron todos los ojos á la parte que la pastora señalaba, y vieron que al pie de un verde sauce estaba arrimada una pastora, vestida como cazadora ninfa, con una rica aljaba que del lado le pendia, y un encorbado arco en las manos, con sus hermosos y rubios cabellos, cogidos con una verde guirnalda : el pastor estaba ante ella de rodillas con un cordel echado á la garganta, y un cuchillo desenvainado en la derecha mano, y con la izquierda tenia asida á la pastora de un blanco cendal, que encima de los vestidos traia. Mostraba la pastora ceño en su rostro, y estar desgustada de que el pas-

tor alli por fuerza la detuviese ; mas quando ella vió que la estaban mirando , con grande ahinco procuraba desasirse de la mano del lastimado pastor , que con abundancia de lagrimas tiernas y amorosas palabras , le estaba rogando que si quiera le diese lugar para poderle significar la pena que por ella padecia ; pero la pastora desdeñosa y airada se apartó dél á tiempo que ya todos los pastores llegaban cerca tanto , que oyeron al enamorado mozo , que en tal manera á la pastora hablaba. O ingrata y desconocida Gelasia , y con quan justo titulo has alcanzado el renombre de cruel que tienes ! vuelve , endurecida , los ojos á mirar al que por mirarte está en el estremo de dolor que imaginarse puede : porqué huyes de quien te sigue ? porqué no admites á quien te sirve ? y porqué aborreces al que te adora ? ó sin razon enemiga mia , dura qual levantado risco , airada qual ofendida sierpe , sorda qual muda selva , esquiva como rustica , rustica como fiera , fiera como tigre , tigre que en mis entrañas se ceba ! será posible que mis lagrimas no te ablenden ? qué mis suspiros no te apiaden ? y que mis servicios no te muevan ? sí , que será posible ;

pues asi lo quiere mi corta y desdichada suerte, y aun será tambien posible que tu no quieras apretar este lazo que á la garganta tengo, ni atravesar este cuchillo por medio deste corazon que te adora: vuelve, pastora, vuelve, y acaba la tragedia de mi miserable vida, pues con tanta facilidad puedes añudar este cordel á mi garganta, ó ensangrentar este cuchillo en mi pecho. Estas y otras semejantes razones decia el lastimado pastor, acompañadas de tantos sollozos y lagrimas, que movian á compasion á todos quantos le escuchaban. Pero no por esto la cruel y desamorada pastora dexaba de seguir su camino, sin querer aun volver los ojos á mirar al pastor, que por ella en tal estado quedaba: de que no poco se admiraron todos los que su airado desden conocieron; y fue de manera, que hasta al desamorado Lenio le pareció mal la crueldad de la pastora: y ansi él con el anciano Arsindo se adelantaron á rogarle, tuviese por bien de volver á escuchar las quexas del enamorado mozo, aunque nunca tuviese intencion de remediarlas. Mas no fue posible mudarla de su proposito, antes les rogó que no la tuviesen por descomedida en

no hacer lo que le mandaban, porque su intencion era de ser enemiga mortal del amor y de todos los enamorados por muchas razones que á ello la movian, y una dellas era haverse desde su niñez dedicado á seguir el exercicio de la casta Diana: añadiendo á estas tantas causas para no hacer el ruego de los pastores, que Arsindo tuvo por bien de dexarla y volverse, lo que no hizo el desamorado Lenio, el qual como vió que la pastora era tan enemiga del amor como parecia, y que tan de todo en todo con la condicion desamorada suya se conformaba, determinó de saber quien era, y de seguir su compañia por algunos dias, y asi le declaró como él era el mayor enemigo que el amor y los enamorados tenian: rogandole que pues tanto en las opiniones se conformaban, tuviese por bien de no enfadarse con su compañia, que no seria mas de lo que ella quisiese. La pastora se holgó de saber la intencion de Lenio, y le concedió que con ella viniese hasta su aldea, que dos leguas de la de Lenio era. Con esto se despidió Lenio de Arsindo, rogandole que le disculpase con todos sus amigos, y les digese la causa que le havia movido á irse

se con aquella pastora : y sin esperar mas, él y Gelasia alargaron el paso, y en poco rato desaparecieron. Quando Arsindo volvió á decir lo que con la pastora havia pasado, halló que todos aquellos pastores havian llegado á consolar al enamorado pastor, y que las dos de las tres rebozadas pastoras, la una estaba desmayada en las faldas de la hermosa Galatea, y la otra abrazada con la bella Rosaura, que asi mesmo el rostro cubierto tenia. La que con Galatea estaba era Teolinda, y la otra su hermana Leonarda, las quales asi como vieron al desesperado pastor, que con Gelasia hallaron, un zeloso y enamorado desmayo les cubrió el corazon, porque Leonarda creyó que el pastor era su querido Galercio, y Teolinda tuvo por verdad que era su enamorado Artidoro : y como las dos le vieron tan rendido y perdido por la cruel Gelasia, llególes tan al alma el sentimiento, que sin sentido alguno la una en las faldas de Galatea, la otra en los brazos de Rosaura desmayadas cayeron. Pero de alli á poco rato volviendo en sí Leonarda, á Rosaura dixo : ay señora mia, y como creo que todos los pasos de mi remedio me tiene tomados la

fortuna, pues la voluntad de Galercio está tan agena de ser mia, como se puede ver por las palabras que aquel pastor ha dicho á la desamorada Gelasia; porque te hago saber, señora, que aquel es el que ha robado mi libertad, y aun el que ha de dar fin á mis dias. Marabillada quedó Rosaura de lo que Leonarda decia: y mas lo fue quando haviendo tambien vuelto en sí Teolinda, ella y Galatea la llamaron, y juntandose todos con Florisa y Leonarda, Teolinda dixo como aquel pastor era el su deseado Artidoro; pero aun no le huvo bien nombrado, quando su hermana le respondió que se engañaba, que no era sino Galercio su hermano. Ay traidora Leonarda, respondió Teolinda, y no te basta haverme una vez apartado de mi bien, sino agora que le hallo, quieres decir que es tuyo? pues desengañate que en esto no te pienso ser hermana, sino declarada enemiga. Sin duda que te engañas, hermana, respondió Leonarda, y no me marabillo, que en ese mismo error cayeron todos los de nuestra aldea, creyendo que este pastor era Artidoro, hasta que claramente vinieron á entender que no era sino su hermano Galercio, que tan-

tanto se parece el uno al otro, como nosotras la una á la otra; y aun si puede haver mayor semejanza, mayor semejanza tienen. No lo quiero creer, respondió Teolinda, porque aunque nosotras nos parecemos tanto, no tan facilmente se hallan estos milagros en naturaleza: y asi te hago saber que en tanto que la experiencia no me haga mas cierta de la verdad, que tus palabras me hacen, yo no pienso dexar de creer que aquel pastor que alli veo, es Artidoro; y si alguna cosa me lo pudiera poner en duda, es no pensar que de la condicion y firmeza que yo de Artidoro tengo conocida, se puede esperar ó temer que tan presto haya hecho mudanza, y me olvide. Sosegaos, pastoras, dixo entonces Rosaura, que yo os sacare presto desa duda en que estais; y dexandolas á ellas, se fue adonde el pastor estaba dando á aquellos pastores cuenta de la estraña condicion de Gelasia, y de las sinrazones que con él usaba. A su lado tenia el pastor la hermosa pastorcilla que decia ser su hermano, á la qual llamó Rosaura, y apartandose con ella á un cabo, la importunó y rogó le dixese como se lla-

ma-

maba su hermano, y si tenia otro alguno que le pareciese. A lo qual la pastora respondió que se llamaba Galercio, y que tenia otro que se llamaba Artidoro, que le parecia tanto, que apenas se diferenciaban, sino es por alguna señal de los vestidos, ó por el organo de la voz que en algo diferia. Preguntole tambien qué se havia hecho Artidoro. Respondióle la pastora que andaba en unos montes algo de alli apartados, repastando parte del ganado de Grisaldo, con otro rebaño de cabras suyas, y que nunca havia querido entrar en el aldea, ni tener conversacion con hombre alguno, despues que de las riberas de Henares havia venido; y con estas le dixo otras particularidades tales, que Rosaura quedó satifecha de que aquel pastor no era Artidoro, sino Galercio, como Leonarda havia dicho, y aquella pastora decia, de la qual supo el nombre, que se llamaba Maurisa: y trayendola consigo á donde Galatea y las otras pastoras estaban, otra vez en presencia de Teolinda y Leonarda contó todo lo que de Artidoro y Galercio sabia, con lo que quedó Teolinda sosegada, y Leonarda des-

con-

contenta, viendo quan descuidadas estaban las mentes de Galercio de pensar en cosas suyas. En las platicas que las pastoras tenian, acertó que Leonarda llamó por su nombre á la encubierta Rosaura, y oyendolo Maurisa, dixo: si yo no me engaño, señora, por vuestra causa ha sido aqui mi venida, y la de mi hermano. En qué manera? dixo Rosaura. Yo os lo diré, si me dais licencia de que á solas os lo diga, respondió la pastora. De buena gana, replicó Rosaura; y apartandose con ella la pastora, le dixo: sin duda alguna, hermosa señora, que á vos y á la pastora Galatea, mi hermano y yo con un recaudo de nuestro amo Grisaldo venimos. Asi debe ser, respondió Rosaura, y llamando á Galatea, entrambas escucharon lo que Maurisa de Grisaldo decia, que fue avisarles como de alli á dos dias vendria con dos amigos suyos á llevarla en casa de su tia, adonde en secreto celebrarian sus bodas, y juntamente con esto dió de parte de Grisaldo á Galatea unas ricas joyas de oro, como en agradecimiento de la voluntad que de hospedar á Rosaura havia mostrado. Rosaura y Galatea,
agra-

agradecieron á Maurisa el buen aviso, y en pago dél la discreta Galatea queria partir con ella el presente que Grisaldo le havia enviado, pero nunca Maurisa quiso recibirlo. Alli de nuevo se tornó á informar Galatea de la semejanza estraña que entre Galercio y Artidoro havia. Todo el tiempo que Galatea y Rosaura gastaban en hablar á Maurisa, le entretenian Teolinda y Leonarda en mirar á Galercio, porque cebados los ojos de Teolinda en el rostro de Galercio, que tanto al de Artidoro semejaba, no podia apartarlos de mirar: y como los de la enamorada Leonarda sabian lo que miraban, tambien le era imposible á otra parte volverlos. A esta sazon ya los pastores havian consolado á Galercio, aunque para el mal que padecia, qualesquier consejos y consuelos tenia por vanos y escusados, todo lo qual redundaba en daño de Leonarda. Rosaura y Galatea viendo que los pastores acia ellas se venian, despidieron á Maurisa, diciendole que dixese á Grisaldo, como Rosaura estaria en casa de Galatea. Maurisa se despidió dellas, y llamando á su hermano, en secreto le contó

lo

lo que con Rosaura y Galatea pasado havia, y asi con buen comedimiento se despidió dellas y de los pastores, y con su hermana dió la vuelta á su aldea; pero las enamoradas hermanas Teolinda y Leonarda, que vieron que en irse Galercio se les iba la luz de sus ojos, y la vida de su vida, entrambas á dos se llegaron á Galatea y á Rosaura, y les rogaron les diesen licencia para seguir á Galercio, dando por escusa Teolinda que Galercio le diria adonde Artidoro estaba; y Leonarda, que podria ser que la voluntad de Galercio se trocase viendo la obligacion en que le estaba. Las pastoras se la concedieron, con la condicion que antes Galatea á Teolinda havia pedido, que era que de todo su bien ó su mal la avisase. Tornoselo á prometer Teolinda de nuevo, y de nuevo despidiendose, siguió el camino que Galercio y Maurisa llevaban. Lo mismo hicieron luego, aunque por diferente parte, Timbrio, Tirsi, Damon, Orompo, Crisio, Marsilio y Orfenio que á la hermita de Silerio con las hermosas hermanas Nisida y Blanca se encaminaron, haviendo primero ellos y ellas des-

des-

despedidose del venerable Aurelio, y de Galatea, Rosaura y Florisa, y asi mismo de Elicio y Erastro, que no quisieron dexar de volver con Galatea, ofreciendose Aurelio que en llegando á su aldea iria luego con Elicio y Erastro á buscarlos á la hermita de Silerio, y llevaria algo con que satisfacer la incomodidad que para agasajar tales huespedes Silerio tendria: con este prosupuesto unos por una, y otros por otra parte se apartaron, y echando al despedirse menos al anciano Arsindo, vieron que sin despedirse de ninguno iba lejos por el mismo camino que Galercio y Maurisa, y las rebozadas pastoras llevaban, de que se marabillaron: y viendo que ya el sol apresuraba su carrera para entrarse por las puertas del Occidente, no quisieron detenerse alli mas, por llegar á la aldea antes que las sombras de la noche. Viendose pues Elicio y Erastro ante la señora de sus pensamientos, por mostrar en algo lo que encubrir no podian, y por aligerar el cansancio del camino, y aun por cumplir el mandado de Florisa, que les mandó que entanto que á la aldea llegaban, algo cantasen,

sen, al son de la zampoña de Florisa desta manera comenzó á cantar Elicio, y á responder Erastro.

ELICIO.

El que quisiere ver la hermosura
Mayor que tuvo, ó tiene, ó terná el suelo,
El fuego y el crisol, donde se apura
La blanca castidad y el limpio zelo,
Todo lo que el valor, ser y cordura,
Y cifrado en la tierra un nuevo cielo,
Juntas en uno alteza y cortesia,
Venga á mirar á la pastora mia.

ERASTRO.

Venga á mirar á la pastora mia
Quien quisiere contar de gente en gente
Que vió otro sol, que daba luz al dia
Mas claro, que el que sale del Oriente:
Podrá decir como su fuego enfria,
Y abrasa al alma que tocar se siente
Del vivo rayo de sus ojos bellos,
Y que no hay mas que ver despues de vellos.

ELICIO.

Y que no hay mas que ver despues de vellos,

Sa-

Sabenlo bien estos cansados ojos ,
Ojos , que por mi mal fueron tan bellos ,
Ocasion principal de mis enojos :
Vilos , y vi que se abrasaba en ellos
Mi alma , y que entregaban los despojos
De todas sus potencias á su llama ,
Que me abrasa , y me yela , arroja , y llama.

ERASTRO.

Que me abrasa , y me yela , arroja , y llama
Esta dulce enemiga de mi gloria ,
De cuyo ilustre ser puede la fama
Hacer estraña y verdadera historia :
Solo sus ojos do el amor derrama
Toda su gracia y fuerza mas notoria ,
Darán materia que levante al cielo
La pluma del mas baxo humilde vuelo.

ELICIO.

La pluma del mas baxo humilde vuelo
Si quiere levantarse hasta la esfera ,
Cante la cortesia y justo zelo
Desta Fenix sin par , sola y primera :
Gloria de nuestra edad , honra del suelo ,
Valor del claro Tajo y su ribera ,
Cordura sin igual , rara belleza

Don-

Donde mas se estremó naturaleza.

ERASTRO.

Donde mas se estremó naturaleza,
Donde ha igualado el pensamiento al arte,
Donde juntó el valor y gentileza
Que en diversos sugetos se reparte:
Y adonde la humildad con la grandeza
Ocupan solas una mesma parte,
Y adonde tiene amor su alvergue y nido,
La bella ingrata mi enemiga ha sido.

ELICIO.

La bella ingrata mi enemiga ha sido
Quien quiso, y pudo, y supo en un momento
Tenerme de un sutil cabello asido
El libre vagaroso pensamiento:
Y aunque al estrecho lazo estoy rendido,
Tal gusto y gloria en las prisiones siento,
Que estiendo el pie y el cuello á las cadenas,
Llamando dulces tan amargas penas.

ERASTRO.

Llamando dulces tan amargas penas
Paso la corta fatigada vida
Del alma triste, sustentada apenas,

Y aun apenas del cuerpo sostenida :
Ofrecióle fortuna á manos llenas
A mi breve esperanza fe cumplida ;
Qué gusto pues, qué gloria, ó bien se ofrece
Do mengua la esperanza y la fe crece ?

ELICIO.

Do mengua la esperanza y la fe crece,
Se descubre y parece el alto intento
Del firme pensamiento enamorado,
Que solo confiado en amor puro,
Vive cierto y seguro de una paga
Que al alma satisfaga limpiamente.

ERASTRO.

El misero doliente, á quien sugeta
La enfermedad y aprieta, se contenta
Quando más le atormenta el dolor fiero,
Con qualquiera ligero breve alivio ;
Mas quando ya mas tibio el daño toca,
A la salud invoca y busca entera :
Asi desta manera el tierno pecho
Del amador deshecho en llanto triste,
Dice que el bien consiste de su pena
En que la luz serena de los ojos,
A quien dió los despojos de su vida

Le

Le mire con fingida ó cierta muestra,
Mas luego amor le adiestra y le desmanda,
Y mas cosas demanda que primero.

ELICIO.

Ya traspone el otero el sol hermoso,
Erastro, y á reposo nos convida
La noche denegrida que se acerca.

ERASTRO.

Y el aldea está cerca, y yo cansado.

ELICIO.

Pongamos pues silencio al canto usado.

Bien tomáran por partido los que escuchando á Elicio y á Erastro iban, que mas el camino se alargára, por gustar mas del agradable canto de los enamorados pastores; pero el cerrar de la noche, y el llegar á la aldea hizo que dél cesasen, y que Aurelio, Galatea, Rosaura y Florisa en su casa se recogiesen. Elicio y Erastro hicieron lo mismo en las suyas, con intencion de irse luego adonde Tirsi y Damon, y los demas pastores estaban, que asi quedó concertado

entre ellos, y el padre de Galatea: solo esperaban á que la blanca luna desterrase la escuridad de la noche: y asi como ella mostró su hermoso rostro, ellos se fueron á buscar á Aurelio, y todos juntos la vuelta de la hermita se encaminaron, donde les sucedió lo que se verá en el siguiente libro.

FIN DEL LIBRO QUARTO.

LIBRO QUINTO
DE LA
GALATEA.

ERA tanto el deseo que el enamorado Timbrio y las dos hermosas hermanas Nisida y Blanca llevaban, de llegar á la hermita de Silerio, que la ligereza de los pasos, aunque era mucha, no era posible que á la de la voluntad llegase; y por conocer esto, no quisieron Tirsi y Damon importunar á Timbrio cumpliese la palabra que havia dado de contarles en el camino todo lo por él sucedido despues que se apartó de Silerio; pero todavia, llevados del deseo que tenian de saberlo, se lo iban ya á preguntar, si en aquel punto no hiriera en los oidos de todos una voz de un pastor, que un poco apartado del camino entre unos verdes arboles cantando estaba, que luego en el son no muy concertado de la voz y en lo que cantaba, fue de los mas que alli venian conocido, principal-

mente de su amigo Damon, porque era el pastor Lauso el que al son de un pequeño rabel unos versos decia, y por ser el pastor tan conocido, y saber ya todos la mudanza que de su libre voluntad havia hecho, de comun parecer recogieron el paso y se pararon á escuchar lo que Lauso cantaba, que era esto.

LAUSO.

Quién mi libre pensamiento
Me le vino á sugetar?
Quién pudo en flaco cimiento
Sin ventura fabricar
Tan altas torres de viento?
Quién rindió mi libertad
Estando en seguridad
De mi vida satisfecho?
Quién abrió y rompió mi pecho,
Y robó mi voluntad?

Dónde está la fantasia
De mi esquiva condicion?
Do el alma que ya fue mia,
Y dónde mi corazon
Que no está donde solia?

Mas

Mas yo todo donde estoy?
Dónde vengo? adónde voy?
A dicha sé yo de mí?
Soy por ventura el que fui,
O nunca he sido el que soy?

Estrecha cuenta me pido
Sin poder averigualla,
Pues á tal punto he venido
Que aquello que en mí se halla,
Es sombra de lo que he sido:
No me entiendo de entenderme,
Ni me valgo por valerme,
Y en tan ciega confusion
Cierta está mi perdicion,
Y no pienso de perderme.

La fuerza de mi cuidado
Y el amor que lo consiente,
Me tienen en tal estado,
Que adoro el tiempo presente,
Y lloro por el pasado:
Veome en este morir,
Y en el pasado vivir,
Y en este adoro mi muerte,
Y en el pasado la suerte

Que ya no puede venir.

En tan estraña agonia
El sentido tengo ciego,
Pues viendo que amor porfia,
Y que estoy dentro del fuego,
Aborrezco el agua fria:
Que sino es la de mis ojos
Que el fuego aumenta, y despojos,
En esta amorosa fragua
No quiero, ni busco otra agua,
Ni otro alivio á mis enojos.

Todo mi bien comenzára,
Todo mi mal feneciera,
Si mi ventura ordenára
Que de ser mi fe sincera
Silena se asegurára:
Suspiros, aseguralda,
Ojos mios, enteralda
Llorando en esta verdad:
Pluma, lengua, voluntad,
En tal razon confirmalda.

No pudo ni quiso el presuroso Timbrio aguardar á que mas adelante el pastor Lauso

con

con su canto pasase, porque rogando á los pastores que el camino de la hermita le enseñasen, si ellos quedarse querian, hizo muestras de adelantarse, y asi todos le siguieron, y pasaron tan cerca de donde el enamorado Lauso estaba, que no pudo dexar de sentirlo, y de salirles al encuentro como lo hizo, con cuya compañia todos se holgaron, especialmente Damon, su verdadero amigo, con el qual se acompañó todo el camino que desde alli á la hermita havia, razonando en diversos acaecimientos que á los dos havia sucedido despues que dexaron de verse, que fue desde el tiempo que el valeroso y nombrado pastor Astraliano havia dexado los Cisalpinos pastos, por ir á reducir aquellos que del famoso Hermano y de la verdadera religion se havian rebelado, y al cabo vinieron á reducir su razonamiento á tratar de los amores de Lauso, preguntandole ahincadamente Damon, que le dixese quién era la pastora que con tanta facilidad de la libre voluntad le havia rendido; y quando esto no pudo saber de Lauso, le rogó con grandes veras, qué á lo menos le dixese en qué estado se hallaba, si era de temor ó de esperanza, si le fatigaba ingrati-

tud,

tud, ó si le atormentaban zelos. A todo lo qual satisfizo bien Lauso, contandole algunas cosas que con su pastora le havian sucedido: y entre otras le dixo, como hallandose un dia zeloso y desfavorecido, havia llegado á terminos de desesperarse, ó de dar alguna muestra que en daño de su persona y en el del credito y honra de su pastora redundase, pero que todo se remedió con haverla hablado, y haverle ella asegurado ser falsa la sospecha que tenia. Cofirmado todo esto con darle un anillo de su mano, que fue parte para volver á mejor discurso su entendimiento, y para solenizar aquel favor con un soneto, que de algunos que le vieron, fue por bueno estimado. Pidió entonces Damon á Lauso que le dixese; y asi, sin poder escusarse le huvo de decir, que era este.

LAUSO.

Rica y dichosa prenda, que adornaste
El precioso marfil, la nieve pura,
Prenda que de la muerte y sombra escura
A nueva luz y vida me tornaste:
El claro cielo de tu bien trocaste

Con

Con el infierno de mi desveutura,
Porque viviese en dulce paz segura
La esperanza que en mí resucitaste.
  Sabes quánto me cuestas, dulce prenda?
El alma, y aun no quedo satisfecho,
Pues menos doi de aquello que recibo.
  Mas porque el mundo tu valor entienda,
Sé tu mi alma, encierrate en mi pecho,
Verán como por tí sin alma vivo.

Dixo Lauso el soneto, y Damon le tornó á rogar, que si otra alguna cosa á su pastora havia escrito, se la dixese, pues sabia de quanto gusto le eran á él oir sus versos. A esto respondió Lauso: eso será, Damon, por haverme sido tú maestro en ellos, y el deseo que tienes de ver lo que en mí aprovechaste, te hace desear oirlos; pero sea lo que fuere, que ninguna cosa de las que yo pudiere, te ha de ser negada: y asi te digo, que en estos mesmos dias, quando andaba zeloso y mal seguro, envié estos versos á mi pastora.

LAUSO A SILENA.

En tan notoria simpleza
Nacida de intento sano
El amor rige la mano,
Y la intencion tu belleza:
El amor y tu hermosura,
Silena, en esta ocasion,
Juzgarán á discrecion
Lo que tendrás tú á locura.

El me fuerza, y ella mueve
A que te adore y escriba,
Y como en los dos estriba
Mi fe, la mano se atreve:
Y aunque en esta grave culpa
Me amenaza tu rigor,
Mi fe, tu hermosura, amor
Darán del yerro disculpa.

Pues con un arrimo tal
(Puesto que culpa me dén)
Bien podre decir el bien
Que ha nacido de mi mal:
El qual bien, segun yo siento,

No

No es otra cosa, Silena,
Sino que tenga en la pena
Un estraño sufrimiento.

Y no lo encarezco poco
Este bien de ser sufrido,
Que si no lo huviera sido,
Ya el mal me tuviera loco:
Mas mis sentidos de acuerdo
Todos han dado en decir,
Que ya que haya de morir,
Que muera sufrido y cuerdo.

Pero bien considerado,
Mal podrá tener paciencia
En la amorosa dolencia
Un zeloso desamado,
Que en el mal de mis enojos
Todo mi bien desconcierta
Tener la esperanza muerta,
Y el enemigo á los ojos.

Goces, pastora, mil años
El bien de tu pensamiento,
Que yo no quiero contento
Grangeado con tus daños:

Si-

Sigue tu gusto, señora,
Pues te parece tan bueno,
Que yo por el bien ageno
No pienso llorar agora.

Porque fuera liviandad
Entregar mi alma al alma
Que tiene por gloria y palma
El no tener libertad:
Mas ay! que fortuna quiere,
Y el amor que viene en ello,
Que no pueda huir el cuello
Del cuchillo que me hiere.

Conozco claro que voy
Tras quien ha de condenarme,
Y quando pienso apartarme,
Mas quedo y mas firme estoy:
Qué lazos, qué redes tienen,
Silena, tus ojos bellos?
Que quanto mas huyo dellos,
Mas me enlazan y detienen.

Ay ojos! de quien recelo
Que si soy de vos mirado,
Es por crecerme el cuidado,

Y por menguarme el consuelo:
Ser vuestras vistas fingidas
Conmigo, es pura verdad,
Pues pagan mi voluntad
Con prendas aborrecidas.

Qué recelos, qué temores
Persiguen mi pensamiento,
Y qué de contrarios siento
En mis secretos amores:
Dexame, aguda memoria,
Olvidate, no te acuerdes
Del bien ageno, pues pierdes
En ello tu propia gloria.

Con tantas firmas afirmas
El amor que está en tu pecho,
Silena, que á mi despecho
Siempre mis males confirmas;
O perfido amor cruel!
Qual ley tuya me condena
Que dé yo el alma á Silena,
Y que me niegue un papel?

No mas, Silena, que toco
En puntos de tal porfia,

Que

Que el menor dellos podria
Dexarme sin vida, ó loco:
No pase de aqui mi pluma,
Pues tu la haces sentir,
Que no puedo reducir
Tanto mal á breve suma.

En lo que se detuvo Lauso en decir estos versos, y en alabar la singular hermosura, discrecion, donaire, honestidad, y valor de su pastora, á él y á Damon se les aligeró la pesadumbre del camino, y se les pasó el tiempo sin ser sentido, hasta que llegaron junto de la hermita de Silerio, en la qual no querian entrar Timbrio, Nisida y Blanca, por no sobresaltarle con su no pensada venida. Mas la suerte lo ordenó de otra manera, porque haviendose adelantado Tirsi y Damon á ver lo que Silerio hacia, hallaron la hermita abierta, y sin ninguna persona dentro, y estando confusos, sin saber donde podria estar Silerio á tales horas, llegó á sus oidos el son de su harpa, por do entendieron que él no debia estar lexos, y saliendo á buscarle guiados por el sonido de la harpa, con el resplandor claro de la luna vieron que esta-

ba

ba sentado en el tronco de un olivo, solo y sin otra compañia que la de su harpa, la qual tan dulcemente tocaba, que por gozar de tan suave harmonia no quisieron los pastores llegar á hablarle, y mas quando oyeron que con estremada voz estos versos comenzó á cantar.

SILERIO.

Ligeras horas del ligero tiempo
Para mí perezosas y cansadas,
Si no estais en mi daño conjuradas,
Parezcaos ya que es de acabarme tiempo.
Si agora me acabais, hareislo á tiempo
Que estan mis desventuras mas colmadas,
Mirad que menguarán, si sois pesadas,
Que el mal se acaba, si da tiempo al tiempo.
No os pido que vengais dulces sabrosas,
Pues no hallareis camino, senda, ó paso
De reducirme al ser que ya he perdido.
Horas á qualquier otro venturosas,
Aquella dulce del mortal traspaso,
Aquella de mi muerte sola os pido.

Despues que los pastores escucharon lo que Silerio cantado havia, sin que él los vie-

se, se volvieron á encontrar los demas que alli venian, con intencion que Timbrio hiciese lo que agora oireis. Que fue, que haviendole dicho de la manera que havian hallado á Silerio, y en el lugar do quedaba, le rogó Tirsi que sin que ninguno dellos se le diese á conocer, se fuesen llegando poco á poco acia él, ora les viese ó no, porque aunque la noche hacia clara, no por eso seria alguno conocido, y que hiciese ansi mismo que Nisida, ó él algo cantasen; y todo esto hacia por entretener el gusto que de su venida havia de recebir Silerio. Contentóse Timbrio dello, y diciendoselo á Nisida, vino en su mesmo parecer; y asi quando á Tirsi le pareció que estaban ya tan cerca, que de Silerio podrian ser oidos, hizo á la bella Nisida que comenzase: la qual al son del rabel del zeloso Orfenio desta manera comenzó á cantar.

NISIDA.

Aunque es el bien que poseo
Tal, que al alma satisface,
Le turba en parte y deshace

Otro

Otro bien que vi y no veo :
Que amor y fortuna escasa ,
Enemigos de mi vida ,
Me dan el bien por medida ,
Y el mal sin termino ó tasa.

En el amoroso estado ,
Aunque sobre el merecer
Tan solo viene el placer
Quanto el mal acompañado ,
Andan los males unidos
Sin un momento apartarse ,
Los bienes por acabarse
En mil partes divididos.

Lo que cuesta , si se alcanza ,
Del amor algun contento ,
Declarelo el sufrimiento ,
El amor , y la esperanza :
Mil penas cuesta una gloria ,
Un contento mil enojos ;
Sabenlo bien estos ojos ,
Y mi cansada memoria:

La qual se acuerda contino
De quien pudo mejoralla ,

Y para hallarle, no halla
Alguna senda ó camino:
Ay dulce amigo de aquel
Que te tuvo por tan suyo,
Quanto él se tuvo por tuyo,
Y quanto yo lo soy dél!

Mejoran con tu presencia
Nuestra no pensada dicha,
Y no la vuelva en desdicha
Tu tan larga esquiva ausencia:
A duro mal me provoca
La memoria que me acuerda,
Que fuiste loco, y yo cuerda,
Y eres cuerdo, y yo estoy loca.

Aquel que por buena suerte
Tu mesmo quisiste darme,
No ganó tanto en ganarme
Quanto ha perdido en perderte:
Mitad de su alma fuiste,
Y medio por quien la mia
Pudo alcanzar la alegria
Que tu ausencia tiene triste.

Si la estremada gracia con que la hermosa

Ni-

Nisida cantaba, causó admiracion á los que con ella iban, qué causaria en el pecho de Silerio, que sin faltar punto, notó y escuchó todas las circunstancias de su canto? y como tenia tan en el alma la voz de Nisida, apenas comenzó á resonar en sus oidos el acento suyo, quando él se llegó á alborotar, y á suspender y enagenar de sí mesmo, elevado en lo que escuchaba. Y aunque verdaderamente le pareció que era la voz de Nisida aquella, tenia tan perdida la esperanza de verla, y mas en semejante lugar, que en ninguna manera podia asegurar su sospecha. Desta suerte llegaron todos donde él estaba; y en saludandole Tirsi, le dixo: tan aficionados nos dexaste, amigo Silerio, de la condicion y conversacion tuya, que atraidos Damon y yo de la experiencia, y toda esta compañia de la fama della, dexando el camino que llevabamos, te hemos venido á buscar á tu hermita, donde no hallandote, como no te hallamos, quedára sin cumplirse nuestro deseo, si el son de tu harpa y de tu estimado canto aqui no nos huviera encaminado. Harto mejor fuera, señores, respondió Silerio, que no me hallarades, pues en mí no hallareis, sino ocasiones que á tris-

teza os muevan, pues la que yo padezco en el alma, tiene cuidado el tiempo cada dia de renovarla no solo con la memoria del bien pasado, sino con las sombras del presente, que al fin lo serán, pues de mi ventura no se puede esperar otra cosa, que bienes fingidos y temores ciertos. Lastima pusieron las razones de Silerio en todos los que le conocian, principalmente en Timbrio, Nisida y Blanca, que tanto le amaban, y luego quisieran darsele á conocer, sino fuera por no salir de lo que Tirsi les havia rogado: el qual hizo que todos sobre la verde yerva se sentasen, y de manera, que los rayos de la clara luna hiriesen de espaldas los rostros de Nisida y Blanca, porque Silerio no los conociese. Estando pues desta suerte, y despues que Damon á Silerio havia dicho algunas palabras de consuelo, porque el tiempo no se pasase todo en tratar en cosas de tristeza, y por dar principio á que la de Silerio feneciese, le rogó que su harpa tocase, al son de la qual el mesmo Damon cantó este soneto.

DA-

DAMON.

Si el aspero furor del mar airado
Por largo tiempo en su rigor durase,
Mal se podria hallar quien entregase
Su flaca nave al pielago alterado.
No permanece siempre en un estado
El bien, ni el mal, que el uno y otro vase,
Porque si huyese el bien, y el mal quedase,
Ya seria el mundo á confusion tornado.
La noche al dia, y el calor al frio,
La flor al fruto van en seguimiento,
Formando de contrarios igual tela.
La sugecion se cambia en señorio,
En placer el pesar, la gloria en viento,
Chè per tal variar natura é bella.

Acabó Damon de cantar, y luego hizo de señas á Timbrio que lo mismo hiciese: el qual al son de la harpa de Silerio dió principio á un soneto, que en el tiempo del hervor de sus amores havia hecho, el qual de Silerio era tan sabido, como del mesmo Timbrio.

TIMBRIO.

Tambien fundada tengo la esperanza,
Que aunque mas sople riguroso viento,
No podrá desdecir de su cimiento;
Tal fe, tal suerte, y tal valor alcanza.

No pudo acabar Timbrio el comenzado soneto, porque el oir Silerio su voz, y el conocerle todo fue uno, y sin ser parte á otra cosa, se levantó de do sentado estaba, y se fue á abrazar del cuello de Timbrio con muestras de tan estraño contento y sobresalto, que sin hablar palabra se transpuso y estuvo un rato sin acuerdo con tanto dolor de los presentes, temerosos de algun mal suceso, que ya condenaban por mala el astucia de Tirsi; pero quien mas estremos de dolor hacia, era la hermosa Blanca, como aquella que tiernamente le amaba. Acudió luego Nisida y su hermana á remediar el desmayo de Silerio: el qual á cabo de poco espacio volvió en sí, diciendo: ó poderoso cielo! es posible que el que tengo presente, es mi verdadero amigo Timbrio? es Timbrio el que

oi-

oigo? es Timbrio el que veo? sí es, si no me burla mi ventura y mis ojos no me engañan. Ni tu ventura te burla, ni tus ojos te engañan, dulce amigo mio, respondió Timbrio, que yo soy el que sin tí no era, y el que no fuera jamas, si el cielo no permitiera que te hallára. Cesen ya tus lagrimas, Silerio amigo, si por mí las has derramado, pues ya me tienes presente, que yo atajaré las mias, pues te tengo delante, llamandome el mas dichoso de quantos viven en el mundo, pues mis desventuras y adversidades han traido tal descuento, que goza mi anima de la posesion de Nisida, y mis ojos de tu presencia. Por estas palabras de Timbrio entendió Silerio, que la que cantado havia, y la que alli estaba, era Nisida; pero certificose mas en ello, quando ella mesma le dixo: qué es esto, Silerio mio? qué soledad, y qué habito es este, que tantas muestras dan de tu descontento? qué falsas sospechas, ó qué engaños te han conducido á tal estremo, para que Timbrio y yo le tuviesemos de dolor toda la vida, ausentes de tí que nos la diste? Engaños fueron, hermosa Nisida, respondió Silerio, mas por haver traido tales desengaños, se-

serán celebrados de mi memoria el tiempo que ella me durare. Lo mas deste tiempo tenia Blanca asida una mano de Silerio, mirandole atentamente al rostro, derramando algunas lagrimas, que de la alegria y lastima de su corazon daban manifiesto indicio. Largo seria de contar las palabras de amor y contento, que entre Silerio, Timbrio, Nisida y Blanca pasaron, que fueron tan tiernas y tales, que todos los pastores que las escuchaban tenian los ojos bañados en lagrimas de alegria. Contó luego Silerio brevemente la ocasion que le havia movido á retirarse en aquella hermita, con pensamiento de acabar en ella la vida, pues de la dellos no havia podido saber nueva alguna, y todo lo que dixo fue ocasion de avivar mas en el pecho de Timbrio, el amor y amistad que á Silerio tenia; y en el de Blanca, la amistad de su miseria: y asi como acabó de contar Silerio lo que despues que partió de Napoles le havia sucedido, rogó á Timbrio que lo mesmo hiciese, porque en estremo lo deseaba; y que no se recelase de los pastores que estaban presentes, que todos ellos, ó los mas sabian ya su mucha amistad, y parte de sus sucesos. Holgóse Tim-

T.II.P. 139.



Josephus Kuneno inv. et del.

Timbrio de hacer lo que Silerio pedia; y mas se holgaron los pastores, que ansi mesmo lo deseaban: que ya porque Tirsi se lo havia contado, todos sabian los amores de Timbrio y Nisida, y todo aquello que el mesmo Tirsi de Silerio havia oido. Sentados pues todos como ya he dicho en la verde yerva, con marabillosa atencion estaban esperando lo que Timbrio diria, el qual dixo. Despues que la fortuna me fue tan favorable y tan adversa, que me dexó vencer á mi enemigo, y me venció con el sobresalto de la falsa nueva de la muerte de Nisida, con el dolor que pensarse puede, en aquel mesmo instante me partí para Napoles, y confirmandose alli el desdichado suceso de Nisida, por no ver las casas de su padre, donde yo la havia visto, y porque las calles, ventanas y otras partes donde yo la solia ver, no me renovasen continuamente la memoria de mi bien pasado, sin saber qué camino tomase, y sin tener algun discurso mi alvedrio, salí de la ciudad, y á cabo de dos dias llegué á la fuerte Gaeta, donde hallé una nave que ya queria desplegar las velas al viento para partirse á España: embarqueme en ella, no mas de

por

por huir la odiosa tierra donde dexaba mi cielo; mas apenas los diligentes marineros zarparon los ferros, y descogieron las velas, y al mar algun tanto se alargaron, quando se levantó una no pensada y subita borrasca, y una rafaga de viento embistió las velas del navio con tanta furia, que rompió el arbol del trinquete, y la vela mezana abrió de arriba á baxo: acudieron luego los prestos marineros al remedio, y con dificultad grandisima amainaron todas las velas, porque la borrasca crecia, y la mar comenzaba á alterarse, y el cielo daba señales de durable y espantosa fortuna. No fue volver al puerto posible, porque era maestral el viento que soplaba, y con tan grande violencia, que fue forzoso poner la vela del trinquete al arbol mayor, y amollar, como dicen, en popa, dexandose llevar donde el viento quisiese; y asi comenzó la nave llevada de su furia á correr por el levantado mar con tanta ligereza, que en dos dias que duró el maestral, discurrimos por todas las islas de aquel derecho, sin poder en ninguna tomar abrigo, pasando siempre á vista dellas, sin que Estrombalo nos abrigase, ni Lipar nos acogiese, ni el Cimbalo,

Lam-

Lampadosa, ni Pantanalea sirviesen para nuestro remedio: y pasamos tan cerca de Berberia, que los recien derribados muros de la Goleta se descubrian, y las antiguas ruinas de Cartago se manifestaban. No fue pequeño el miedo de los que en la nave iban, temiendo que si el viento algo mas reforzaba, era forzoso embestir en la enemiga tierra; mas quando desto estaban mas temerosos, la suerte que mejor nos la tenia guardada, ó el cielo que escuchó los votos y promesas que alli se hicieron, ordenó que el maestral se cambiase en un mediodia tan reforzado y que tocaba en la quarta del xaloque, que en otros dos dias nos volvió al mesmo puerto de Gaeta, donde haviámos partido, con tanto consuelo de todos, que algunos se partieron á cumplir las romerias y promesas que en el peligro pasado havian hecho: estuvo alli la nave otros quatro dias reparandose de algunas cosas que le faltaban: al cabo de los quales tornó á seguir su viage con mas sosegado mar y prospero viento, llevando á vista la hermosa ribera de Genova, llena de adornados jardines, blancas casas, y relumbrantes chapiteles, que heridos de los rayos del sol,

sol, reberveran con tan encendidos rayos, que apenas dexan mirarse. Todas estas cosas que desde la nave se miraban, pudieran causar contento, como le causaban á todos los que en la nave iban, sino á mí que me era ocasion de mas pesadumbre : solo el descanso que tenia, era entretenerme lamentando mis penas, cantandolas, ó por mejor decir, llorandolas al son de un laud de uno de aquellos marineros : y una noche me acuerdo, y aun es bien que me acuerde, pues en ella comenzó á amanecer mi dia, que estando sosegado el mar, quietos los vientos, las velas pegadas á los arboles, y los marineros sin cuidado alguno, por diferentes partes del navio tendidos, y el timonero casi dormido por la bonanza que havia, y por la que el cielo aseguraba; en medio deste silencio, y en medio de mis imaginaciones, como mis dolores no me dexaban entregar los ojos al sueño, sentado en el castillo de popa, tomé el laud, y comencé á cantar unos versos, que havre de repetir agora, porque se advierta de qué estremo de tristeza, y quan sin pensarlo me pasó la suerte al mayor de alegria que imaginar supiera : era, si no me acuer-

acuerdo mal, lo que cantaba esto.

TIMBRIO.

Agora que calla el viento,
Y el sesgo mar está en calma,
No se calle mi tormento,
Salga con la voz el alma
Para mayor sentimiento:
Que para contar mis males,
Mostrando en parte que son
Por fuerza, han de dar señales
El alma, y el corazon
De vivas ansias mortales.

Llevóme el amor en vuelo
Por uno y otro dolor
Hasta ponerme en el cielo,
Y agora muerte y amor
Me han derribado en el suelo:
Amor, y muerte ordenaron,
Una muerte y amor tal,
Qual en Nisida causaron,
Y de mi bien y su mal
Eterna fama ganaron.

Con

Con nueva voz y terrible
De hoy mas, y en son espantoso
Hará la fama creible
Que el amor es poderoso,
Y la muerte es invencible:
De su poder satisfecho
Quedará el mundo, si advierte
Qué hazaña los dos han hecho,
Qué vida llevó la muerte,
Qué tal tiene amor mi pecho.

Mas creo, pues no he venido
A morir, ó estar mas loco
Con el daño que he sufrido,
O que muerte puede poco,
O que no tengo sentido:
Que si sentido tuviera,
Segun mis penas crecidas
Me persiguen, donde quiera
Aunque tuviera mil vidas,
Cien mil veces muerto fuera.

Mi vitoria tan subida
Fue con muerte celebrada
De la mas ilustre vida
Que en la presente, ó pasada

Edad

Edad fue, ni es conocida:
Della llevé por despojos
Dolor en el corazon,
Mil lagrimas en los ojos,
En el alma confusion,
Y en el firme pecho enojos.

O fiera mano enemiga!
Cómo si alli me acabáras,
Te tuviera por amiga,
Pues con matarme estorbáras
Las ansias de mi fatiga!
O quan amargo descuento
Truxo la vitoria mia,
Pues pagaré, segun siento,
El gusto solo de un dia
Con mil siglos de tormento!

Tu, mar, que escuchas mi llanto,
Tu, cielo, que le ordenaste,
Amor, por quien lloro tanto,
Muerte, que mi bien llevaste,
Acabad ya mi quebranto:
Tu, mar, mi cuerpo recibe,
Tu, cielo, acoge mi alma,
Tu, amor, con la fama escribe

Que muerte llevó la palma
Desta vida que no vive.

No os descuideis de ayudarme,
Mar, cielo, amor, y la muerte,
Acabad ya de acabarme,
Que será la mejor suerte
Que yo espero y podreis darme;
Pues si no me anega el mar,
Y no me recoge el cielo,
Y el amor ha de durar,
Y de no morir recelo,
No sé en qué habré de parar.

Acuerdome que llegaba á estos ultimos versos que he dicho, quando sin poder pasar adelante, interrompido de infinitos suspiros y sollozos que de mi lastimado pecho despedia, aquexado de la memoria de mis desventuras, del puro sentimiento dellas vine á perder el sentido con un parasismo tal, que me tuvo un buen rato fuera de todo acuerdo; pero ya despues que el amargo accidente huvo pasado, abri mis cansados ojos, y halleme puesta la cabeza en las faldas de una muger vestida en habito de peregrina, y

y á mi lado estaba otra con el mesmo trage adornada, la qual estando de mis manos asida, la una y la otra tiernamente lloraban. Qando yo me vi de aquella manera, quedé admirado y confuso, y estaba dudando si era sueño aquello que veia, porque nunca tales mugeres havia visto jamas en la nave despues que en ella andaba. Pero desta confusion me sacó presto la hermosa Nisida, que aqui está, que era la peregrina que allá estaba, diciendome: ay, Timbrio, verdadero señor y amigo mio! qué falsas imaginaciones, ó qué desdichados accidentes han sido parte para poneros donde agora estais, y para que yo y mi hermana tuviesemos tan poca cuenta con lo que á nuestras honras debiamos, y que sin mirar en inconveniente alguno hayamos querido dexar nuestros amados padres, y nuestros usados trages con intencion de buscaros, y desengañaros de tan incierta muerte mia, que pudiera causar la verdadera vuestra! Quando yo tales razones oí, de todo punto acabé de creer que soñaba, y que era alguna vision aquella que delante de los ojos tenia, y que la continua imaginacion que de Nisida no se apartaba, era la causa que allí á los ojos

viva la representase. Mil preguntas les hice, y á todas ellas enteramente me satisfacieron primero que pudiese sosegar el entendimiento, y enterarme que ellas eran Nisida y Blanca. Mas quando yo fui conociendo la verdad, el gozo que sentí fue de manera, que tambien me puso en condicion de perder la vida, como el dolor pasado havia hecho. Alli supe de Nisida como el engaño y descuido que tuviste, ó Silerio, en hacer la señal de la toca, fue la causa para que creyendo algun mal suceso mio, le sucediese el parasismo y desmayo tal, que todos creyeron que era muerta, como yo lo pensé, y tu, Silerio, lo creiste: dixome tambien como despues de vuelta en sí supo la verdad de la vitoria mia, junto con mi subita y arrebatada partida, y la ausencia tuya, cuyas nuevas la pusieron en estremo de hacer verdaderas las de su muerte; pero ya que al ultimo termino no la llevaron, hicieron con ella y con su hermana, por industria de una ama suya que con ellas venia, que vistiendose en habitos de peregrinas, desconocidamente se saliesen de con sus padres una noche que llegaban junto á Gaeta á la vuelta que á Napoles se volvian;

y fue á tiempo que la nave donde yo estaba embarcado, despues de reparada de la pasada tormenta, estaba ya para partirse, y diciendo al capitan que querian pasar en España para ir á Santiago de Galicia, se concertaron con él, y se embarcaron con presupuesto de venir á buscarme á Xerez, do pensaban hallarme, ó saber de mí nueva alguna: y en todo el tiempo que en la nave estuvieron, que seria quatro dias, no havian salido de un aposento que el capitan en la popa les havia dado, hasta que oyendome cantar los versos que os he dicho, y conociendome en la voz, y en lo que en ellos decia, salieron al tiempo que os he contado, donde solenizando con alegres lagrimas el contento de havernos hallado, estabamos mirando los unos á los otros, sin saber con que palabras engrandecer nuestra nueva y no pensada alegria, la qual se acrecentára mas, y llegára al termino y punto que agora llega, si de tí, amigo Silerio, alli supieramos nueva alguna: pero como no hay placer que venga tan entero, que de todo en todo al corazon satisfaga, en el que entonces teniamos no solo nos faltó tu presencia, pero aun las nuevas della. La

claridad de la noche, el fresco y agradable viento (que en aquel instante comenzó á herir las velas prospera y blandamente) el mar tranquilo y desembarazado cielo, parece que todos juntos, y cada uno por sí ayudaban á solenizar la alegria de nuestros corazones.

Mas la fortuna variable, de cuya condicion no se puede prometer firmeza alguna, envidiosa de nuestra ventura, quiso turbarla con la mayor desventura que imaginarse pudiera, si el tiempo y los prosperos sucesos no la huvieran reducido á mejor termino. Sucedió pues que á la sazon que el viento comenzaba á refrescar, los solicitos marineros izaron mas todas las velas, y con general alegria de todos seguro y prospero viage se aseguraban. Uno dellos, que á una parte de la proa iba sentado, descubrió con la claridad de los baxos rayos de la luna, que quatro bageles de remo á larga y tirada boga, con gran celeridad y priesa acia la nave se encaminaban, y al momento conoció ser de contrarios, y con grandes voces comenzó á gritar, arma, arma, que bageles turquescos se descubren. Esta voz y subito alarido puso tanto sobresalto en todos los de la nave, que

sin

sin saber darse maña en el cercano peligro, unos á otros se miraban: mas el capitan della (que en semejantes ocasiones algunas veces se havia visto) viniendose á la proa, procuró reconocer qué tamaño de bageles, y quantos eran, y descubrió dos mas que el marinero, y conoció que eran galeotas forzadas, de que no poco temor debió de recibir: pero disimulando lo mejor que pudo, mandó luego alistar la artilleria, y cargar las velas todo lo mas que se pudiese la vuelta de los contrarios bageles, por ver si podria entrarse entre ellos, y jugar de todas vandas la artilleria. Acudieron luego todos á las armas, y repartidos por sus postas como mejor se pudo la venida de los enemigos esperaban. Quien podrá significaros, señores, la pena que yo en esta sazon tenia, viendo con tanta celeridad turbado mi contento, y tan cerca de poder perderle; y mas quando vi que Nisida y Blanca se miraban sin hablarse palabra, confusas del estruendo y voceria que en la nave andaba, y viendome á mí rogarles que en su aposento se encerrasen, y rogasen á Dios que de las enemigas manos nos librase? Paso y punto fue este, que desmaya la imaginacion,

quando dél se acuerda la memoria : sus descubiertas lagrimas, y la fuerza que yo me hacia por no mostrar las mias, me tenian de tal manera, que casi me olvidara de lo que debia hacer, á quien era, y á lo que el peligro obligaba; mas enfin las hice retraer á su estancia casi desmayadas, y cerrandolas por defuera, acudí á ver lo que el capitan ordenaba, el qual con prudente solicitud todas las cosas al caso necesarias estaba proveyendo, y dando cargo á Darintho, que es aquel caballero que hoy se partió de nosotros, de la guarda del castillo de proa, y encomendandome á mí el de popa, él con algunos marineros y pasageros por todo el cuerpo de la nave á una y á otra parte discurria. No tardaron mucho en llegar los enemigos, y tardó harto menos en calmar el viento, que fue la total causa de la perdicion nuestra. No osaron los enemigos llegar á bordo, porque viendo que el tiempo calmaba, les pareció mejor aguardar el dia para embestirnos. Hicieronlo asi, y el dia venido, aunque ya los haviamos contado, acabamos de ver que eran quince bageles gruesos los que cercados nos tenian, y entonces se acabó de confirmar en

nues-

nuestros pechos el temor de perdernos. Con todo eso, no desmayando el valeroso capitan ni alguno de los que con él estaban, esperó á ver lo que los contrarios harian, los quales luego como vino la mañana echaron de su capitana una barquilla al agua, y con un renegado enviaron á decir á nuestro capitan, que se rindiese, pues veia ser imposible defenderse de tantos bageles, y mas que eran todos los mejores de Argel, amenazandole de parte de Arnaut Mami, su General, que si disparaba alguna pieza el navio, que le havia de colgar de una entena en cogiendole, y añadiendo á estas otras amenazas el renegado, le persuadia que se rindiese: mas no queriendolo hacer el capitan, respondió al renegado que se alargase de la nave, sino que le echaria á fondo con la artilleria. Oyó Arnaut esta respuesta, y luego cebando el navio por todas partes, comenzó á jugar desde lexos el artilleria con tanta priesa, furia y estruendo, que era marabilla. Nuestra nave comenzó á hacer lo mesmo tan venturosamente, que á uno de los bageles que por la popa le combatian, echó á fondo, porque le acertó con una bala junto á la cin-

ta,

ta, de modo que sin ser socorrido, en breve espacio se le sorbió el mar. Viendo esto los Turcos, apresuraron el combate, y en quatro horas nos embistieron quatro veces, y otras tantas se retiraron con mucho daño suyo, y no con poco nuestro. Mas por no iros cansando contandoos particularmente las cosas sucedidas en este combate, solo diré que despues de havernos combatido diez y seis horas, y despues de haver muerto nuestro capitan y toda la mas gente del navio, á cabo de nueve asaltos que nos dieron, al ultimo entraron furiosamente en el navio. Tampoco, aunque quiera, no podré encarecer el dolor que á mi alma llegó, quando vi que las amadas prendas mias que agora tengo delante, havian de ser entonces entregadas y venidas á poder de aquellos crueles carniceros; y asi llevado de la ira que este temor y consideracion me causaba, con pecho desarmado me arrojé por medio de las barbaras espadas, deseoso de morir al rigor de sus filos, antes que ver á mis ojos lo que esperaba; pero sucediome al reves mi pensamiento, porque abrazandose conmigo tres membrudos turcos, y yo forcejando con ellos, de tropel

pel venimos á dar todos en la puerta de la camara donde Nisida y Blanca estaban, y con el impetu del golpe se rompió y abrió la puerta, que hizo manifiesto el tesoro que alli estaba encerrado, del qual codiciosos los enemigos, el uno dellos asio á Nisida, y el otro á Blanca; y yo que de los dos me vi libre, al otro que me tenia, hice dexar la vida á mis pies, y de los dos pensaba hacer lo mismo, si ellos advertidos del peligro no dexaran la presa de las damas, y con dos grandes heridas no me derribáran en el suelo. Lo qual visto por Nisida, arrojandose sobre mi herido cuerpo, con lamentables voces pedia á los dos turcos la acabasen. En este instante, atraido de las voces y lamentos de Blanca y Nisida, acudió á aquella estancia Arnaut, el General de los bageles, é informandose de los soldados de lo que pasaba, hizo llevar á Nisida y á Blanca á su galera, y á ruego de Nisida mandó tambien que á mí me llevasen, pues no estaba aun muerto. Desta manera, sin tener yo sentido alguno, me llevaron á la enemiga galera capitana, adonde fui luego curado con alguna diligencia, porque Nisida havia dicho al capitan, que

yo

yo era hombre principal y de gran rescate, con intencion que cebados de la codicia y del dinero que de mí podrian haber, con algo mas recato mirasen por la salud mia. Sucedió pues, que estando curandome las heridas, con el dolor dellas volvi en mi acuerdo, y volviendo los ojos á una parte y á otra, conocí que estaba en poder de mis enemigos, y en el bagel contrario; pero ninguna cosa me llegó tan al alma como fue ver en la popa de la galera á Nisida y Blanca sentadas á los pies del perro General, derramando por sus ojos infinitas lagrimas, indicios del interno dolor que padecian. No el temor de la afrentosa muerte que esperaba; quando tu della, buen amigo Silerio, en Cataluña me libraste: no la falsa nueva de la muerte de Nisida, de mí por vérdadera creida: no el dolor de mis mortales heridas, ni otra qualquiera afliccion que imaginar pudiera, me causó, ni causará mas sentimiento, que el que me vino de ver á Nisida y Blanca en poder de aquel barbaro descreido, donde á tan cercano y claro peligro estaban puestas sus honras. El dolor deste sentimiento hizo tal operacion en mi alma, que torné de nue-

vo

vo á perder los sentidos, y á quitar la esperanza de mi salud y vida al cirujano que me curaba, de tal modo, que creyendo que era muerto, paró en medio de la cura, certificando á todos que ya yo desta vida havia pasado. Oidas estas nuevas por las dos desdichadas hermanas, digan ellas lo que sintieron, si se atreven, que yo solo sé decir, que despues supe que levantandose las dos de do estaban, tirandose de sus rubios cabellos, y arañandose sus hermosos rostros, sin que nadie pudiese detenerlas, vinieron donde yo desmayado estaba, y alli comenzaron á hacer tan lastimero llanto, que á los mesmos pechos de los crueles barbaros enternecieron. Con las lagrimas de Nisida que en el rostro me caian, ó por las yá frias y enconadas heridas que gran dolor me causaban, torné á volver de nuevo en mi acuerdo, para acordarme de mi nueva desventura. Pasaré en silencio agora las lastimeras y amorosas palabras que en aquel desdichado punto entre mí y Nisida pasaron, por no entristecer tanto el alegre en que agora nos hallamos, ni quiero decir por extenso los trances que ella me contó que con el capitan havia pasado: el

qual,

qual, vencido de su hermosura, mil promesas, mil regalos, mil amenazas le hizo por que viniese á condecender con la desordenada voluntad suya; pero mostrandose ella con él tan esquiva como honrada, y tan honrada como esquiva, pudo todo aquel dia y la noche siguiente defenderse de las pesadas importunaciones del cosario. Mas como la continua presencia de Nisida iba creciendo en él por puntos el libidinoso deseo, sin duda alguna se pudiera temer, como yo temia, que dexando los ruegos y usando la fuerza, Nisida perdiese su honra, ó la vida, que era lo mas cierto que de su bondad se podia esperar; pero cansada ya la fortuna de havernos puesto en el mas baxo estado de miseria, quiso darnos á entender ser verdad lo que de la instabilidad suya se pregona, por un medio que nos puso en terminos de rogar al cielo que en aquella desdichada suerte nos mantuviese, á trueco de no perder la vida sobre las hinchadas ondas del mar airado: el qual (á cabo de dos dias que cautivos fuimos, y á la sazon que llevabamos el derecho viage de Berberia) movido de un furioso xaloque, comenzó á hacer montañas de agua, y azo-

tar

tar con tanta furia la cosaria armada, que sin poder los cansados remeros aprovecharse de los remos, afrenillaron y acudieron al usado remedio de la vela del trinquete al arbol, y á dexarse llevar por donde el viento y mar quisiese: y de tal manera creció la tormenta, que en menos de media hora esparció y apartó á diferentes partes los bageles, sin que ninguno pudiese tener cuenta con seguir su capitan, antes en poco rato divididos todos, como he dicho, vino nuestro bagel á quedar solo, y á ser el que mas peligro amenazaba; porque comenzó á hacer tanta agua por las costuras, que por mucho que por todas las camaras de popa, proa, y mesana le agotaban, siempre en la centina llegaba el agua á la rodilla; y añadióse á toda esta desgracia sobrevenir la noche, que en semejantes casos mas que en otros algunos, el medroso temor acrecienta: y vino con tanta escuridad y nueva borrasca, que de todo en todo, todos desesperamos de remedio. No querais mas saber, señores, sino que los mesmos Turcos rogaban á los christianos que iban al remo cautivos, que invocasen y llamasen á sus Santos y á su Christo, para que de tal desventura los li-

librase, y no fueron tan en vano las plegarias de los miseros Christianos que alli iban, que movido el alto cielo dellas dexase sosegar el viento, antes le creció con tanto impetu y furia, que al amanecer del dia, que solo pudo conocerse por las horas del relox de arena por quien se rigen, se halló el mal gobernado bagel en la costa de Cataluña, tan cerca de tierra, y tan sin poder apartarse della que fue forzoso alzar un poco mas la vela, para que con mas furia embistiese en una ancha playa que delante se nos ofrecia, que el amor de la vida les hizo parecer dulce á los Turcos la esclavitud que esperaban. Apenas huvo la galera embestido en tierra, quando luego acudió á la playa mucha gente armada, cuyo trage y lengua dió á entender ser Catalanes, y ser de Cataluña aquella costa; y aun aquel mismo lugar donde á riesgo de la tuya, amigo Silerio, la vida mia escapaste. Quien pudiera exagerar agora el gozo de los Christianos, que del insufrible y pesado yugo del amargo cautiverio veian libres y desembarazados sus cuellos, y las plegarias y ruegos que los Turcos, poco antes libres, hacian á sus mesmos esclavos, rogandoles fuesen

sen parte para que de los indignados Christianos maltratados no fuesen, los quales ya en la playa los esperaban con deseo de vengarse de la ofensa que estos mesmos Turcos les havian hecho, saqueandoles su lugar, como tú, Silerio, sabes. Y no les salió vano el temor que tenian, porque en entrando los del pueblo en la galera que encallada en la arena estaba, hicieron tan cruel matanza en los cosarios, que muy pocos quedaron con la vida: y si no fuera que les cegó la codicia de robar la galera, todos los Turcos en aquel primero impetu fueran muertos. Finalmente los Turcos que quedaron, y Christianos cautivos que alli veniamos, todos fuimos saqueados; y si los vestidos que yo traia no estuvieran sangrentados, creo que aun no me los dexáran. Darintho, que tambien alli venia, acudió luego á mirar por Nisida y Blanca, y á procurar que me sacasen á tierra donde fuese curado. Quando yo sali y reconoci el lugar donde estaba, y considere el peligro en que en él me havia visto, no dexó de darme alguna pesadumbre, causada de temor no fuese conocido y castigado por lo que no debia; y asi rogue á Darintho, que sin po-

ner dilacion alguna procurase que á Barcelona nos fuesemos, diciendole la causa que me movia á ello; pero no fue posible, porque mis heridas me fatigaban de manera, que me forzaron á que alli algunos dias estuviese, como estuve, sin ser de mas de un cirujano visitado. En este entretanto fue Darintho á Barcelona, donde proveyendose de lo que menester haviamos, dió la vuelta, y hallandome mejor y con mas fuerza, luego nos pusimos en camino para la ciudad de Toledo, por saber de los parientes de Nisida, que si sabian de sus padres, á quien ya hemos escrito todo el suceso de nuestras vidas, pidiendole perdon de nuestros pasados yerros. Y todo el contento y dolor de estos buenos y malos sucesos, lo ha acrecentado, ó diminuido la ausencia tuya, Silerio. Mas pues el cielo agora con tantas ventajas ha dado remedio á nuestras calamidades, no resta otra cosa, sino que dandole las debidas gracias por ello, tú, Silerio amigo, deseches la tristeza pasada con la ocasion de la alegria presente, y procures darla á quien ha muchos dias que por tu causa vive sin ella, como lo sabrás quando mas á solas, y contigo las comunique.

que. Otras algunas cosas me quedan por decir, que me han sucedido en el discurso desta mi peregrinacion; pero dexarlas he por agora, por no dar con la proligidad dellas disgusto á estos pastores, que han sido el instrumento de todo mi placer y gusto. Este es pues, Silerio amigo, y amigos pastores, el suceso de mi vida. Ved si por la que he pasado y por la que agora paso, me puedo llamar el mas lastimado y venturoso hombre de los que hoy viven. Con estas ultimas palabras dió fin á su cuento el alegre Timbrio, y todos los que presentes estaban, se alegraron del felice suceso que sus trabajos havian tenido; pasando el contento de Silerio á todo lo que decirse puede: el qual tornando de nuevo á abrazar á Timbrio, forzado del deseo de saber quien era la persona que por su causa sin contento vivia, pidiendo licencia á los pastores, se apartó con Timbrio á una parte, donde supo dél que la hermosa Blanca, hermana de Nisida, era la que mas que á sí le amaba, desde el mismo dia y punto que ella supo quien él era, y el valor de su persona, y que jamas, por no ir contra aquello que á su honestidad estaba obligada, ha-

via querido descubrir este pensamiento sino á su hermana , por cuyo medio esperaba tenerle honrado en el cumplimiento de sus deseos. Dixole asi mismo Timbrio , como aquel caballero Darintho , que con él venia , y de quien él havia hecho mencion en la platica pasada , conociendo quien era Blanca , y llevado de su hermosura , se havia enamorado della con tantas veras , que la pidió por su esposa á su hermana Nisida , la qual le desengañó que Blanca no lo haria en manera alguna , y que agraviado desto Darintho , creyendo que por el poco valor suyo le desechaban , y por sacarle desta sospecha , le huvo de decir Nisida como Blanca tenia ocupados los pensamientos en Silerio ; mas que no por esto Darintho havia desmayado , ni dexado la empresa , porque como supo que de tí , Silerio , no se sabia nueva alguna , imaginó que los servicios que él pensaba hacer á Blanca y el tiempo la apartarian de su intencion primera : y con este presupuesto jamas nos quiso dexar , hasta que ayer oyendo á los pastores las ciertas nuevas de tu vida , y conociendo el contento que con ellas Blanca havia recebido , y considerando ser imposible que

que pareciendo Silerio pudiese Darintho alalcanzar lo que deseaba, sin despedirse de ninguno se havia, con muestras de grandisimo dolor apartado de todos. Junto con esto aconsejó Timbrio á su amigo, fuese contento de que Blanca le tuviese, escogiendola y acetandola por esposa, pues ya la conocia, y no ignoraba su valor y honestidad, encareciendole el gusto y placer que los dos tendrian viendose con tales dos hermanas casados. Silerio le respondió que le diese espacio para pensar en aquel hecho, aunque él sabia que al cabo era imposible dexar de hacer lo que él le mandase. A esta sazon comenzaba ya la blanca aurora á dar señales de su nueva venida, y las estrellas poco á poco iban escondiendo la claridad suya: y á este mismo punto llegó á los oidos de todos la voz del enamorado Lauso, el qual como su amigo Damon havia sabido que aquella noche la havian de pasar en la hermita de Silerio, quiso venir á hallarse con él, y con los demas pastores: y como todo su gusto y pasatiempo era cantar al son de su rabel los sucesos prosperos ó adversos de sus amores, llevado de la condicion suya, y convidado de la so-

ledad del camino, y de la sabrosa harmonia de las aves, que ya comenzaban con su dulce y concertado canto á saludar el venidero dia, con baxa voz semejantes versos venia cantando.

LAUSO.

Alzo la vista á la mas noble parte
Que puede imaginar el pensamiento,
Donde miro el valor, admiro el arte
Que suspende el mas alto entendimiento:
Mas si quereis saber quien fue la parte
Que puso fiero yugo al cuello esento,
Quien me entregó, quien lleva mis despojos,
Mis ojos son, Silena, y son tus ojos.

Tus ojos son, de cuya luz serena
Me viene la que al cielo me encamina,
Luz de qualquiera escuridad agena,
Segura muestra de la luz divina:
Por ella el fuego, el yugo y la cadena,
Que me consume, carga y desatina,
Es refrigerio, alivio, es gloria, es palma
Al alma, y vida que te ha dado el alma.

Di-

Divinos ojos, bien del alma mia,
Termino y fin de todo mi deseo,
Ojos que serenais el turbio dia,
Ojos por quien yo veo, si algo veo:
En vuestra luz mi pena y mi alegria
Ha puesto amor, en vos contemplo y leo
La dulce amarga verdadera historia
Del cierto infierno, de mi incierta gloria.

En ciega escuridad andaba quando
Vuestra luz me faltaba, ó bellos ojos,
Acá y allá, sin ver el cielo, errando
Entre agudas espinas y entre abrojos;
Mas luego en el momento que tocando
Fueron al alma mia los manojos
De vuestros rayos claros, vi á la clara
La senda de mi bien abierta y clara.

Vi que sois y sereis, ojos serenos,
Quien me levanta y puede levantarme
A que entre corto numero de buenos
Venga como mejor á señalarme:
Esto podreis hacer no siendo agenos,
Y con pequeño acuerdo de mirarme,
Que el gusto del mas bien enamorado
Consiste en el mirar y ser mirado.

Si esto es verdad, Silena, quién ha sido,
Es, ni será, que con firmeza pura,
Qual yo te quiera, ni te havrá querido,
Por mas que amor le ayude y la ventura?
La gloria de tu vista he merecido
Por mi inviolable fe; mas es locura
Pensar que pueda merecerse aquello,
Que apenas puede contemplarse en ello.

El canto y el camino acabó á un mismo punto el enamorado Lauso, el qual de todos los que con Silerio estaban, fue amorosamente recebido, acrecentando con su presencia el alegria que todos tenian, por el buen suceso que los trabajos de Silerio havian tenido: y estandoselos Damon contando, asomó por junto á la hermita el venerable Aurelio, que con algunos de sus pastores traia algunos regalos con que regalar y satisfacer á los que alli estaban, como lo havia prometido el dia antes que dellos se partió. Marabillados quedaron Tirsi y Damon, de verle venir sin Elicio y Erastro, y mas lo fueron quando vinieron á entender la causa del haverse quedado. Llegó Aurelio, y su llegada aumentára mas el contento de todos, si no dixera:

en-

encaminando su razon á Timbrio, si te precias, como es razon que te precies, valeroso Timbrio, de ser verdadero amigo del que lo es tuyo, agora es tiempo de mostrarlo, acudiendo á remediar á Darintho, que no lexos de aqui queda tan triste y apasionado, y tan fuera de admitir consuelo alguno en el dolor que padece, que algunos que yo le di, no fueron parte para que él los tuviese por tales. Hallamosle Elicio, Erastro y yo havrá dos horas en medio de aquel monte que á esta mano derecha se descubre, el caballo arrendado á un pino, y él en el suelo boca abajo tendido, dando tiernos y dolorosos suspiros, y de quando en quando decia algunas palabras, que á maldecir su ventura se encaminaban. Al son lastimero de las quales llegamos á él, y con el rayo de la luna, aunque con dificultad, fue de nosotros conocido, é importunado que la causa de su mal nos dixese: dixonosla, y por ella entendimos el poco remedio que tenia. Con todo eso se han quedado con él Elicio y Erastro, y yo he venido á darte las nuevas del termino en que le tienen sus pensamientos; y pues á ti te son tan manifiestos, procura remediarlos con obras, ó acude

de á consolarlos con palabras. Palabras serán todas, buen Aurelio, respondió Timbrio, las que yo en esto gastare, si ya él no quiere aprovecharse de la ocasion del desengaño, y disponer sus deseos á que el tiempo y la ausencia hagan en él sus acostumbrados efetos; mas porque no se piense que no correspondo á lo que á su amistad estoy obligado, enseñame Aurelio á qué parte le dexaste, que yo quiero ir luego á verle. Yo iré contigo, respondió Aurelio, y luego al momento se levantaron todos los pastores para acompañar á Timbrio, y saber la causa del mal de Darintho, dexando á Silerio con Nisida y Blanca, con tanto contento de los tres, que no se acertaban á hablar palabra. En el camino que havia desde alli adonde Aurelio á Darintho havia dexado, contó Timbrio á los que con él iban la ocasion de la pena de Darintho, y el poco remedio que della se podria esperar, pues la hermosa Blanca, por quien él penaba, tenia ocupados sus deseos en su buen amigo Silerio, diciendoles asi mismo, que havia de procurar con toda su industria y fuerzas, que Silerio viniese en lo que Blanca deseaba, suplicandoles que todos fuesen

en

en ayudar y favorecer su intencion, porque en dexando á Darintho, queria que todos á Silerio rogasen diese el sí de recebir á Blanca por su legitima esposa. Los pastores se ofrecieron de hacer lo que les mandaba; y en estas platicas llegaron adonde creyó Aurelio que Elicio, Darintho y Erastro estarian; pero no hallaron alguno, aunque rodearon y anduvieron gran parte de un pequeño bosque que alli estaba, de que no poco pesar recibieron todos. Pero estando en esto, oyeron un tan doloroso suspiro que les puso en confusion y deseo de saber quien le havia dado; mas sacoles presto desta duda otro que oyeron no menos triste que el pasado, y acudiendo todos á aquella parte adonde el suspiro venia, vieron estár no lexos dellos al pie de un crecido nogal dos pastores, el uno sentado sobre la yerva verde, y el otro tendido en el suelo, y la cabeza puesta sobre las rodillas del otro. Estaba el sentado con la cabeza inclinada, derramando lagrimas y mirando atentamente al que en las rodillas tenia; y asi por esto, como por estar el otro con color perdida y rostro desmayado, no pudieron luego conocer quien era: mas quando

mas

mas cerca llegaron, luego conocieron que los pastores eran Elicio y Erastro, Elicio el desmayado, y Erastro el lloroso. Grande admiracion y tristeza causó en todos los que alli venian la triste semblanza de los dos lastimados pastores, por ser grandes amigos suyos, y por ignorar la causa que de tal modo los tenia; pero el que mas se marabilló, fue Aurelio, por ver que tan poco antes los havia dexado en compañia de Darintho, con muestras de todo placer y contento, como si él no huviera sido la causa de toda su desdicha. Viendo pues Erastro que los pastores á él se llegaban, estremeció á Elicio, diciendole: vuelve en tí, lastimado pastor, levantate, y busca lugar donde puedas á solas llorar tu desventura, que yo pienso hacer lo mismo hasta acabar la vida; y diciendo esto, cogió con las dos manos la cabeza de Elicio, y quitandola de sus rodillas, la puso en el suelo, sin que el pastor pudiese volver en su acuerdo; y levantandose Erastro, volvia las espaldas para irse, si Tirsi y Damon, y los demas pastores no se lo impidieran. Llegó Damon adonde Elicio estaba, y tomandole entre los brazos, le hizo volver en sí. Abrió Elicio los ojos,

ojos, y porque conoció á todos los que alli estaban, tuvo cuenta con que su lengua movida y forzada del dolor no dixese algo que la causa dél manifestase; y aunque esta le fue preguntada por todos los pastores, jamas respondió sino que no sabia otra cosa de sí mismo, sino que estando hablando con Erastro le havia tomado un recio desmayo: lo propio decia Erastro, y á esta causa los pastores dexaron de preguntarle mas la causa de su pasion, antes le rogaron que con ellos á la hermita de Silerio se volviese, y que desde alli le llevarian á la aldea, ó á su cabaña; mas no fue posible que con él esto se acabase, sino que le dexasen volver á la aldea. Viendo pues que esta era su voluntad, no quisieron contradecirsela, antes se ofrecieron de ir con él, pero de ninguno quiso compañia, ni la llevara, si la porfia de su amigo Damon no le venciera, y asi se huvo de partir con él, dexando concertado Damon con Tirsi que se viesen aquella noche en el aldea ó cabaña de Elicio, para dar orden de volverse á la suya. Aurelio y Timbrio preguntaron á Erastro por Darintho, el qual les respondió que asi como Aurelio se havia apartado dellos, le tomó

mó el desmayo á Elicio, y que entretanto que él le socorria, Darintho se havia partido con toda priesa, y que nunca mas le havian visto. Viendo pues Timbrio, y los que con el venian, que á Darintho no hallaban, determinaron de volver á la hermita á rogar á Silerio, aceptase á la hermosa Blanca por su esposa; y con esta intencion se volvieron todos, excepto Erastro que quiso seguir á su amigo Elicio, y asi despidiendose dellos, acompañado de solo su rabel, se apartó por el mismo camino que Elicio havia ido, el qual haviendose un rato apartado con su amigo Damon de la demas compañia, con lagrimas en los ojos y con muestras de grandisima tristeza asi le comenzó á decir: bien sé, discreto Damon, que tienes de los efetos de amor tanta experiencia, que no te marabillarás de lo que agora pienso contarte, que son tales, que á la cuenta de mi opinion los estimo y tengo por de los mas desastrados, que en el amor se hallan. Damon, que no deseaba otra cosa, que saber la causa del desmayo y tristeza suya, le aseguró que ninguna cosa le seria á él nueva, como tocase á los males que el amor suele hacer. Y asi, Elicio,

cio, con este seguro y con el mayor que de su amistad tenia, prosiguió diciendo: ya sabes, amigo Damon, como la buena suerte mia, que este nombre de buena le dare siempre, aunque me cueste la vida el haverla tenido: digo pues, que la buena suerte mia quiso, como todo el cielo y todas estas riberas saben, que yo amase, qué digo amase? que adorase á la sin par Galatea con tan limpio y verdadero amor, qual á su merecimiento se debe: juntamente te confieso, amigo, que en todo el tiempo que ha que ella tiene noticia de mi cabal deseo, no ha correspondido á él con otras muestras que las generales que suele y debe dar un casto y agradecido pecho; y asi ha algunos años, que sustentada mi esperanza con una honesta correspondencia amorosa, he vivido tan alegre y satisfecho de mis pensamientos, que me juzgaba por el mas dichoso pastor que jamas apacentó ganado, contentandome solo de mirar á Galatea, y de ver que si no me queria, no me aborrecia, y que otro ningun pastor no se podia alabar, que aun della fuese mirado, que no era poca satisfaccion de mi deseo, tener puestos mis pensamientos en tan segura parte,

te, que de otros algunos no me recelaba: confirmandome en esta verdad la opinion que conmigo tiene el valor de Galatea, que es tal, que no da lugar á que se le atreva el mismo atrevimiento. Contra este bien, que tan á poca costa el amor me daba, contra esta gloria tan sin ofensa de Galatea gozada, contra este gusto tan justamente de mi deseo merecido, se ha dado hoy irrevocable sentencia, que el bien se acabe, que la gloria fenezca, que el gusto se cambie, y que finalmente se concluya la tragedia de mi dolorosa vida. Porque sabrás, Damon, que esta mañana, viniendo con Aurelio, padre de Galatea, á buscaros á la hermita de Silerio, en el camino me dixo como tenia concertado de casar á Galatea con un pastor Lusitano, que en las riberas del blando Lima gran numero de ganado apacienta: pidiome que le dixese qué me parecia, porque de la amistad que me tenia y de mi entendimiento, esperaba ser bien aconsejado: lo que yo le respondí, fue que me parecia cosa recia poder acabar con su voluntad privarse de la vista de tan hermosa hija, desterrandola á tan apartadas tierras; y que si lo hacia llevado y cebado de las riquezas del estran-

trangero pastor, que considerase que no carecia él tanto dellas, que no tuviese para vivir en su lugar mejor que quantos en él de ricos presumian, y que ninguno de los mejores de quantos habitan las riberas de Tajo, dexaria de tenerse por venturoso quando alcanzase á Galatea por esposa. No fueron mal admitidas mis razones del venerable Aurelio; pero en fin se resolvió, diciendo: que el rabadan mayor de todos los aperos se lo mandaba, y él era el que lo havia concertado y tratado, y que era imposible deshacerse. Preguntele con qué semblante Galatea havia recibido las nuevas de su destierro? Dixome que se havia conformado con su voluntad, y que disponia la suya á hacer todo lo que él quisiese, como obediente hija. Esto supe de Aurelio, y esta es, Damon, la causa de mi desmayo, y la que será de mi muerte; pues de ver á Galatea en poder ageno, y agena de mi vista, no se puede esperar otra cosa que el fin de mis dias. Acabó su razon el enamorado Elicio, y comenzaron sus lagrimas, derramadas en tanta abundancia, que enternecido el pecho de su amigo Damon no pudo dexar de acompañarle en ellas; mas á ca-

bo de poco espacio comenzó con las mejores razones que supo, á consolar á Elicio, pero todas sus palabras en ser palabras paraban, sin que ningun otro efecto hiciesen. Todavia quedaron de acuerdo que Elicio á Galatea hablase, y supiese della si de su voluntad consentia en el casamiento que su padre le trataba, y que quando no fuese con el gusto suyo, se le ofreciese de librarla de aquella fuerza, pues para ello no le faltaria ayuda. Parecióle bien á Elicio lo que Damon decia, y determinó de ir á buscar á Galatea para declararle su voluntad, y saber la que ella en su pecho encerraba, y asi trocando el camino que de su cabaña llevaban, ázia el aldea se encaminaron, y llegando á una encrucijada que junto á ella quatro caminos dividia, por uno dellos vieron venir hasta ocho dispuestos pastores, todos con azagayas en las manos, excepto uno dellos que á caballo venia sobre una hermosa yegua, vestido con un gavan morado, y los demas á pie, y todos rebozados los rostros con unos pañizuelos. Damon y Elicio se pararon hasta que los pastores pasasen, los quales pasando junto á ellos, baxando las cabezas cortesmente les

les saludaron, sin que alguno alguna palabra hablase. Marabillados quedaron los dos de ver la estrañeza de los ocho, y estuvieron quedos por ver qué camino seguian, pero luego vieron que el de la aldea tomaban, aunque por otro diferente que por el que ellos iban. Dixo Damon á Elicio que los siguiesen, mas no quiso, diciendo que por aquel camino que él queria seguir, junto á una fuente que no lexos dél estaba, solia estar muchas veces Galatea con algunas pastoras del lugar, y que seria bien ver si la dicha se la ofrecia tan buena, que alli la hallasen. Contentose Damon de lo que Elicio queria, y asi le dixo que guiase por do quisiese. Y sucediole la suerte como él mismo se havia imaginado, porque no anduvieron mucho quando llegó á sus oidos la zampoña de Florisa, acompañada de la voz de la hermosa Galatea, que como de los pastores fue oida, quedaron enagenados de sí mesmos. Entonces acabó de conocer Damon quanta verdad decian todos los que las gracias de Galatea alababan, la qual estaba en compañia de Rosaura y Florisa, y de la hermosa y recien casada Silveria, con otras dos pastoras de la

 mes-

mesma aldea. Y puesto que Galatea vio venir á los pastores, no por eso quiso dexar su comenzado canto, antes pareció dar muestras de que recebia contento en que los pastores la escuchasen, los quales ansi lo hicieron con toda la atencion posible: y lo que alcanzaron á oir de lo que la pastora cantaba, fue lo siguiente.

GALATEA.

A quién volvere los ojos
En el mal que se apareja,
Si quanto mi bien se alexa
Se acercan mas mis enojos?
A duro mal me condena
El dolor que me destierra:
Que si me acaba en mi tierra
Qué bien me hará en el agena?

O justa amarga obediencia,
Que por cumplirte he de dar
El sí, que ha de confirmar
De mi muerte la sentencia:
Puesta estoy en tanta mengua,
Que por gran bien estimara

Que

Que la vida me faltara,
O por lo menos la lengua.

Breves horas y cansadas
Fueron las de mi contento,
Eternas las del tormento,
Mas confusas y pesadas:
Gocé de mi libertad
En mi temprana sazon;
Pero ya la sugecion
Anda tras mi voluntad.

Ved si es el combate fiero
Que dan á mi fantasia,
Si al cabo de su porfia
He de querer, y no quiero.
O fastidioso gobierno!
Que á los respetos humanos
Tengo de cruzar las manos,
Y abaxar el cuello tierno!

Que tengo de despedirme
De ver el Tajo dorado!
Que ha de quedar mi ganado,
Y yo triste he de partirme!
Que estos arboles sombrios;

Y estos anchos verdes prados
No serán ya mas mirados
De los tristes ojos mios!

Severo padre, qué haces?
Mira que es cosa sabida
Que á mí me quitas la vida
Con lo que á tí satisfaces:
Si mis suspiros no valen
A descubrirte mi mengua,
Lo que no puede mi lengua
Mis ojos te lo señalen.

Ya triste se me figura
El punto de mi partida,
La dulce gloria perdida,
Y la amarga sepultura:
El rostro que no se alegra
Del no conocido esposo,
El camino trabajoso,
La antigua enfadosa suegra.

Y otros mil inconvenientes,
Todos para mí contrarios,
Los gustos extraordinarios
Del esposo y sus parientes:

Mas

Mas todos estos temores
Que me figura mi suerte
Se acabaran con la muerte,
Que es el fin de los dolores.

No cantó mas Galatea, porque las lagrimas que derramaba, le impidieron la voz, y aun el contento á todos los que escuchado la havian, porque luego supieron claramente lo que en confuso imaginaban del casamiento de Galatea con el Lusitano pastor, y quan contra su voluntad se hacia. Pero á quien mas sus lagrimas y suspiros lastimaron, fue á Elicio, que diera él por remediarlas su vida, si en ella consistiera el remedio dellas; pero aprovechandose de su discrecion, y disimulando el rostro el dolor que el alma sentia, él y Damon se llegaron adonde las pastoras estaban, á las quales cortesmente saludaron, y con no menos cortesia fueron dellas recebidos. Preguntó luego Galatea á Damon por su padre, y respondiole que en la hermita de Silerio quedaba en compañia de Timbrio y Nisida, y de todos los otros pastores que á Timbrio acompañaron, y asimismo le dió cuenta del conocimiento de Silerio y Timbrio

brio, y de los amores de Darintho y Blanca, la hermana de Nisida, con todas las particularidades que Timbrio havia contado de lo que en el discurso de sus amores le havia sucedido, á lo qual Galatea dixo: dichoso Timbrio, y dichosa Nisida, pues en tanta felicidad han parado los desasosiegos hasta aqui padecidos, con la qual pondreis en olvido los pasados desastres! antes servirán ellos de acrecentar vuestra gloria, pues se suele decir que la memoria de las pasadas calamidades aumenta el contento en las alegrias presentes. Mas ay del alma desdichada, que se ve puesta en terminos de acordarse del bien perdido, y con temor del mal que está por venir, sin que vea ni halle remedio, ni medio alguno para estorbar la desventura que le está amenazando! pues tanto mas fatigan los dolores, quanto mas se temen. Verdad dices, hermosa Galatea, dixo Damon, que no hay duda sino que el repentino y no esperado dolor que viene, no fatiga tanto, aunque sobresalta, como el que con largo discurso de tiempo amenaza y quita todos los caminos de remediarse; pero con todo eso digo, Galatea, que no da el cielo tan apurados los

ma-

males, que quite de todo en todo el remedio dellos: principalmente quando no los dexa ver primero, porque parece que entonces quiere dar lugar al discurso de nuestra razon, para que se exercite y ocupe en templar ó desviar las venideras desdichas, y muchas veces se contenta de fatigarnos con solo tener ocupados nuestros animos con algun especioso temor, sin que se venga á la execucion del mal que se teme; y quando á ella se viniese, como no acabe la vida, ninguno por ningun mal que padezca debe desesperar del remedio. No dudo yo deso, replicó Galatea, si fuesen tan ligeros los males que se temen ó se padecen, que dexasen libre y desembarazado el discurso de nuestro entendimiento; pero bien sabes, Damon, que quando el mal es tal que se le puede dar este nombre, lo primero que hace, es añublar nuestro sentido, y aniquilar las fuerzas de nuestro alvedrio, descaeciendo nuestra virtud de manera, que apenas puede levantarse, aunque mas la solicite la esperanza. No sé yo, Galatea, respondió Damon, como en tus verdes años puede caber tanta experiencia de los males, sino es que quieres que entendamos que tu

mu-

mucha discrecion se estiende á hablar por ciencia de las cosas, que por otra manera ninguna noticia dellas tienes. Pluguiera al cielo, discreto Damon, replicó Galatea, que no pudiera contradecirte lo que dices, pues en ello grangeara dos cosas: quedar en la buena opinion que de mí tienes, y no sentir la pena que me hace hablar con tanta experiencia en ella. Hasta este punto estubo callando Elicio; pero no pudiendo sufrir mas ver á Galatea dar muestras del amargo dolor que padecia, le dixo: si imaginas por ventura, sin par Galatea, que la desdicha que te amenaza, puede por alguna ser remediada, por lo que debes á la voluntad que para servirte de mí tienes conocida, te ruego me la declares; y si esto no quisieres por cumplir con lo que á la paternal obediencia debes, dame á lo menos licencia para que yo me oponga contra quien quisiere llevarnos destas riberas el tesoro de tu hermosura, que en ellas se ha criado; y no entiendas, pastora, que presumo yo tanto de mí mesmo, que solo me atreva á cumplir con las obras lo que agora por palabras te ofrezco, que puesto que el amor que te tengo, para mayor empresa me da

alien-

aliento, desconfio de mi ventura, y asi la havre de poner en las manos de la razon, y en las de todos los pastores que por esas riberas de Tajo apacientan sus ganados, los quales no querrán consentir que se les arrebate y quite delante de sus ojos el sol que los alumbra, y la discrecion que los admira, y la belleza que los incita y anima á mil honrosas competencias. Ansi que, hermosa Galatea, en fe de la razon que he dicho, y de la que tengo de adorarte, te hago este ofrecimiento, el qual te ha de obligar á que tu voluntad me descubras, para que yo no caiga en error de ir contra ella en cosa alguna; pero considerando que la bondad y honestidad incomparable tuya te ha de mover á que correspondas antes al querer de tu padre que al tuyo, no quiero, pastora, que me le declares, sino tomar á mi cargo hacer lo que me pareciere, con presupuesto de mirar por tu honra, con el cuidado que tu mesma has mirado siempre por ella. Iba Galatea á responder á Elicio y agradecerle su buen deseo; mas estorbolo la repentina llegada de los ocho rebozados pastores, que Damon y Elicio havian visto pasar poco antes ázia el al-

aldea. Llegaron todos donde las pastoras estaban, y sin hablar palabra los seis dellos con increible celeridad arremetieron á abrazarse con Damon y con Elicio, teniendolos tan fuertemente apretados, que en ninguna manera pudieron desasirse. En este entretanto, los otros dos (que era el uno el que á caballo venia) se fueron adonde Rosaura estaba, dando gritos por la fuerza que á Damon y á Elicio se les hacia; pero sin aprovecharle defensa alguna, uno de los pastores la tomó en brazos, y pusola sobre la yegua, y en los del que en ella venia, el qual quitandose el rebozo se volvió á los pastores y pastoras, diciendo: no os marabilleis, buenos amigos, de la sinrazon que al parecer aqui se os ha hecho, porque la fuerza de amor, y la ingratitud desta dama han sido causa della: ruegoos me perdoneis, pues no está mas en mi mano; y si por estas partes llegare (como creo que presto llegará) el conocido Grisaldo, direisle como Artandro se lleva á Rosaura, porque no pudo sufrir ser burlado della; y que si el amor y esta injuria le movieren á querer vengarse, que ya sabe que Aragon es mi patria, y el lugar donde vivo. Esta-



J. Ximeno la inv. y dib. J.J. Fabregat la gra.

taba Rosaura desmayada sobre el arzon de la silla, y los demas pastores no querian dexar á Elicio, ni á Damon, hasta que Artandro mandó que los dexasen, los quales viendose libres, con valeroso animo sacaron sus cuchillos, y arremetieron contra los siete pastores, los quales todos juntos les pusieron las azagayas que traian á los pechos, diciendoles que se tuviesen, pues veian quan poco podian ganar en la empresa que tomaban. Harto menos podrá ganar Artandro, les respondió Elicio, en haver cometido tal traicion. No la llames traicion, respondió uno de los otros, porque esta señora ha dado la palabra de ser esposa de Artandro, y agora por cumplir con la condicion mudable de muger, la ha negado, y entregadose á Grisaldo, que es agravio tan manifiesto, y tal que no pudo ser disimulado de nuestro amo Artandro. Por eso sosegaos, pastores, y tenednos en mejor opinion que hasta aqui, pues el servir á nuestro amo en tan justa ocasion nos disculpa; y sin decir mas, volvieron las espaldas, recelandose todavia de los malos semblantes con que Elicio y Damon quedaron, los quales estaban con tanto enojo por no poder desha-

hacer aquella fuerza, y por hallarse inhabilitados de vengarse de lo que á ellos se les hacia, que ni sabian qué decirse, ni qué hacerse. Pero los estremos que Galatea y Florisa hacian, por ver llevar de aquella manera á Rosaura, eran tales, que movieron á Elicio á poner su vida en manifiesto peligro de perderla; porque sacando su honda, y haciendo Damon lo mesmo, á todo correr fue siguiendo á Artandro, y desde lexos con mucho animo y destreza comenzaron á tirarles tantas piedras, que les hicieron detener y tornarse á poner en defensa; pero con todo esto no dexára de sucederles mal á los dos atrevidos pastores, si Artandro no mandára á los suyos que se adelantaran, y los dexaran como lo hicieron, hasta entrarse por un espeso montezuelo que á un lado del camino estaba, y con la defensa de los arboles hacian poco efecto las hondas y piedras de los enojados pastores; y con todo esto los siguieran, si no vieran que Galatea y Florisa, y las otras dos pastoras á mas andar ázia donde ellos estaban se venian, y por esto se detuvieron, haciendo fuerza al enojo que los incitaba, y á la deseada venganza que pretendian; y adelantan-

tan-

tandose á recebir á Galatea, ella les dixo: templad vuestra ira, gallardos pastores, pues á la ventaja de nuestros enemigos, no puede igualar vuestra diligencia, aunque ha sido tal, qual nos la ha mostrado el valor de vuestros animos. El ver el tuyo descontento, Galatea, dixo Elicio, crei yo que diera tales fuerzas al mio, que no se alabaran aquellos descomedidos pastores de la que nos han hecho; pero en mi ventura cabe no tenerla en quanto deseo. El amoroso que Artandro tiene, dixo Galatea, fue el que le movió á tal descomedimiento, y asi conmigo en parte queda disculpado: y luego punto por punto les contó la historia de Rosaura, y como estaba esperando á Grisaldo para recebirle por esposo, lo qual podria haver llegado á noticia de Artandro, y que la zelosa rabia le huviese movido á hacer lo que havian visto. Si asi pasa, como dices, discreta Galatea, dixo Damon, del descuido de Grisaldo, y atrevimiento de Artandro, y mudable condicion de Rosaura temo que han de nacer algunas pesadumbres y diferencias. Eso fuera, respondió Galatea, quando Artandro residiera en Castilla; pero si él se encierra en Aragon,

que

que es su patria, quedarseha Grisaldo con solo el deseo de vengarse. No hay quien le pueda avisar deste agravio? dixo Elicio. Si, respondió Florisa, que yo aseguro que antes que la noche llegue, él tenga dél noticia. Si eso asi fuese, respondió Damon, podria ser cobrar su prenda antes que á Aragon llegasen; porque un pecho enamorado no suele ser perezoso. No creo yo que lo será el de Grisaldo, dixo Florisa; y porque no le falte tiempo y ocasion para mostrarlo, suplicote, Galatea, que á la aldea nos volvamos, porque yo quiero enviar á avisar á Grisaldo de su desdicha. Hagase como lo mandas, amiga, respondió Galatea, que yo te daré un pastor que lleve la nueva: y con esto se querian despedir de Damon y de Elicio, si ellos no porfiaran á querer ir con ellas: y ya que se encaminaban al aldea, á su mano derecha sintieron la zampoña de Erastro, que luego de todos fue conocida, el qual venia en seguimiento de su amigo Elicio. Pararonse á escucharlo, y oyeron que con muestras de tierno dolor esto venia cantando.

ERASTRO.

Por asperos caminos voi siguiendo
El fin dudoso de mi fantasia,
Siempre en cerrada noche, escura, y fria,
Las fuerzas de la vida consumiendo.
Y aunque morir me veo, no pretendo
Salir un paso de la estrecha via,
Que en fe de la alta fe sin igual mia
Mayores miedos contrastar entiendo.
Mi fe es la luz que me señala el puerto
Seguro á mi tormenta, y sola es ella
Quien promete buen fin á mi viage.
Por mas que el medio se me muestre incierto,
Por mas que el claro rayo de mi estrella
Me encubra amor, y el cielo mas me ultrage.

Con un profundo suspiro acabó el enamorado canto el lastimado pastor, y creyendo que ninguno le oia, soltó la voz á semejantes razones: amor, cuya poderosa fuerza, sin hacer ninguna á mi alma, fue parte para que yo la tuviese de tener tan bien ocupados mis pensamien;os, ya que tanto bien me hiciste, no quieras mostrarte agora, ha-

ciendome el mal que me amenazas ; que es mas mudable tu condicion , que la de la variable fortuna : mira , señor , quan obediente he estado á tus leyes , quan pronto á seguir tus mandamientos , y quan sugeta he tenido mi voluntad á la tuya : pagame esta obediencia con hacer lo que á ti tanto importa que hagas : no permitas que estas riberas nuestras queden desamparadas de aquella hermosura que la ponia y la daba á sus frescas y menudas yervas , á sus humildes plantas , y levantados arboles : no consientas , señor , que al claro Tajo se le quite la prenda que le enriquece , y por quien él tiene mas fama , que no por las arenas de oro que en su seno cria: no quites á los pastores destos prados la luz de sus ojos , la gloria de sus pensamientos , y el honroso estimulo que á mil honrosas y virtuosas empresas los incitaba : considera bien , que si desta á la agena tierra consientes que Galatea sea llevada , que te despojas del dominio que en estas riberas tienes ; pues por Galatea sola le usas , y si ella falta , ten por averiguado que no serás en todos estos prados conocido , que todos quantos en ellos habitan , te negarán la obediencia , y no te acudi-

dirán con el usado tributo : advierte , que lo que te suplico, es tan conforme y llegado á razon , que irias de todo en todo fuera della, si no me lo concedieses ; porque qué ley ordena , ó qué razon consiente , que la hermosura que nosotros criamos , la discrecion que en estas selvas y aldeas nuestras tuvo principio , el donaire por particular don del cielo á nuestra patria concedido , agora que esperabamos coger el honesto fruto de tantos bienes y riquezas , se haya de llevar á estraños reynos á ser poseido y tratado de agenas, y no conocidas manos? No quiera el cielo piadoso hacernos tan notable daño. O verdes prados , que con su vista os alegravades! ó flores olorosas , que de sus pies tocadas , de mayor fragancia erades llenas! ó plantas , ó arboles desta deleitosa selva , haced todos en la mejor forma que pudieredes , aunque á vuestra naturaleza no se conceda , algun genero de sentimiento que mueva al cielo á concederme lo que le suplico. Decia esto derramando tantas lagrimas el enamorado pastor , que no pudo Galatea disimular las suyas , ni menos ninguno de los que con ella iban , haciendo todos un tan notable sentimiento , co-

mo si lloraran en las obsequias de su muerte. Llegó á este punto á ellos Erastro, á quien recibieron con agradable comedimiento: el qual, como vió á Galatea con señales de haverle acompañado en las lagrimas, sin apartar los ojos della, la estubo atento mirando por un rato, al cabo del qual dixo: agora acabo de conocer, Galatea, que ninguno de los humanos se escapa de los golpes de la variable fortuna; pues tú, de quien yo entendia que por particular privilegio havias de estar esenta dellos, veo que con mayor impetu te acometen y fatigan: de donde averiguo, que ha querido el cielo con un solo golpe lastimar á todos los que te conocen, y á todos los que del valor tuyo tienen alguna noticia; pero con todo eso tengo esperanza, que no se ha de estender tanto su rigor, que lleve adelante la comenzada desgracia, viniendo tan en perjuicio de tu contento. Antes por esa mesma razon, respondió Galatea, estoy yo menos segura de mi desdicha, pues jamas la tuve en lo que desease; mas porque no está bien á la honestidad de que me precio, que tan á la clara descubra quan por los cabellos me lleva tras si la obediencia que á mis

mis padres debo, ruegote, Erastro, que no me des ocasion de renovar mi sentimiento, ni de ti, ni de otro alguno se trate cosa que antes de tiempo despierte en mi la memoria del disgusto que temo; y con esto asimesmo os ruego, pastores, me dexeis adelantar á la aldea, porque siendo avisado Grisaldo, le quede tiempo para satisfacerse del agravio que Artandro le ha hecho. Ignorante estaba Erastro del suceso de Artandro; pero la pastora Florisa en breves razones se lo contó todo, de que se marabilló Erastro, estimando que no debia de ser poco el valor de Artandro, pues á tan dificultosa empresa se havia puesto. Querian ya los pastores hacer lo que Galatea les mandaba, si en aquella sazon no descubrieran toda la compañia de caballeros, pastores y damas, que la noche antes en la hermita de Silerio se quedaron: los quales en señal de grandisimo contento á la aldea se venian, y trayendo consigo á Silerio con diferente trage y gusto de lo que hasta alli havia tenido, porque ya havia dexado el de hermitaño, mudandole en el de alegre desposado, como ya lo era de la hermosa Blanca con igual contento y satisfacion

 de

de entrambos, y de sus buenos amigos Timbrio y Nisida, que se lo persuadieron; dando con aquel casamiento fin á todas sus miserias, y quietud y reposo á los pensamientos que por Nisida le fatigaban: y asi con el regocijo que tal suceso les causaba, venian todos dando muestras dél, con agradable musica, y discretas y amorosas canciones: de las quales cesaron quando vieron á Galatea, y á los demas que con ella estaban, recibiendose unos á otros con mucho placer y comedimiento, dandole Galatea á Silerio el parabien de su suceso, y á la hermosa Blanca el de su desposorio, y lo mesmo hicieron los pastores, Damon, Elicio y Erastro, que en estremo á Silerio estaban aficionados. Luego que cesaron entre ellos los parabienes, y cortesias, acordaron de proseguir su camino al aldea: y para entretenerle, rogo Tirsi á Timbrio que acabase el soneto que havia comenzado á decir, quando de Silerio fue conocido. Y no escusandose Timbrio de hacerlo, al son de la flauta del zeloso Orfenio, con estremada y suave voz le cantó y acabó, que era este.

TIM-

TIMBRIO.

Tan bien fundada tengo la esperanza,
Que aunque mas sople riguroso viento,
No podrá desdecir de su cimiento:
Tal fe, tal fuerza, y tal valor alcanza.
Tan lejos voi de consentir mudanza
En mi firme amoroso pensamiento,
Quan cerca de acabar en mi tormento
Antes la vida, que la confianza.
Que si al contraste del amor vacila
El pecho enamorado, no merece
Del mesmo amor la dulce paz tranquila.
Por esto el mio, que su fe engrandece,
Rabie Caribdis, ó amenace Cila,
Al mar se arroja, y al amor se ofrece.

Pareció bien el soneto de Timbrio á los pastores, y no menos la gracia con que cantado le havia: y fue de manera, que le rogaron que otra alguna cosa dixese; mas escusose con decir á su amigo Silerio respondiese por él en aquella causa, como lo havia hecho siempre en otras mas peligrosas. No pudo Silerio dexar de hacer lo que su

amigo le mandaba : y asi, con el gusto de verse en tan felice estado, al son de la mesma flauta de Orfenio cantó lo que se sigue.

SILERIO.

Gracias al cielo doi, pues he escapado
De los peligros deste mar incierto,
Y al recogido favorable puerto
Tan sin saber por donde he ya llegado.
Recojanse las velas del cuidado,
Reparese el navio pobre abierto,
Cumpla los votos quien con rostro muerto
Hizo promesas en el mar airado.
Beso la tierra, reverencio al cielo,
Mi suerte abrazo mejorada y buena,
Llamo dichoso á mi fatal destino.
Y á la nueva sin par blanda cadena
Con nuevo intento y amoroso zelo,
El lastimado cuello alegre inclino.

Acabó Silerio, y rogó á Nisida fuese servida de alegrar aquellos campos con su canto, la qual mirando á su querido Timbrio, con los ojos le pidió licencia para cumplir lo que Silerio le pedia, y dandosela él ansi mesmo

mo con la vista, ella sin mas esperar, con mucho donaire y gracia, cesando el son de la flauta de Orfenio, al de la zampoña de Orompo cantó este soneto.

NISIDA.

Voi contra la opinion de aquel que jura,
Que jamas del amor llegó el contento
A do llega el rigor de su tormento,
Por mas que el bien ayude la ventura.
Yo sé qué es bien, yo sé qué es desventura,
Y sé de sus efetos claro, y siento
Que quanto mas destruye el pensamiento
El mal de amor, el bien mas lo asegura.
No el verme en brazos de la amarga muerte
Por la mal referida triste nueva,
Ni á los cosarios barbaros rendida,
Fue dura pena, fue dolor tan fuerte
Que agora no conozca y haga prueba,
Que es mas el gusto de mi alegre vida.

Admiradas quedaron Galatea y Florisa de la estremada voz de la hermosa Nisida, la qual por parecerle que por entonces en cantar Timbrio y los de su parte havian toma-
do

do la mano, no quiso que su hermana quedase sin hacerlo: y asi sin importunarle mucho, con no menos gracia que Nisida, haciendo señal á Orfenio que su flauta tocase, al son della cantó desta manera.

BLANCA.

Qual si estuviera en la arenosa Libia,
O en la apartada Citia siempre helada,
Tal vez del frio temor me vi asaltada,
Y tal del fuego que jamas se entibia;
Mas la esperanza que el dolor alivia
En uno y otro estremo disfrazada,
Tuvo la vida en su poder guardada,
Quando con fuerzas, quando flaca y tibia.
Pasó la furia del invierno helado,
Y aunque el fuego de amor quedó en su punto,
Llegó la deseada primavera,
Donde en un solo venturoso punto
Gozo del dulce fruto deseado
Con largas pruebas de una fe sincera.

¶ No menos contentó á los pastores la voz y lo que cantó Blanca, que todas las demas que havian oido. Y ya que ellos querian dar mues-

muestras de que no toda la habilidad se encerraba en los cortesanos caballeros, y para esto casi de un mesmo pensamiento movidos Orompo, Crisio, Orfenio, y Marsilio comenzaban á templar sus instrumentos, les forzó á volver las cabezas un ruido que á sus espaldas sintieron: el qual causaba un pastor, que con furia iba atravesando por las matas del verde bosque, el qual fue de todos conocido que era el enamorado Lauso, de que se marabilló Tirsi, porque la noche antes se havia despedido dél, diciendo que iba á un negocio que importaba el acabarle acabar su pesar, y comenzar su gusto; y que sin decirle mas, con otro pastor su amigo se havia partido, y que no sabia qué podia haverle sucedido agora que con tanta prisa caminaba. Lo que Tirsi dixo, movió á querer llamar á Lauso; y asi le dió voces que viniese: mas viendo que no las oia, y que ya á mas andar iba transponiendo un recuesto, con toda ligereza se adelantó, y desde encima de otro collado le tornó á llamar con mayores voces. Las quales oidas por Lauso, y conociendo quien le llamaba, no pudo dexar de volver, y en llegando á Damon le abrazó

con

con señales de estraño contento, y tanto que admiraron á Damon las muestras que de estar alegre daba; y asi le dixo: qué es esto, amigo Lauso? has por ventura alcanzado el fin de tus deseos, ó hante desde hayer acá correspondido á ello de manera, que halles con facilidad lo que pretendes? Mucho mayor es el bien que traigo, Damon, verdadero amigo, respondió Lauso; pues la causa que á otros suele ser de desesperacion y muerte, á mi me ha servido de esperanza y vida, y esta ha sido de un desden y desengaño, acompañado de un melindroso donaire, que en mi pastora he visto, que me ha restituido á mi ser primero. Ya ya, pastor, no siente mi trabajado cuello el pesado yugo amoroso, ya se han deshecho en mí sentido las encumbradas maquinas de pensamientos, que desvanecido me traian; ya tornaré á la perdida conversacion de mis amigos, ya me parecerán lo que son las verdes yervas, y olorosas flores destos apacibles campos, ya tendrán treguas mis suspiros, vado mis lagrimas, y quietud mis desasosiegos. Porque consideres, Damon, si es causa esta bastante para mostrarme alegre, y regocijado. Sí es, Lauso, respondió Damon,

mon ; pero temo que alegria tan repentinamente nacida , no ha de ser duradera , y tengo ya experiencia que todas las libertades que de desdenes son engendradas , se deshacen como el humo , y torna luego la enamorada intencion con mayor priesa á seguir sus intentos. Asi que , amigo Lauso , plega al cielo que sea mas firme tu contento , de lo que yo imagino , y goces largos tiempos la libertad que pregonas , que no solo me holgaria por lo que debo á nuestra amistad , sino por ver un no acostumbrado milagro en los deseos amorosos. Como quiera que sea , Damon , respondió Lauso , yo me siento agora libre , y señor de mi voluntad ; y porque se satisfaga la tuya de ser verdad lo que digo , mira qué quieres que haga en prueba dello : quieres que me ausente ? quieres que no visite mas las cabañas donde imaginas que puede estar la causa de mis pasadas penas y presentes alegrias ? qualquiera cosa haré por satisfacerte. La importancia está en que tú , Lauso , estes satisfecho , respondió Damon , y vere yo que lo estas quando de aqui á seis dias te vea en ese mesmo proposito : y por agora no quiero otra cosa de tí , sino

que

que dexes el camino que llevabas, y te vengas conmigo adonde todos aquellos pastores y damas nos esperan, y que la alegria que traes, la solemnices con entretenernos con tu canto mientras que al aldea llegamos. Fue contento Lauso de hacer lo que Damon le mandaba, y asi volvió con él á tiempo que Tirsi estaba haciendo señas á Damon, que se volviese; y en llegando que él y Lauso llegaron, sin gastar palabras de comedimiento Lauso dixo: no vengo, señores, para menos que para fiestas y contentos, por eso si le recibiereis de escucharme, suene Marsilio su zampoña, y aparejaos á oir lo que jamas pense que mi lengua tuviera ocasion de decirlo, ni aun mi pensamiento para imaginarlo. Todos los pastores respondieron á una, que les seria de gran gusto el oirle. Y luego Marsilio con el deseo que tenia de escucharle, tocó su zampoña, al son de la qual Lauso comenzó á cantar desta manera.

LAUSO.

Con las rodillas en el suelo hincadas,
Las manos en humilde modo puestas,
Y el corazon de un justo zelo lleno
Te adoro, desden santo, en quien cifradas
Estan las causas de las dulces fiestas
Que gozo en tiempo sosegado y bueno,
Tu del rigor del aspero veneno,
Que el mal de amor encierra,
Fuiste la cierta y presta medicina;
Tu mi total ruina
Volviste en bien, en sana paz mi guerra;
Y asi como á mi rico almo tesoro
No una vez sola, mas cien mil te adoro.

Por ti la luz de mis cansados ojos
Tanto tiempo turbada y aun perdida,
Al ser primero ha vuelto que tenia:
Por ti torno á gozar de los despojos,
Que de mi voluntad, y de mi vida
Llevó de amor la antigua tirania:
Por ti la noche de mi error en dia
De sereno discurso
Se ha vuelto, y la razon que antes estaba

En

En posesion de esclava ,
Con sosegado y advertido curso ,
Siendo agora señora , me conduce
Do el bien eterno mas se muestra y luce.

Mostrasteme , desden , quan engañosas ,
Quan falsas y fingidas havian sido
Las señales de amor que me mostraban ,
Y que aquellas palabras amorosas
Que tanto regalaban el oido ,
Y al alma de sí mesma enagenaban
En falsedad y burla se forjaban ,
Y el regalado y tierno
Mirar de aquellos ojos solo era
Porque mi primavera
Se convirtiese en desabrido invierno
Quando llegase el claro desengaño ;
Mas tú , dulce desden , curaste el daño.

Desden , que suele ser espuela aguda
Que hace caminar al pensamiento
Tras la amorosa deseada empresa ,
En mi tu efeto y condicion se muda ,
Que yo por tí me aparto del intento
Tras quien corria con no vista priesa ,
Y aunque contino el fiero amor no cesa
Mal

Mal de mi satisfecho
Tendre de nuevo el lazo por cogerme,
Y por mas ofenderme
Encarar mil saetas á mi pecho:
Tú, desden, solo, solo tú bien puedes
Romper sus flechas, y rasgar sus redes.

No era mi amor tan flaco, aunque sencillo,
Que pudiera un desden echarle á tierra,
Cien mil han sido menester primero:
Que fue qual suele sin poder sufrillo
Venir al suelo el pino, que le atierra
En virtud de otros golpes el postrero:
Grave desden, de parecer severo
En desamor fundado
Y en poca estimacion de agena suerte,
Dulce me ha sido el verte,
El oirte y tocarte, y que gustado
Hayas sido del alma en coyuntura
Que derribas, y acabas mi locura.

Derribas mi locura, y das la mano
Al ingenio, desden, que se levante,
Y sacuda de sí el pesado sueño,
Para que con mejor intento sano
Nuevas grandezas, nuevos loores cante

De otros, si le halla agradecido dueño:
Tu has quitado las fuerzas al veleño,
Con que el amor ingrato
Adormecia á mi virtud doliente,
Y con la tuya ardiente
Soy reducido á nueva vida y trato:
Que ahora entiendo que yo soy quien puedo
Temer con tasa, y esperar sin miedo.

No cantó mas Lauso, aunque bastó lo que cantado havia para poner admiracion en los presentes, que como todos sabian que el dia antes estaba tan enamorado y tan contento de estarlo, marabillabales verle en tan pequeño espacio de tiempo tan mudado y tan otro del que solia. Y considerado bien esto, su amigo Tirsi, le dixo: no sé si te dé el parabien, amigo Lauso, del bien en tan breves horas alcanzado, porque temo que no debe de ser tan firme y seguro como tu imaginas, pero todavia me huelgo de que goces, aunque sea pequeño espacio, del gusto que acarrea al alma la libertad alcanzada, pues podria ser que conociendo agora en lo que se debe estimar, aunque tornases de nuevo á las rotas cadenas y lazos, hicieses mas fuerza pa-

ra romperlos, atraido de la dulzura y regalo que goza un libre entendimiento, y una voluntad desapasionada. No tengas temor alguno, discreto Tirsi, respondió Lauso, que ninguna otra nueva asechanza sea bastante á que yo torne á poner los pies en el cepo amoroso, ni me tengas por tan liviano y antojadizo, que no me haya costado ponerme en el estado en que estoy infinitas consideraciones, mil averiguadas sospechas, y mil cumplidas promesas hechas al cielo, porque á la perdida luz me tornase; y pues en ella veo agora quan poco antes veia, yo procuraré conservarla en el mejor modo que pudiere. Ninguno otro será tan bueno, dixo Tirsi, como no volver á mirar lo que atras dexas, porque perderás, si vuelves, la libertad que tanto te ha costado, y quedarás qual quedó aquel incauto amante, con nuevas ocasiones de perpetuo llanto; y ten por cierto, Lauso amigo, que no hay tan enamorado pecho en el mundo, á quien los desdenes y arrogancias escusadas no entibien, y aun le hagan retirar de sus mal colocados pensamientos; y haceme creer mas esta verdad saber yo quien es Silena, aunque tu jamas

no me lo has dicho , y saber ansi mesmo la mudable condicion suya , sus acelerados impetus , y la llaneza , por no darle otro nombre , de sus deseos : cosas , que á no templarlas y disfrazarlas con la sin igual hermosura de que el cielo la ha dotado , fuera por ellas de todo el mundo aborrecida. Verdad dices , Tirsi , respondió Lauso , porque sin duda alguna , la singular belleza suya , y las apariencias de la incomparable honestidad de que se arrea , son partes para que no solo sea querida , sino adorada de todos quantos la miraren ; y asi no debe marabillarse alguno que la libre voluntad mia se haya rendido á tan fuertes y poderosos contrarios , solo es justo que se marabille de como me he podido escapar dellos , que puesto que salgo de sus manos tan maltratado , estragada la voluntad , turbado el entendimiento , descaecida la memoria ; todavia me parece que puedo triunfar de la batalla. No pasaron mas adelante en su platica los dos pastores , porque á este punto vieron , que por el mesmo camino que ellos iban , venia una hermosa pastora , y poco desviada della un pastor , que luego fue conocido , que era el anciano Arsindo , y la pas-

pastora era la hermana de Galercio, Maurisa. La qual como fue conocida de Galatea y de Florisa, entendieron que con algun recaudo de Grisaldo para Rosaura venia, y adelantandose las dos á recebirla, Maurisa llegó á abrazar á Galatea, y el anciano Arsindo saludó á todos los pastores, y abrazó á su amigo Lauso, el qual estaba con grande deseo de saber lo que Arsindo havia hecho despues que le dixeron, que en seguimiento de Maurisa se havia partido. Y viendole agora volver con ella, luego comenzó á perder con él y con todos el credito que sus blancas canas le havian adquirido, y aun le acabara de perder, si los que alli venian no supieran tan de experiencia adonde y á quanto la fuerza del amor se estendia, y asi en los mesmos que le culpaban, halló la disculpa de su yerro. Y parece que adivinando Arsindo lo que los pastores dél adivinaban, como en satisfacion y disculpa de su cuidado les dixo: oid, pastores, uno de los mas estraños sucesos amorosos, que por largos años en estas nuestras riberas, ni en las agenas se havrá visto. Bien creo que conoceis, y conocemos todos al nombrado pastor Lenio, aquel cuya desamorada

condicion le adquirio renombre de desamorado : aquel que no ha muchos dias que por solo decir mal de amor, osó tomar competencia con el famoso Tirsi, que está presente : aquel, digo, que jamas supo mover la lengua, que para decir mal de amor no fuese : aquel que con tantas veras reprehendia á los que de la amorosa dolencia veia lastimados. Este pues tan declarado enemigo del amor, ha venido á termino que tengo por cierto, que no tiene el amor quien con mas veras le siga, ni aun él tiene vasallo á quien mas persiga, porque le ha hecho enamorar de la desamorada Gelasia, aquella cruel pastora, que al hermano desta, señalando á Maurisa, que tanto en la condicion se le parece, tuvo el otro dia, como vistes, con el cordel á la garganta, para fenecer á manos de su crueldad sus cortos y mal logrados dias. Digo enfin, pastores, que Lenio el desamorado, muere por la endurecida Gelasia, y por ella llena el ayre de sospiros, y la tierra de lagrimas; y lo que hay mas malo en esto es, que me parece que el amor ha querido vengarse del rebelde corazon de Lenio, rindiendole á la mas dura y esquiva

pas-

pastora que se ha visto ; y conociendolo él , procura agora en quanto dice y hace reconciliarse con el amor ; y por los mismos terminos que antes le vituperaba, agora le ensalza y honra ; y con todo esto , ni el amor se mueve á favorecerle , ni Gelasia se inclina á remediarle , como lo he visto por los ojos; pues no ha muchas horas que viniendo yo en compañia desta pastora , le hallamos en la fuente de las pizarras tendido en el suelo , cubierto el rostro de un sudor frio , y anhelando el pecho con una estraña priesa : llegueme á él , y conocile , y con el agua de la fuente le rocié el rostro , con que cobró los perdidos espiritus ; y juntandome junto á él le pregunté la causa de su dolor , la qual él me dixo sin faltar punto , contandomela con tan tierno sentimiento , que le puso en esta pastora , en quien creo que jamas cupo señal de compasion alguna : encareciome la crueldad de Gelasia , y el amor que le tenia , y la sospecha que en él reynaba de que el amor le havia traido á tal estado por vengarse en un solo punto de las muchas ofensas que le havia hecho. Consolele yo lo mejor que supe, y dexandole libre del pasado parasismo , vengo

acompañando á esta pastora, y á buscarte á tí, Lauso, para que si fueres servido, volvamos á nuestras cabañas, pues ha ya diez dias que dellas nos partimos, y podrá ser que nuestros ganados sientan el ausencia nuestra, mas que nosotros la suya. No sé si te responda, Arsindo, respondió Lauso, que creo que mas por cumplimiento que por otra cosa me convidas á que á nuestras cabañas nos volvamos, teniendo tanto que hacer en las agenas, quanto la ausencia que de mí has hecho estos dias, lo ha mostrado. Pero dexando lo mas que en esto te pudiera decir, para mejor sazon y coyuntura, torname á decir si es verdad lo que de Lenio dices, porque si asi es, podre yo afirmar que ha hecho amor en estos dias dos de los mayores milagros, que en todos los de su vida ha hecho: como son, rendir y avasallar el duro corazon de Lenio, y poner en libertad el tan sugeto mio. Mira lo que dices, dixo entonces Orompo, amigo Lauso, que si el amor te tenia sugeto, como hasta aqui has significado, cómo el mesmo amor agora te ha puesto en la libertad que publicas? Si me quieres entender, Orompo, replicó Lauso, verás que en nada me con-

contradigo ; porque digo , ó quiero decir , que el amor que reynaba y reyna en el pecho de aquella , á quien yo tan en estremo queria , como se encamina á diferente intento que el mio , puesto que todo es amor , el efeto que en mi ha hecho , es ponerme en libertad , y á Lenio en servidumbre ; y no me hagas , Orompo , que cuente con estos , otros milagros : y diciendo esto , volvió los ojos á mirar al anciano Arsindo , y con ellos dixo lo que con la lengua callaba ; porque todos entendieron , que el tercero milagro que pudiera contar , fuera ver enamoradas las canas de Arsindo de los pocos y verdes años de Maurisa. La qual todo este tiempo estuvo hablando á parte con Galatea y Florisa ; diciendoles como otro dia seria Grisaldo en el aldea en habito de pastor , y que alli pensaba desposarse con Rosaura en secreto , porque en publico no podia , á causa que los parientes de Leopersia , con quien su padre tenia concertado de casarle , havian sabido que Grisaldo queria faltar en la prometida palabra , y en ninguna manera querian que tal agravio se les hiciese ; pero que con todo eso estaba Grisaldo determinado de corresponder

an-

antes á lo que á Rosaura debia, que no á la obligacion en que á su padre estaba. Todo esto que os he dicho, pastoras, prosiguió Maurisa, mi hermano Galercio me dixo que os lo dixese, el qual á vosotras con este recaudo venia; pero la cruel Gelasia, cuya hermosura lleva siempre tras sí el alma de mi desdichado hermano, fue la causa que él no pudiese venir á deciros lo que he dicho, pues por seguir á ella, dexó de seguir el camino que traia, fiandose de mí, como de hermana. Ya haveis entendido, pastoras, á lo que vengo: donde está Rosaura para decirselo?, ó decidselo vosotras, porque la angustia en que mi hermano queda puesto, no consiente que un punto mas aqui me detenga. Entanto que la pastora esto decia, estaba Galatea considerando la amarga respuesta que pensaba darle, y las tristes nuevas que havian de llegar á los oidos del desdichado Grisaldo; pero viendo que no escusaba de darlas, y que era peor detenerla, luego le contó todo lo que á Rosaura havia sucedido, y como Artandro la llevaba, de que quedó marabillada Maurisa; y al instante quisiera dar la vuelta á avisar á Grisaldo, si Gala-

tea

tea no la detuviera, preguntandole qué se havian hecho las dos pastoras que con ella y con Galercio se havian ido. A lo que respondió Maurisa: cosas te pudiera contar dellas, Galatea, que te pusieran en mayor admiracion, que no es la en que á mi me ha puesto el suceso de Rosaura, pero el tiempo no me da lugar á ello: solo te digo que la que se llamaba Leonarda, se ha desposado con mi hermano Artidoro por el mas sotil engaño que jamas se ha visto; y Teolinda la otra está en termino de acabar la vida, ó de perder el juicio, y solo la entretiene la vista de Galercio, que como se parece tanto á la de mi hermano Artidoro, no se aparta un punto de su compañia: cosa, que es á Galercio tan pesada y enojosa, quanto lo es dulce y agradable la compañia de la cruel Gelasia: el modo como esto pasó te contaré mas despacio, quando otra vez nos veamos, porque no será razon que por mi tardanza, se impida el remedio que Grisaldo puede tener en su desgracia, usando en remediarla la diligencia posible; porque sino ha mas que esta mañana que Artandro robó á Rosaura, no se podrá haver alejado tanto destas riberas,

ras,

ras, que quite la esperanza á Grisaldo de cobrarla, y mas si yo aguijo los pies como pienso. Parecióle bien á Galatea lo que Maurisa decia, y asi no quiso mas detenerla, solo le rogó que fuese servida de tornarla á ver lo mas presto que pudiese, para contarle el suceso de Teolinda, y lo que havia en el hecho de Rosaura. La pastora se lo prometió, y sin mas detenerse, despidiendose de los que alli estaban, se volvió á su aldea, dexando á todos satisfechos de su donaire y hermosura. Pero quien mas sintió su partida, fue el anciano Arsindo, el qual por no dar claras muestras de su deseo, se huvo de quedar tan solo sin Maurisa, quanto acompañado de sus pensamientos. Quedaron tambien las pastoras suspensas de lo que de Teolinda havian oido, y en estremo deseaban saber su suceso; y estando en esto oyeron el claro son de una bocina, que á su diestra mano sonaba, y volviendo los ojos á aquella parte, vieron encima de un recuesto algo levantado dos ancianos pastores que en medio tenian un antiguo sacerdote, que luego conocieron ser el anciano Thelesio; y haviendo uno de los pastores tocado otra vez la bocina, todos tres se baxaron del re-

recuesto, y se encaminaron ázia otro que alli junto estaba; donde subidos, de nuevo tornaron á tocarla: á cuyo son, de diferentes partes se comenzaron á mover muchos pastores, para venir á ver lo que Thelesio queria, porque con aquella señal solia él convocar todos los pastores de aquella ribera, quando queria hacerles algun provechoso razonamiento, ó decirles la muerte de algun conocido pastor de aquellos contornos, ó para traerles á la memoria el dia de alguna solene fiesta, ó el de algunas tristes obsequias. Teniendo pues Aurelio, y casi los mas pastores que alli venian, conocida la costumbre y condicion de Thelesio, todos se fueron acercando adonde él estaba; y quando llegaron, ya se havian juntado. Pero como Thelesio vió venir tantas gentes, y conoció quan principales todos eran, baxando de la cuesta los fue á recebir con mucho amor, y cortesia, y con la mesma fue de todos recebido. Y llegandose Aurelio á Thelesio, le dixo: cuentanos, si fueres servido, honrado y venerable Thelesio, qué nueva causa te mueve á querer juntar los pastores destos prados? es por ventura de alegres fiestas, ó de tristes funebres

su-

sucesos? quieresnos mostrar alguna cosa perteneciente al mejoramiento de nuestras vidas? dinos, Thelesio, lo que tu voluntad ordena, pues sabes que no saldrán las nuestras de todo aquello que la tuya quisiere. Págueos el cielo, pastores, respondió Thelesio, la sinceridad de vuestras intenciones, pues tanto se conforman con la de aquel, que solo vuestro bien y provecho pretende. Mas por satisfacer al deseo que teneis de saber lo que quiero, quieroos traer á la memoria la que debeis tener perpetuamente del valor y fama del famoso y aventajado pastor Meliso, cuyas dolorosas obsequias se renuevan, y se iran renovando de año en año tal dia como mañana entanto que en nuestras riberas huviere pastores, y en nuestras almas no faltare el conocimiento de lo que se debe á la bondad y valor de Meliso. A lo menos de mí os sé decir que entanto que la vida me durare, no dexare de acordaros á su tiempo la obligacion en que os tiene puestos la habilidad, cortesia y virtud del sin par Meliso; y asi, agora os la acuerdo, y os advierto, que mañana es el dia que se ha de renovar el desdichado, donde tanto bien perdimos, como fue

fue perder la agradable presencia del pruden-
te pastor Meliso, por lo que á la bondad su-
ya debeis, y por lo que á la intencion que
tengo de serviros estais obligados, os ruego,
pastores, que mañana al romper del dia os
halleis todos en el valle de los cipreses, don-
de está el sepulcro de las honradas cenizas de
Meliso, para que alli con tristes cantos y pia-
dosos sacrificios, procuremos aligerar la pena,
si alguna padece, á aquella venturosa alma,
que en tanta soledad nos ha dexado. Y di-
ciendo esto, con el tierno sentimiento que la
memoria de la muerte de Meliso le causaba,
sus venerables ojos se llenaron de lagrimas,
acompañandole en ellas casi los mas de los
circunstantes: los quales todos de una mis-
ma conformidad se ofrecieron de acudir otro
dia adonde Thelesio les mandaba, y lo mes-
mo hicieron Timbrio y Silerio, Nisida y
Blanca, por parecerles que no seria bien de-
xar de hallarse en ocasion tan piadosa, y en
junta de tan célebres pastores, como alli ima-
ginaron que se juntarian. Con esto se despi-
dieron de Thelesio, y tornaron á seguir el co-
menzado camino de la aldea. Mas no se ha-
vian apartado mucho de aquel lugar, quan-
do

do vieron venir ázia ellos al desamorado Lenio, con semblante tan triste y pensativo, que puso admiracion en todos; y tan transportado en sus imaginaciones venia, que pasó lado con lado de los pastores, sin que los viese, antes torciendo el camino á la izquierda mano, no huvo andado muchos pasos, quando se arrojó al pie de un verde sauce; y dando un recio y profundo suspiro, levantó la mano, y poniendola por el collar del pellico, tiró tan recio, que le hizo pedazos hasta abaxo, y luego se quitó el zurron del lado, y sacando dél un pulido rabel, con grande atencion y sosiego se le puso á templar; y á cabo de poco espacio, con lastimada y concertada voz comenzó á cantar de manera, que forzó á todos los que le havian visto, á que se parasen á escucharle hasta el fin de su canto, que fue este.

LENIO.

Dulce amor, ya me arrepiento
De mis pasadas porfias,
Ya de hoy mas confieso y siento
Que fue sobre burlerias

Le-

Levantado su cimiento:
Ya el rebelde cuello erguido,
Humilde pongo y rendido
Al yugo de tu obediencia,
Ya conozco la potencia
De tu valor estendido.

Sé que puedes quanto quieres,
Y que quieres lo imposible;
Sé que muestras bien quien eres
En tu condicion terrible,
En tus penas y placeres:
Y sé en fin que yo soi quien
Tuvo siempre á mal tu bien,
Tu engaño por desengaño,
Tus certezas por engaño,
Por caricias tu desden.

Estas cosas bien sabidas
Han agora descubierto
En mis entrañas rendidas
Que tu solo eres el puerto,
Do descansan nuestras vidas:
Tu la implacable tormenta
Que al alma mas atormenta,
Vuelves en serena calma:

Tu eres gusto y luz del alma,
Y manjar que la sustenta.

Pues esto juzgo y confieso,
Aunque tarde vengo en ello,
Templa tu rigor y exceso,
Amor, y del flaco cuello
Aligera un poco el peso:
Al ya rendido enemigo
No se ha de dar el castigo
Como aquel que se defiende,
Quanto mas que aqui se ofende
Quien ya quiere ser tu amigo.

Salgo de la pertinacia,
Do me tuvo mi malicia
Y el estar en tu desgracia,
Y apelo de tu justicia
Ante el rostro de tu gracia:
Que si á mi poco valor
No le quilata el favor
De tu gracia conocida,
Presto dexaré la vida
En las manos del dolor.

Las de Gelasia me han puesto

En

En tan estraña agonia,
Que si mas porfia en esto
Mi dolor y su porfia,
Sé que acabaran bien presto.
O dura Gelasia esquiva,
Zahareña, dura, altiva!
Porqué gustas, dí, pastora,
Que el corazon que te adora,
En tantos tormentos viva?

Poco fue lo que cantó Lenio, pero lo que lloró fue tanto, que alli quedara deshecho en lagrimas, si los pastores no acudieran á consolarle. Mas como él los vió venir, y conoció entre ellos á Tirsi, sin mas detenerse se levantó, y se fue á arrojar á sus pies, abrazandole estrechamente las rodillas, y sin dexar las lagrimas, le dixo: agora puedes, famoso pastor, tomar justa venganza del atrevimiento que tuve de competir contigo, defendiendo la injusta causa que mi ignorancia me proponia: agora, digo, que puedes levantar el brazo, y con algun agudo cuchillo traspasar este corazon donde cupo tan notoria simpleza, como era no tener al amor por universal señor del mundo; pero de una cosa te quiero adver-

tir, que si quieres tomar al justo la venganza de mi yerro, que me dexes con la vida que sostengo, que es tal, que no hay muerte que se le compare. Havia ya Tirsi levantado del suelo al lastimado Lenio, y teniendole abrazado, con discretas y amorosas palabras procuraba consolarle, diciendole: la mayor culpa que hay en las culpas, Lenio amigo, es el estar pertinaces en ellas, porque es de condicion de demonios el nunca arrepentirse de los yerros cometidos: y asi mesmo una de las principales causas que mueve y fuerza á perdonar las ofensas, es ver el ofendido arrepentimiento en el que ofende, y mas quando está el perdonar en manos de quien no hace nada en hacerlo, pues su noble condicion le tira y compele á que lo haga, quedando mas rico y satisfecho con el perdon, que con la venganza: como se ve esto á cada paso en los grandes señores y Reyes, que mas gloria grangean en perdonar las injurias, que en vengarlas: y pues tú, Lenio, confiesas el error en que has estado, y conoces agora las poderosas fuerzas del amor, y entiendes dél que es señor universal de nuestros corazones, por este nuevo conocimiento y por el arrepentimiento que tienes, puedes es-

estar confiado y vivir seguro, que el generoso y blando amor te reducirá presto á sosegada y amorosa vida; que si agora te castiga con darte la penosa que tienes, hacelo, porque le conozcas, y porque despues tengas y estimes en mas la alegre, que sin duda piensa darte. A estas razones añadieron otras muchas Elicio y los demas pastores que alli estaban, con las quales pareció que quedó Lenio algo mas consolado. Y luego les contó como moria por la cruel pastora Gelasia, exâgerandoles la esquiva y desamorada condicion suya, y quan libre y esenta estaba de pensar en ningun efeto amoroso: encareciendoles tambien el insufrible tormento que por ella el gentil pastor Galercio padecia, de quien ella hacia tan poco caso, que mil veces le havia puesto en terminos de desesperarse. Mas despues que por un rato en estas cosas huvieron razonado, tornaron á seguir su camino, llevando consigo á Lenio, y sin sucederles otra cosa llegaron al aldea, llevandose consigo Elicio á Tirsi, Damon, Erastro, Lauso, y Arsindo. Con Daranio se fueron Crisio, Orfenio, Marsilio y Orompo. Florisa y las otras pastoras se fueron con Galatea y con

su padre Aurelio: quedando primero concertado, que otro dia al salir del alva se juntasen para ir al valle de los cipreses, como Thelesio les havia mandado, para celebrar las obsequias de Meliso. En las quales, como ya esta dicho, quisieron hallarse Timbrio, Silerio, Nisida y Blanca, que con el venerable Aurelio aquella noche se fueron.

FIN DEL LIBRO QUINTO.

LI-

LIBRO SEXTO
DE LA
GALATEA.

APENAS havian los rayos del dorado febo comenzado á despuntar por la mas baxa linea de nuestro orizonte, quando el anciano y venerable Thelesio hizo llegar á los oidos de todos los que en el aldea estaban, el lastimero són de su bocina: señal que movió á los que le escucharon, á dexar el reposo de los pastorales lechos, y acudir á lo que Thelesio pedia. Pero los primeros que en esto tomaron la mano, fueron Elicio, Aurelio, Daranio, y todos los pastores y pastoras que con ellos estaban, no faltando las hermosas Nisida y Blanca, y los venturosos Timbrio y Silerio, con otra cantidad de gallardos pastores y bellas pastoras, que á ellos se juntaron, y al numero de treinta llegarian. Entre los quales iban la sin par Galatea, nuevo milagro de hermosura, y la recien desposada Silveria:

la qual llevaba consigo á la hermosa y zahareña Belisa, por quien el pastor Marsilio tan amorosas y mortales angustias padecia. Havia venido Belisa á visitar á Silveria, y darle el parabien del nuevo recibido estado, y quiso ansi mesmo hallarse en tan célebres obsequias, como esperaba serian las que tantos y tan famosos pastores celebraban. Salieron pues todos juntos de la aldea, fuera de la qual hallaron á Thelesio, con otros muchos pastores que le acompañaban, todos vestidos y adornados de manera, que bien mostraban que para triste y lamentable negocio havian sido juntados. Ordenó luego Thelesio, porque con intenciones mas puras y pensamientos mas reposados se hiciesen aquel dia los solenes sacrificios, que todos los pastores fuesen juntos por su parte, y desviados de las pastoras, y que ellas lo mesmo hiciesen: de que los menos quedaron contentos, y los mas no muy satisfechos, especialmente el apasionado Marsilio, que ya havia visto á la desamorada Belisa, con cuya vista quedó tan fuera de sí y tan suspenso, qual lo conocieron bien sus amigos Orompo, Crisio y Orfenio, los quales viendole tal, se llegaron á
él,

el, y Orompo le dixo: esfuerza, amigo Marsilio, esfuerza, y no des ocasion con tu desmayo á que se descubra el poco valor de tu pecho: qué sabes si el cielo, movido á compasion de tu pena, ha traido á tal tiempo á estas riberas á la pastora Belisa para que la remedies? Antes para mas acabarme, á lo que yo creo, respondió Marsilio, havrá ella venido á este lugar, que de mi ventura esto y mas se debe temer; pero yo haré, Orompo, lo que mandas, si acaso puede conmigo en este duro trance mas la razon, que mi sentimiento: y con esto volvió algo mas en sí Marsilio, y luego los pastores por una parte, y las pastoras por otra, como de Thelesio estaba ordenado, se comenzaron á encaminar al valle de los cipreses, llevando todos un marabilloso silencio: hasta que admirado Timbrio de ver la frescura y belleza del claro Tajo por do caminaba, vuelto á Elicio, que al lado le venia, le dixo: no poca marabilla me causa, Elicio, la incomparable belleza destas frescas riberas: y no sin razon, porque quien ha visto como yo las espaciosas del nombrado Betis, y las que visten y adornan al famoso Ebro, y al conocido Pisuer-

suerga : y en las apartadas tierras ha paseado las del santo Tiber , y las amenas del Po, celebrado por la caida del atrevido mozo, sin dexar de haver rodeado las frescuras del apacible Sebeto , grande ocasion havia de ser la que á marabilla me moviese de ver otras algunas. No vas tan fuera de camino en lo que dices , segun yo creo , discreto Timbrio, respondió Elicio , que con los ojos no veas la razon que de decirlo tienes , porque sin duda puedes creer , que la amenidad y frescura de las riberas deste rio , hace notoria y conocida ventaja á todas las que has nombrado , aunque entrase en ellas las del apartado Xanto , y del conocido Anfriso , y del enamorado Alfeo ; porque tiene y ha hecho cierto la experiencia , que casi por derecha linea encima de la mayor parte destas riberas se muestra un cielo luciente y claro , que con un largo movimiento y con vivo resplandor parece que convida á regocijo y gusto al corazon que dél está mas ageno : y si ello es verdad , que las estrellas y el sol se mantienen como algunos dicen de las aguas de aca baxo , creo firmemente que las deste rio sean en gran parte ocasion de causar la belleza del

del cielo que le cubre, ó creeré que Dios, por la mesma razon que dicen que mora en los cielos, en esta parte haga lo mas de su habitacion: la tierra que lo abraza, vestida de mil verdes ornamentos, parece que hace fiestas, y se alegra de poseer en si un don tan raro y agradable, y el dorado rio como en cambio en los abrazos della dulcemente entretegiendose, forma como de industria mil entradas y salidas, que á qualquiera que las mira, llenan el alma de placer marabilloso: de donde nace, que aunque los ojos tornen de nuevo muchas veces á mirarle, no por eso dexan de hallar en él cosas que les causen nuevo placer, y nueva marabilla. Vuelve pues los ojos, valeroso Timbrio, y mira quanto adornan sus riberas las muchas aldeas y ricas caserias, que por ellas se ven fundadas. Aqui se ve en qualquiera sazon del año andar la risueña primavera con la hermosa Venus en habito sucinto y amoroso, y Zefiro que la acompaña, con la madre Flora delante, esparciendo á manos llenas, varias y odoriferas flores: y la industria de sus moradores ha hecho tanto, que la naturaleza encorporada con el arte, es hecha artifice y conna-

natural del arte, y de entrambas á dos se ha hecho una tercia naturaleza, á la qual no sabré dar nombre. De sus cultivados jardines, con quien los huertos Esperides y de Alcino pueden callar: de los espesos bosques, de los pacificos olivos, verdes laureles y acopados mirtos: de sus abundosos pastos, alegres valles y vestidos collados, arroyos y fuentes, que en esta ribera se hallan, no se espere que yo diga mas, sino que si en alguna parte de la tierra los campos Eliseos tienen asiento, es sin duda en esta. Qué dire de la industria de las altas ruedas, con cuyo contino movimiento sacan las aguas del profundo rio, y humedecen abundosamente las eras, que por largo espacio estan apartadas? Añadese á todo esto criarse en estas riberas las mas hermosas y discretas pastoras, que en la redondez del suelo pueden hallarse: para cuyo testimonio, dexando aparte el que la experiencia nos muestra, y lo que tú, Timbrio, ha que estas en ellas, y has visto, bastará traer por exemplo á aquella pastora que alli ves, ó Timbrio; y diciendo esto, señaló con el cayado á Galatea; y sin decir mas, dexó admirado á Timbrio de ver la discrecion y

pa-

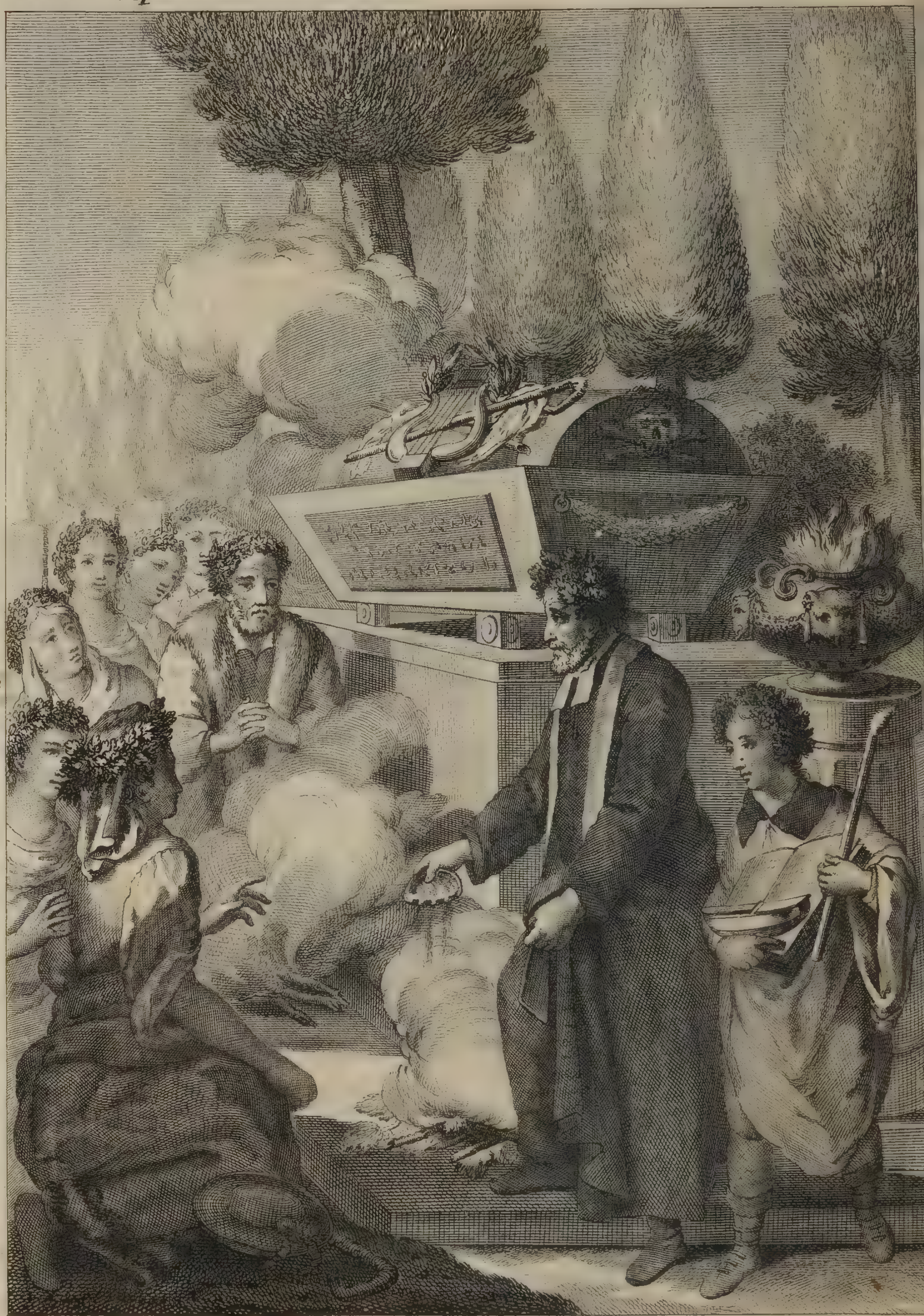
palabras con que havia alabado las riberas de Tajo, y la hermosura de Galatea. Y respondiendole, que no se le podia contradecir ninguna cosa de las dichas, en aquellas y en otras entretenian la pesadumbre del camino, hasta que llegados á vista del valle de los cipreses, vieron que dél salian casi otros tantos pastores y pastoras, como los que con ellos iban. Juntaronse todos, y con sosegados pasos comenzaron á entrar por el sagrado valle, cuyo sitio era tan estraño y marabilloso, que aun á los mesmos que muchas veces le havian visto, causaba nueva admiracion y gusto. Levantanse en una parte de la ribera del famoso Tajo en quatro diferentes y contrapuestas partes quatro verdes y apacibles collados, como por muros y defensores de un hermoso valle, que en medio contienen, cuya entrada en él por otros quatro lugares es concedida, los quales mesmos collados estrechan de modo, que vienen á formar quatro largas y apacibles calles, á quien hacen pared de todos lados altos é infinitos cipreses, puestos por tal orden y concierto, que hasta las mesmas ramas de los unos y de los otros parece que igualmente van creciendo, y que nin-

ninguna se atreve á pasar, ni salir un punto mas de la otra. Cierran y ocupan el espacio que entre cipres y cipres se hace, mil olorosos rosales y suaves jazmines, tan juntos y entretegidos, como suelen estar en los vallados de las guardadas viñas las espinosas zarzas y puntosas cambroneras. De trecho en trecho destas apacibles entradas se ven correr por entre la verde y menuda yerva claros y frescos arroyos de limpias y sabrosas aguas, que en las faldas de los mesmos collados tienen su nacimiento. Es el remate y fin destas calles una ancha y redonda plaza, que los recuestos y los cipreses forman, en medio de la qual está puesta una artificiosa fuente, de blanco y precioso marmol fabricada, con tanta industria y artificio hecha, que las vistosas del conocido Tibuli, y las soberbias de la antigua Tinacria no le pueden ser comparadas. Con el agua desta marabillosa fuente se humedecen y sustentan las frescas yervas de la deleitosa plaza, y lo que mas hace á este agradable sitio digno de estimacion y reverencia, es ser previlegiado de las golosas bocas de los simples corderuelos y mansas obejas, y de otra qualquier

suer-

suerte de ganado, que solo sirve de guardador y tesoro de los honrados huesos de algunos famosos pastores, que por general decreto de todos los que quedan vivos, en el contorno de aquellas riberas se determina y ordena ser digno y merescedor de tener sepultura en este famoso valle. Por esto se veian entre los muchos y diversos arboles, que por las espaldas de los cipreses estaban, en el lugar y distancia que havia dellos hasta las faldas de los collados algunas sepulturas, qual de jaspe, y qual de marmol fabricada, en cuyas blancas piedras se leian los nombres de los que en ellas estaban sepultados. Pero la que mas sobre todas resplandecia, y la que mas á los ojos de todos se mostraba, era la del famoso pastor Meliso, la qual apartada de las otras, á un lado de la ancha plaza de lisas y negras pizarras, y de blanco y bien labrado alabastro hecha parecia; y en el mesmo punto que los ojos de Thelesio la miraron, volviendo el rostro á toda aquella agradable compañia, con sosegada voz y lamentables acentos les dixo: veis alli, gallardos pastores, discretas y hermosas pastoras: veis alli, digo, la triste sepultura donde reposan los

los honrados huesos del nombrado Meliso, honor y gloria de nuestras riberas: comenzad pues á levantar al cielo los humildes corazones, y con puros efectos, abundantes lagrimas y profundos suspiros entonad los santos hymnos y devotas oraciones, y rogadle tenga por bien de acoger en su estrellado asiento la bendita alma del cuerpo que alli yace: en diciendo esto, se llegó á un cipres de aquellos, y cortando algunas ramas, hizo dellas una funesta guirnalda con que coronó sus blancas y venerables sienes, haciendo señal á los demas que lo mesmo hiciesen. De cuyo exemplo movidos todos, en un momento se coronaron de las tristes ramas; y guiados de Thelesio, llegaron á la sepultura, donde lo primero que Thelesio hizo, fue, inclinar las rodillas, y besar la dura piedra del sepulcro: hicieron todos lo mesmo, y algunos huvo que tiernos con la memoria de Meliso, dexaban regado con lagrimas el blanco marmol que besaban. Hecho esto, mandó Thelesio encender el sacro fuego, y en un momento al rededor de la sepultura se hicieron muchas, aunque pequeñas, hogueras, en las quales solas ramas de cipres se que-



Josef Ximeno la inventó i dib. *Joaquin Pro lo g*

quemaban, y el venerable Thelesio con graves y sosegados pasos comenzó á rodear la pira, y echar en todos los ardientes fuegos alguna cantidad de sacro y oloroso incienso, diciendo cada vez que lo esparcia alguna breve y devota oracion á rogar por el alma de Meliso encaminada, al fin de la qual levantaba la tremante voz, y todos los circunstantes con triste y piadoso acento respondian: amen, amen, tres veces, á cuyo lamentable sonido resonaban los cercanos collados y apartados valles, y las ramas de los altos cipreses, y de los otros muchos arboles de que el valle estaba lleno, heridas de un manso zéfiro que soplaba, hacian y formaban un sordo y tristisimo susurro casi como en señal de que por su parte ayudaban á la tristeza del funesto sacrificio. Tres veces rodeó Thelesio la sepultura, y tres veces dixo las piadosas plegarias, y otras nueve se escucharon los llorosos acentos del amen, que los pastores repetian. Acabada esta ceremonia, el anciano Thelesio se arrimó á un subido cipres, que á la cabecera de la sepultura de Meliso se levantaba, y con volver el rostro á una y otra parte hizo que todos los circunstantes

estuviesen atentos á lo que decir queria : y luego levantando la voz todo lo que pudo conceder la antiguedad de sus años, con marabillosa eloquencia comienza á alabar las virtudes de Meliso, la integridad de su inculpable vida, la alteza de su ingenio, la entereza de su animo, la graciosa gravedad de su platica y la excelencia de su poesia ; y sobre todo la solicitud de su pecho en guardar y cumplir la santa Religion que profesado havia, juntando á estas otras tantas y tales virtudes de Meliso, que aunque el pastor no fuera tan conocido de todos los que á Thelesio escuchaban, solo por lo que él decia, quedaran aficionados á amarle, si fuera vivo, y á reverenciarle despues de muerto. Concluyó pues el viejo su platica, diciendo: si á do llegaron, famosos pastores, las bondades de Meliso, y adonde llega el deseo que tengo de alabarlas, llegara la baxeza de mi corto entendimiento, y las flacas y pocas fuerzas adquiridas de mis tantos y cansados años no me acortaran la voz y el aliento, primero este sol que nos alumbra, le vierades bañar una y otra vez en el grande Oceano, que yo cesara de la comenzada platica : mas pues es-

esto en mi marchita edad no se permite, suplid vosotros mi falta, y mostraos agradecidos á las frias cenizas de Meliso, celebrandolas en la muerte, como os obliga el amor que él os tuvo en la vida; y puesto que á todos en general nos toca y cabe parte desta obligacion, á quien en particular mas obliga es á los famosos Tirsi y Damon, como á tan conocidos, amigos, y familiares suyos; y asi les ruego quan encarecidamente puedo, correspondan á esta deuda, supliendo y cantando ellos con mas reposada y sonora voz lo que yo he faltado llorando con la trabajosa mia. No dixo mas Thelesio, ni aun fuera menester decirlo, para que los pastores se moviesen á hacer lo que se les rogaba, porque luego sin replicar cosa alguna, Tirsi sacó su rabel, y hizo señal á Damon que lo mesmo hiciese, á quien acompañaron luego Elicio y Lauso, y todos los pastores que alli instrumentos tenian; y á poco espacio formaron una tan triste y agradable musica, que aunque regalaba los oidos, movia los corazones á dar señales de tristeza, con lagrimas que los ojos derramaban. Juntabase á esto la dulce armonia de los pintados pajarillos, que

por los aires cruzaban; y algunos sollozos que las pastoras, ya tiernas y movidas con el razonamiento de Thelesio, y con lo que los pastores hacian, de quando en quando de sus hermosos pechos arrancaban; y era de suerte, que concordandose el son de la triste musica, y el de la triste armonia de los gilguerillos, calandrias y ruiseñores, y el amargo de los profundos gemidos, formaba todo junto un tan estraño y lastimoso concento, que no hay lengua que encarecerlo pueda. De alli á poco espacio, cesando los demas instrumentos, solos los quatro de Tirsi, Damon, Elicio, y de Lauso se escucharon, los quales llegandose al sepulcro de Meliso, á los quatro lados del sepulcro se pusieron: señal por donde todos los presentes entendieron, que alguna cosa cantar querian; y asi les prestaron un marabilloso y sosegado silencio, y luego el famoso Tirsi con levantada, triste y sonorosa voz, ayudandole Elicio, Damon y Lauso, desta manera comenzó á cantar.

TIRSI.

Tal qual es la ocasion de nuestro llanto,
No solo nuestro, mas de todo el suelo,
Pastores, entonad el triste canto.

DAMON.

El aire rompan, lleguen hasta el cielo
Los suspiros dolientes, fabricados
Entre justa piedad y justo duelo.

ELICIO.

Serán de tierno humor siempre bañados
Mis ojos, mientras viva la memoria,
Meliso, de tus hechos celebrados.

LAUSO.

Meliso, digno de inmortal historia,
Digno que goces en el cielo santo
De alegre vida, y de perpetua gloria.

TIRSI.

Mientras que á las grandezas me levanto
De cantar sus hazañas, como pienso,
Pastores, entonad el triste canto.

DAMON.

Como puedo, Meliso, recompenso
A tu amistad, con lagrimas vertidas
Con ruegos pios, y sagrado incienso.

ELICIO.

Tu muerte tiene en llanto convertidas
Nuestras dulces pasadas alegrias,
Y á tierno sentimiento reducidas.

LAUSO.

Aquellos claros venturosos dias
Donde el mundo gozó de tu presencia,
Se han vuelto en noches miserables frias.

TIRSI.

O muerte, que con presta violencia
Tal vida en poca tierra reduciste,
A quien no alcanzará tu diligencia!

DAMON.

Despues, ó muerte, que aquel golpe diste,
Que echó por tierra nuestro fuerte arrimo,
De yerba el prado, ni de flor se viste.

ELICIO.

Con la memoria deste mal reprimo
El bien, si alguno llega á mi sentido,
Y con nueva aspereza me lastimo.

LAUSO.

Quándo suele cobrarse el bien perdido?
Quándo el mal sin buscarle no se halla?
Quándo hay quietud en el mortal ruido?

TIRSI.

Quándo de la mortal fiera batalla
Triunfó la vid, y quándo contra el tiempo
Se opuso, ó fuerte arnes, ó dura malla?

DAMON.

Es nuestra vida un sueño, un pasatiempo,
Un vano encanto que desaparece
Quando mas firme pareció en su tiempo.

ELICIO.

Dia que al medio curso se escurece,
Y le sucede noche tenebrosa
Envuelta en sombras, que el temor ofrece.

LAUSO.

Mas tú , pastor famoso , en venturosa
Hora pasaste deste mar insano
A la dulce region marabillosa.

TIRSI.

Despues que en el aprisco Veneciano
Las causas y demandas decidiste
Del gran Pastor del ancho suelo Hispano.

DAMON.

Despues tambien que con valor sufriste
El trance de fortuna acelerado
Que á Italia hizo, y aun á España triste.

ELICIO.

Y despues que en sosiego reposado
Con las nueve doncellas solamente
Tanto tiempo estuviste retirado.

LAUSO.

Sin que las fieras armas del Oriente,
Ni la francesa furia inquietase
Tu levantada y sosegada mente.

TIRSI.

Entonces quiso el cielo que llegase
La fria mano de la muerte airada,
Y en tu vida el bien nuestro arrebatase.

DAMON.

Quedó tu suerte entonces mejorada,
Quedó la nuestra á un triste amargo lloro
Perpetua eternamente condenada.

ELICIO.

Viose el sacro virgineo hermoso coro
De aquellas moradoras del Parnaso,
Romper llorando sus cabellos de oro.

LAUSO.

A lagrimas movió el doliente caso
Al gran competidor del niño ciego,
Que entonces de dar luz se mostró escaso.

TIRSI.

No entre las armas y el ardiente fuego
Los tristes Teucros tanto se afligieron
Con el engaño del astuto Griego,
Como lloraron, como repitieron

El

El nombre de Meliso los pastores
Quando informados de su muerte fueron.

D A M O N.

No de olorosas variadas flores
Adornaron sus frentes, ni cantaron
Con voz suave algun cantar de amores.
De funesto cipres se coronaron,
Y en triste repetido amargo llanto
Lamentables canciones entonaron.

E L I C I O.

Y asi pues hoy el aspero quebranto,
Y la memoria amarga se renueva,
Pastores, entonad el triste canto.
Que el duro caso que á doler nos lleva,
Es tal, que será pecho de diamante
El que á llorar en él no se conmueva.

L A U S O.

El firme pecho, el animo constante
Que en las adversidades siempre tuvo
Este pastor, por mil lenguas se cante.
Como al desden que de contino huvo
En el pecho de Filis indignado
Qual firme roca contra el mar estuvo.

TIR-

TIRSI.

Repitanse los versos que ha cantado,
Queden en la memoria de las gentes
Por muestras de su ingenio levantado.

DAMON.

Por tierras de las nuestras diferentes
Lleve su nombre la parlera fama
Con pasos prestos y alas diligentes.

ELICIO.

Y de su casta y amorosa llama
Exemplo tome el mas lascivo pecho,
Y el que en ardor menos cabal se inflama.

LAUSO.

Venturoso Meliso, que á despecho
De mil contrastes fieros de fortuna
Vives ahora alegre y satisfecho.

TIRSI.

Poco te cansa, poco te importuna
Esta mortal baxeza que dexaste,
Llena de mas mudanzas que la luna.

DAMON.

Por firme alteza la humildad trocaste,
  Por bien el mal, la muerte por la vida:
  Tan seguro temiste y esperaste.

ELICIO.

Desta mortal al parecer caida
  Quien vive bien al cabo se levanta,
  Qual tu, Meliso, á la region florida.
Donde por mas de una inmortal garganta
  Se despide la voz que gloria suena,
  Gloria repite, dulce gloria canta.
Donde la hermosa clara faz serena
  Se ve, en cuya vision se goza y mira
  La suma gloria mas perfecta y buena.
Mi flaca voz á tu alabanza aspira,
  Y tanto quanto mas cresce el deseo,
  Tanto, Meliso, el miedo le retira.
Que aquello que contemplo ahora, y veo
  Con el entendimiento levantado
  Del sacro tuyo sobre humano arreo.
Tiene mi entendimiento acobardado,
  Y solo paro en levantar las cejas,
  Y en recoger los labios de admirado.

LAU-

LAUSO.

Con tu partida en triste llanto dexas
  Quantos con tu presencia se alegraban,
  Y el mal se acerca, porque tu te alexas.

TIRSI.

En tu sabiduria se enseñaban
  Los rusticos pastores, y en un punto
  Con nuevo ingenio y discrecion quedaban.
Pero llegose aquel forzoso punto
  Donde tu te partiste, y do quedamos
  Con poco ingenio y corazon difunto.
Esta amarga memoria celebramos
  Los que en la vida te quisimos tanto,
  Quanto ahora en la muerte te lloramos.
Por esto al son de tan confuso llanto,
  Cobrando de continuo nuevo aliento,
  Pastores, entonad el triste canto.
Lleguen do llega el duro sentimiento,
  Las lagrimas vertidas y sospiros,
  Con quien se aumenta el presuroso viento.
Poco os encargo, poco sé pediros:
  Mas haveis de sentir, que quanto ahora
  Puede mi atada lengua referiros.
Mas pues Febo se ausenta, y descolora

La

La tierra que se cubre en negro manto
Hasta que venga la esperada aurora,
Pastores, cesad ya del triste canto.

Tirsi, que comenzado havia la triste y dolorosa elegia, fue el que le puso fin, sin que le pusiesen por un buen espacio á las lagrimas todos los que el lamentable canto escuchado havian. Mas á esta sazon el venerable Thelesio les dixo: pues havemos cumplido en parte, gallardos y comedidos pastores, con la obligacion que al venturoso Meliso tenemos, poned por agora silencio á vuestras tiernas lagrimas, y dad algun vado á vuestros dolientes sospiros, pues ni por ellas ni ellos podemos cobrar la perdida que lloramos; y puesto que el humano sentimiento no pueda dexar de mostrarle en los adversos acaecimientos, todavia es menester templar la demasia de sus accidentes con la razon que al discreto acompaña; y aunque las lagrimas y sospiros sean señales del amor que se tiene al que se llora, mas provecho consiguen las almas por quien se derraman con los pios sacrificios y devotas oraciones, que por ellas se hacen, que si todo el mar Oceano por los

los ojos de todo el mundo hecho lagrimas se destilase. Y por esta razon y por la que tenemos de dar algun alivio á nuestros cansados cuerpos, será bien que dexando lo que nos resta de hacer para el venidero dia, por agora visiteis vuestros zurrones, y cumplais con lo que naturaleza os obliga: y en diciendo esto, dió orden como todas las pastoras estuviesen á una parte del valle junto á la sepultura de Meliso, dexando con ellas seis de los mas ancianos pastores que alli havia, y los demas poco desviados dellas en otra parte se estuvieron, y luego con lo que en los zurrones traian, y con el agua de la clara fuente satisfacieron á la comun necesidad de la hambre; acabando á tiempo que ya la noche vestia de una mesma color todas las cosas debaxo de nuestro orizonte contenidas, y la luciente luna mostraba su rostro hermoso y claro en toda la entereza que tiene, quando mas el rubio hermano sus rayos le comunica. Pero de alli á poco rato, levantandose un alterado viento, se comenzaron á ver algunas negras nubes, que algun tanto la luz de la casta diosa encubrian, haciendo sombras en la tierra: señales por donde algu-

nos

nos pastores que alli estaban , en la rustica Astrologia maestros , algun venidero turbion y borrasca esperaban ; mas todo paró en no mas de quedar la noche parda y serena , y en acomodarse ellos á descansar sobre la fresca yerba , entregando los ojos al dulce y reposado sueño , como lo hicieron todos , sino algunos que repartieron como en centinelas la guarda de las pastoras , y el de algunas antorchas que al rededor de la sepultura de Meliso ardiendo quedaban. Pero ya que el sosegado silencio se estendió por todo aquel sagrado valle , y ya que el perezoso Morfeo havia con el bañado ramo tocado las sienes y parpados de todos los presentes ; á tiempo que á la redonda de nuestro polo buena parte las errantes estrellas andado havian , señalando los puntuales cursos de la noche ; en aquel instante de la mesma sepultura de Meliso se levantó un grande y marabilloso fuego , tan luciente y claro , que en un momento todo el escuro valle quedó con tanta claridad , como si el mesmo sol le alumbrara : por la qual improvisa marabilla , los pastores que despiertos juntos á la sepultura estaban , cayeron atonitos en el suelo deslumbrados

dos y ciegos, con la luz del transparente fuego: el qual hizo contrario efecto en los demas que durmiendo estaban, porque heridos de sus rayos, huyó dellos el pesado sueño, y aunque con dificultad alguna abrieron los dormidos ojos, y viendo la estrañeza de la luz que se les mostraba, confusos y admirados quedaron, y asi qual en pie, qual recostado, y qual sobre las rodillas puesto cada uno, con admiracion y espanto el claro fuego miraba. Todo lo qual visto por Thelesio, adornandose en un punto de las sacras vestiduras, acompañado de Elicio, Tirsi, Damon, Lauso, y de otros animosos pastores poco á poco se comenzó á llegar al fuego con intencion de con algunos licitos y acomodados exorcismos procurar deshacer, ó entender de do procedia la estraña vision que se les mostraba. Pero ya que llegaban cerca de las encendidas llamas, vieron que dividiendose en dos partes, en medio dellas parecia una tan hermosa y agraciada ninfa, que en mayor admiracion les puso, que la vista del ardiente fuego: mostraba estar vestida de una rica y sotil tela de plata, recogida y retirada á la cintura de modo, que la mitad de las pier-

nas se descubrian adornadas con unos coturnos ó calzado justo, dorados, llenos de infinitos lazos de listones de diferentes colores: sobre la tela de plata traia otra vestidura de verde y delicado cendal, que llevado á una y á otra parte por un vientecillo que mansamente soplaba, estremadamente parecia: por las espaldas traia esparcidos los mas luengos y rubios cabellos, que jamas ojos humanos vieron, y sobre ellos una guirnalda solo de verde laurel compuesta: la mano derecha ocupaba con un alto ramo de amarilla y vencedora palma, y la izquierda con otro de verde y pacifica oliva. Con los quales ornamentos tan hermosa y admirable se mostraba, que á todos los que la miraban, tenia colgados de su vista de tal manera, que desechando de sí el temor primero, con seguros pasos al rededor del fuego se llegaron, persuadiendose que de tan hermosa vision ningun daño podia sucederles. Y estando como se ha dicho todos transportados en mirarla: la bella ninfa abrió los brazos á una y á otra parte, y hizo que las apartadas llamas mas se apartasen y dividiesen para dar lugar á que mejor pudiese ser mirada: y luego levan-

vantando el sereno rostro, con gracia y gravedad estraña á semejantes razones dió principio: por los efetos que mi improvisa vista ha causado en vuestros corazones, discreta y agradable compañia, podeis considerar no en virtud de malignos espiritus ha sido formada esta figura mia que aqui se os representa; porque una de las razones es por do se conoce ser una vision buena ó mala, es por los efetos que hace en el animo de quien la mira; porque la buena, aunque cause en él admiracion y sobresalto, el tal sobresalto y admiracion viene mezclado con un gustoso alboroto que á poco rato le sosiega y satisface, al reves de lo que causa la vision perversa, la qual sobresalta, descontenta, atemoriza, y jamas asegura: esta verdad os aclarará la experiencia quando me conozcais, y yo os diga quien soy, y la ocasion que me ha movido á venir de mis remotas moradas á visitaros; y porque no quiero teneros colgados del deseo que teneis de saber quien yo sea, sabed, discretos pastores y bellas pastoras, que yo soy una de las nueve doncellas, que en las altas y sagradas cumbres del Parnaso tienen su propia y conocida morada: mi nom-

bre es Caliope, mi oficio y condicion es favorecer y ayudar á los divinos espiritus, cuyo loable exercicio es ocuparse en la marabillosa y jamas como debe alabada ciencia de la poesia: yo soì la que hice cobrar eterna fama al antiguo Ciego, natural de Esmirna, por él solamente famosa: la que hará vivir el Mantuano Titiro por todos los siglos venideros, hasta que el tiempo se acabe: y la que hace que se tengan en cuenta desde la pasada hasta la edad presente los escritos tan asperos como discretos del antiquisimo Enio. En fin soy quien favoreció á Catulo, la que nombró á Horacio, eternizó á Propercio, y soy la que con inmortal fama tiene conservada la memoria del conoscido Petrarca, y la que hizo baxar á los escuros infiernos, y subir á los claros cielos al famoso Dante: soy la que ayudó á texer al divino Ariosto la variada y hermosa tela que compuso: la que en esta patria vuestra tuvo familiar amistad con el agudo Boscán, y con el famoso Garcilaso; con el docto y sabio Castillejo, y el artificioso Torres Naharro, con cuyos ingenios, y con los frutos dellos quedó vuestra patria enriquecida, y yo satisfecha: yo soy la que mo-



Josef Ximeno la inv. y dib. *Simon Brieva la grabó.*

moví la pluma del celebrado Aldana, y la que no dexó jamas el lado de D. Fernando de Acuña; y la que me precio de la estrecha amistad y conversacion que siempre tuve con la bendita alma del cuerpo que en esta sepultura yace, cuyas obsequias por vosotras celebradas no solo han alegrado su espiritu, que ya por la region eterna se pasea, sino que á mí me han satisfecho de suerte, que forzada he venido á agradeceros tan loable y piadosa costumbre, como es la que entre vosotros se usa: asi os prometo con las veras que de mi virtud pueden esperarse, que en pago del beneficio que á las cenizas de mi querido y amado Meliso haveis hecho, de hacer siempre que en vuestras riberas jamas falten pastores que en la alegre ciencia de la poesia á todos los de la otra ribera se aventagen: favoreceré ansi mesmo siempre vuestros consejos, y guiaré vuestros entendimientos de manera, que nunca deis torcido voto, quando decreteis quien es merecedor de enterrarse en este sagrado valle; porque no será bien, que honra tan particular y señalada, y que solo es merecida de los blancos y canoros cisnes, la vengan á gozar los negros y roncos cuer-

vos ; y asi me parece que será bien daros alguna noticia agora de algunos señalados varones que en esta vuestra España viven, y algunos en las apartadas Indias á ella sugetas: los quales, si todos, ó alguno dellos, su buena ventura le trugere á acabar el curso de sus dias en estas riberas, sin duda alguna le podeis conceder sepultura en este famoso sitio: junto con esto os quiero advertir, que no entendais que los primeros que nombrare, son dignos de mas honra que los postreros, porque en esto no pienso guardar orden alguna, que puesto que yo alcanzo la diferencia que el uno al otro, y los otros á los otros hacen, quiero dexar esta declaracion en duda; porque vuestros ingenios en entender la diferencia de los suyos tengan en que exercitarse, de los quales darán testimonio sus obras: irelos nombrando como se me vinieren á la memoria, sin que ninguno se atribuya á que ha sido favor que yo le he hecho en haverme acordado dél primero que de otro, porque como digo á vosotros, discretos pastores, dexo que despues les deis el lugar que os pareciere que de justicia se les debe: y para que con menos pesadumbre y trabajo,
á

á mi larga relacion esteis atentos, harela de suerte, que solo sintais disgusto por la brevedad della. Calló diciendo esto la bella ninfa, y luego tomó una harpa que junto á sí tenia, que hasta entonces de ninguno havia sido vista, y en comenzandola á tocar, parece que comenzó á esclarecerse el cielo, y que la luna con nuevo y no usado resplandor alumbraba la tierra: los arboles á despecho de un blando zéfiro que soplaba, tubieron quedas las ramas; y los ojos de todos los que alli estaban, no se atrevian á baxar los parpados, porque aquel breve punto que se tardaban en alzarlos, no se privasen de la gloria, que en mirar la hermosura de la ninfa gozaban, y aun quisieran todos que todos sus cinco sentidos se convirtieran en el del oir solamente: con tal estrañeza, con tal dulzura, con tanta suavidad tocaba la harpa la bella musa. La qual despues de haver tañido un poco, con la mas sonora voz que imaginarse puede en semejantes versos dió principio.

CANTO DE CALIOPE.

Al dulce son de mi templada lira
Prestad, pastores, el oido atento,
Oireis como en mi voz y en él respira
De mis hermanas el sagrado aliento:
Vereis como os suspende y os admira,
Y colma vuestras almas de contento,
Quando os dé relacion aqui en el suelo
De los ingenios que ya son del cielo.

Pienso cantar de aquellos solamente
A quien la parca el hilo aun no ha cortado,
De aquellos que son dignos justamente
De en tal lugar tenerle señalado:
Donde á pesar del tiempo diligente,
Por el laudable oficio acostumbrado
Vuestro vivan mil siglos sus renombres,
Sus claras obras, sus famosos nombres.

Y el que con justo titulo merece
Gozar de alta y honrosa preeminencia,
Un DON ALONSO es en quien florece
Del sacro Apolo la divina ciencia:
Y en quien con alta lumbre resplandece

De

De Marte el brio y sin igual potencia ,
De LEIVA tiene el sobrenombre ilustre ,
Que á Italia ha dado , y aun á España lustre,

Otro del mesmo nombre , que de Arauco
Cantó las guerras , y el valor de España ,
El qual los reynos donde habita Glauco
Pasó , y sintió la embravescida saña :
No fue su voz , no fue su acento rauco ,
Que uno y otro fue de gracia estraña ,
Y tal que ERCILLA en este hermoso asiento
Merece eterno y sacro monumento.

Del famoso DON JUAN DE SILVA os digo
Que toda gloria y todo honor merece ,
Asi por serle Febo tan amigo ,
Como por el valor que en él florece :
Serán desto sus obras buen testigo ,
En las quales su ingenio resplandece
Con claridad , que al ignorante alumbra ,
Y al sabio agudo á veces le deslumbra.

Crezca el numero rico desta cuenta
Aquel con quien la tiene tal el cielo ,
Que con Febeo aliento le sustenta ,
Y con valor de Marte acá en el suelo :

A Homero iguala, si escribir intenta,
Y á tanto llega de su pluma el vuelo,
Quanto es verdad que á todos es notorio
El alto ingenio de DON DIEGO OSORIO.

Por quantas vias la parlera fama
Puede loar un caballero ilustre,
Por tantas su valor claro derrama
Dando sus hechos á su nombre lustre:
Su vivo ingenio, su virtud inflama
Mas de una lengua á que de lustre en lustre
Sin que cursos de tiempos las espanten
De DON FRANCISCO DE MENDOZA canten.

Feliz DON DIEGO DE SARMIENTO ilustre,
Y CARVAJAL famoso, producido
De nuestro coro, y de Hipocrene lustre,
Mozo en la edad, anciano en el sentido:
De siglo en siglo irá, de lustre en lustre
(A pesar de las aguas del olvido)
Tu nombre, con tus obras excelente
De lengua en lengua, y de gente en gente.

Quieroos mostrar por cosa soberana
En tierna edad maduro entendimiento,
Destreza y gallardia sobrehumana,

Cor-

Cortesia, valor, comedimiento:
Y quien puede mostrar en la Toscana,
Como en su propia lengua, aquel talento
Que mostró el que cantó la casa deste,
Un DON GUTIERRE CARVAJAL es este.

Tú, DON LUIS DE VARGAS, en quien veo
Maduro ingenio en verdes pocos dias,
Procura de alcanzar aquel trofeo
Que te prometen las hermanas mias:
Mas tan cerca estás dél, que á lo que creo
Ya triunfas, pues procuras por mil vias
Virtuosas y sabias, que tu fama
Resplandezca con viva y clara llama.

Del claro Tajo la ribera hermosa
Adornan mil espiritus divinos,
Que hacen nuestra edad mas venturosa,
Que aquella de los Griegos y Latinos:
Dellos pienso decir sola una cosa
Que son de vuestro valle y honra dinos,
Tanto quanto sus obras nos lo muestran,
Que al camino del cielo nos adiestran.

Dos famosos Dotores, presidentes
En las ciencias de Apolo se me ofrecen

Que no mas que en la edad son diferentes,
Y en el trato é ingenio se parecen:
Admiran los ausentes y presentes,
Y entre unos y otros tanto resplandecen
Con su saber altisimo y profundo,
Que presto han de admirar á todo el mundo.

Y el nombre que me viene mas á mano
Destos dos que á loar aqui me atrevo,
Es del DOTOR famoso CAMPUZANO,
Aquien podeis llamar segundo Febo:
El alto ingenio suyo, el sobrehumano
Discurso nos descubre un mundo nuevo
De tan mejores Indias y excelencias,
Quanto mejor que el oro son las ciencias.

Es el DOTOR SUAREZ, que de SOSA
El sobrenombre tiene, el que se sigue,
Que de una y otra lengua artificiosa
Lo mas cendrado, y lo mejor consigue:
Qualquiera que en la fuente milagrosa
Qual él la mitigó, la sed mitigue,
No tendrá que envidiar al docto Griego,
Ni á aquel que nos cantó el Troyano fuego.

Del DOTOR BAZA, si decir pudiera

Lo

Lo que yo siento dél , sin duda creo
Que quantos aqui estais os suspendiera :
Tal es su ciencia , su virtud y arreo :
Yo he sido en ensalzarle la primera
Del sacro coro , y soy la que deseo
Eternizar su nombre en quanto al suelo
Diere su luz el gran señor de Delo.

Si la fama os tragere á los oidos
De algun famoso ingenio marabillas,
Conceptos bien dispuestos y subidos ,
Y ciencias que os asombren en oillas ,
Cosas que paran solo en los sentidos ,
Y la lengua no puede referillas ,
El dar salida á todo dubio y traza
Sabed que es el LICENCIADO DAZA.

Del MAESTRO GARAI las dulces obras
Me incitan sobre todos á alabarle :
Tú , fama , que al ligero tiempo sobras ,
Ten por heroica empresa el celebrarle :
Veras como en él mas fama cobras ,
Fama , que está la tuya en ensalzarle ,
Que hablando desta fama , en verdadera
Has de trocar la fama de parlera.

Aquel ingenio, que al mayor humano
Se dexa atras, y aspira al que es divino,
Y dexando á una parte el Castellano,
Siguè el heroico verso del Latino:
El nuevo Homero, el nuevo Mantuano
Es el MAESTRO CORDOVA, que es digno
De celebrarse en la dichosa España,
Y en quanto el sol alumbra y el mar baña.

De tí, el DOTOR FRANCISCO DIAZ, puedo
Asegurar á estos mis pastores,
Que con seguro corazon y ledo
Pueden aventajarse en tus loores:
Y si en ellos yo agora corta quedo,
Debiendose á tu ingenio los mayores,
Es porque el tiempo es breve, y no me atrevo
A poderte pagar lo que te debo.

LUJAN, que con la toga merecida
Honras el propio y el ageno suelo,
Y con tu dulce musa conocida
Subes tu fama hasta el mas alto cielo;
Yo te dare despues de muerto vida,
Haciendo que en ligero y presto vuelo
La fama de tu ingenio unico solo
Vaya del nuestro hasta el contrario polo.

El

El alto ingenio y su valor, declara
Un Licenciado tan amigo vuestro,
Quanto ya sabeis que es JUAN DE VERGARA,
Honra del siglo venturoso nuestro:
Por la senda que él sigue abierta y clara,
Yo mesma el paso y el ingenio adiestro,
Y adonde él llega de llegar me pago,
Y en su ingenio y virtud me satisfago.

Otro os quiero nombrar, porque se estime
Y tenga en precio mi atrevido canto,
El qual hará que ahora mas le anime,
Y llegue alli donde el deseo levanto:
Y es este que me fuerza y que me oprime
A decir solo dél y cantar quanto
Cantó de los ingenios mas cabales
El Licenciado ALONSO DE MORALES.

Por la dificil cumbre va subiendo
Al templo de la fama, y se adelanta
Un generoso mozo, el qual rompiendo
Por la dificultad que mas espanta,
Tan presto ha de llegar allá, que entiendo
Que en profecia ya la fama canta
Del lauro que le tiene aparejado
Al Licenciado HERNANDO MALDONADO.

La sabia frente de laurel honroso
Adornada vereis de aquel que ha sido
En todas ciencias y artes tan famoso,
Que es ya por todo el orbe conocido:
Edad dorada, siglo venturoso,
Que gozar de tal hombre has merecido,
Quál siglo, quál edad ahora te llega,
Si en tí está MARCO ANTONIO DE LA VEGA?

Un DIEGO se me viene á la memoria,
Que de MENDOZA es cierto que se llama,
Digno, que solo dél se hiciera historia,
Tal, que llegára alli donde su fama:
Su ciencia y su virtud, que es tan notoria,
Que ya por todo el orbe se derrama,
Admira los ausentes y presentes,
De las remotas y cercanas gentes.

Un conocido el alto Febo tiene,
Qué digo un conocido? un verdadero
Amigo, con quien solo se entretiene,
Que es de toda ciencia tesorero:
Y es este que de industria se detiene
A no comunicar su bien entero,
DIEGO DURAN, en quien contino dura
Y durará el valor, ser y cordura.

Quien

Quien pensais que es aquel, que en voz sonora
Sus ansias canta regaladamente,
Aquel, en cuyo pecho Febo mora,
El docto Orfeo, y Arion prudente:
Aquel que de los reynos del aurora
Hasta los apartados de Ocidente
Es conocido, amado y estimado
Por el famoso LOPEZ MALDONADO?

Quien pudiera loaros, mis pastores,
Un pastor vuestro, amado y conocido,
Pastor mejor de quantos son mejores,
Que DE FILIDA tiene el apellido!
La habilidad, la ciencia, los primores,
El raro ingenio, y el valor subido
De LUIS DE MONTALVO le aseguran
Gloria y honor mientras los cielos duran.

El sacro Ibéro de dorado acanto,
De siempre verde yedra y blanca oliva
Su frente adorne, y en alegre canto
Su gloria y fama para siempre viva:
Pues su antiguo valor ensalza tanto,
Que al fertil Nilo de su nombre priva
De PEDRO DE LIÑAN la sutil pluma,
De todo el bien de Apolo cifra y suma.

De ALONSO DE VALDES me está incitando
El raro y alto ingenio á que dél cante,
Y que os vaya, pastores, declarando
Que á los mas raros pasa, y va adelante:
Halo mostrado ya, y lo va mostrando
En el facil estilo y elegante
Con que descubre el lastimado pecho,
Y alaba el mal que el fiero amor le ha hecho.

Admireos un ingenio en quien se encierra
Todo quanto pedir puede el deseo,
Ingenio que aunque viva acá en la tierra,
Del alto cielo es su caudal y arreo:
Ora trate de paz, ora de guerra,
Todo quanto yo miro, escucho y leo
Del celebrado PEDRO DE PADILLA
Me causa nuevo gusto y maravilla.

Tú, famoso GASPAR ALFONSO, ordenas,
Segun aspiras á inmortal subida,
Que yo no pueda celebrarte apenas,
Si te he de dar loor á tu medida:
Las plantas fertilisimas amenas
Que nuestro celebrado monte anida,
Todas ofrecen ricas laureolas
Para ceñir y honrar tus sienes solas.

De CHRISTOVAL DE MESA os digo cierto
Que puede honrar vuestro sagrado valle,
No solo en vida, mas despues de muerto
Podeis con justo titulo alaballe:
De sus heroicos versos el concierto,
Su grave y alto estilo pueden dalle
Alto y honroso nombre, aunque callára
La fama dél, yo no me acordára.

Pues sabeis quanto adorna y enriquece
Vuestras riberas, PEDRO DE RIBERA,
Dadle el honor, pastores, que merece,
Que yo seré en honrarle la primera:
Su dulce musa, su virtud ofrece
Un sugeto cabal, donde pudiera
La fama y cien mil famas ocuparse,
En solo sus loores estremarse.

Tú, que del uso el singular tesoro
Trugiste en nueva forma á la ribera
Del fertil rio, á quien el lecho de oro
Tan famoso le hace adonde quiera;
Con el debido aplauso y el decoro
Debido á tí, BENITO DE CALDERA,
Y á tu ingenio sin par prometo honrarte,
Y de lauro y de yedra coronarte.

De aquel que la christiana poesia
Tan en su punto ha puesto en tanta gloria,
Haga la fama y la memoria mia
Famosa para siempre su memoria:
De donde nace adonde muere el dia
La ciencia sea y la bondad notoria
Del gran FRANCISCO DE GUZMAN, que el arte
De Febo sabe asi como el de Marte.

Del capitan SALCEDO está bien claro
Que llega su divino entendimiento
Al punto mas subido, agudo y raro,
Que puede imaginar el pensamiento:
Si le comparo, á él mesmo le comparo,
Que no hay comparacion que llegue á cuento
De tamaño valor, que la medida
Ha de mostrar ser falta, ó ser torcida.

Por la curiosidad y entendimiento
De TOMAS DE GRACIAN, dadme licencia,
Que yo le escoja en este valle asiento
Igual á su virtud, valor y ciencia:
El qual si llega á su merecimiento,
Será de tanto grado y preeminencia,
Que á lo que creo pocos se le igualen,
Tanto su ingenio y sus virtudes valen.

Ago-

Agora, hermanas bellas, de improviso
BAPTISTA DE BIVAR quiere alabaros
Con tanta discrecion, gala y aviso,
Que podais, siendo musas, admiraros:
No cantará desdenes, no, Narciso,
Que á Eco solitaria cuestan caros,
Sino cuidados suyos, que han nacido
Entre alegre esperanza y triste olvido.

Un nuevo espanto, un nuevo asombro y miedo
Me acude y sobresalta en este punto,
Solo por ver que quiero y que no puedo
Subir de honor al mas subido punto
Al grave BALTASAR, que de TOLEDO
El sobrenombre tiene, aunque barrunto
Que de su docta pluma el alto vuelo
Le ha de subir hasta el impireo cielo.

Muestra en un ingenio la experiencia
Que en años verdes y en edad temprana
Hace su habitacion ansi la ciencia,
Como en la edad madura, antigua y cana:
No entraré con alguno en competencia
Que contradiga una verdad tan llana,
Y mas si acaso á sus oidos llega,
Que lo digo por vos, LOPE DE VEGA.

De pacifica oliva coronado
Ante mi entendimiento se presenta
Agora el sacro Betis indignado,
Y de mi inadvertencia se lamenta:
Pide que en el discurso comenzado
De los raros ingenios, os dé cuenta,
Que en sus riberas moran, y yo ahora
Harelo con la voz muy mas sonora.

Mas qué haré, que en los primeros pasos
Que doy, descubro mil estrañas cosas,
Otros mil nuevos Pindos y Parnasos,
Otros coros de hermanas mas hermosas:
Con que mis altos brios quedan lasos,
Y mas quando por causas milagrosas
Oigo qualquier sonido servir de eco,
Quando se nombra el nombre DE PACHECO?

PACHECO es este con quien tiene Febo
Y las hermanas tan discretas mias
Nueva amistad, discreto trato y nuevo
Desde sus tiernos y pequeños dias:
Yo desde entonces hasta agora llevo
Por tan estrañas desusadas vias
Su ingenio y sus escritos, que han llegado
Al titulo de honor mas encumbrado.

En punto estoy, donde por mas que diga
En alabanza del divino HERRERA,
Será de poco fruto mi fatiga,
Aunque le suba hasta la quinta esfera:
Mas si soy sospechosa por amiga,
Sus obras y su fama verdadera
Dirán que en ciencias es HERNANDO solo
Del Gange al Nilo, y de uno al otro polo.

De otro FERNANDO quiero daros cuenta
Que DE CANGAS se nombra, en quien se admira
El suelo, y por quien vive y se sustenta
La ciencia en quien al sacro lauro aspira:
Si al alto cielo algun ingenio intenta
De levantar y de poner la mira,
Pongala en este solo, y dará al punto
En el mas ingenioso y alto punto.

De DON CHRISTOVAL, cuyo sobrenombre
Es DE VILLARROEL, tened creido
Que bien merece que jamas su nombre
Toque las aguas negras del olvido:
Su ingenio admire, su valor asombre,
Y el ingenio y valor sea conocido
Por el mayor estremo que descubre
En quanto mira el sol, ó el suelo encubre.

Los rios de eloquencia, que del pecho
Del grave antiguo Ciceron manaron,
Los que al pueblo de Atenas satisfecho
Tuvieron, y á Demostenes honraron:
Los ingenios que el tiempo ha ya deshecho
(Que tanto en los pasados se estimaron)
Humillense á la ciencia alta y divina
Del MAESTRO FRANCISCO DE MEDINA.

Puedes, famoso Betis, dignamente
Al Mincio, al Arno, al Tibre aventajarte,
Y alzar contento la sagrada frente,
Y en nuevos anchos senos dilatarte:
Pues quiso el cielo, que en tu bien consiente,
Tal gloria, tal honor, tal fama darte,
Qual te la adquiere á tus riberas bellas
BALTASAR DEL ALCAZAR, que está en ellas.

Otro vereis, en quien vereis cifrada
Del sacro Apolo la mas rara ciencia,
Que en otros mil sugetos derramada,
Hace en todos de sí grave aparencia:
Mas en este sugeto mejorada
Asiste en tantos grados de excelencia,
Que bien puede MOSQUERA EL LICENCIADO
Ser como el mesmo Apolo celebrado.

No

No se desdeña aquel varon prudente
Que de ciencias adorna y enriquece
Su limpio pecho, de mirar la fuente
Que en nuestro monte en sabias aguas crece:
Antes en la sin par clara corriente
Tanto la sed mitiga, que florece
Por ello el claro nombre acá en la tierra
Del gran DOTOR DOMINGO DE BECERRA.

Del famoso ESPINEL cosas diria
Que exceden al humano entendimiento,
De aquellas ciencias que en su pecho cria
El divino de Febo sacro aliento;
Mas pues no puede de la lengua mia
Decir lo menos de lo mas que siento,
No digo mas, sino que al cielo aspira,
Ora tome la pluma, ora la lira.

Si quereis ver en una igual balanza
Al rubio Febo y colorado Marte,
Procurad de mirar al gran CARRANZA,
De quien el uno y otro no se parte:
En él vereis amigas pluma y lanza
Con tanta discrecion, destreza y arte,
Que la destreza en partes dividida,
La tiene á ciencia y arte reducida.

De LAZARO LUIS IRANZO, lira
Templada havia de ser mas que la mia,
A cuyo son cantase el bien que inspira
En él el cielo y el valor que cria:
Por las sendas de Marte y Febo aspira
A subir, do la humana fantasia
Apenas llega, y él sin duda alguna
Llegará contra el hado y la fortuna.

BALTASAR DE ESCOBAR, que agora adorna
Del Tiber las riberas tan famosas,
Y con su larga ausencia desadorna
Las del sagrado Betis espaciosas,
Fertil ingenio, si por dicha torna
Al patrio amado suelo, á sus honrosas
Y juveniles sienes les ofrezco
El lauro y el honor que yo merezco.

Qué titulo, qué honor, qué palma ó lauro
Se le debe á JUAN SANZ que DE ZUMETA
Se nombra? si del Indio al Rojo Mauro
Qual su musa no hay otra tan perfeta?
Su fama aqui de nuevo le restauro
Con deciros, pastores, quan aceta
Será de Apolo qualquier honra y lustre,
Que á ZUMETA hagais que mas le lustre.

Dad

Dad á JUAN DE LAS CUEVAS el debido
Lugar , quando se ofrezca en este asiento ,
Pastores , pues lo tiene merecido
Su dulce musa y raro entendimiento :
Sé que sus obras del eterno olvido
(A despecho y pesar del violento
Curso del tiempo) libraran su nombre ,
Quedando con un claro alto renombre.

Pastores , si le viéredes , honraldo
Al famoso varon que os diré ahora ,
Y en graves dulces versos celebraldo
Como á quien tanto en ellos se mejora :
El sombrenombre tiene de BIBALDO ,
De ADAN el nombre , el qual ilustra y dora
Con su florido ingenio y excelente
La venturosa nuestra edad presente.

Qual suele estar de variadas flores
Adornado y rico el mas florido Mayo ,
Tal de mil varias ciencias y primores
Está el ingenio de DON JUAN AGUAYO:
Y aunque mas me detenga en sus loores ,
Solo sabré deciros que me ensayo
Ahora , y que otra vez os dire cosas
Tales , que las tengais por milagrosas.

De JUAN GUTIERREZ RUFO el claro nombre
Quiero que viva en la inmortal memoria,
Y que al sabio y al simple admire, asombre
La heroica que compuso ilustre historia:
Dele el sagrado Betis el renombre
Que su estilo merece, denle gloria
Los que pueden y saben, dele el cielo
Igual la fama á su encumbrado vuelo.

En DON LUIS DE GONGORA os ofrezco
Un vivo raro ingenio sin segundo:
Con sus obras me alegro y enriquezco
No solo yo, mas todo el ancho mundo:
Y si por lo que os quiero, algo merezco,
Haced que su saber alto y profundo,
En vuestras alabanzas siempre viva
Contra el ligero tiempo, y muerte esquiva.

Ciña el verde laurel, la verde yedra,
Y aun la robusta encina aquella frente
De GONZALO CERVANTES SAAVEDRA,
Pues la deben ceñir tan justamente:
Por él la ciencia mas de Apolo medra,
En él Marte nos muestra el brio ardiente
De su furor, con tal razon medido,
Que por él es amado y es temido.

Tú,

Tú, que de Celidon con dulce plectro
Hiciste resonar el nombre y fama,
Cuyo admirable y bien limado metro,
A lauro y triunfo te convida y llama:
Recibe el mando, la corona y cetro,
GONZALO GOMEZ, desta que te ama,
En señal que merece tu persona
El justo señorio de Helicona.

Tu, Darro, de oro conocido rio,
Quan bien agora puedes señalarte,
Y con nueva corriente y nuevo brio
Al apartado Hidaspe aventajarte,
Pues GONZALO MATHEO DE BERRIO
Tanto procura con su ingenio honrarte,
Que ya tu nombre la parlera fama
Por él por todo el mundo le derrama.

Teged de verde lauro una corona,
Pastores, para honrar la dina frente
Del Licenciado SOTO BARAHONA,
Varon insigne, sabio y eloquente:
En el licor santo de Helicona,
Si se perdiera en la sagrada fuente,
Se pudiera hallar, ó estraño caso!
Como en las altas cumbres de Parnaso.

De la region Antartica podria
Eternizar ingenios soberanos,
Que si riquezas hoy sustenta y cria
Tambien entendimientos sobrehumanos:
Mostrarlo puedo en muchos este dia,
Y en dos os quiero dar llenas las manos,
Uno de nueva España, y nuevo Apolo,
Del Perú el otro, un sol unico y solo.

FRANCISCO el uno DE TERRAZAS tiene
El nombre acá y allá tan conocido,
Cuya vena caudal nueva Hipocrene
Ha dado al patrio venturoso nido:
La mesma gloria al otro igual le viene,
Pues su divino ingenio ha producido
En Arequipa eterna primavera,
Que este es DIEGO MARTINEZ DE RIBERA.

Aqui debaxo de felice estrella
Un resplandor salió tan señalado,
Que de su lumbre la menor centella,
Nombre de Oriente al Ocidente ha dado:
Quando esta luz nació, nació con ella
Todo el valor, nació ALONSO PICADO,
Nació mi hermano, y el de Palas junto,
Que ambas vimos en él vivo trasunto.

Pues

Pues si he de dar gloria á ti debida,
GRAN ALONSO DE ESTRADA, hoy eres dino
Que no se cante asi tan de corrida,
Tu ser y entendimiento peregrino:
Contigo está la tierra enriquecida,
Que al Betis mil tesoros dá contino,
Y aun no da el cambio igual, que no hay tal paga
Que á tan dichosa deuda satisfaga.

Por prenda rara desta tierra ilustre,
Claro DON JUAN, te nos ha dado el cielo,
DE AVALOS gloria, y DE RIBERA lustre,
Honra del propio y del ageno suelo:
Dichosa España, do por mas de un lustre
Muestra serán tus obras, y modelo
De quanto puede dar naturaleza
De ingenio claro y singular nobleza.

El que en la dulce patria está contento,
Las puras aguas de Limar gozando,
La famosa ribera, el fresco viento
Con sus divinos versos alegrando,
Venga, y vereis por suma deste cuento
Su heroyco brio y discrecion mirando:
Que es SANCHO DE RIBERA en toda parte
Febo primero, y sin segundo Marte.

Es-

Este mesmo famoso insigne valle
Un tiempo al Betis usurpar solia
Un nuevo Homero, á quien podemos dalle
La corona de ingenio y gallardia:
Las gracias le cortaron á su talle,
Y el cielo en todas lo mejor le envia:
Este ya en vuestro Tajo conocido,
PEDRO DE MONTESDOCA es su apellido.

En todo quanto pedirá el deseo
Un DIEGO ilustre DE AGUILAR admira
Un aguila real, que en vuelo veo
Alzarse á do llegar ninguno aspira:
Su pluma entre cien mil gana trofeo,
Que ante ella la mas alta se retira,
Su estilo y su valor tan celebrado
Guanuco lo dirá, pues lo ha gozado.

Un GONZALO FERNANDEZ se me ofrece,
Gran capitan del esquadron de Apolo,
Que hoy de SOTOMAYOR se ensoberbece
El nombre, con su nombre heroico y solo:
En verso admira, y en saber florece
En quanto mira el uno y otro Polo,
Y si en la pluma en tanto grado agrada,
No menos es famoso por la espada.

De

De un ENRIQUE GARCES, que al Piruano
Reyno enriquece, pues con dulce rima,
Con sutil, ingeniosa y facil mano
A la mas ardua empresa en él dió cima;
Pues en dulce Español al gran Toscano
Nuevo lenguage ha dado y nueva estima:
Quien será tal que la mayor le quite,
Aunque el mesmo Petrarca resucite?

Un RODRIGO FERNANDEZ DE PINEDA,
Cuya vena inmortal, cuya excelente
Y rara habilidad, gran parte hereda
Del licor sacro de la Equina fuente:
Pues quanto quiere dél no se le veda,
Pues de tal gloria goza en occidente,
Tenga tambien aqui tan larga parte
Qual la merecen hoy su ingenio y arte.

Y tú, que al patrio Betis has tenido
Lleno de envidia, y con razon quejoso
De que otro cielo y otra tierra han sido
Testigos de tu canto numeroso,
Alegrate, que el nombre esclarecido
Tuyo, JUAN DE MESTANZA generoso
Sin segundo será por todo el suelo
Mientras diere su luz el quarto cielo.

Toda la suavidad que en dulce vena
Se puede ver , vereis en uno solo
Que al son sabroso de su musa enfrena
La furia al mar , el curso al dios Eólo :
El nombre de este es BALTASAR DE ORENA ,
Cuya fama del uno al otro polo
Corre ligera , y del oriente á ocaso
Por honra verdadera de Parnaso.

¿Pues de una fertil y preciosa planta
De allá traspuesta en el mayor collado,
Que en toda la Thesalia se levanta ,
Planta que ya dichoso fruto ha dado ;
Callaré yo lo que la fama canta
Del ilustre DON PEDRO DE ALVARADO ,
Ilustre , pero ya no menos claro ,
Por su divino ingenio al mundo raro?

Tu que con nueva musa extraordinaria,
CAIRASCO , cantas del amor el animo ,
Y aquella condicion del vulgo varia
Donde se opone al fuerte el pusilanimo :
Si á este sitio de la gran Canaria
Vinieres con ardor vivo y magnanimo ,
Mis pastores ofrecen á tus meritos
Mil lauros , mil loores benemeritos.

Quién

Quién es, ó anciano Tormes, el que niega
Que no puedes al Nilo aventajarte?
Si puede solo el LICENCIADO VEGA
Mas que Titiro al Mincio celebrarte:
Bien sé, DAMIAN, que vuestro ingenio llega
Do alcanza deste honor la mayor parte,
Pues sé por muchos años de experiencia
Vuestra tan singular virtud y ciencia.

Aunque el ingenio y la elegancia vuestra,
FRANCISCO SANCHEZ, se me concediera,
Por torpe me juzgara y poco diestra,
Si á querer alabaros me pusiera:
Lengua del cielo unica, y maestra
Tiene de ser la que por la carrera
De vuestras alabanzas se dilate:
Que hacerlo humana lengua es disparate.

Las raras cosas y en estilo nuevas,
Que un espiritu muestran levantado
En cien mil ingeniosas arduas pruebas
Por sabio, conocido y estimado;
Hacen que DON FRANCISCO DE LAS CUEVAS
Por mi sea dignamente celebrado,
Entanto que la fama pregonera
No detuviere su veloz carrera.

Quisiera rematar mi dulce canto
En tal sazon, pastores, con loaros
Un ingenio que al mundo pone espanto,
Y que pudiera en extasis robaros:
En él cifro y recojo todo quanto
He mostrado hasta aqui, y he de mostraros,
FRAY LUIS DE LEON es el que digo,
A quien yo reverencio, adoro y sigo.

Qué modos, qué caminos, ó qué vias
De alabar buscaré para que el nombre
Viva mil siglos de aquel gran MATIAS,
Que DE ZUÑIGA tiene el sobrenombre?
A él se den las alabanzas mias,
Que aunque yo soy divina, y él es hombre,
Por ser su ingenio como lo es divino,
De mayor honra y alabanza es dino.

Volved el presuroso pensamiento
A las riberas de Pisuerga bellas,
Vereis que aumentan este rico cuento
Claros ingenios con quien se honran ellas:
Ellas no solo, sino el firmamento
Do lucen las clarificas estrellas,
Honrarse puede bien quando consigo
Tenga alla los varones que aqui digo.

Vos,

Vos, DAMASIO DE FRIAS, podeis solo
Loaros á vos mismo, pues no puede
Hacer, aunque os alabe el mismo Apolo,
Que en tan justo loor corto no quede:
Vos sois el cierto y el seguro polo,
Por quien se guia aquel que le sucede
En el mar de las ciencias buen pasage,
Propicio viento, y puerto en su viage.

ANDRES SANZ DE PORTILLO, tu me envia
Aquel aliento con que Febo mueve
Tu sabia pluma y alta fantasia,
Porque te dé el loor que se te debe:
Que no podrá la ruda lengua mia,
Por mas caminos que aqui tiente y pruebe,
Hallar alguno asi, qual le deseo,
Para loar lo que en ti siento y veo.

Felicisimo ingenio, que te encumbras,
Sobre el que mas Apolo ha levantado,
Y con tus claros rayos nos alumbras,
Y sacas del camino mas errado:
Y aunque ahora con ella me deslumbras,
Y tienes á mi ingenio alborotado,
Yo te doy sobre muchos palma y gloria,
Pues á mi me la has dado, DOTOR SORIA.

Si vuestras obras son tan estimadas,
famoso CANTORAL, en toda parte,
Seran mis alabanzas escusadas,
Si en nuevo modo no os alabo y arte:
Con las palabras mas calificadas,
Con quanto ingenio el cielo en mí reparte,
Os admiro y alabo aqui callando,
Y llego do llegar no puedo hablando.

Tú, GERONIMO BACA Y DE QUIÑONES,
Si tanto me he tardado en celebrarte,
Mi pasado descuido me perdones
Con la enmienda que ofrezco de mi parte:
De hoy mas en claras voces y pregones,
En la cubierta y descubierta parte
Del ancho mundo haré con clara llama
Lucir tu nombre, y extender tu fama.

Tu verde y rico margen, no de nebro
Ni de cipres funesto enriquecido,
Claro, abundoso y conocido Hebro,
Sino de lauro y mirto florecido:
Ahora como puedo te celebro,
Celebrando aquel bien que ha concedido
El cielo á tus riberas, pues en ellas
Moran ingenios claros mas que estrellas.

Se-

Seran testigo desto dos hermanos,
Dos luceros, dos soles de poesia,
A quien el cielo con abiertas manos
Dió quanto ingenio y arte dar podia:
Edad temprana, pensamientos canos,
Maduro trato, humilde fantasia
Labran eterna y dina laureola
A LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.

Con santa envidia y competencia santa
Parece que el menor hermano aspira
A igualar al mayor, pues se adelanta,
Y sube do no llega humana mira:
Por esto escribe, y mil sucesos canta
Con tan suave y acordada lira,
Que este BARTOLOME menor merece
Lo que al mayor LUPERCIO se le ofrece.

Si el buen principio y medio da esperanza
Que el fin ha de ser raro y excelente
En qualquier caso, ya mi ingenio alcanza
Que el tuyo has de encumbrar, COSME PARIEN-
Y asi puedes con cierta confianza [TE.
Prometer á tu sabia honrosa frente
La corona, que tiene merecida
Tu claro ingenio, tu inculpable vida.

En soledad del cielo acompañado
Vives, ó gran MORILLO, y alli muestras
Que nunca dexan tu christiano lado
Otras musas mas santas y mas diestras:
De mis hermanas fuiste alimentado,
Y ahora en pago dello nos adiestras,
Y enseñas á cantar divinas cosas,
Gratas al cielo, y al suelo provechosas.

Turia, tú que otra vez con voz sonora
Cantaste de tus hijos la excelencia,
Si gustas de escuchar la mia ahora
Formada, no en envidia ó competencia,
Oiras quanto tu fama se mejora
Con los que yo dire, cuya presencia,
Valor, virtud, ingenio, te enriquecen
Y sobre el Gindo, ó Gange te engrandecen.

O tú, DON JUAN COLOMA, en cuyo seno
Tanta gracia del cielo se ha encerrado,
Que á la envidia pusiste en duro freno,
Y en la fama mil lenguas has criado,
Con que del gentil Tajo al fertil reyno
Tu nombre, y tu valor va levantado:
Tú, CONDE DE ELDA, en todo tan dichoso,
Haces el Turia mas que el Po famoso.

Aquel

Aquel en cuyo pecho abunda y llueve
Siempre una fuente que es por él divina,
Y á quien el coro de sus lumbres mueve
Como á señor, con gran razon se inclina:
A quien unico nombre se le debe
De la Etiope hasta la gente Austrina,
DON LUIS GARCERAN es sin segundo
Maestre de Montesa, y bien del mundo.

Merece bien en este insigne valle
Lugar ilustre, asiento conocido;
Aquel á quien la fama quiere dalle
El nombre que su ingenio ha merecido:
Tenga cuidado el cielo de loalle,
Pues es del cielo su valor crecido,
El cielo alabe lo que yo no puedo
Del sabio DON ALONSO REBOLLEDO.

Alzas, DOTOR FALCON, tan alto vuelo,
Que al aguila caudal atras te dexas,
Pues te remontas con tu ingenio al cielo,
Y deste valle misero te alejas:
Por esto temo, y con razon recelo
Que aunque te alabe, formarás mil quejas
De mí, porque en tu loa noche y dia
No se ocupa la voz y lengua mia.

Si

Si tuviera, qual tiene la fortuna,
La dulce poesia varia rueda,
Ligera y mas movible que la luna,
Que ni estuvo, ni está, ni estara queda:
En ella sin hacer mudanza alguna
Pusiera solo á MICER ARTIEDA,
Y el mas alto lugar siempre ocupara,
Por ciencias, por ingenio y virtud rara.

Todas quantas bien dadas alabanzas
Diste á raros ingenios, ó GIL POLO,
Tu las mereces solo y las alcanzas,
Tu las alcanzas y mereces solo:
Ten ciertas y seguras esperanzas,
Que en este valle un nuevo mauseolo
Te harán estos pastores, do guardadas
Tus cenizas serán y celebradas.

CHRISTOVAL DE VIRUES, pues se adelanta
Tu ciencia y valor tanto á tus años,
Tu mesmo aquel ingenio y virtud canta
Con que huyes del mundo los engaños:
Tierra dichosa, y bien nacida planta,
Yo haré que en propios reynos y en estraños
El fruto de tu ingenio levantado
Se conozca, se admire y sea estimado.

Si

Si conforme al ingenio que nos muestra
SILVESTRE DE ESPINOSA, asi se huviera
De loar, otra voz mas viva y diestra,
Mas tiempo y mas caudal menester fuera:
Mas pues la mia á su intencion adiestra,
Yo daré por paga verdadera
Con el bien que del dios de Delo tiene
El mayor de las aguas de Hipocrene.

Entre estos como Apolo venir veo
Hermoseando al mundo con su vista
Al discreto galan GARCIA ROMERO,
Dignisimo de estar en esta lista:
Si la hija del humido Peneo,
De quien ha sido Ovidio coronista,
En campos de Thesalia le hallara,
En él y no en laurel se transformara.

Rompe el silencio y santo encerramiento,
Traspasa el ayre, al cielo se levanta
De FRAY PEDRO DE HUETE, aquel acento
De su divina musa, heroyca y santa:
Del alto suyo raro entendimiento
Cantó la fama, ha de cantar y canta,
Llevando para dar al mundo espanto
Sus obras por testigo de su canto.

Tiem-

Tiempo es ya de llegar al fin postrero,
Dando principio á la mayor hazaña
Que jamas emprendí, la qual espero
Que ha de mover al blando Apolo á saña:
Pues con ingenio rustico y grosero
A dos soles que alumbran nuestra España,
No solo á España, mas al mundo todo
Pienso loar, aunque me falte el modo.

De Febo la sagrada honrosa ciencia,
La cortesana discrecion madura,
Los bien gastados años, la experiencia,
Que mil sanos consejos asegura,
La agudeza de ingenio, el advertencia
En apuntar y en descubrir la escura
Dificultad y duda que se ofrece,
En estos soles dos solo florece.

En ellos un epilogo, pastores,
Del largo canto mio, ahora hago,
Y á ellos enderezo los loores,
Quantos haveis oido, y no los pago:
Que todos los ingenios son deudores
A estos, de quien yo me satisfago,
Satisfacese dellos todo el suelo,
Y aun los admira, porque son del cielo.

Es-

Estos quiero que den fin á mi canto,
Y á una nueva admiracion comienzo,
Y si pensais que en esto me adelanto,
Quando os diga quien son, vereis que os venzo:
Por ellos hasta el cielo me levanto,
Y sin ellos me corro y me averguenzo,
Tal es LAINEZ, tal es FIGUEROA,
Dignos de eterna y de incesable loa.

No havia aun bien acabado la hermosa ninfa los ultimos acentos de su sabroso canto, quando tornandose á juntar las llamas que divididas estaban, la cerraron en medio, y luego poco á poco consumiendose, en breve espacio desapareció el ardiente fuego, y la discreta musa delante de los ojos de todos, á tiempo que ya la clara aurora comenzaba á descubrir sus frescas y rosadas megillas por el espacioso cielo, dando alegres muestras del venidero dia. Y luego el venerable Thelesio, poniendose encima de la sepultura de Meliso, y rodeado de toda la agradable compañia que alli estaba, prestandole todos una agradable atencion y estraño silencio, desta manera comenzó á decirles: lo que esta pasada noche en este mismo lugar, y por vues-

tros ojos haveis visto, discretos y gallardos pastores, y hermosas pastoras, os havra dado á entender quan acepta es al cielo la loable costumbre que tenemos de hacer estos añales sacrificios y honrosas obsequias, por las felices almas de los cuerpos que por decreto vuestro en este famoso valle tener sepultura merecieron. Digoos esto, amigos mios, porque de aqui adelante, con mas fervor y diligencia acudais á poner en efeto tan santa y famosa obra, pues ya veis de quan raros y altos espiritus nos ha dado noticia la bella Caliope, que todos son dinos no solo de las vuestras, pero de todas las posibles alabanzas: y no penseis que es pequeño el gusto que he recibido en saber por tan verdadera relacion quan grande es el numero de los divinos ingenios que en nuestra España hoy viven; porque siempre ha estado y está en opinion de todas las naciones estrangeras que no son muchos, sino pocos los espiritus que en la ciencia de la poesia, en ella muestran que le tienen levantado: siendo tan al reves como se parece, pues cada uno de los que la ninfa ha nombrado, al mas agudo estrangero se aventaja, y darian claras muestras dello, si en esta

esta nuestra España se estimase en tanto la poesia como en otras provincias se estima : y asi por esta causa los insignes y claros ingenios que en ella se aventajan , con la poca estimacion que dellos los principes y el vulgo hacen , con solos sus entendimientos comunican sus altos y estraños conceptos , sin osar publicarlos al mundo , y tengo para mí que el cielo debe de ordenarlo desta manera , porque no merece el mundo , ni el mal considerado siglo nuestro gozar de manjares al alma tan gustosos : mas porque me parece , pastores , que el poco sueño desta pasada noche , y las largas ceremonias nuestras os tendran algun tanto fatigados y deseosos de reposo , será bien que haciendo lo poco que nos falta para cumplir nuestro intento , cada uno se vuelva á su cabaña ó al aldea , llevando en la memoria lo que la musa nos dexa encomendado : y en diciendo esto se abaxó de la sepultura , y tornandose á coronar de nuevas y funestas ramas , tornó á rodear la pira tres veces , siguiendole todos , y acompañandole en él algunas devotas oraciones que decia. Esto acabado , teniendole todos en medio , volvió el grave rostro á una y otra parte , y

ba-

baxando la cabeza, y mostrando agradecido semblante, y amorosos ojos, se despidió de toda la compañia: la qual yendose, quien por una, y quien por otra parte de las quatro salidas que aquel sitio tenia, en poco espacio se deshizo y dividió toda, quedando solos los del aldea de Aurelio, y con ellos Timbrio, Silerio, Nisida y Blanca, con los famosos pastores, Elicio, Tirsi, Damon, Lauso, Erastro, Daranio, Arsindo, y los quatro lastimados Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio, con las pastoras Galatea, Florisa, Silveria, y su amiga Belisa, por quien Marsilio moria. Juntos pues todos estos, el venerable Aurelio les dixo que seria bien partirse luego de aquel lugar, para llegar á tiempo de pasar la siesta en el arroyo de las palmas, pues tan acomodado sitio era para ello. A todos pareció bien lo que Aurelio decia, y luego con reposados pasos ázia donde él dixo se encaminaron. Mas como la hermosa vista de la pastora Belisa no dexase reposar los espiritus de Marsilio, quisiera él, si pudiera, y le fuera licito, llegarse á ella, y decirle la sinrazon que con él usaba: mas por no perder el decoro que á la honestidad de Belisa

se

se debia, estabase el triste mas mudo de lo que havia menester su deseo. Los mismos efetos y accidentes hacia amor en las almas de los enamorados Elicio y Erastro, que cada qual por sí quisiera decir á Galatea lo que ya ella bien sabia. A esta sazon dixo Aurelio: no me parece bien, pastores, que os mostreis tan avaros, que no querais corresponder y pagar lo que debeis á las calandrias y ruiseñores, y á los otros pintados pajarillos, que por entre estos arboles con su no aprendida y marabillosa armonia os van entreteniendo y regocijando: tocad vuestros instrumentos, y levantad vuestras sonoras voces, y mostraldes que el arte y destreza vuestra en la musica á la natural suya se aventaja; y con tal entretenimiento, sentiremos menos la pesadumbre del camino y los rayos del sol, que ya parece que van amenazando el rigor con que esta siesta han de herir la tierra. Poco fue menester para ser Aurelio obedecido, porque luego Erastro tocó su zampoña, y Arsindo su rabel, al son de los quales instrumentos, dando todos la mano á Elicio, él comenzó á cantar desta manera.

ELICIO.

Por lo imposible peleo,
Y si quiero retirarme,
Ni paso ni senda veo,
Que hasta vencer ó acabarme
Tras sí me lleva el deseo:
Y aunque sé que aqui es forzoso
Antes morir que vencer,
Quando estoy mas peligroso
Entonces vengo á tener
Mayor fe en lo mas dudoso.

El cielo que me condena
A no esperar buena andanza,
Me da siempre á mano llena
Sin las obras de esperanza,
Mil certidumbres de pena:
Mas mi pecho valeroso
Que se abrasa y se resuelve
En vivo fuego amoroso,
En contracambio le vuelve
Mayor fe en lo mas dudoso.

Inconstancia firme duda

Fal-

Falsa fe , cierto temor ,
Voluntad de amor desnuda ,
Nunca turban el amor
Que de firme no se muda :
Vuele el tiempo presuroso ,
Suceda ausencia ó desden ,
Crezca el mal , mengüe el reposo ,
Que yo tendré por mi bien
Mayor fe en lo mas dudoso.

¿ No es conocida locura ,
Y notable desvario ,
Querer yo lo que ventura
Me niega y el hado mio ,
Y la suerte no asegura ?
De todo estoy temeroso ,
No hay gusto que me entretenga ,
Y en trance tan peligroso ,
Me hace el amor que tenga
Mayor fe en lo mas dudoso.

Alcanzo de mi dolor
Que está en tal termino puesto ,
Que llega donde el amor ,
Y el imaginar en esto
Tiempla en parte su rigor :

De pobre y menesteroso
Doy á la imaginacion
Alivio tan congojoso,
Porque tenga el corazon
Mayor fe en lo mas dudoso.

Y mas agora que vienen
De golpe todos los males,
Y para que mas me penen,
Aunque todos son mortales,
En la vida me entretienen:
Mas en fin, un fin hermoso
Nuestra vida en honra sube,
El mio me hará famoso,
Porque en muerte y vida tuve
Mayor fe en lo mas dudoso.

Pareciole á Marsilio, que lo que Elicio havia cantado, tan á su proposito hacia, que quiso seguirle en el mesmo concepto, y asi sin esperar que otro le tomase la mano, al son de los mesmos instrumentos desta manera comenzó á cantar.

MAR-

MARSILIO.

Quan facil cosa es llevarse
El viento las esperanzas ,
Que pudieron fabricarse
De las vanas confianzas
Que suelen imaginarse:
Todo concluye y fenece
Las esperanzas de amor ,
Los medios que el tiempo ofrece ,
Mas en el buen amador
Sola la fe permanece.

Ella en mí tal fuerza alcanza ,
Que á pesar de aquel desden ,
Lleno de desconfianza ,
Siempre me asegura un bien
Que sustenta la esperanza :
Y aunque el amor desfallece
En el blanco airado pecho
Que tanto mis males crece ,
En el mio á su despecho
Sola la fe permanece.

Sabes , amor , tu , que cobras

Tributo de mi fe cierta,
Y tanto en cobrar le sobras,
Que mi fe nunca fue muerta,
Pues se aviva con mis obras:
Y sabes bien que descrece
Toda mi gloria y contento
Quanto mas tu furia crece,
Y que en mi alma de asiento
Sola la fe permanece.

Pero si es cosa notoria,
Y no hay poner duda en ella
Que la fe no entra en la gloria,
Yo que no estaré sin ella,
Qué triunfo espero, ó vitoria?
Mi sentido desvanece
Con el mal que se figura
Todo el bien desaparece,
Y entre tanta desventura
Sola la fe permanece.

Con un profundo sospiro dió fin á su canto el lastimado Marsilio: y luego Erastro dando su zampoña sin mas detenerse desta manera comenzó á cantar.

ERASTRO.

En el mal que me lastima,
Y en el bien de mi dolor
Es mi fe de tanta estima,
Que ni huye del temor,
Ni á la esperanza se arrima:
No la turba ó desconcierta
Ver que está mi pena cierta
En su dificil subida,
Ni que consumen la vida
Fe viva, esperanza muerta.

Milagro es este en mi mal,
Mas eslo, porque mi bien,
Si viene, venga á ser tal,
Que entre mil bienes le den
La palma por principal:
La fama con lengua esperta
Dé al mundo noticia cierta,
Que el firme amor se mantiene
En mi pecho, adonde tiene
Fe viva, esperanza muerta.

Vuestro desden riguroso

Y mi humilde merecer
Me tienen tan temeroso,
Que ya que os supe querer,
Ni puedo hablaros, ni oso:
Veo de contino abierta
A mi desdicha la puerta,
Y que acabo poco á poco,
Porque con vos valen poco
Fe viva, esperanza muerta.

No llega á mi fantasia
Un tan loco devaneo,
Como es pensar que podria
El menor bien que deseo,
Alcanzar por la fe mia:
Podeis, pastora, estar cierta,
Que el alma rendida acierta
A amaros qual mereceis:
Pues siempre en ella hallareis
Fe viva, esperanza muerta.

Calló Erastro; y luego el ausente Crisio, al son de los mesmos instrumentos desta suerte comenzó á cantar.

CRI-

CRISIO.

Si á las veces desespera
Del bien la firme aficion,
Quien desmaya en la carrera
De la amorosa pasion,
Qué fruto, ó qué premio espera?
Yo no sé quien se asegura
Gloria, gustos y ventura
Por un impetu amoroso,
Si en él y en el mas dichoso
No es fe la fe que no dura.

En mil trances ya sabidos
Se han visto, y en los amores
Los soberbios y atrevidos,
Al principio vencedores,
Y á la fin quedar vencidos:
Sabe el que tiene cordura,
Que en la firmeza se apura
El triunfo de la batalla,
Y sabe que aunque se halla,
No es fe la fe que no dura.

En el que quisiere amar,

No mas de por su contento,
Es imposible durar
En su vano pensamiento
La fe que se ha de guardar:
Si en la mayor desventura
Mi fe tan firme y segura,
Como en el bien no estuviera,
Yo mismo della digera,
No es fe la fe que no dura.

El impetu y ligereza
De un nuevo amador insano,
Los llantos y la tristeza
Son nubes que en el verano
Se deshacen con presteza:
No es amor el que le apura,
Sino apetito y locura,
Pues quando quiere, no quiere;
No es amante el que no muere,
No es fe la fe que no dura.

A todos pareció bien la orden que los pastores en sus canciones guardaban, y con deseo atendian á que Tirsi, ó Damon comenzasen; mas presto se les cumplió Damon, pues en acabando Crisio, al son de su

su mesmo rabel cantó desta manera.

DAMON.

Amarili ingrata y bella,
Quién os podrá enternecer,
Si os vienen á endurecer
Las ansias de mi querella,
Y la fe de mi querer?
Bien sabeis, pastora, vos,
Que en el amor que mantengo,
A tan alto estremo vengo,
Que despues de la de Dios,
Sola es fe la fe que os tengo.

Y puesto que subo tanto
En amar cosa mortal,
Tal bien encierra mi mal,
Que al alma por él levanto
A su patria natural:
Por esto conozco y sé
Que tal es mi amor tan luengo,
Como muero y me entretengo,
Y que si en amor hay fe,
Sola es fe la fe que os tengo.

Los muchos años gastados
En amorosos servicios
Del alma los sacrificios
De mi fe, y de mis cuidados
Dan manifiestos indicios:
Por esto no os pediré
Remedio al mal que sostengo,
Y si á pedirosle vengo,
Es, Amarili, porque
Sola es fe la fe que os tengo.

En el mar de mi tormenta
Jamas he visto bonanza,
Y aquella alegre esperanza
Con quien la fe se sustenta
De la mia no se alcanza:
Del amor y de fortuna
Me quejo, mas no me vengo,
Pues por ellas á tal vengo,
Que sin esperanza alguna
Sola es fe la fe que os tengo.

El canto de Damon acabó de confirmar en Timbrio y en Silerio la buena opinion que del raro ingenio de los pastores que alli estaban havian concebido; y mas quando á persua-

suasion de Tirsi y de Elicio, el ya libre y desdeñoso Lauso al son de la flauta de Arsindo soltó la voz en semejantes versos.

LAUSO.

Rompió el desden tus cadenas,
Falso amor, y á mi memoria
El mesmo ha vuelto la gloria
De la ausencia de tus penas:
Llame mi fe quien quisiere
Antojadiza y no firme,
Y en su opinion me confirme
Como mas le pareciere.

Diga que presto olvidé,
Y que de un sotil cabello,
Que un soplo pudo rompello,
Colgada estaba mi fe:
Diga, que fueron fingidos
Mis llantos y mis sospiros,
Y que del amor los tiros
No pasaron mis vestidos.

Que no el ser llamado vano,
Y mudable me atormenta,

A trueco de ver esenta
Mi cerviz del yugo insano,
Sé yo bien quien es Silena
Y su condicion estraña,
Y que asegura y engaña
Su apacible faz serena.

A su estraña gravedad
Y á sus bajos bellos ojos
No es mucho dar los despojos
De qualquiera voluntad:
Esto en la vista primera,
Mas despues de conocida,
Por no verla dar la vida,
Y mas, si mas se pudiera.

Silena del cielo y mia,
Muchas veces la llamaba,
Porque tan hermosa estaba,
Que del cielo parecia:
Mas ahora sin recelo,
Mejor la podré llamar
Serena falsa del mar,
Que no Silena del cielo.

Con los ojos, con la pluma,

Con las veras y los juegos
De amantes vanos y ciegos
Prende inumerable suma:
Siempre es primero el postrero:
Mas el mas enamorado,
Al cabo es tan mal tratado,
Quanto querido primero.

O quanto mas se estimara
De Silena la hermosura,
Si el proceder y cordura
A su belleza igualara!
No le falta discrecion,
Mas empleala tan mal,
Que le sirve de dogal
Que ahoga su presuncion.

Y no hablo de corrido,
Pues seria apasionado;
Pero hablo de engañado,
Y sin razon ofendido:
Ni me ciega la pasion,
Ni el deseo de su mengua,
Que siempre siguió mi lengua
Los terminos de razon.

Sus

Sus muchos antojos varios,
Su mudable pensamiento
Le vuelven cada momento
Los amigos en contrarios:
Y pues hay por tantos modos
Enemigos de Silena,
O ella no es toda buena,
O son ellos malos todos.

Acabó Lauso su canto, y aunque él creyó que ninguno le entendia por ignorar el disfrazado nombre de Silena, mas de tres de de los que alli iban la conocieron, y aun se marabillaron que la modestia de Lauso á ofender alguno se extendiese, principalmente á la disfrazada pastora de quien tan enamorado le havian visto. Pero en la opinion de Damon su amigo, quedó bien disculpado, porque conocia el termino de Silena, y sabia el que con Lauso havia usado, y de lo que no dixo se marabillaba. Acabó, como se ha dicho, Lauso: y como Galatea estaba informada del estremo de la voz de Nisida, quiso por obligarla cantar ella primero; y por esto antes que otro pastor comenzase, haciendo señal á Arsindo que en tañer su flauta pro-

procediese, al son della con su estremada voz cantó desta manera.

GALATEA.

Tanto quanto el amor convida y llama
 Al alma con sus gustos de aparencia,
 Tanto mas huye su mortal dolencia
 Quien sabe el nombre que le da la fama.
Y el pecho opuesto á su amorosa llama
 Armado de una honesta resistencia,
 Poco puede empecerle su inclemencia,
 Poco su fuego y su rigor le inflama.
Segura está quien nunca fue querida
 Ni supo querer bien, de aquella lengua
 Que en su deshonra se adelgaza y lima.
Mas si el querer y el no querer da mengua,
 En qué exercicios pasará la vida
 La que mas que el vivir la honra estima?

Bien se echó de ver en el canto de Galatea, que respondia al malicioso de Lauso, y y que no estaba mal con las voluntades libres, sino con las lenguas maliciosas y los animos dañados, que en no alcanzando lo que quieren, convierten el amor, que en un

tiempo mostraron, en un odio malicioso y detestable, como ella en Lauso imaginaba; pero quizá saliera deste engaño, si la buena condicion de Lauso conociera, y la mala de Silena no ignorara. Luego que Galatea acabó de cantar, con corteses palabras rogó á Nisida que lo mismo hiciese. La qual como era tan comedida como hermosa, sin hacerse de rogar, al son de la zampoña de Florisa cantó desta suerte.

NISIDA.

Bien puse yo valor á la defensa
  Del duro encuentro y amoroso asalto,
  Bien levanté mi presuncion en alto
  Contra el rigor de la notoria ofensa.
Mas fue tan reforzada y tan intensa
  La bateria, y mi poder tan falto,
  Que sin cogerme amor de sobresalto
  Me dió á entender su potestad inmensa.
Valor, honestidad, recogimiento,
  Recato, ocupacion, esquivo pecho,
  Amor con poco premio lo conquista.
Ansi que para huir el vencimiento
  Consejos jamas fueron de provecho,
  Desta verdad testigo soy de vista.

Quan-

Quando Nisida acabó de cantar, y acabó de admirar á Galatea, y á los que escuchado la havian, estaban ya bien cerca del lugar adonde tenian determinado de pasar la siesta. Pero en aquel poco espacio le tuvo Belisa para cumplir lo que Silveria le rogó, que fue que algo cantase: la qual, acompañandola el son de la flauta de Arsindo, cantó lo que se sigue.

BELISA.

Libre voluntad esenta,
Atended á la razon
Que nuestro credito aumenta,
Dexad la vana aficion
Engendradora de afrenta:
Que quando el alma se encarga
De alguna amorosa carga,
A su gusto es qualquier cosa,
Composicion venenosa
Con jugo de adelfa amarga.

Por la mayor cantidad
De la riqueza subida
En valor y en calidad,

No es bien dada ni vendida
La preciosa libertad :
Pues quién se pondrá á perdella
Por una simple querella
De un amador porfiado ,
Si quanto bien hay criado
No se compara con ella ?

Si es insufrible dolor
Tener en prision esquiva
El cuerpo libre de amor ,
Tener el alma captiva
No será pena mayor ?
Sí será , y aun de tal suerte ,
Que remedio á mal tan fuerte
No se halla en la paciencia ,
En años , valor ó ciencia ,
Porque solo está en la muerte.

Vaya pues mi sano intento
Lejos deste desvario ,
Huiga tan falso contento ,
Rija mi libre alvedrio
A su modo el pensamiento :
Mi tierna cerviz esenta
No permita , ni consienta

So-

Sobre sí el yugo amoroso,
Por quien se turba el reposo,
Y la libertad se ausenta.

Al alma del lastimado Marsilio llegaron los libres versos de la pastora, por la poca esperanza que sus palabras prometian de ser mejoradas sus obras; pero como era tan firme la fe con que la amaba, no pudieron las notorias muestras de libertad que havia oido hacer, que él no quedase tan sin ella como hasta entonces estaba. Acabose en esto el camino de llegar al arroyo de las palmas, y aunque no llevaran intencion de pasar alli la siesta, en llegando á él, y en viendo la comodidad del hermoso sitio, él mismo á no pasar adelante les forzara. Llegados pues á él, luego el venerable Aurelio ordenó que todos se sentasen junto al claro y espejado arroyo, que por entre la menuda yerba corria, cuyo nacimiento era al pie de una altisima y antigua palma (que por no haver en todas las riberas de Tajo sino aquella, y otra que junto á ella estaba, aquel lugar y arroyo el de las palmas era llamado) y despues de sentados, con mas voluntad y llaneza, que

de costosos manjares, de los pastores de Aurelio fueron servidos, satisfaciendo la sed con las claras y frescas aguas que el limpio arroyo les ofrecia; y en acabando la breve y sabrosa comida, algunos de los pastores se dividieron y apartaron á buscar algun apartado y sombrio lugar, donde restaurar pudiesen las no dormidas horas de la pasada noche; y solo se quedaron solos los de la compañia y aldea de Aurelio, con Timbrio, Silerio, Nisida y Blanca, Tirsi y Damon, á quien les pareció ser mejor gustar de la buena conversacion que alli se esperaba, que de qualquier otro gusto que el sueño ofrecerles podia. Adivinada pues y casi conocida esta su intencion de Aurelio, les dixo: bien será, señores, que los que aqui estamos, ya que entregarnos al dulce sueño no havemos querido, que este tiempo que le hurtamos, no dexemos de aprovecharle en cosa que mas de nuestro gusto sea, y la que á mi me parece, que no podrá dexar de darnosle, es que cada qual, como mejor supiere muestre aqui la agudeza de su ingenio, proponiendo alguna pregunta, ó enigma, á quien esté obligado á responder el compañero que á su lado

do estuviere; pues con este exercicio se grangearán dos cosas, la una pasar con menos enfado las horas que aqui estuvieremos; la otra no cansar tanto nuestros oidos con oir siempre lamentaciones de amor, y endechas enamoradas. Conformaronse todos luego con la voluntad de Aurelio, y sin mudarse del lugar do estaban, el primero que comenzó á preguntar, fue el mesmo Aurelio, diciendo desta manera.

AURELIO.

Quál es aquel poderoso
Que desde Oriente á Ocidente
Es conocido y famoso?
A veces fuerte y valiente,
Otras flaco y temeroso:
Quita y pone la salud,
Muestra y cubre la virtud
En muchos mas de una vez,
Es mas fuerte en la vegez,
Que en la alegre juventud.

Mudase en quien no se muda
Por estraña preeminencia,

Hace temblar al que suda,
Y á la mas rara eloquencia
Suele tornar torpe y muda:
Con diferentes medidas
Mide su ser y su nombre,
Y suele tomar renombre
De mil tierras conocidas.

Sin armas vence al armado,
Y es forzoso que le venza,
Y aquel que mas le ha tratado
Mostrando tener verguenza,
Es el mas desvergonzado:
Y es cosa de marabilla,
Que en el campo y en la villa,
A capitan de tal prueba
Qualquier hombre se le atreva,
Aunque pierda en la rencilla.

Tocó la respuesta desta pregunta al anciano pastor Arsindo, que junto á Aurelio estaba; y haviendo un poco considerado lo que significar podia, al fin le dixo: pareceme, Aurelio, que la edad nuestra nos fuerza á andar mas enamorados de lo que significa tu pregunta, que no de la mas gallarda pas-

pastora que se nos pueda ofrecer, porque sino me engaño, el poderoso y conocido que dices, es el vino, y en él quadran todos los atributos que le has dado. Verdad dices, Arsindo, respondió Aurelio, y estoy para decir que me pesa de haver propuesto pregunta que con tanta facilidad haya sido declarada; mas di tu la tuya, que al lado tienes quien te la sabrá desatar por mas añudada que venga. Que me place, dixo Arsindo: luego propuso la siguiente.

ARSINDO.

Quién es quien pierde el color
Donde se suele avivar,
Y luego torna á cobrar
Otro mas vivo y mejor?
Es pardo en su nacimiento,
Y despues negro atezado,
Y al cabo tan colorado
Que su vista da contento:

No guarda fueros ni leyes,
Tiene amistad con las llamas,
Visita á tiempos las camas

De

De señores y de Reyes :
Muerto se llama varon ,
Y vivo hembra se nombra ,
Tiene el aspecto de sombra ,
De fuego la condicion.

Era Damon el que al lado de Arsindo estaba , el qual apenas havia acabado Arsindo su pregunta , quando le dixo : pareceme, Arsindo , que no es tan escura tu demanda como lo que significa , porque si mal no estoy en ella , el carbon es por quien dices que muerto se llama varon , y encendido y vivo brasa , que es nombre de hembra , y todas las demas partes le convienen en todo como esta : y si quedas con la misma pena que Aurelio , por la facilidad con que tu pregunta ha sido entendida , yo os quiero tener compañia en ella , pues Tirsi , á quien toca responderme , nos hará iguales , y luego dixo la suya.

DAMON.

Quál es la dama polida ,
Aseada y bien compuesta ,
Temerosa y atrevida :

Ver-

Vergonzosa y deshonesta,
Y gustosa y desabrida?
Si son muchas, porque asombre,
Mudan de muger el nombre
En varon, y es cierta ley,
Que va con ellas el Rey,
Y las lleva qualquier hombre.

Bien es, amigo Damon, dixo luego Tirsi, que salga verdadera tu porfia, y que quedes con la pena de Aurelio y Arsindo, si alguna tienen; porque te hago saber, que sé que lo que encubre tu pregunta, es la carta, y el pliego de cartas. Concedió Damon lo que Tirsi dixo. Y luego Tirsi propuso desta manera.

TIRSI.

Quién es la que es toda ojos
De la cabeza á los pies,
Y á veces sin su interes
Causa amorosos enojos?
Tambien suele aplacar riñas,
Y no le va ni le viene,
Y aunque tantos ojos tiene
Descubre pocas niñas:

Tie-

Tiene nombre de un dolor
Que se tiene por mortal,
Hace bien y hace mal ,
Enciende y templa el amor.

En confusion puso á Elicio la pregunta de Tirsi , porque á él tocaba responder á ella , y casi estuvo por darse , como dicen , por vencido ; pero acabo de poco vino á decir , que era la zelosia ; y concediendolo Tirsi , luego Elicio preguntó lo siguiente.

ELICIO.

Es muy escura y es clara ,
Tiene mil contrariedades ,
Encubrenos las verdades ,
Y al cabo nos las declara :
Nace á veces de donaire ,
Otras de altas fantasias ,
Y suele engendrar porfias ,
Aunque trate cosas de aire.

Sabe su nombre qualquiera ,
Hasta los niños pequeños ,
Son muchas y tienen dueños

De

De diferente manera :
No hay vieja que no se abrace
Con una destas señoras,
Son de gusto algunas horas,
Qual cansa, qual satisface.

Sabios hay que se desvelan
Por sacarles los sentidos,
Y algunos quedan corridos,
Quanto mas sobre ello velan :
Qual es necia, qual curiosa,
Qual facil, qual intricada,
Pero sea, ó no sea nada,
Decidme, qué es cosa y cosa.

No podia Timbrio atinar con lo que significaba la pregunta de Elicio, y casi comenzó á correrse de ver que mas que otro alguno se tardaba en la respuesta, mas ni aun por eso venia en el sentido della ; y tanto se detuvo, que Galatea, que estaba despues de Nisida, dixo : si vale á romper la orden que está dada y puede responder el que primero supiere, yo por mí digo, que sé lo que significa la propuesta enigma, y estoy por declararla, si el señor Timbrio me da licencia.

Por

Por cierto, hermosa Galatea, respodió Timbrio, que conozco yo, que asi como á mí me falta, os sobra á vos ingenio para aclarar mayores dificultades: pero con todo eso quiero que tengais paciencia, hasta que Elicio la torne á decir; y si desta vez no la acertare, confirmarseha con mas veras la opinion que de mi ingenio y del vuestro tengo. Tornó Elicio á decir su pregunta; y luego Timbrio declaró lo que era, diciendo: con lo mesmo que yo pensé que tu demanda, Elicio, se escurecia, con eso mesmo me parece que se declara, pues el ultimo verso dice: te digan qué es cosa y cosa. Y asi yo te respondo á lo que me dices, y digo que tu pregunta es, el que es cosa y cosa; y no te marabilles haverme tardado en la respuesta, porque mas me marabillára yo de mi ingenio, si mas presto respondiera: el qual mostrará quien es en el poco artificio de mi pregunta, que es esta.

TIMBRIO.

Quién es el que á su pesar
Mete sus pies por los ojos,
Y sin causarles enojos
Les hace luego cantar?
El sacarlos es de gusto,
Aunque á veces quien los saca
No solo su mal no aplaca,
Mas cobra mayor disgusto.

A Nisida tocaba responder á la pregunta de Timbrio, mas no fue posible que la adevinasen ella, ni Galatea que se le seguian. Y viendo Orompo que las pastoras se fatigaban en pensar lo que significaba, les dixo: no os canseis, señoras, ni fatigueis vuestros entendimientos en la declaracion desta enigma, porque podria ser que ninguna de vosotras en toda su vida huviese visto la figura que la pregunta encubre, y asi no es mucho que no deis en ella; que si de otra suerte fuera, bien seguros estabamos de vuestros entendimientos, que en menos espacio otras mas dificultosas huvierades declarado; y por esto, con vues-

vuestra licencia, quiero yo responder á Timbrio, y decirle que su demanda significa un hombre con grillos, pues quando saca los pies de aquellos ojos que él dice, ó es para ser libre, ó para llevarle al suplicio: porque veais pastoras, si tenia yo razon de imaginar, que quizá ninguna de vosotras havia visto en toda su vida carceles ni prisiones. Yo por mí sé decir, dixo Galatea, que jamas he visto aprisionado alguno. Lo mesmo dixeron Nisida y Blanca. Y luego Nisida propuso su pregunta en esta forma.

NISIDA.

Muerde el fuego, y el bocado
Es daño y bien del mordido,
No pierde sangre el herido,
Aunque se ve acuchillado:
Mas si es profunda la herida,
Y de mano que no acierte,
Causa al herido la muerte,
Y en tal muerte está su vida.

Poco se tardó Galatea en responder á Nisida, porque luego le dixo: bien sé que no me

me engaño, hermosa Nisida, si digo que en ninguna cosa se puede mejor atribuir tu enigma, que á las tigeras de despavilar, y á la vela ó cirio que despavilan: y si esto es verdad, como lo es, y quedas satisfecha de mi respuesta, escucha agora la mia, que no con menos facilidad espero que será declarada de tu hermana, que yo he hecho la tuya, y luego la dixo, que fue esta.

GALATEA.

Tres hijos que de una madre
Nascieron con ser perfeto,
Y de un hermano era nieto
El uno, y el otro padre;
Y estos tres tan sin clemencia
A su madre maltrataban,
Que mil puñadas le daban
Mostrando en ello su ciencia.

Considerando estaba Blanca lo que podia significar la enigma de Galatea, quando vieron atravesar corriendo por junto al lugar donde estaban dos gallardos pastores, mostrando en la furia con que corrian, que al-

guna cosa de importancia les forzaba á mover los pasos con tanta ligereza, y luego en el mismo instante oyeron unas dolorosas voces, como de personas que socorro pedian: y con este sobresalto se levantaron todos, y siguieron el tino donde las voces sonaban: y á pocos pasos salieron de aquel deleitoso sitio, y dieron sobre la ribera del fresco Tajo, que por alli cerca mansamente corria, y apenas vieron el rio, quando se les ofreció á la vista la mas estraña cosa que imaginar pudieran; porque vieron dos pastoras al parecer de gentil donaire, que tenian á un pastor asido de las faldas del pellico con toda la fuerza á ellas posible, porque el triste no se ahogase, porque tenia ya el medio cuerpo en el rio, y la cabeza debaxo del agua, forcejando con los pies por desasirse de las pastoras, que su desesperado intento estorbaban: las quales ya casi querian soltarle, no pudiendo vencer al teson de su porfia con las debiles fuerzas suyas. Mas en esto llegaron los dos pastores que corriendo havian venido, y asiendo al desesperado, le sacaron del agua á tiempo que ya todos los demas llegaban: espantandose del estraño espectaculo, y mas lo fueron quando

do conocieron que el pastor que queria ahogarse, era Galercio, el hermano de Artidoro, y las pastoras eran Maurisa su hermana y la hermosa Teolinda: las quales como vieron á Galatea y á Florisa, con lagrimas en los ojos corrió Teolinda á abrazar á Galatea, diciendo: ay, Galatea, amiga dulce y señora mia! como ha cumplido esta desdichada la palabra que te dió de volver á verte y á decirte las nuevas de su contento! De que le tengas, Teolinda, respondió Galatea, holgare yo tanto, quanto te lo asegura la voluntad que de mí para servirte tienes conocida; mas pareceme que no acreditan tus ojos tus palabras, ni aun ellas me satisfacen de modo, que imagine buen suceso de tus deseos. Entanto que Galatea con Teolinda esto pasaba, Elicio y Artidoro con los otros pastores havian desnudado á Galercio, y al desceñirle el pellico, que con todo el vestido mojado estaba, se le cayó un papel del seno, el qual alzó Tirsi, y abriendole, vió que eran versos; y por no poderlos leer por estar mojados, encima de una alta rama le puso al rayo del sol, para que se enjugase. Pusieron á Galercio un gavan de Arsindo, y el desdichado mozo esta-

ba como atonito y embelesado, sin hablar palabra alguna, aunque Elicio le preguntaba qué era la causa que á tan estraño termino le havia conducido. Mas por él respondió su hermana Maurisa, diciendo: alzad los ojos, pastores, y vereis quien es la ocasion que al desgraciado de mi hermano en tan estraños y desesperados puntos ha puesto. Por lo que Maurisa dixo, alzaron los pastores los ojos, y vieron encima de una pendiente roca que sobre el rio caia, una gallarda y dispuesta pastora, sentada sobre la mesma peña, mirando con risueño semblante todo lo que los pastores hacian. La qual fue luego de todos conocida por la cruel Gelasia. Aquella desamorada, aquella desconocida, siguió Maurisa, es, señores, la enemiga mortal deste desventurado hermano mio, el qual, como ya todas estas riberas saben y vosotros no ignorais, la ama, la quiere y la adora; y en cambio de los continuos servicios que siempre le ha hecho, y de las lagrimas que por ella ha derramado, esta mañana con el mas esquivo y desamorado desden, que jamas en la crueldad pudiera hallarse, le mandó que de su presencia se partiese, y que agora ni nun-

ca jamas á ella tornase ; y quiso tan de veras mi hermano obedecerla , que procuraba quitarse la vida , por escusar la ocasion de nunca traspasar su mandamiento ; y si por dicha estos pastores tan presto no llegáran , llegado fuera ya el fin de mi alegria , y el de los dias de mi lastimado hermano. En admiracion puso lo que Maurisa dixo á todos los que la escucharon , y mas admirados quedaron quando vieron que la cruel Gelasia , sin moverse del lugar donde estaba , y sin hacer cuenta de toda aquella compañia que los ojos en ella tenia puestos , con un estraño donaire y desdeñoso brio sacó un pequeño rabel de su zurron , y parandosele á templar muy despacio , á cabo de poco rato con voz en estremo buena comenzó á cantar desta manera.

GELASIA.

Quién dexará del verde prado umbroso
Las frescas yerbas , y las frescas fuentes ?
Quién de seguir con pasos diligentes
La suelta liebre , ó jabali cerdoso ?
Quién con el son amigo y sonoroso
No detendrá las aves inocentes ?

Quién en las horas de la siesta ardiente
No buscará en las selvas el reposo?
Por seguir los incendios, los temores,
Los zelos, iras, rabias, muertes, penas
Del falso amor, que tanto aflige al mundo?
Del campo son y han sido mis amores,
Rosas son y jazmines mis cadenas,
Libre nací, y en libertad me fundo.

Cantando estaba Gelasia, y en el movimiento y ademan de su rostro la desamorada condicion suya descubria; mas apenas huvo llegado al ultimo verso de su canto, quando se levantó con una estraña ligereza, y como si de alguna cosa espantable huyera, asi comenzó á correr por la peña abaxo, dexando á los pastores admirados de su condicion y confusos de su corrida. Mas luego vieron que era la causa della con ver al enamorado Lenio, que con tirante paso por la mesma peña subia con intencion de llegar adonde Gelasia estaba; pero no quiso ella aguardarle por no faltar de corresponder en un solo punto á la crueldad de su proposito. Llegó el cansado Lenio á lo alto de la peña, quando ya Gelasia estaba al pie della; y viendo que

no

no detenia el paso, sino que con mas presteza por la espaciosa campaña le tendia, con fatigado aliento y laso espiritu se sentó en el mesmo lugar donde Gelasia havia estado, y alli comenzó con desesperadas razones á maldecir su ventura, y la hora en que alzó la vista á mirar á la cruel pastora Gelasia, y en aquel mismo instante, como arrepentido de lo que decia, tornaba á bendecir sus ojos, y á tener por buena la ocasion que en tales terminos le ponia: y luego incitado y movido de un furioso accidente, arrojó lexos de sí el cayado, y desnudandose el pellico, le entregó á las aguas del claro Tajo, que junto al pie de la peña corria. Lo qual visto por los pastores que mirandole estaban, sin duda creyeron que la fuerza de la enamorada pasion le sacaba de juicio; y asi Elicio y Erastro comenzaron á subir la peña para estorbarle que no hiciese algun otro desatino, que le costase mas caro; y puesto que Lenio los vió subir, no hizo otro movimiento alguno, sino fue sacar de su zurron su rabel, y con un nuevo y estraño reposo se tornó á sentar; y vuelto el rostro ácia donde su pastora oia, con voz suave y de lagrimas acompa-

ñada comenzó á cantar desta suerte.

LENIO.

Quién te impele, cruel? quién te desvia?
Quién te retira del amado intento?
Quién en tus pies veloces alas cria
Con que corres ligera mas que el viento?
Porqué tienes en poco la fé mia,
Y desprecias el alto pensamiento?
Porqué huyes de mí? porqué me dejas?
O mas dura que marmol á mis quejas!

Soy por ventura de tan baxo estado
Que no merezca ver tus ojos bellos?
Soy pobre? soy avaro? hasme hallado
En falsedad desde que supe vellos?
La condicion primera no he mudado.
No pende del menor de tus cabellos
Mi alma? Pues porqué de mí te alejas?
O mas dura que marmol á mis quejas!

Tome escarmiento tu altivéz sobrada
De ver mi libre voluntad rendida,
Mira mi antigua presuncion trocada
Y en amoroso intento convertida:
Mira que contra amor no puede nada

La

La mas esenta descuidada vida:
Detén el paso ya; porqué le aquejas?
O mas dura que marmol á mis quejas!

Vime qual tu te ves, y ahora veo,
Que como fui jamas espero verme,
Tal me tiene la fuerza del deseo,
Tal quiero que se estrema en no quererme.
Tu has ganado la palma, tu el trofeo
De que amor pueda en su prision tenerme,
Tu me rendiste: y tu de mí te quejas?
O mas dura que marmol á mis quejas!

Entanto que el lastimado pastor sus dolorosas quejas entonaba, estaban los demas pastores reprehendiendo á Galercio su mal proposito, afeando el dañado intento que havia mostrado. Mas el desesperado mozo á ninguna cosa respondia, de que no poco Maurisa se fatigaba, creyendo que en dexandole solo havia de poner en execucion su mal pensamiento. En este medio Galatea y Florisa, apartandose con Teolinda, le preguntaron qué era la causa de su tornada, y si por ventura havia sabido ya de su Artidoro. A lo qual ella respondió llorando: no sé que os di-

diga, amigas y señoras mias, sino que el cielo quiso que yo hallase á Artidoro, para que enteramente le perdiese; porque havreis de saber, que aquella mal considerada y traidora hermana mia, que fue el principio de mi desventura, aquella mesma ha sido la ocasion del fin y remate de mi contento, porque sabiendo ella, asi como llegamos con Galercio y Maurisa á su aldea, que Artidoro estaba en una montaña no lexos de alli con su ganado, sin decirme nada se partió á buscarle: hallóle, y fingiendo ser yo (que para solo este daño ordenó el cielo que nos pareciesemos) con poca dificultad le dió á entender, que la pastora que en nuestra aldea le havia desdeñado, era una su hermana, que en estremo le parecia: en fin le contó por suyos todos los pasos que yo por él he dado, y los estremos de dolor que he padecido: y como las entrañas del pastor estaban tan tiernas y enamoradas, con harto menos que la traidora le dixera, fuera de él creida, como la creyó tan en mi perjuicio, que sin aguardar que la fortuna mezclase en su gusto algun nuevo impedimento, luego en el mesmo instante dió la mano á Leonarda de ser su legiti-

timo esposo, creyendo que se la daba á Teolinda. Veis aqui, pastoras, en qué ha parado el fruto de mis lagrimas y sospiros; veis aqui ya arrancada de raiz toda mi esperanza: y lo que mas siento es, que haya sido por la mano que á sustentarla estaba mas obligada. Leonarda goza de Artidoro por el medio del falso engaño que os he contado, y puesto que ya él lo sabe, aunque debe de haver sentido la burla, hala disimulado como discreto. Llegaron luego al aldea las nuevas de su casamiento, y con ellas las del fin de mi alegria: supose tambien el artificio de mi hermana, la qual dió por disculpa ver que Galercio, á quien tanto ella amaba, por la pastora Gelasia se perdia, y que asi le pareció mas facil reducir á su voluntad la enamorada de Artidoro, que no la desesperada de Galercio, y que pues las dos eran uno solo enquanto á la apariencia y gentileza, que ella se tenia por dichosa y bien afortunada con la compañia de Artidoro. Con esto se disculpa, como he dicho, la enemiga de mi gloria: y asi yo, por no verla gozar de la que de derecho se me debia, dexé el aldea y la presencia de Artidoro, y acompañada de las mas tristes imagina-

cio-

ciones que imaginarse pueden, venia á daros las nuevas de mi desdicha en compañia de Maurisa, que ansi mesmo viene con intencion de contaros lo que Grisaldo ha hecho despues que supo el hurto de Rosaura: y esta mañana al salir del sol topamos con Galercio, el qual con tiernas y enamoradas razones, estaba persuadiendo á Gelasia que bien le quisiese: mas ella con el mas estraño desden y esquiveza que decirse puede, le mandó que se le quitase delante, y que no fuese osado de jamas hablarla: y el desdichado pastor apretado de tan recio mandamiento, y de tan estraña crueldad, quiso cumplirle, haciendo lo que haveis visto. Todo esto es lo que por mi ha pasado, amigas mias, despues que de vuestra presencia me partí. Ved agora si tengo mas que llorar que antes, y si se ha aumentado la ocasion para que vosotras os ocupeis en consolarme, si acaso mi mal recibiese consuelo. No dixo mas Teolinda, porque la infinidad de lagrimas que le vinieron á los ojos, y los sospiros que del alma arrancaba, impidieron el oficio á la lengua: y aunque las de Galatea y Florisa quisieron mostrarse expertas y eloqüentes en consolarla, fue de poco efeto su trabajo. Y en

en el tiempo que entre las pastoras estas razones pasaban, se acabó de enjugar el papel que Tirsi á Galercio del seno sacado havia, y deseoso de leerle, le tomó, y vió que de esta manera decia.

GALERCIO A GELASIA.

Angel de humana figura,
Furia con rostro de dama,
Fria y encendida llama
Donde mi alma se apura:
Escucha las sinrazones
De tu desamor causadas,
De mi alma trasladadas
En estos tristes renglones.

No escribo por ablandarte,
Pues con tu dureza estraña
No valen ruegos, ni maña,
Ni servicios tienen parte:
Escribote, porque veas
La sinrazon que me haces;
Y quan mal que satisfaces
Al valor de que te arreas.

Que

Que alabes la libertad
Es muy justo, y razon tienes,
Mas mira que la mantienes
Solo con la crueldad:
Y no es justo lo que ordenas
Querer sin ser ofendida
Sustentar tu libre vida
Con tantas muertes agenas.

No imagines que es deshonra
Que te quieran todos bien,
Ni que está en usar desden
Depositada tu honra:
Antes templando el rigor
De los agravios que haces,
Con poco amor satisfaces,
Y cobras nombre mejor.

Tu crueldad me da á entender,
Que las fieras te engendraron,
O que los montes formaron
Tu duro indomable ser:
Que en ellos es tu recreo,
Y en los paramos y valles,
Do no es posible que halles
Quien te enamore el deseo.

En

En una fresca espesura
Una vez te vi sentada,
Y dixe, estatua es formada
Aquella de piedra dura:
Y aunque el moverte despues
Contradixo á mi opinion,
En fin en la condicion,
Dixe, mas que estatua es.

Y ojala que estatua fueras
De piedra! que yo esperára
Que el cielo por mí cambiára
Tu ser, y en muger volvieras:
Que Pigmaleon no fue
Tanto á la suya rendido,
Como yo te soy, y he sido,
Pastora, y siempre seré.

Con razon, y de derecho
Del mal y bien me das pago,
Pena por el mal que hago,
Gloria por el bien que he hecho.
En el modo que me tratas,
Tal verdad es conocida,
Con la vista me das vida,
Con la condicion me matas.

Dese pecho , que se atreve
A esquivar de amor los tiros ,
El fuego de mis sospiros
Deshaga un poco la nieve :
Concedase al llanto mio
Y al nunca admitir descanso ,
Que vuelva agradable y manso
Un solo punto tu brio.

Bien sé que havras de decir
Que me alargo , y yo lo creo ,
Pero acorta tu el deseo ,
Y acortaré yo el pedir :
Mas segun lo que me das
En quantas demandas toco ,
A ti te importa muy poco ,
Que pida menos , ó mas.

Si de tu estraña dureza
Pudiera reprehenderte ,
Y aquella señal ponerte ,
Que muestra nuestra flaqueza :
Dixera viendo tu ser ,
Y no asi como se enseña :
Acuerdate que eres peña ,
Y en peña te has de volver.

Mas

Mas seas peña , ó acero ,
Duro marmol , ó diamante ,
De un acero soy amante ,
O una peña adoro y quiero :
Si eres angel disfrazado ,
O furia , que todo es cierto ,
Por tal angel vivo muerto ,
Y por tal furia penado.

Mejor le parecieron á Tirsi los versos de Galercio , que la condicion de Gelasia : y queriendoselos mostrar á Elicio , vióle tan mudado de color y de semblante , que una imagen de muerto parecia. Llegóse á él , y quando le quiso preguntar si algun dolor le fatigaba , no fue menester esperar su respuesta para entender la causa de su pena , porque luego oyó publicar entre todos los que alli estaban , como los dos pastores , que á Galercio socorrieron , eran amigos del pastor Lusitano , con quien el venerable Aurelio tenia concertado de casar á Galatea : los quales venian á decirle como de alli á tres dias el venturoso pastor vendria á su aldea á concluir el felicisimo desposorio. Y luego vió Tirsi , que estas nuevas mas nuevos y estra-

ños accidentes de los causados havian de causar en el alma de Elicio; pero con todo esto se llegó á él, y le dixo: agora es menester, buen amigo, que te sepas valer de la discrecion que tienes, pues en el peligro mayor se muestran los corazones valerosos, y aseguro-te que no sé quien á mí me asegura, que ha de tener mejor fin este negocio de lo que tu piensas; disimula y calla, que si la voluntad de Galatea no gusta de corresponder de todo en todo á la de su padre, tu satisfaras la tuya, aprovechandote de las nuestras, y aun de todo el favor que te puedan ofrecer quantos pastores hay en las riberas deste rio, y en las del manso Henares: el qual favor yo te ofrezco, que bien imagino que el deseo que todos han conocido que yo tengo de servirles, los obligará á hacer que no salga en vano lo que aqui te prometo. Suspenso quedó Elicio, viendo el gallardo y verdadero ofrecimiento de Tirsi, y no supo ni pudo responderle mas que abrazarle estrechamente, y decirle: el cielo te pague, discreto Tirsi, el consuelo que me has dado, con el qual y con la voluntad de Galatea, que á lo que creo, no discrepará de la nuestra, sin duda en-

entiendo, que tan notorio agravio como el que se hace á todas estas riberas en desterrar dellas la rara hermosura de Galatea, no pase adelante: y tornandole á abrazar, tornó á su rostro la color perdida. Pero no tornó al de Galatea, á quien fue oir la embaxada de los pastores, como si oyera la sentencia de su muerte. Todo lo notaba Elicio, y no lo podia disimular Erastro, ni menos la discreta Florisa, ni aun fue gustosa la nueva á ninguno de quantos alli estaban. A esta sazon ya el sol declinaba su acostumbrada carrera: y asi por esto, como por ver que el enamorado Lenio havia seguido á Gelasia, y que alli no quedaba otra cosa que hacer, trayendo á Galercio, y á Maurisa consigo, toda aquella compañia movió los pasos hacia el aldea, y al llegar junto á ella, Elicio y Erastro se quedaron en sus cabañas, y con ellos Tirsi, Damon, Orompo, Crisio, Marsilio, Arsindo, y Orfenio se quedaron con otros algunos pastores: y de todos ellos con corteses palabras y ofrecimientos se despidieron los venturosos Timbrio, Silerio, Nisida y Blanca, diciendoles que otro dia se pensaban partir á la ciudad de Toledo, donde havia de ser el

fin de su viage ; y abrazando á todos los que con Elicio quedaban , se fueron con Aurelio, con el qual iban Florisa , Teolinda y Maurisa , y la triste Galatea tan congojada y pensativa , que con toda su discrecion no podia dexar de dar muestras de estraño descontento. Con Daranio sé fueron su esposa Silveria , y la hermosa Belisa. Cerró en esto la noche , y pareciole á Elicio , que con ella se le cerraban todos los caminos de su gusto ; y si no fuera por agasajar con buen semblante á los huespedes que tenia aquella noche en su cabaña , él la pasara tan mala , que desesperara de ver el dia. La mesma pena pasaba el misero Erastro , aunque con mas alivio , porque sin tener respeto á nadie , con altas voces y lastimeras palabras maldecia su ventura , y la acelerada determinacion de Aurelio. Estando en esto , ya que los pastores havian satisfecho á la hambre con algunos rusticos manjares , y algunos dellos entregadose en los brazos del reposado sueño , llegó á la cabaña de Elicio la hermosa Maurisa , y hallando á Elicio á la puerta de su cabaña , le apartó y le dió un papel , diciendole que era de Galatea , y que le leyese luego , que pues ella á tal hora
le

le traia, entendiese que era de importancia lo que en él debia de venir. Admirado el pastor de la venida de Maurisa, y mas de ver en sus manos papel de su pastora, no pudo sosegar un punto hasta leerle, y entrandose en su cabaña, á la luz de una raja de teoso pino le leyó, y vió que ansi decia.

GALATEA A ELICIO.

En la apresurada determinacion de mi padre, está la que yo he tomado de escribirte, y en la fuerza que me hace la que á mi mesma me he hecho hasta llegar á este punto: bien sabes en el que estoy, y sé yo bien que quisiera verme en otro mejor, para pagarte algo de lo mucho que conozco que te debo. Mas si el cielo quiere que yo quede con esta deuda, quejate dél, y no de la voluntad mia. La de mi padre quisiera mudar, si fuera posible; pero veo que no lo es, y asi no lo intento. Si algun remedio por allá imaginas, como en él no intervengan ruegos, ponle en efeto, con el miramiento que á tu credito debes, y á mi honra estas obligado. El que me dan por esposo, y el que me ha de dar se-

pultura, viene pasado mañana: poco tiempo te queda para aconsejarte, aunque á mi me queda harto para arrepentirme. No digo mas, sino que Maurisa es fiel, y yo desdichada.

En estraña confusion pusieron á Elicio las razones de la carta de Galatea, pareciendole cosa nueva ansi el escribirle, pues hasta entonces jamas lo havia hecho, como el mandarle buscar remedio á la sinrazon que se le hacia: mas pasando por todas estas cosas, solo paró en imaginar como cumpliria lo que le era mandado, aunque en ello aventurase mil vidas, si tantas tuviera. Y no ofreciendosele otro algun remedio, sino el que de sus amigos esperaba, confiado en ellos, se atrevió á responder á Galatea con una carta que dió á Maurisa, la qual desta manera decia.

ELICIO A GALATEA.

Si las fuerzas de mi poder llegaran al deseo que tengo de serviros, hermosa Galatea, ni la que vuestro padre os hace, ni las mayores del mundo fueran parte para ofenderos; pero como quiera que ello sea, vos vereis agora, si la sinrazon pasa adelante, como yo no me

me quedo atras en hacer vuestro mandamiento, por la via mejor que el caso pidiere. Asegureos esto la fe que de mi teneis conocida, y haced buen rostro á la fortuna presente, confiada en la bonanza venidera, que el cielo que os ha movido á acordaros de mí y á escribirme, me dará valor para mostrar que en algo merezco la merced que me haveis hecho, que como sea obedeceros, ni recelo ni temor serán parte para que yo no ponga en efeto lo que á vuestro gusto conviene, y al mio tanto importa. No mas, pues lo mas que en esto ha de haver, sabreis de Maurisa, á quien yo he dado cuenta dello; y si vuestro parecer con el mio no se conforma, sea yo avisado, porque el tiempo no se pase, y con él la sazon de nuestra ventura, la qual os dé el cielo como puede, y como vuestro valor merece.

Dada esta carta á Maurisa, como está dicho, le dixo asi mesmo como él pensaba juntar todos los mas pastores que pudiese, y que todos juntos irian á hablar al padre de Galatea, pidiendole por merced señalada, fuese servido de no desterrar de aquellos prados la sin par hermosura suya: y quando esto no

bastase, pensaba poner tales inconvenientes y miedos al Lusitano pastor, que él mesmo dixese no ser contento de lo concertado: y quando los ruegos y astucias no fuesen de provecho alguno, determinaba usar la fuerza y con ella ponerla en su libertad; y esto con el miramiento de su credito que se podia esperar de quien tanto la amaba. Con esta resolucion se fue Maurisa, y esta mesma tomaron luego todos los pastores que con Elicio estaban, á quien él dió cuenta de sus pensamientos, y pidió favor y consejo en tan arduo caso. Luego Tirsi y Damon se ofrecieron de ser aquellos que al padre de Galatea hablarian. Lauso, Arsindo y Erastro, con los quatro amigos, Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio, prometieron de buscar y juntar para el dia siguiente sus amigos, y poner en obra con ellos qualquiera cosa que por Elicio les fuese mandada. En tratar lo que mas al caso convenia, y en tomar este apuntamiento, se pasó lo mas de aquella noche. Y la mañana venida, todos los pastores se partieron á cumplir lo que prometido havian, sino fueron Tirsi y Damon, que con Elicio se quedaron. Y aquel mesmo dia tornó á venir Maurisa á de-

cir á Elicio, como Galatea estaba determinada de seguir en todo su parecer: despidiola Elicio con nuevas promesas y confianzas; y con alegre semblante y estraño alborozo estaba esperando el siguiente dia, por ver la buena ó mala salida que la fortuna daba á su hecho. Llegó en esto la noche, y recogiendose con Damon y Tirsi á su cabaña, casi todo el tiempo della pasaron en tantear y advertir las dificultades que en aquel negocio podian suceder, si acaso no movian á Aurelio las razones que Tirsi pensaba decirle. Mas Elicio por dar lugar á los pastores que reposasen, se salió de su cabaña, y se subió en una verde cuesta que frontero della se levantaba: y alli con el aparejo de la soledad, revolvia en su memoria todo lo que por Galatea havia padecido, y lo que temia padecer, si el cielo á sus intentos no favorecia; y sin salir desta imaginacion, al son de un blando zéfiro que mansamente soplaba, con voz suave y baxa comenzó á cantar desta manera.

ELICIO.

Si deste herviente mar y golfo insano,
Donde tanto amenaza la tormenta,

Li-

Libro la vida de tan dura afrenta,
Y toco el suelo venturoso y sano:
Al aire alzadas una y otra mano
Con alma humilde y voluntad contenta,
Haré que amor conozca, el cielo sienta,
Que el bien les agradezco soberano.
Llamaré venturosos mis suspiros,
Mis lagrimas tendré por agradables,
Por refrigerio el fuego en que me quemo.
Diré que son de amor los recios tiros,
Dulces al álma, al cuerpo saludables,
Y que en su bien no hay medio, sino estremo.

Quando Elicio acabó su canto, comenzaba á descubrirse por las orientales puertas la fresca aurora, con sus hermosas y variadas megillas, alegrando el suelo, aljofarando las yerbas, y pintando los prados: cuya deseada venida comenzaron luego á saludar las parleras aves con mil suertes de concertadas cantilenas. Levantose en esto Elicio, y tendió los ojos por la espaciosa campaña, descubrió no lejos dos esquadras de pastores, los quales segun le pareció acia su cabaña se encaminaban, como era la verdad, porque luego conoció que eran sus amigos Arsindo y Lauso, con otros

que

que consigo traian. Y los otros Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio, con todos los mas amigos que juntar pudieron. Conocidos pues de Elicio, baxó de la cuesta para ir á recibirlos: y quando ellos llegaron junto de la cabaña, ya estaban fuera della Tirsi y Damon, que á buscar á Elicio iban. Llegaron en esto todos los pastores, y con alegre semblante unos á otros se recibieron. Y luego Lauso, volviendose á Elicio, le dixo: en la compañia que traemos, puedes ver, amigo Elicio, si comenzamos á dar muestras de querer cumplir la palabra que te dimos: todos los que aqui vees, vienen con deseo de servirte, aunque en ello aventuren las vidas: lo que falta es, que tu no la hagas en lo que mas conviniere. Elicio con las mejores razones que supo, agradeció á Lauso y á los demas la merced que le hacian: y luego les contó todo lo que con Tirsi y Damon estaba concertado de hacerse, para salir bien con aquella empresa. Parecióles bien á los pastores lo que Elicio decia: y asi sin mas detenerse acia el aldea se encaminaron, yendo delante de Tirsi y Damon, siguiendoles todos los demas, que hasta veinte pastores serian, los mas gallardos y bien dispuestos que en todas las ribe-

beras de Tajo hallarse pudieran, y todos llevaban intencion de que si las razones de Tirsi no movian á que Aurelio la hiciese en lo que le pedian, de usar en su lugar la fuerza, y no consentir que Galatea al forastero pastor se entregase: de que iba tan contento Erastro, como si el buen suceso de aquella demanda en solo su contento de redundar huviera, porque á trueco de no ver á Galatea ausente y descontenta, tenia por bien empleado que Elicio la alcanzase, como lo imaginaba, pues tanto Galatea le havia de quedar obligada.

El fin deste amoroso cuento y historia, con los sucesos de Galercio, Lenio y Gelasia, Arsindo, Maurisa, Grisaldo, Artandro y Rosaura, Marsilio y Belisa, con otras cosas sucedidas á los pastores hasta aqui nombrados, en la Segunda Parte desta historia se prometen. La qual, si con apacibles voluntades esta Primera viere recibida, tendrá atrevimiento de salir con brevedad á ser vista y juzgada de los ojos y entendimiento de las gentes.

LAUS DEO.